



*En cada
canción*

Susanna Herrero

En cada canción
SUSANNA HERRERO

© Susanna Herrero

1ª edición, febrero de 2018

ASIN: B078ZPQHN1

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para tía Isa, tía y madre para mí,
y tía y abuela para mis hijos.*

Índice

Sinopsis

PRIMERA PARTE

1 El tío macizo del bañador naranja

2 La toalla

3 Esa noche

4 El mar: amor y odio

5 ¿Quién fue el primero?

6 Aquella primera vez

7 Vacaciones de verano

8 El final del verano

9 El regreso

SEGUNDA PARTE

10 El primer día de clase

13 Las regatas

14 ¿Quién te ha enseñado a conducir?

15 Compañeros

16 El hermano gemelo

17 Te necesito

18 A la mañana siguiente

19 Lo que Mike esconde

21 La visita

22 Dándose a conocer

25 La excursión

26 La lluvia

29 No me odies, por favor

30 Adiós, Oxford

31 La búsqueda

32 Donde empezó todo

Epílogo

Agradecimientos

Sinopsis

Justo antes de empezar su nueva vida, Penny llega a Riviera Maya dispuesta a enfrentarse a aquello que removi6 todo su mundo a6os atr6s.

Mike es un joven apuesto que muestra sonrisas enigm6ticas y que viaja al Caribe con sus primos para pasar unos d6as lejos de todo su mundo: ha tenido que crecer demasiado r6pido y no conf6a en nadie. No puede hacerlo.

La ca6da de una toalla propicia un encuentro entre ellos que derivar6 en un amor de verano de los que dejan huella. Pero no es m6s que eso: una historia corta de quince d6as. Intensa pero imposible de continuar.

Mike y Penny vuelven a la realidad dispuestos a olvidar el mejor verano de su existencia, pero la vida les tiene preparada una sorpresa.

PRIMERA
PARTE

El tío macizo del bañador naranja

Riviera Maya. Tulum. Agosto.

Cómo te atreves a volver.

A darle vida a lo que estaba muerto.

La soledad me había tratado bien.

Y no eres quién para exigir derechos.

...

Doy pequeños golpes con el pie derecho en la toalla en la que estoy tumbada, al son de la música de Morat, hasta que un codazo en las costillas me interrumpe. Me quito los auriculares de los oídos y miro con desagrado a la culpable del porrazo que acabo de recibir.

—Tío macizo a las doce en punto —me dice mi hermana mientras señala el mar con la cabeza.

Me incorporo y me apoyo sobre mis codos. Sigo su mirada y veo a unas treinta personas en el agua *a las doce en punto*, o, lo que es lo mismo, enfrente de nosotras.

—El de la tabla de surf —me aclara cuando ve la duda en mi entrecejo fruncido.

A simple vista, no veo a ningún tío (ni macizo ni no macizo) subido en una tabla de surf. Agudizo la mirada; el sol abrasador se refleja en el agua, así que tengo que ponerme las manos en la frente a modo de visera. No hay ni una sola nube en el cielo. Una suave brisa me despeina el cabello, que ya se me ha secado, y tengo que apartármelo de la cara.

Entonces lo veo; a unos cien metros de distancia, justo en el linde con la boya que separa a los bañistas de las embarcaciones. Está tan lejano que hasta puedo tapanlo con la yema de mi dedo manchado de arena. Me giro hacia mi hermana.

—Es imposible que veas que ese tío está bueno. De hecho, me cuesta hasta diferenciar que sea un chico y no una chica. Podría ser un unicornio encima de una tabla de surf y no me daría cuenta.

—Es un chico. Y es guapo. Y musculoso —añade—. Lo veo.

La miro con escepticismo.

—Mi radar nunca falla, hermanita. Soy como Spiderman cuando tiene un enemigo cerca. Siento un hormigueo en el oído y una voz que me susurra: «¡Alerta buenorro!, ¡alerta buenorro!».

—Lo que tú digas.

—Si te fijas bien —insiste—, lleva un bañador naranja fosforito. Cualquier tío que se atreva a ponerse semejante horterada es porque está bueno y puede permitírselo.

¡Venga ya! ¡Es imposible que distinga desde nuestra posición de qué color es el bañador del tío macizo o tía maciza o unicornio o lo que sea!

—¡Me estás vacilando! —le digo mientras me acomodo de nuevo en la toalla y cierro los ojos. No pienso seguir perdiendo el tiempo con esta tontería.

—Para nada. Tú sigue con tu música, que ya te aviso yo cuando puedas verlo. En algún momento tendrá que salir del agua. Y estamos en el sitio adecuado —me dice a la vez que señala la caseta de madera que tenemos al lado.

Siempre que vamos a la playa nos ubicamos a los pies de la torre del socorrista o al lado de las típicas casetas donde se alquilan embarcaciones, motos de agua, clases de surf y demás... Mi hermana dice que así estamos en primera línea para enterarnos de todo lo interesante que ocurra, porque, de suceder algo, siempre se acudirá en primer lugar a uno de estos dos sitios. Y tiene razón, solemos ser de las primeras en saber cuándo una medusa siembra el terror entre los bañistas.

—Ah, y, por cierto, se llama Ryan.

Abro los ojos. Desde la pubertad, a mi hermana y a mí nos gusta observar a las personas y ponerles el nombre que creemos que mejor les va. Empezamos a jugar cuando nos aburríamos en los largos viajes en coche al Mediterráneo y no teníamos nada mejor que hacer que imaginarnos cómo se llamaban los conductores que nos adelantaban, y, al final, se ha convertido en una rutina. A veces lo hacemos sin darnos cuenta. Nunca sabemos si alguna de las dos acierta, pero nos lo pasamos bien.

—Me cuesta ponerle nombre a un manchurrón en medio del mar —reconozco—, pero me voy a aventurar con... Tom.

—¿Tom? ¡Qué va!

—Humm...

Anna coge un libro de la bolsa playera (perdón, bolsón gigantesco) que tiene tirada en la arena a los pies de su toalla, se coloca las gafas de sol, modifica la posición de la tela de rizo a una donde puede estar más sentada que tumbada y sin perder el sol, y cruza las piernas.

Sonríó y me coloqué de nuevo los auriculares. Me pierdo en la melodía hasta que me quedo dormida. Mmm... el sol calentándome la piel y las vacaciones.

—Penny. —Mi hermana me saca de mi dulce letargo un rato después—. Tío macizo, casi seguro de nombre Ryan, saliendo del agua.

Abro los ojos, medio adormilada, y sigo la mirada de Anna. Lo primero que veo es una tabla de surf que parece que anda sola. El supuesto macizo está cubierto por ella y apenas se le ven los pies. Son unos bonitos pies. Bronceados y de chico. Parece una tabla andante. Me río para mis adentros.

Un par de chicos, que salen de la pequeña caseta de madera que tenemos al lado, se acercan al chico-tabla y se la quitan de las manos. Ahora lo veo.

Jo-der.

Carámbanos con el radar de mi hermana.

En lo primero en que me fijo es en su cabello ondulado: castaño claro (muy claro), hasta las orejas y más rizado por las puntas.

Después, en su sonrisa. Es una sonrisa tan circunstancial, tan poco verdadera. Es bonita, porque él es bonito, pero no es auténtica. Esa la tiene escondida... en algún lugar.

Parece tener los ojos claros, pero no los distingo bien desde aquí, y, además, tiene el flequillo tan largo que casi se los cubre por completo.

Desciendo la mirada por su cuello y llego hasta el musculoso pecho. Miles de gotas le cubren la tersa piel y pelean en su lucha por llegar al final de la carrera, que no es otra que la cinturilla del bañador. Allí desaparecen todas.

Y lo más increíble: lleva un bañador naranja fosforito con el cordón rosa, también fosforito. ¿Cómo ha podido verlo mi hermana?

—Penélope —me llama la aludida—, la baba.

Por instinto, me paso la mano por la barbilla, pero, al segundo, descubro que no tengo nada. Miro a Anna y veo cómo se desternilla de la risa. Será...

—¡Has caído! ¿A que Ryan está bueno? ¿Ves? Mi radar nunca falla, pequeño saltamontes.

—¿Cómo has sabido lo del bañador?

Mi hermana se hace la interesante y no me contesta. En su lugar, me guiña un ojo.

El tío macizo pasa por nuestro lado y sacude la melena. Con el movimiento se le aparta el pelo mojado que tenía pegado a la frente y se le ven los ojos de pleno. Son claros. Parecen azules. Y está tan cerca de nosotras que incluso nos salpican las gotas de agua que se desprenden de su cabello.

—¿Acaba de sacudirse como un perro? —le pregunto a Anna mientras me paso la mano por el estómago y el pecho para secarme.

Lo miro indignada, pero él ni nos ha visto.

—Hija, como un perro... A mí me ha puesto a cien —me dice, girando la cabeza para seguir los pasos del macizo desconocido—. Vaya culito que tiene el muchacho, nunca pensé que un culo naranja fosforito fuera tan apetecible. Joder con Ryan.

No puedo evitar moverme para mirarle la retaguardia. El chico camina apresurado y cada vez se lo ve más lejano, pero, aun así, me da tiempo a darle un buen repaso, y tengo que reconocer que es un buen trasero.

—Y hablando de culos..., necesitas practicar sexo con algún desconocido. Para eso estamos aquí.

—No hemos venido aquí por eso. —Nuestros motivos para pasar quince días de vacaciones en Riviera Maya no son tan sanos. Es más bien una cura. Una cura para el corazón.

—Puede que no fuera el objetivo principal, pero debería ser un efecto colateral del viaje.

Me tumbo y cierro los ojos. Mi intención es relajarme y disfrutar del sol un poco más, pero mi hermana no me lo permite.

—Tenemos que irnos.

—¿Ahora?

Asiente con la cabeza.

—El autobús que nos lleva al hotel sale en unos minutos.

Miro el reloj. Tiene razón. Estoy tan cansada que se me ha pasado el tiempo demasiado rápido. Hoy hemos venido de excursión a Tulum y nos hemos pateado todas las ruinas mayas de los alrededores bajo el llameante sol de México en pleno mes de agosto. Me encanta el sol cuando estoy en la playa o en la piscina, o en una terraza tomando algo o tumbada en la hierba. Me encanta sentir el calor de los rayos en mi piel, pero para ir de excursión a ver piedras prefiero un cielo nublado. Comprobado.

Estamos alojadas en un hotel cerca de Playa del Carmen, y este lugar es una de las excursiones que nos ha ofrecido esta mañana un chico muy simpático de recepción. Hemos visto las ruinas y después hemos venido a la playa a bañarnos y a relajarnos.

Recogemos los bártulos, nos sacudimos la arena de los pies, nos vestimos, nos calzamos las deportivas y nos encaminamos a las escaleras que dan acceso a la playa. Miro hacia atrás con pena por tener que abandonar este increíble lugar lleno de rocas, ruinas, árboles y vegetación tan verdes como la clorofila y el color turquesa del agua, que por más que lo miras y lo miras no te cansas de él. Volveré. Algún día.

Son nuestras primeras vacaciones en años. En tres años, para ser más exactos. Yo he estado demasiado involucrada con mis estudios y mi trabajo, y mi hermana más de lo mismo. Creo que para ambas ha sido una especie de vía de escape. Necesitábamos evadirnos de lo que sucedió hace tres años. Necesitábamos seguir con nuestras vidas, y el único modo que encontramos fue tener la cabeza demasiado ocupada en otros asuntos como para pensar en ello.

Soy profesora de Historia. Mi padre también lo era, y desde muy pequeña me picó la vena historiadora por culpa de todos los relatos que me narraba. Tenía el don de transformar la historia más soporífera e interminable del mundo en algo entretenido y animado. Me encantaba escucharlo. Y creo que aún lo hago, aún lo escucho, aunque ya no esté conmigo.

Hoy es nuestra primera mañana en Riviera Maya. Fue una decisión de último momento que tomó mi hermana y con la que estuve de acuerdo. Dentro de quince días, me estreno como profesora en la Universidad de Oxford. Reconozco que me da un poquito de vértigo. Y es posible que *un poquito* sea el eufemismo del año para afirmar que me da un pavor tremendo. Hasta ahora solo he impartido clases de Historia en colegios para alumnos de no más de quince primaveras. Y dar el salto a la universidad... Guau.

Mi padre fue el pionero de toda esta aventura. Era el mejor profesor de Historia de la Universidad Complutense de Madrid. Cuando Anna y yo apenas teníamos doce y diez años, lo llamaron desde Oxford para ofrecerle un puesto de titular. Aceptó sin pestañear. Mi padre era un enamorado de Oxford; siempre me recordaba que es la universidad de habla inglesa más antigua del mundo y que es un honor ya solo poder caminar por los mismos pasillos por los que anduvieron sus alumnos más ilustres: Albert Einstein, Oscar Wilde, J.R.R. Tolkien... Y veinte años, una carrera en Historia, un posgrado y un doctorado *cum laude* después, el decano me ha ofrecido el puesto que mi padre dejó vacante y que no ha podido llenar con nadie que esté a la altura. Que me lo hayan ofrecido a mí es tan insultante y maravilloso a la vez que...

—¡Me han acribillado los malditos mosquitos! —Mi hermana frena el oscuro rumbo que estaban a punto de tomar mis pensamientos. Hemos llegado al autobús y no he sido consciente del trayecto. Giro la cabeza para ver esas picaduras. Pues sí, la han acribillado. Siempre me hace de parapeto, la eligen a ella antes que a mí.

Antes de subir al autobús veo un reflejo naranja que me llama la atención. Es el tío macizo. Se ha puesto una camiseta blanca por encima y está apoyado en una camioneta, en la puerta abierta del conductor. Es una *pick up* roja que ha conocido tiempos mejores. Habla (o, más bien, discute) por el móvil y no parece contento. Se pasa repetidas veces la mano libre por el cabello y niega con la cabeza. Hay un momento en que alza tanto la voz que incluso soy capaz de escucharlo. Es inglés.

—¡Volveré cuando se me ponga en las pelotas!

Vaya...

—¿Sí? Adelante, entonces. ¡Ven a buscarme!

Tras colgar, lanza el aparato al interior del coche de malas maneras.

—¡Joder!

Se sube a la ranchera y cierra de un portazo.

¡Blam!

Cierro los ojos por el impacto. Me ha dolido hasta a mí. No creo que esa pobre tartana aguante muchos golpes más como ese. Parece bastante destartalada.

Arranca y acelera dejando una estela de humo y piedras a su paso. No lo pierdo de vista hasta que la persona que va detrás de mí en la cola para subirnos al autobús me empuja y me dice que estoy entorpeciendo la recogida de pasajeros. No entiendo por qué la gente tiene prisa en vacaciones.

Subo las escaleras y alcanzo a Anna, que ha ocupado un par de sitios libres en la parte trasera.

Apoyo la cabeza en el respaldo de mi asiento y cierro los ojos. Tenemos un trayecto de una hora hasta el hotel. Y no sé la razón, pero, durante el viaje, no puedo quitarme la imagen del chico del bañador naranja de mi cabeza.

Cuando llegamos al hotel, nos damos una ducha, nos cambiamos de ropa y cenamos algo en uno de los restaurantes temáticos.

—Pues no ha sido tan malo este primer día —me dice mi hermana en un tono muy bajito. Yo creo que tiene miedo de que alguien todopoderoso nos escuche y lo haga difícil.

—No —reconozco. No ha sido tan malo.

Quizá veníamos tan preparadas para que este viaje fuera lo más duro que tendríamos que hacer desde hacía tanto tiempo que, al final, no ha resultado tan devastador. Pero tiempo al tiempo.

2

La toalla

La segunda mañana de nuestras vacaciones en el Caribe, me despierto ofuscada y con una sensación acuciante de desgana. Me cuesta unos segundos ubicarme. Unos intensos rayos de sol se filtran, con descaro, por las cortinas mal cerradas de la habitación.

Me quedo absorta mirando el techo blanco e impoluto y el ventilador, que cuelga de él. Me abstraigo en la cadencia de las aspas. Espabilándome. Pensando. Suspirando. Recordando. Llorando en silencio, pero con muchas ganas de ser feliz de nuevo. De tener algo en la vida que me dé fuerzas y me ayude a soñar otra vez.

Desayuno en el bufé del comedor principal con mi hermana y le digo a todo que sí, entre ruidos de golpes de vajilla y conversaciones ajenas, hasta que se pone a parlotear

sobre la agenda de actividades (playa/piscina/chiringuito) para el día de hoy. Entonces, la interrumpo. Se me ha ocurrido un plan mejor.

—Me apetece ir al *spa*.

—¿Al *spa*? ¿Estás loca? Con este solazo de escándalo, ¿te quieres meter entre cuatro paredes?

—Quiero relajarme bajo los chorros y mejorar mi actividad cardiovascular.

—¿Tu actividad cardio... quéé? Te has estudiado el folleto del hotel, ¿verdad? —No me deja contestar—. Tú lo que quieres es encogerte en tu mundo y no tenerme a mí a tu alrededor para que te incordie. Que nos conocemos, Penny. Actividad cardio... vascular dice..., será posible —murmura por lo bajo mientras se termina el zumo de naranja.

Es bastante probable que tenga razón, sí. Me apetece estar sola. Sola con mis pensamientos, con mis recuerdos y con mis propósitos. Parece increíble, pero, con el ajetreo diario, apenas me queda tiempo para reflexionar. Y sé que ese ha sido el objetivo de los últimos años, pero, en ocasiones como la de hoy, me apetece evocar mi pasado y organizar mi futuro: las clases en la universidad, el regreso a la casa en la que vivimos en Oxford cuando papá trabajaba allí...

—Deja de pensar tanto, Penny. Te va a explotar la cabeza.

—¡Pero si apenas pienso! —me quejo.

—Más de lo que crees. Y no me gusta dejarte sola.

—No tenemos que ir juntas a todas partes, Anna.

—Ya lo sé, pero...

La interrumpo de nuevo.

—Pues decidido, tú te vas a la playa y yo, al *spa*. Quedamos a la hora de comer en la habitación.

Suspira y me mira con desagrado.

—Está bien —claudica, por fin.

En el *spa*, paso unas horas tranquilas pero intensas. Quien afirme que la bañera de hidromasaje a cuarenta grados de temperatura no lo deja a uno con el cuerpo baldado es que miente. O es un superhéroe. Es imposible salir de aquí revitalizada; más bien, sales agotada al extremo.

Cojo la toalla, que he dejado encima de una de las hamacas, que descansan a la salida de la bañera infernal, y me dirijo a las duchas. Necesito agua templada. No me aventuro a decir fría, porque, aunque ahora mismo esté aplatanada por el calor, sé que, al mínimo roce con el agua gélida, mi cuerpo va a dar un paso atrás.

Me meto debajo de la ducha y la gozo. Sí, la gozo. No sé cuánto tiempo estoy, pero, cuando mis dedos comienzan a arrugarse, empiezo a preocuparme. Apago el grifo. Voy a coger la toalla para secarme y me doy cuenta de algo. De varias cosas, en realidad.

Primero: solo tengo una toalla. No tengo una para el pelo y otra para el cuerpo. No. Solo una. U-NA.

Segundo: no tengo nada para vestirme. Solo el bikini empapado y con un olor terrible a cloro mezclado con agua calientorra. No me lo pongo ni loca; prefiero ir desnuda.

Tercero: mi ropa está al otro lado de la piscina. En los vestuarios. Pero ¿qué distribución es esta? Las duchas deberían estar dentro de los vestuarios y no aquí, en medio de la nada.

Cuarto (y esta es *a posteriori*): debería haberme replanteado más a fondo la segunda opción y no decir tan a la ligera *prefiero ir desnuda*.

Me escurro bien el pelo con las manos y me coloco la toalla blanca, con el logotipo del hotel, en el cuerpo. Levanto los brazos y me la ajusto por encima del pecho. Hago un pequeño (y poco consistente) nudo debajo de mi axila izquierda y salgo.

Camino despacio y sujeto la toalla con las manos hasta que cruzo la piscina y los veo.

Veo a tres chicos.

No me fijo en sus rostros, tampoco podría, porque están jugando y haciéndose aguadillas entre ellos de espaldas a mí, pero son buenas espaldas. Seguro que son guapos. Tienen toda la pinta. Aunque no les haya visto la cara, estas cosas se intuyen. Tengo treinta años y, a esta edad (o, al menos, en mi caso), todavía andan las hormonas revolucionadas en lo que a chicos atractivos se refiere, por lo que una especie de orden involuntaria llega a mi cerebro: *hay chicos interesantes, ponte derecha y camina con la cabeza alta*. Y eso hago. Me yergo y camino por delante de ellos, haciéndome la seductora.

El supermomentazo ocurre en el preciso momento en que los chicos dejan de jugar y me miran. Supongo que para ellos es inevitable observar a una chica, más o menos de su edad, pavoneándose en toalla delante de ellos.

Siento cómo el amago de nudo que tengo debajo de mi axila cede y cede hasta que... cae.

Sí, cae. La toalla cae sin que pueda evitarlo. Tardo exactamente un segundo (o incluso menos) en cogerla al vuelo y colocármela de nuevo, pero ese *segundo* ha sido suficiente. Suficiente para que los tres chicos reaccionen.

En primer lugar, viene el silencio. Y la quietud. Cesan los sonidos en la piscina y el chapoteo del agua. Se acabaron los *chap, chap, chap*. Aunque esta primera fase no dura demasiado, porque, en segundo y último lugar, llegan los aplausos y los vítores.

Mi rostro comienza a calentarse hasta alcanzar incluso más grados que los de la propia piscina climatizada. «En buena hora, Penny». Lo siento arder y transportar el calor al resto de mi cuerpo. El corazón me va a mil por hora y siento cómo golpea en mi interior. Creo que quiere salir a galope tendido y escapar de este lugar, pero mi cerebro no responde. Hasta que lo hace y da la orden a mis piernas para que salgan pitando de allí.

Echo a andar, lo más digna que puedo, con la cabeza alta y sujetando la toalla, muy fuerte, con las manos. Esta vez, sí. Una y no más.

Y todo esto en un segundo.

—¡Eh, morenita! ¿Necesitas ayuda con esa toalla? —me pregunta uno de ellos.

—¡Aboguemos por un mundo sin toallas!

—¡¡¡Sííí!!!

—¡Y por las chicas que se quedan desnudas delante de tus narices!

—¡¡¡Sííí!!!

—¿Habéis visto qué tetas?

—¡¡¡Sííí!!!

Escucho cómo se ríen las gracias entre ellos y se dan palmaditas en la espalda.

Capullos.

Me hubiera gustado soltarles alguna frase rimbombante, pero lo único que me sale es meter el rabo entre las piernas y huir despavorida.

Después de vestirme en menos de un minuto, salgo del *spa* y corro hasta la habitación. Meto la tarjeta, cierro la puerta y me apoyo en ella; respirando por fin y sintiéndome a salvo.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta mi hermana en cuanto me ve.

—Necesito hacerme un trasplante de cara, con efecto inmediato.

«¿De cara? ¿De verdad crees que se han fijado en tu cara? Alma cándida».

—¿Por qué?

—Ha sido horrible.

—Penny, estás empezando a preocuparme. ¿Qué ha ocurrido?

—Se me ha caído la toalla delante de un montón de chicos.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Tal cual.

—Vale. Explícame mejor lo de *se me ha caído la toalla* y lo de *un montón de chicos*.

Se lo explico, de manera atropellada, aún sin creermelo que me haya pasado a mí.

—He tenido que ir en toalla desde las duchas hasta los vestuarios, y, al pasar por la piscina delante de *un montón de chicos* —énfasis en esa parte—, se me ha caído. Se me ha desatado y ha... caído. Ha caído, Anna. ¡Se me ha caído la toalla y debajo no llevaba nada! ¡Acababa de salir de la ducha! ¡Iba desnuda! ¡En cueros! ¡En pelota picada!

Mi hermana tarda unos segundos en reaccionar; al principio me mira con sorpresa, incluso con los ojos algo fuera de sus órbitas, pero enseguida rompe a reír. Pero a reír de verdad. De cuando te sale de lo más profundo de tu ser. De cuando te cuesta dejar de hacerlo porque la risa te posee por completo. De cuando te duele el maldito estómago.

—Te he entendido a la primera, Penny —me dice entre risas.

—¡No te rías!

Comienza a dar vueltas por la habitación y mueve las manos en un intento de frenar las risotadas, pero es imposible. Lo que he dicho, está poseída.

—Te prometo que lo intento, pero es que... —ella misma se interrumpe con sus carcajadas.

Abandono mi cómoda posición contra la pared y me meto en la habitación; voy directa a la cama y me dejo caer de espaldas. Me tapo los ojos con el brazo. Todo muy dramático.

—¿Cuántos eran?

—Muchos.

—Muchos, ¿cuántos? ¿Veinte?

¡Carámbanos, veinte! ¡Me da un patatús! La miro espantada.

—No, menos.

—¿Cuántos? ¿Diez?

—Menos —reconozco entre dientes.

—Penélope...

—Tres... ¡Pero parecían treinta! —me defiendo—. Han empezado a decirme... ¡cosas! y a reírse.

Más risas. Me acerco y le arreo en el brazo con un cojín.

—¡Que dejes de reírte!

—Sí, sí, te prometo que, dentro de un rato, dejaré de hacerlo.

¿*Dentro de un rato*? La fulmino con la mirada.

—Oye, ¿no habrás dejado caer la toalla a propósito?

—¡Claro que no! ¡Por el Descubrimiento del Fuego que no! ¡¿Cómo se te ocurre?!

—Primero, tienes que contenerte a la hora de usar esas expresiones tuyas de *friki* por la Historia. —Sí, sí, lo sé. Anna siempre me echa en cara mis absurdas expresiones y mi manera de hablar, pero es una manía que me cuesta evitar—. Y, segundo, como ayer te dije que necesitabas sexo...

—Créeme. Te ignoré.

—Háblame de esos chicos.

Se lo cuento todo. Incluso el momento hormona que me ha obligado a descuidar la toalla.

—Qué fastidio, ahora me arrepiento de no haber insistido en acompañarte para mejorar mi actividad cardiovascular.

No le contesto. Me coloco boca abajo y escondo la cabeza en la almohada.

—Arggg.

—No vas a volver al *spa*, ¿verdad?

—Verdad —le confirmo—. Me lo vas a restregar toda la vida, ¿verdad?

—Verdad.

Después de comer, y de una larga siesta (en la que revivo el momento toalla una y otra vez), me dejo convencer por mi hermana para ir más tarde a un famoso local cerca del hotel: el Coco Bongo. Se trata de una réplica de la discoteca donde se rodó la película *La máscara*, de Jim Carrey.

Cenamos algo rápido y nos ponemos guapas: nos vestimos con minifaldas y camisetas de tirantes, nos peinamos la una a la otra y nos calzamos las bailarinas.

Un autobús nos espera en la entrada del hotel y nos lleva al lugar. No tardamos demasiado en llegar. Está muy cerca. Cuando me bajo del bus, la veo.

Es enorme. Y muy muy rara. Tiene la apariencia de una casa sacada de alguna película estrambótica con tantos colores que adornan la fachada (blanco, azul, verde), con las puertas y ventanas de color rojo, y con plantas, balcones y minitejados de paja por doquier. La música se escucha desde fuera. Me vuelvo hacia Anna y la escruto con la mirada.

—No pongas esa cara; aunque tenga una pinta un tanto extraña, por dentro debe de estar genial.

Y lo está. Si desde fuera se veía grande, desde dentro lo parece aun más. Es rectangular, y la planta baja tan solo tiene una barra minúscula para pedir bebidas en una de las esquinas, un escenario enorme al fondo, al que se accede a través de tres escalones, y una pista cuadrada en el medio de la estancia. El resto de pisos (miro hacia arriba y cuento hasta cinco) están vacíos, excepto por los balcones que asoman al gran hueco que se crea hasta la parte superior del edificio, y en los que la gente baila y observa el espectáculo. Del altísimo techo cuelgan cuerdas y arneses, como si alguien los usara para ir de un extremo al otro del local a lo Tarzán.

Me acerco a la barra mientras mi hermana va al cuarto de baño y le pido al camarero un par de combinados. Durante el tiempo en que se mueve por el pequeño habitáculo para preparar las bebidas, yo aprovecho para apoyar la espalda en el borde y echar una ojeada al ambiente del local. Está a tope. Como la música. Que, por cierto, no está mal. Si eres de los que disfrutan con los grandes éxitos de Los Cuarenta Principales como yo. Eso sí, son antiguas. Ahora mismo suena *Poker Face*, de Lady Gaga.

Observo, aburrida, a los bailarines que rodean la pista central hasta que algo (o alguien) me llama la atención. Cuando descubro lo que es, abro los ojos de manera desmesurada.

¡Es el chico del bañador naranja!

¡¿Qué hace aquí?!

Y ¿por qué me mira de esa manera tan... insolente?

¿¿¿Y por qué se está acercando a mí???

Can't read my.

Can't read my.

No he can't read my poker face.

(She's got me like nobody).

Can't read my.

Can't read my.

No he can't read my poker face.

(She is gonna let nobody).

Se coloca a mi lado y me observa sin turbación ninguna. Yo lo miro de reojo, confundida. Descubro que no me equivoqué la primera vez que lo vi: tiene los ojos azules.

—Tú eres la chica de la toalla.

¿¿Perdona??

P-p-p-poker face, p-p-p-poker face.

(Muh muh muh muh).

P-p-p-poker face, p-p-p-poker face.

(Muh muh muh muh).

Esa noche

Mi mandíbula cae igual que la de Jim Carrey en la película. Mi cerebro empieza a pensar sin consideración ni prudencia, a darle sentido a sus palabras. A intentar encontrar una explicación al hecho de que el tío macizo de Tulum sepa que existo, y que se haya acercado a hablar conmigo.

—Tú eres la chica de la toalla —repite, ante mi gesto de contrariedad, alucinación y sorpresa. Por no describir veinte sensaciones más que estoy segura que expreso.

«Pues sí, lo habías escuchado bien la primera vez».

Espera un momento. ¿Qué significa *la chica de la toalla*?

«Como si no lo supieras, exhibicionista».

Pero es imposible que el mundo sea tan pequeño. ¡Es imposible que el tío macizo sea uno de los tres capullos que ha presenciado mi caída de toalla!

—¿Perdona? —insisto en voz alta.

—Esta mañana, en el *spa* —me dice, acodándose en la barra—, se te ha caído la toalla. Sé que eres tú, me he quedado con tu cara.

Confirmado. Es uno de los tres capullos.

Mi mandíbula continúa desencajada. ¿Cuántas posibilidades había de que el chico del bañador naranja fuera uno de los que ha visto mi desacertado incidente en el *spa*? ¡¿Cuántas?! Estoy segura de que, cuando menos, hemos desafiado a las leyes de la naturaleza.

—No se me ha caído la toalla —le miento, vilmente, en un intento de... en un intento de... ¡yo qué sé!

—Oh, ya lo creo que sí.

Me observa con lascivia y recorre mi cuerpo de arriba abajo. Sonríe con descaro. Ahí está esa sonrisa falsa de nuevo. Comienza a crecer dentro de mí una necesidad casi visceral de encontrar la verdadera. La que sé que esconde detrás de esa máscara de libertino del siglo diecinueve. Me gustan los enigmas.

—La he cogido al vuelo —le digo con chulería. Y ahora no miento. Ha sido un segundo, en realidad ni eso. ¡Ha sido un microsegundo!

Su sonrisa se ensancha.

—No has sido lo bastante rápida —me dice con la voz enronquecida, y con una expresión en su rostro que me entran ganas de... ¿Por qué tiene que ser tan *guapérrimo*?

«Penny, esa palabra no existe. Contrólate..., por la Torre de Babel».

—No pongas esa cara, no has visto nada— le digo cortante y convenciéndome de que en realidad no lo ha hecho.

Escucho un movimiento brusco detrás de mí, en la barra. Me doy la vuelta. Ah, las bebidas. Cojo uno de los combinados que ha preparado el camarero y le doy un sorbo.

—Te he visto las tetas y...

El líquido vuelve a salir por donde ha entrado y dejo el vaso en la barra de una manera tan brusca que una parte del contenido se derrama.

—¡Cállate! —le grito mientras le cubro la boca con la mano y miro a mi alrededor para comprobar que nadie nos ha escuchado.

Al primer segundo de nuestro primer contacto, siento un espasmo en el cuerpo. Al siguiente, su carcajada en la palma de mi mano y algo de humedad. Pero ¿qué...?

—¿Me estás chupando? —Aparto la mano y me miro la palma. Pues sí, ¡me ha chupado! No me da tiempo a decirle más porque acerca su boca a mi oído y me habla bien fuerte:

—Y un lunar que tienes justo encima de...

Me alejo escandalizada.

—¡No has podido ver eso!

—Ya lo creo que sí. Tengo la vista muy afilada.

Y yo me pregunto: ¿cómo es posible que, además de ver todo eso en un microsegundo, se haya quedado con mi cara?

«Quizá porque no ha sido un microsegundo, querida».

—Pues has visto mal.

—No lo creo. ¿Quieres apostar?

—Yo no apuesto. Porfío.

—Así me estás dando la razón.

—Claro que no.

—Claro que sí —me parafrasea.

—No.

—Sí.

Soy capaz de pasarme así una cantidad ingente de tiempo. Llevo haciéndolo años con mi hermana y siempre gano yo. Por cierto, ¿dónde está Anna? ¿Ha regresado al hotel para ir al cuarto de baño?

—Yo también lo he visto.

Me sobresalto por la aparición de los dos nuevos integrantes de nuestra discusión no tan privada. Pongo cara de asombro. Pero ¿estos de dónde han salido? Observo al chico rubio que ha soltado la perla de *yo también lo he visto*. El otro no dice nada.

—Y yo —declara entonces.

«Te está bien empleado, por adelantar acontecimientos».

—Estabais hablando bastante alto, así que os hemos escuchado. Y nos hemos creído en la obligación de salir en su defensa —me dice, el primero de ellos, señalando al tío macizo—, puesto que hemos sido testigos de lo sucedido y tiene razón.

Vale. Deben de ser Capullo Número Dos y Capullo Número Tres. Y es obvio que hablábamos alto (creo que incluso chillábamos). ¡La música está a máximo volumen!

—¡Camarero! —le grito al chico detrás de la barra—. Un *whisky* doble, por favor.

El de los ojos azules se acerca más a mí y niega con la cabeza.

—Nada de *whisky*, aquí se toma tequila.

Estoy a punto de mostrar mi desacuerdo cuando aparece Anna.

—¡Hola! ¿Ya has hecho amiguitos? —me pregunta en nuestro idioma. Anna y yo, mientras estamos solas, siempre hablamos en español.

Después, se queda mirando al macizo y su cara de incompreensión.

—Y a ti, ¿de qué te conozco? —le pregunta en inglés.

—Michael —se presenta el aludido dándole la mano a mi hermana.

—Anna —le responde al momento, aunque sigue mirándolo con atención—. No nos habíamos presentado antes, me suenas de otra cosa. —Mi hermana me mira para que le dé yo la respuesta, pero Michael nos interrumpe.

—Tú a mí no me suenas —le dice a Anna—. ¿Y tú? —me pregunta a mí—. ¿No me vas a decir tu nombre? Si quieres puedo seguir llamándote *chica de la toalla*, o, más bien, *chica sin toalla*, pero no creo que...

—Penélope. Penny —lo interrumpo, entre titubeos, antes de que siga con su diatriba. Sus dos amiguitos se parten de la risa y mi hermana ve la luz.

—¿Vosotros tres sois los del *spa* de esta mañana?

—En carne y hueso —responde uno de los rubios.

—Sí, *en carne y hueso* —repite Michael—. Aunque no en un sentido tan literal como lo ha estado *Penn* —hace hincapié en mi nombre mirándome con guasa— hoy en el *spa*.

¿Y cómo no?, todos se ríen. Todos excepto yo. Me pregunto cuánto va a durar el temita de la toalla. Por una parte me entran ganas de largarme lejos para no dejar que estos tres niños sigan riéndose de mí, pero, por otra..., no quiero separarme de Michael. Me gusta su nombre. Algo en él me atrae. Y no es ni su increíble belleza ni sus ojos azules como el quinto color del arcoíris. Bueno, quizá un poco sí es eso.

—Penélope. Penny. *Penn*, no —le corrijo.

—¿Y vosotros cómo os llamáis? —pregunta mi hermana al otro par, para cambiar de tema.

—Alan.

—Thomas.

Se hace el silencio. Si no hablamos de mi toalla, no tenemos nada de qué hablar.

—Así que Michael —le digo en un intento de iniciar la conversación—. Y... ¿qué más?

—Nada. Solo Michael. Mike.

—Mike —repito.

—Sí. Sin apellidos. Sin nada más.

—Humm...

¿De qué intentas escapar, Mike Sin Apellidos?

—Y tú, Penn. Solo Penn. Me gusta.

—Penélope. Penny. *Penn*, no.

Me giro hacia Anna y le pongo cara de: ¿el guaperas está ligando conmigo?

—Sí —me responde en voz alta.

—¿De qué habláis?

—Cosas de hermanas.

—¿Sois hermanas?

—Sí.

—No os parecéis en nada.

Cierto, en nada. Ella es rubia y yo, morena. Ella tiene los ojos verdes y yo, marrones. Ella tiene el pelo rizado y yo, liso. No podemos ser más diferentes. Ella es igual que mi madre y yo, igual que mi padre.

—¡Tú eres Ryan! —grita de repente Anna.

—Mmm..., no. Michael —responde el aludido, confundido.

—¿Es Ryan?! —me dice mi hermana en una especie de mezcla entre pregunta y afirmación.

—Sí, lo es.

—Nooo... Soy Michael. Mike.

—Sí, sí, lo sabemos —le dice Anna.

Mike no entiende nada. Arruga la frente y nos mira desconcertado y divertido a la vez.

—Bueno, nos tomamos unos tequilas, ¿o qué? —nos pregunta Alan.

—¡Sí! —asiente mi hermana entusiasmada.

—Marchando una ronda de tequilas.

Alan se apoya en la barra y llama la atención del camarero. Le pide cinco tequilas y el susodicho enseguida sitúa cinco vasos minúsculos delante de nosotros. Coloca al lado la sal y el limón y comienza a llenar los vasos. Cuando termina su labor, cada uno cogemos un vasito y nos lo llevamos a la boca. Me tomo el mío de un trago.

¡*Puajjj!* ¡Este no es el tequila que suelo tomar! ¡Esto es la hoguera de San Juan en forma de líquido!

—¡Agua, por favor! —suplico casi sin voz.

Pedimos otra consumición.

Y otra.

Y otra.

A cada ronda, mi hermana y los dos rubios, que por cierto son casi idénticos, se han ido apartando de Mike y de mí hasta que nos hemos separado en dos grupos. El espectáculo en la pista central ha comenzado, pero no le hacemos caso. Creo que entrecierro ligeramente los ojos (por los tequilas), pero eso no evita que pueda observar a mi acompañante. Parece joven, bastante más joven que yo.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunto en un arranque de valentía.

—Eso... es información personal —me responde.

—Solo quiero asegurarme de que seas mayor de edad —le aclaro.

Estalla en carcajadas.

—¿Para qué? —me pregunta con sonrisa de canalla.

¡Auch! Ha sonado como si quisiera enredarme con él y necesitara asegurarme de que no voy a cometer un delito. Nada más lejos de la realidad. Me doy un puntapié mental. También intento salir del aprieto.

—Porque si eres menor de edad no puedes beber alcohol.

—Estoy licenciado. Dejé la minoría de edad hace tiempo.

—¿Licenciado en qué?

Me arquea una ceja.

—Oh, vamos, decirme lo que has estudiado no es información personal.

Se lo piensa un momento. No quiere darse a conocer, pero termina claudicando.

—Medicina.

—No me lo creo.

—¿Por qué?

—No tienes cara de médico.

No la tiene para nada. Es demasiado guaperas para ser médico. Los únicos médicos guapos que conozco son los que salen en la tele. Los que suelen atenderme a mí rozan la cincuentena y no son para nada atractivos.

—¿Y de qué tengo cara?

De dios griego.

«¡Por Todos los Romanos, Penny! ¡No digas eso en alto! Y deja de beber tequilas».

Digo lo primero que se me ocurre.

—De estudiante.

—Pues lo soy.

—¿Médico o estudiante? —le pregunto, mordaz.

Mike sonrío. Y algo pasa por su cabeza, alguna aguda ocurrencia interna, pero no me lo dice. Tan solo se reafirma.

—Médico. O lo seré algún día, cuando cuente con ocho millones de horas de quirófano sobre mis espaldas. —Me lo dice tan serio y tan seguro que empiezo a creérmelo.

Le hace un gesto al camarero para pedir más tequilas. No se lo ve a gusto con el giro que ha tomado la conversación. No quiero que esté incómodo. Decido cambiar de tema.

—¿Y qué hace un médico, como tú, incitando a una joven inocente, como yo, a beber alcohol?

Termina de pedir y me mira. Sonríe de nuevo y se acerca a mí. Nuestras piernas se rozan por debajo de la barra y creo que hasta siento el calor que emana de su cuerpo.

—Primero, no creo que seas tan inocente cuando vas por ahí despelotándote delante de jóvenes *inocentes* de verdad.

Le pego un manotazo en el brazo. Supertonteo activado. Me gusta el tonteo. Es muy divertido.

—Y segundo —me dice entre risas—, el tequila no es solo alcohol, es... algo más.

«Qué profundo. Este va tocado, *Penn*». Ruedo los ojos a mi propia voz interior.

—Díselo a la quemazón que sienten mis órganos desde la lengua hasta el estómago.

—Eso es porque eres una blanda.

Choca su cuerpo contra el mío con suavidad y no sé lo que siento. Se me confunden las sensaciones, debo de tener el cerebro trabajando a destajo. El ardor del esófago y el estómago provocado por el tequila, la sensación de calor en las mejillas y en mi costado

derecho (que aún se toca con su cuerpo) provocado por Mike, el corazón galopando vete a saber a dónde. ¿Qué demonios sucede?

«Que no eres inmune a los chicos guapos y simpáticos».

Quince bailes y mil sensaciones nuevas después, decidimos irnos. Son las cuatro de la madrugada y estamos los cinco bastante tocados por el alcohol. ¿Por qué el tiempo transcurre tan deprisa cuando te lo estás pasando bien?

Abandonamos la barra y nos dirigimos a la salida. Mike y yo vamos pegados; nuestras manos se rozan con cada movimiento de nuestros pasos. Hay muchísima gente; la fiesta está en pleno apogeo.

—¿A dónde vais? —nos pregunta uno de los amigos de Mike cuando conseguimos llegar a la salida.

—Al hotel Cinco Soles —respondo en automático.

—¡No jodas! ¡Ese es nuestro hotel! —exclama el otro amigo. No sé quién es quién. Me cuesta diferenciarlos.

—Sí, ha quedado bastante claro que compartimos hotel después de vuestro encuentro con mi hermana en el *spa* —le dice Anna con guasa.

Salimos de la discoteca y vemos nuestro autobús en la acera de enfrente. Vamos a paso tranquilo hasta que escuchamos el inconfundible ruido del motor. Tiene toda la pinta de que está a punto de marcharse.

—Es nuestro autobús. Corre, Penny. —Anna tira de mi brazo para que la siga.

Arrancamos los cinco a correr, o a flotar; los tequilas han conseguido eliminar la gravedad de cada músculo de mi cuerpo. Creo que si pego un salto, podría tocar la luz de la farola.

«Pero mira que eres fantasma».

«Me pregunto cuántos tequilas serían necesarios para que te callaras...».

Anna y yo nos soltamos, y, justo cuando estamos a punto de llegar, Mike se tropieza y cae al suelo. Me detengo y retrocedo sobre mis pasos. Los otros tres ni se han enterado.

—¿Estás bien?

—No, creo que me he torcido el tobillo.

—Déjame ver.

—¡Penny, rápido! —me grita mi hermana desde una de las ventanas del autobús, pero... tarde, porque las ruedas empiezan a girar y las puertas se cierran. Le pongo cara de circunstancias a Anna y le grito que nos vemos más tarde en la habitación. El autobús se marcha. Cogemos el siguiente. Por lo que nos han dicho en el hotel, sale uno cada hora.

Mike se levanta de un salto y me invita con la cabeza a seguirlo mientras señala la carretera. Miro alternativamente al sonriente chico y al suelo donde estaba tirado hasta hace escasos segundos. ¿Cómo se ha levantado tan rápido? ¿Y cómo...? Caigo en la cuenta.

—¡Serás mentiroso! ¡No te has hecho nada! —Intento arrearle un nuevo manotazo en el brazo, pero no acierto. Tengo los reflejos adormecidos. Es como jugar a bádminton: la pelota está ahí, pero es imposible golpearla. Mike se ríe de mí con descaro. Como si él fuera mucho mejor que yo.

—Ahora tendremos que ir dando un paseo. Nos vendrá bien para despejarnos. Vamos, inocentona.

Comenzamos a caminar juntos, un par de transeúntes solitarios por una carretera desierta, los cuatro kilómetros que tenemos por delante hasta el hotel. Apenas se ve nada con la débil luz que arrojan las precarias farolas.

—Dado que me has engañado para que perdiera el autobús, tendrás que contarme algo para *ente... entre... trenenerme*. —¡Pero bueno! Qué palabra más complicada.

—¿Para qué?

—En-tre-te-ner-me —vocalizo cada sílaba.

—¿De qué quieres hablar?

—Podríamos hacernos preguntas personales, pero sin llegar a ahondar en temas personales.

Mike se detiene y me mira poniendo los brazos en jarras. «Este chico está sexy en cualquier postura que ponga. ¿A que sí, *Penn?*». Me *cagüen*... el nombrecito de las narices.

—¿Te das cuenta de que esa frase cae por su propio peso? —me pregunta.

—Claro que no. Puedo saber todo de ti, pero seguir ignorando tu apellido, tu procedencia, tu dirección...

—¿Me vas a interrogar sobre mi color favorito?

—No me hace falta. Sé cuál es tu color favorito —le digo muy segura.

—¿Ah, sí? —Deja caer los brazos y adopta una pose tan engreída y tan... arggg.

—Pues sí.

—¿Y cuál es?

—El naranja fosforito.

Mi boca se curva en un amago de sonrisa.

—¿Naranja fosforito? —me pregunta horrorizado—. ¡Ni de coña! Es el rojo.

—¿Estás seguro?

—Sí, bastante. ¿Cuál es el tuyo?

—El naranja fosforito.

Estallo en carcajadas. Y me doy cuenta de que no estoy mintiendo. Fue ver el trasero de Mike contoneándose dentro de ese bañador naranja y amor a primera vista. De su trasero, por supuesto. De él..., no. El amor a primera vista no existe.

—En algún momento tendrás que contarme la broma que hay detrás de todo esto.

—En algún momento —reconozco mientras arrancamos a andar de nuevo—. ¿Ves? Ahora nos conocemos algo más.

Me siento embriagada de felicidad, tengo ganas de hablar y no me da vergüenza decir lo primero que se me pasa por la cabeza. Las palabras me salen solas y no puedo dejar de sonreír.

«Eso es por los chupitos».

—Yo lo único que sé es que te estás quedando conmigo.

—Sigamos —le digo para cambiar de tema.

—Está bien. Acepto el reto. ¿Película favorita?

—Mmm..., *Los Goonies* —le contesto sin dudar.

—¿En serio?

—Ajá, mi hermana y yo la veíamos en bucle. ¿La tuya?

—*Aladdin*.

—¡Sí, claro! No me lo creo.

—Pues créetelo. Me sé todas las canciones. ¿Quieres que te las cante?

—No, gracias.

—Tú te lo pierdes, tengo una voz increíble. ¿Libro favorito?

Me detengo y lo miro a la vez que lanzo un suspiro profundo. También me tambaleo y Mike tiene que sujetarme.

—¿Qué? —me pregunta, extrañado, muy cerca de mi cara.

—Siguiendo cuestión —le digo mientras me separo de él y avanzamos unos pasos más. He recuperado el equilibrio.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te rías de mí.

—¡Oh, vamos! Yo te he dicho lo de *Aladdin*.

Tiene razón. Y, además, tengo la sensación de que me está tomando en serio.

—Está bien. No es un libro. Es más bien... una colección. —Mike me alienta para que continúe—: Ni te imaginas la cantidad de libros que he leído en mi vida, ni te lo imaginas —¡soy profesora de Historia!—, y nada me ha enganchado más y he leído tantas veces como...

—¡Suéltalo ya!

—*Tintín*.

—¿*Tintín*?

—¿Sabes quién es *Tintín*?

—¡Demonios! Claro que sé quién es *Tintín*. Pero no puede considerarse un libro.

—¿Por qué?

—Porque es un cómic.

Pego un grito ahogado.

—¡Es *EL* cómic!

—Está bien, pequeña fanática, aceptamos *Tintín* como libro favorito.

—¿Cuál es el tuyo?

—¿Mi libro favorito? No tengo. No siempre se tiene un algo favorito. Nunca ha habido nada que me enganche como para leerlo por segunda vez.

—Eso es porque no has leído a *Tintín*.

—No me cabe la menor duda.

—¿Canción favorita? —le pregunto.

—No sabría elegir una, existen tantas buenas canciones... A ver, dame ideas, ¿cuál es la tuya?

—Creo que no tengo.

—¿No?

—Es un poco lo que acabas de explicar de que no siempre hay un algo favorito. Me gusta la música, pero creo que nunca me ha dado por escuchar nada en bucle. Lo escucho todo. Me gustan todas las canciones y a la vez no me gusta ninguna. ¿Tiene sentido?

—Creo que sí.

Aparto la vista de Mike y miro hacia delante. Nos quedamos un rato en silencio. Mientras caminamos, solo se oyen nuestras respiraciones y el ruido de nuestras pisadas en el asfalto. Y doy gracias al cielo por haber salido de fiesta con bailarinas.

—Entonces, te recordaré en cada canción —me dice de repente.

—¿Cómo?

—Creo que a partir de ahora cada vez que vea un libro de *Tintín* me voy a acordar de ti sin remedio, y, como no tienes una canción favorita, me acordaré de ti en cada canción que escuche.

—En cada canción —repito.

—Sí, en cada canción.

Lo más probable es que no volvamos a vernos, en un par de meses ni siquiera recordaremos nuestros nombres, pero no lo digo en alto. Le ha quedado tan bonita la frase que me da pena.

Caminamos unos minutos, u horas, en silencio, lanzándonos miradas descuidadas y riéndonos por nada. También hay algún que otro tropiezo, lo que provoca más risillas por parte de ambos. ¿De dónde viene esta risa floja?

«También son los chupitos».

Sin darnos cuenta, hemos recorrido casi todo el camino, porque nuestro hotel se ve a lo lejos. Y está amaneciendo.

—¿Te apetece tomar el sol, mañana, conmigo? —me pregunta a escasos metros de la recepción.

—¿Tomar el sol?

—Bueno, aquí no hay mucho más para hacer, es eso o nadar con tortugas marinas, y me parece algo agresivo para nuestra primera cita. ¿Qué me dices?

No necesito pensármelo. Me lo paso bien con él. Es divertido.

—Acepto tomar el sol contigo.

—Bien, dame tu número de teléfono. Mañana te mando un mensaje con mi ubicación en la playa.

Se lo doy. Le digo el número de carrerilla.

—¿Es el verdadero?

—Mañana lo sabrás.

Se despide de mí con un beso en la mejilla.

Cuando entro en la habitación, mi hermana está dormida y a todo roncar. Me quito el vestido y voy al cuarto de baño a lavarme los dientes. Me pongo la camiseta de tirantes y el pantalón corto del pijama. En cuanto salgo, escucho un pitido que me avisa de que ha entrado un mensaje en el móvil. Lo saco del bolso, retiro las sábanas de mi extremo y me meto en la cama con mi hermana mientras lo abro.

Desconocido: Hola, soy Mike. Si eres una morenita despampanante que adora a Tintín, solo quería desearte buenas noches. Y si eres un morenito despampanante que no ha leído a Tintín en su vida, oye, nunca es tarde.

Sonrío sin poder evitarlo y un agradable cosquilleo empieza a subirme por el estómago. «Los tequilas, otra vez». Le contesto al momento.

Penny: No has podido aguantarte las ganas, ¿eh?

Un segundo después, me llega su respuesta.

Mike: Primero exijo identificación. ¿Morenita o morenito?

Escribo mi respuesta. Por un segundo, dudo en darle a «enviar», pero, al final, decido disfrutar de la vida. Y jugar. Cierro los ojos y lo envío:

Penny: Morenita a la que le gustan los chicos que usan bañador naranja fosforito con el cordón a juego en la playa de Tulum. Te hacía un trasero bastante apetecible.

Dejo el móvil boca abajo en la mesita de noche; no quiero ver su respuesta. ¡Qué vergüenza! Cierro los ojos en un intento desesperado por dormirme, aunque sé que no va a pasar. Mis ojos quieren abrirse para comprobar el maldito teléfono, pero mi cerebro les da órdenes para que no lo hagan. Dos minutos después, mis ojos van por libre. Se abren, y veo la pantalla iluminada del móvil.

Ha contestado.

Cojo el aparato y lo leo. Sonrío. Me esperaba algún tipo de comentario o emoticono de sorpresa por su parte al enterarse de que me había fijado en él en Tulum, pero no. Nada de sorpresa. El emoticono: el del seductor. Y el comentario:

Mike: Lo sé, por eso me lo pongo. Hasta dentro de un rato, morenita despampanante.

Decido no contestar, aunque me muera de ganas. Devuelvo el móvil a su sitio y apago la luz. Me quedo boca arriba en la cama y estoy segura de que me duermo con una gran sonrisa en la cara.

El mar: amor y odio

Voy a desayunar al comedor con mi hermana totalmente preparada para ir después directa a la playa. Llegamos justo cuando quedan cinco minutos para que cierren el bufé; nos ha costado un poquito más de lo habitual levantarnos de la cama. Aunque sin resaca. En definitiva, los tequilas de este sitio están hechos de otra pasta.

Tengo la sensación de no haber dormido más de tres horas.

«Es que solo has dormido tres horas».

Tampoco ha ayudado el hecho de que me haya cambiado cinco veces de bikini. Al final, he optado por uno de Anna; por suerte, usamos la misma talla. Normalmente, desayunamos primero, y, después, volvemos a la habitación a prepararnos: nos ponemos el bañador, organizamos la bolsa de la playa y nos echamos crema solar. Pero, hoy, yo ya he hecho todo eso.

Nos sentamos en una mesa, cerca de la ventana, desde la que podemos admirar una porción pequeña del inmenso y atrayente mar Caribe. Esperamos a que nos sirvan el café y nos levantamos para surtirnos de un buen par de desayunos copiosos. En casa soy más de desayunar poco, pero cuando tienes al alcance de la mano tantos manjares para comer... ¿Quién puede resistirse? Desde luego que Anna y yo, no.

Mentiría si no dijera que, mientras meto los trozos de pan en la tostadora, miro de reojo hacia cada rincón del comedor gigantesco en busca de un bañador naranja, y de su dueño. Después de varias pasadas por el viejo tostador, y una vez consigo tener mis trozos de pan algo calcinados, me rindo y vuelvo a la mesa: Mike no está aquí. Sacudo la cabeza para alejar tal pensamiento. ¿Por qué lo busco con la mirada? ¿Qué tiene ese chico de especial, o de diferente a los demás, que desde que lo vi por primera vez no quiere salir de mi mente? Es muy frustrante no poder ser la dueña y señora de tus propias reflexiones.

—¿Es este mi bañador rosa? —me pregunta mi hermana en cuanto me siento a la mesa y mientras sujeta el cordón del bikini que se deja ver por debajo del vestido de tirantes.

—*Sip*.

—¿Por qué te lo has puesto desde tan temprano?

—No es tan temprano.

—A mí me parece que sí. No sé ni cómo he sido capaz de levantarme teniendo en cuenta la hora a la que volvimos ayer. Caí muerta en cuanto encontré la cama. Ni te oí llegar. Por cierto, ¿Ryan está bien? ¿Qué le sucedió?

—Ya vi que roncabas, podría haberte pintado las uñas de lila y ni te hubieras enterado. —Es algo que solía hacer cuando era pequeña (y no tan pequeña, si ayer no hubiera estado borracha y cansada lo habría hecho); Anna odia el color lila—. Y respecto a Mike... no fue nada grave. —Decido al momento no contarle a mi hermana la estratagema de Mike para que paseáramos juntos desde la discoteca hasta el hotel. Me apetece que sea algo solo nuestro.

—Y, entonces, volviendo a la pregunta inicial, ¿por qué llevas mi bikini?

—Porque he quedado y es el que más me pega.

—¿El que más te pega con qué? ¿Con quién has quedado? ¿Con Ryan? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Y por qué no ha sido lo primero que me has contado en cuanto nos hemos despertado?

—Porque te has levantado ladrando.

—Malditos tequilas. Me muero de sueño. Bueno, cuéntamelo todo.

Mientras le doy un mordisco a mi pan (chamuscado) con aceite, en un intento de hacerme la interesante, me llega un mensaje. Doy la vuelta al móvil y lo leo.

Mike: Entrada a la playa junto a la piscina infantil, tercera palmera a la izquierda. Mi bañador y yo te esperamos impacientes.

Sonríó y le contesto lo primero que se me pasa por la cabeza; con Mike las palabras me salen así de fáciles. Hay dos clases de personas en el mundo: con las que tienes que mantener las formas y con las que no. Con él no tengo que ser políticamente correcta. Eso lo he aprendido en el poco tiempo que hemos pasado juntos. Sé que puedo ser espontánea, decir lo primero que se me ocurra, por muy descabellado que sea. Puedo ser yo misma, aun con mis rarezas.

Penny: En realidad solo me interesa tu precioso bañador naranja. Puedes dejarlo en la toalla, nos las arreglaremos solos.

—¿Por qué sonríes de esa manera tan asquerosamente adorable?

Levanto la mirada y veo cómo mi hermana me observa con intriga.

—No estoy sonriendo de ninguna manera.

—Trae aquí ese móvil.

Me arrebató el teléfono de la mano y lee los mensajes. Me mira con la frente arrugada.

—Ya sabía yo que esto tenía que ver con Ryan...

—Mike.

—Bah, para mí siempre será Ryan. Está muy bueno, Penny. Tíratelo.

—¡Anna!

—¿Qué?

—Eres terrible —le digo entre carcajadas.

Una vez termino de desayunar, me despido de mi hermana con un beso y abandono el comedor. De camino, paso por un cuarto de baño para lavarme los dientes.

Llego a la playa y cuento las palmeras mientras camino: una, dos y tres. No tardo ni un segundo en localizarlo. Ahí está, tumbado encima de una minitoalla, tomando el sol con las gafas oscuras puestas y con el famoso bañador arremangado hasta el inicio de sus muslos. Y juraría que lo lleva más bajo de lo normal, más caído de las caderas, hasta rozar la indecencia. Se le marcan los huesos y... «No sigas por esa línea de pensamientos». Y está mojado. Mojado de acabar de bañarse me refiero. «Joder, Penny». Es que está muy bueno. Carraspeo y lo saludo.

—Hola.

Michael se baja las gafas de sol y me hace un escaneo tan lento y minucioso que incluso me siento desnuda a pesar de llevar el vestido y el bikini puestos.

—Hola, morenita despampanante.

Me quito las chancletas, dejo la bolsa tirada en la arena y coloco mi toalla junto a la suya. Me quito la ropa y me tumbo boca arriba.

—Ese bikini va a juego con el cordón de mi bañador —me dice Mike.

Giro la cabeza hacia mi izquierda y lo miro a los ojos, dejando nuestras narices a escasos centímetros de distancia. Tiene algunas pecas esparcidas por las mejillas.

—Lo sé —lo parafraseo.

Sonríe y se sube las gafas. Ya no le veo las motitas y es una pena porque son adorables. Lo humanizan.

—Tienes pecas —le digo, mirándolo, mientras el sol comienza a calentar mi rostro.

Me devuelve la mirada, alucinado por mi superespontáneo comentario. No es para menos. Pero, bien, lo he sorprendido.

—No tengo pecas —me contesta con vehemencia.

—Muy rotundo, sí, señor. Casi me convences, si no fuera porque sí las tienes y porque las he visto. Aquí —me incorporo, le toco una mejilla y hundo el dedo en su piel— y aquí. —Repito la operación en la otra mejilla. Y, al igual que Isaac Newton afirmó que «los cuerpos son atraídos por la tierra y tienden a caer», puedo afirmar que mis dedos son atraídos por su piel y tienden a tocarla. Qué curioso. Estas cosas no me pasan a menudo.

—¿Y qué si las tuviera?

—Pues que no me trago que seas médico.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Que eres demasiado chiquillo para ser médico.

—Pues no tengo pecas, y soy médico —vuelve a afirmar con rotundidad.

Lo miro, escrutándolo con la mirada. Y se me ocurre una fantástica idea. Saco el móvil de la bolsa de la playa y abro la aplicación de la cámara de fotos. Acercó el aparato a una de sus mejillas.

—¿Qué haces? —formula la pregunta justo cuando suena el clic de la cámara.

—Sacar una foto a tus pecas, la llamaremos «Prueba Número Uno». —Compruebo la instantánea que acabo de sacar y constato con orgullo que ahí están todas sus pequitas. Se la muestro con cara de evidente autosuficiencia.

—Es por el sol —me explica entre fastidiado y divertido.

—¡Ahhh! Admites que sabías de su existencia.

—Está bien. Lo reconozco. Puedes imponerme el castigo que merezco por osar engañarte.

—Pues soy muy buena imponiendo amonestaciones, échate a temblar.

Más que *a temblar*, lo que hace es partirse de la risa y mirarme con esa lascivia que le gusta tanto usar conmigo.

—¿Qué clase de castigos?

—No los que estás pensando.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

—Porque has puesto cara de imaginarte algo sexual.

—Me has pillado. No se te escapa una, morenita.

Ahora verás, tío listo. Miro a mi alrededor en busca de algo que me dé alguna idea para el castigo que quiero imponerle. Tan solo necesito pasar dos segundos observando a los veraneantes tumbados en sus hamacas para que la idea acuda sola a mi cabeza.

—Tienes que dar una clase de zumba.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

Mike dirige la mirada hacia la playa.

—Pero no hay ningún profesor de zumba.

—No se te escapa una, morenito. —Ante su levantamiento de cejas, solo me queda reírme y explicarme—. Tú vas a ser el profesor.

—Estás de coña.

—Para nada. Acércate a la orilla y anuncia en voz alta que comienza la clase.

No me da tiempo a examinar su expresión para entrever si será o no capaz de cumplir con su cometido, porque, al momento, se levanta de su toalla, me tira sus gafas de sol y se acerca a la orilla.

—*¡Vamos, vamos! Todo el mundo arriba. Es la hora de la clase de zumba. Me llamo Mike y voy a ser vuestro instructor.* —Lo escucho gritar mientras aplaude con las manos para mover al personal.

El cincuenta por ciento de las personas que tiene alrededor se levantan al instante que escuchan la palabra *zumba*. Sabía yo que iba a triunfar. El otro cincuenta mira a Mike arrugando la frente y sin saber a qué se refiere. Ah, el idioma. Mike habla inglés y, aunque una gran parte de los turistas de aquí lo chapurrean, hay una gran mayoría que no lo hace.

—¡Mike!! —lo llamo en voz alta desde mi sitio para que me escuche. En cuanto se gira hacia mí, le grito en castellano:

—¡Clase de zumba!

Lo entiende a la primera y comienza a chillar en un español bastante torpe: «¡Clase de zumba!, ¡clase de zumba!».

La otra mitad de la gente se levanta. Mike se coloca en la orilla, con los pies en el agua y de espaldas al mar.

—*Emmm... Empezaremos con un breve calentamiento.*

Comienzan con los estiramientos. Desconozco si en zumba hay que calentar de esa manera, pero la gente lo sigue con entusiasmo y nadie rechista. Los movimientos de Mike son perfectos, enlaza unos ejercicios con otros sin pensar. «Este sabe lo que hace, *Penn*». Ejecuta los movimientos de memoria. Son ejercicios que le salen solos. Seguro que practica algún deporte y estos son los entrenamientos que hace a diario. Si yo tuviera que calentar, no sabría por dónde empezar. El único ejercicio que hago es montar en bici.

Una vez tienen los músculos estirados, comienza la clase. Ahora se lo ve más perdido y yo me río solo de verlo. ¡Está bailando! Echo la cabeza hacia atrás de la risa. Son pasos coreografiados, bastante torpes pero muy graciosos. Y todos lo copian. La gente nueva, que llega a la playa, enseguida se une al improvisado bailoteo.

Mike me mira con cara de alucinado; todavía no se cree que la gente lo obedezca. Quince minutos más de danza sin sentido y da por finalizada la clase.

—*Bien, bien, muy buen trabajo. Mañana os veo aquí, de nuevo, a la misma hora. ¡Y ahora al agua!* —Viene hacia mí dando palmaditas en la espalda a sus discípulos.

La playa retoma su rutina habitual: algunos se meten en el agua (la mayoría) y otros vuelven a tumbarse en las toallas. Me acerco caminando despacio a la orilla y me encuentro con Mike a medio camino.

—*Ha sido la clase de zumba más corta y extraña de la historia.* —Escuchamos cuchichear a varias personas a nuestro alrededor.

—*Y la más divertida.*

—¿He aprobado? —me susurra al oído.

—Todavía estoy decidiendo si ha sido una clase de zumba o de pasos de baile para principiantes.

—¡Ven aquí, incitadora!

Mike me coge de la cintura y me sube en volandas, corre hacia el agua hasta que le llega por las rodillas y me tira sin contemplaciones. Aunque las aguas de Riviera Maya son templadas, al primer segundo de contacto con el agua se me corta la respiración por la impresión. Cuando salgo a la superficie, dispuesta a vengarme con una aguadilla, descubro a Mike nadando a gran velocidad mar adentro. Se detiene y me mira.

—¡Penn! —me grita. Veo cómo mete las manos debajo del agua y maniobra con algo—. ¡Todo tuyo!

Un segundo después, su bañador cae en el agua a menos de medio metro de mí. No me lo puedo creer, se ha quitado el bañador. ¡Se ha quitado el bañador! Mi venganza queda relevada a un segundísimo plano porque ¡Mike está desnudo!

—¡Estás loco! ¡Nos van a exiliar de la playa por escándalo público!

Mientras se aproxima nadando hacia mí, cojo su bañador, lo escondo detrás de la espalda y empiezo a caminar hacia atrás, hacia la orilla. Mike cada vez está más cerca hasta que... está demasiado cerca. No puedo evitar mirar a través del agua y verlo, por el Caballo de Troya que si lo veo. Vislumbro toda su anatomía a través de las aguas cristalinas del mar Caribe.

Sujeto con fuerza el bañador mientras me alejo más y más. A ver si ahora eres tan valiente.

—Penn... —me avisa, conocedor de mis intenciones.

Pero, por desgracia para él, solo tengo que dar tres pasos para que Mike no pueda avanzar más, porque, si lo hace, quedarían demasiados atributos suyos al descubierto. De hecho, intenta arrimarse tanto a mí que se le empieza a vislumbrar el vello de, ejem, de su órgano copulador.

—Penn, no me da vergüenza salir en pelotas del agua.

—¿Nada de nada? ¿Ni sabiendo que toda esta gente te conoce? —le pregunto mientras doy vueltas a su bañador cual vaquero con su lazo.

—No exageres, ya se han olvidado de mi cara.

—Mira, papá —grita un chaval, de unos doce años, a escasa distancia de nosotros—, ese es Mike, el profesor de zumba del que te he hablado. ¡Hola, Mike!

—Hola —les saluda el aludido cubriéndose sus partes con las manos. No parecen percatarse de que no lleva bañador y siguen a lo suyo.

Cuatro saludos más de sus nuevos seguidores y...

—Vale, me rindo. Devuélvemelo.

—No, no —le digo mientras niego con la cabeza y me muerdo el labio para no descojonarme de la risa—, nos hemos hecho amigos y ahora somos inseparables.

Sigo dando pasos hacia la orilla. Se lo voy a devolver en unos diez segundos, pero quiero que sufra un poquito más.

—¡Eh, Mike! Gran clase —le gritan desde la izquierda.

—¡Gracias! Mañana la daré con mi guapísima novia, Penn —me dice señalándome—. Quédate con su cara, hacemos todo juntos, uno no toma una decisión sin la aprobación del otro.

Qué capullo.

Le devuelvo el bañador y salimos riéndonos juntos del agua. Nos tumbamos en las toallas para que el sol nos seque la piel.

—¿Eres española? —me pregunta.

Me incorporo y coloco los codos en la toalla para sujetarme.

—Sí.

—Tienes un inglés casi perfecto, pero algo había notado.

—Y tú tienes reflejos rubios en el pelo. No te los había visto hasta ahora —le digo yo.

—Se me aclara con el sol —me explica, incorporándose y sentándose junto a mí.

—Eres un guaperas.

—Jamás me habían llamado eso a la cara.

—Siempre hay una primera vez.

Mike sonrío. Es casi una sonrisa verdadera y, por un momento, tengo la sensación de que se la voy a acabar encontrando. Nos quedamos mirando el agua, hacia el horizonte. Y, en instantes como este, amo el mar.

Nuestro plácido silencio se ve interrumpido por mi hermana y por los amigos de Mike, que, al parecer, se han encontrado en la piscina y han decidido salir a buscarnos.

—Los he retenido lo que he podido —me susurra Anna al oído—. ¿Qué tal, Ryan?

—Mike —le dice este al escucharla.

—Para mí siempre serás Ryan.

—Y algún día me tendrás que explicar por qué.

Pasamos el resto de la mañana los cinco en la playa. Mike nos explica que sus dos amigos, en realidad, son sus primos, y que son hermanos. Ya decía yo que se parecían demasiado.

—¿Tus primos? —le pregunto sorprendida.

—Sí. Los hijos del hermano de mi padre.

—Sé lo que significa *primos*, listillo. Solo me ha sorprendido. Creo que jamás me plantearía a mis primos como compañeros de viaje.

Supongo que me resulta extraño porque, exceptuando a Anna, no tengo relación con mi familia. Apenas nos vemos.

—Eso es porque tus primos no son tan graciosos como los míos. Son lo mejor que hay.

—Lo dices como si no hubiera gente divertida en tu entorno.

La expresión de Mike cambia por completo, pero carraspea, disimula y cambia de tema. No le doy más vueltas.

A la hora del almuerzo, como vamos al mismo lugar, nos dirigimos juntos al comedor. Una vez allí, Mike pide una mesa para cinco sin dudarlo.

Mientras comemos, no sé en qué momento ni cómo ha surgido, pero hemos acabado hablando de la película *Regreso al futuro*. Los tres chicos están convencidos de que se puede crear una máquina del tiempo. Mi hermana los llama *frikis* una y otra vez y ellos se defienden con uñas y dientes. Los cuatro se ríen. Yo lo hago de vez en cuando, aunque no esté metida en la conversación. No puedo estarlo. Mi mente está demasiado ocupada analizando a Mike.

Lo miro mientras come y discurre a la vez. Me encanta este chico. Tiene algo que no permite dejar de observarlo. Y creo que por fin sé la razón, el motivo por el que Mike provoca sensaciones extrañas en mí: es porque es atrayente.

Hay personas que son fascinantes por naturaleza, no porque sean guapos, es solo que... atraen. Mike es una de esas personas. Lo miras y quieres saber más sobre él: quieres saberlo todo. Quieres formar parte de su vida, conocerlo, escucharlo, saber qué es lo que le gusta o no le gusta, saber en qué ocupa su tiempo libre, si se quita los zapatos según entra en casa, si pone los pies encima de la mesa cuando está relajado viendo la tele, si duerme en el lado derecho o en el izquierdo, o si es de dormir con pijama o en ropa interior o desnudo... «Ahí, quizá te has excedido, Penny».

Él sigue hablando, explicándonos no sé qué del condensador de fluzo (es un componente principal de la máquina del tiempo creada por el doctor Emmett Brown en la película). Mike es un ferviente defensor de su viabilidad. Un poco chiflado sí que está, pero hasta eso me gusta de él. Dejo de escucharlo. Me concentro en el movimiento de sus labios, en su color, en cómo pestañea, en cómo intenta explicarse gesticulando con las manos.

Cuando terminamos de comer, nos levantamos y nos dirigimos a la salida del comedor. Una vez fuera, me doy cuenta de que nuestros caminos se separan aquí.

—¿Qué vais a hacer ahora? —nos pregunta Mike.

¿Quiere seguir pasando el rato conmigo?

—Echar una siesta en la piscina —contesta mi hermana.

—Qué planazo.

—Sí, y tenemos que irnos antes de que nos quedemos sin hamaca al lado de la sombra.

Anna me tira del brazo y me mueve en dirección a nuestra habitación.

—¡Un placer conoceros, pirados del condensador de fluzo! —les grita mi hermana mientras nos alejamos más y más de su posición.

—¡Cuando lo descubramos, volveremos a este momento para patearte el culo! —le devuelve el chillido uno de los hermanos.

—¡Si eso fuera a pasar ya habríais venido!

—Coño, pues tiene razón.

Giro la cabeza y me encuentro con la mirada de Mike, hasta que nos damos la vuelta y perdemos el contacto visual.

—¡Anna! No me has dejado despedirme —le recrimino, a la vez que deja de tirar de mi extremidad.

—No sufras. Volverá.

—No sufro. Me gusta su compañía, sin más.

—Por supuesto.

Después de prepararnos en el dormitorio, nos dirigimos a la piscina y enseguida encontramos el ansiado hueco con sombra. Arrastramos un par de tumbonas y nos sentamos a lo indio para echarnos crema. Una vez he cubierto hasta el último milímetro de piel (no soporto quemarme), me tumbo y cierro los ojos.

Poco después, siento movimiento a mi alrededor. Y un ruido. Parece el sonido de algo, o alguien, empujando otra tumbona. Abro los ojos y, ¡sorpresa!, Mike está colocando una hamaca junto a la mía. Miro a mi hermana, que me guiña un ojo.

—Hola, morenita.

Lo dice como si nada, como si hubiéramos quedado aquí. Lo hace con tanta normalidad que no da la sensación de que sea una sorpresa que se haya presentado a nuestro momento siesta. Como si fuera obvio que íbamos a volver a vernos.

—¿Vienes a dormir? —le pregunto.

—Venimos. —Los primos de Mike aparecen detrás de él.

—Bien —les digo como si nada, y cierro los ojos de nuevo.

No sé cómo, pero consigo amodorrarme incluso sabiendo que Mike está junto a mí. Me pone nerviosa que me observen, y juraría que he sentido sus ojos sobre mí a pesar de tener los míos cerrados. Al final, el cansancio ha ganado la batalla.

Cuando abro los ojos, Mike no está tumbado a mi lado. Miro en derredor y lo veo dentro de la piscina tumbado sobre una colchoneta con forma de donut. Tiene las piernas separadas, una a cada lado, y los pies dentro del agua. Uno de sus brazos descansa en su regazo y el otro toca el agua. Cuando ves a una persona tomando el sol caben dos alternativas:

La primera, que solo esté con los ojos cerrados.

La segunda, que esté roque.

Enseguida te das cuenta de cuál de las dos posibilidades es, por la laxitud total que emite su cuerpo. Y estoy segura de que Mike está dormido como un tronco.

Me levanto y veo que el resto están despiertos. Les hago una señal, tanto a sus primos como a mi hermana, para que guarden silencio, y me acerco a la orilla de la piscina. Mike permanece muy cerca del bordillo. Me dispongo a meterme en el agua. Voy a tirarme a lo bomba. Mi padre, Anna y yo, cuando ambas éramos pequeñas, solíamos disputar concursos de lanzamientos a lo bomba. Y yo era bastante buena.

Me impulso con una sonrisa en la cara y...

¡Plas!

Cuando subo a la superficie descubro que la ola que ha provocado mi salto lo ha mojado por completo. Mike tiene los ojos abiertos del todo y tarda un segundo en saber lo que ha pasado.

—¡Te vas a enterar! —me avisa antes de lanzarse al agua.

Salgo lo más rápido que puedo de la piscina mientras Mike me sigue de cerca. Empezamos a correr por todo el complejo y tengo que saltar un montón de obstáculos: chanclas, bolsas, juguetes de playa, toallas, incluso a alguna persona.

—¡Perdón! —grito. Vaya susto que se ha dado el pobre hombre.

—¡Perdón! —escucho decir a Mike. ¡Mierda!, está muy cerca.

Corro hasta que llego a la playa, donde me alcanza. Me coge de la cintura y me lleva hasta el agua. Nos sumergimos juntos y nos hacemos aguadillas hasta que nos cansamos y salimos entre risas y empujones.

Nos quedamos sentados en la arena con la vista clavada en el horizonte. Cada uno absorbo en sus propios pensamientos. Yo pensando en mis padres, en lo que les sucedió. Mike disfrutando de la calma y de mi compañía, supongo. Me da pena enturbiar este momento, pero es inevitable no acordarme de ellos cuando observo el océano con tanta fijeza.

Es en momentos como este cuando odio el mar.

¿Quién fue el primero?

Pitido de aviso de WhatsApp.

Mike: Como no te des prisa, te quedas sin desayuno, morenita. Por suerte para ti, te he reservado un sitio a mi lado. Tira hasta el fondo y tercera mesa a la derecha. Soy el guaperas de pecas y reflejos dorados. Bañador verde con cocodrilos. No hay pérdida.

Su mensaje me saca una sonrisa. Me gusta tanto Mike... Me gusta conversar con él y que pasemos tiempo juntos. ¿Qué es lo que tiene este chico? ¿Qué es lo que lo diferencia de los demás? ¿Por qué nunca antes me había sentido tan a gusto con otra persona del sexo opuesto?

Hoy no habíamos quedado para desayunar. Anoche tan solo nos despedimos con otro beso en la mejilla, como en la ocasión anterior. Creo que es algo que ha sucedido de manera tácita; no hablamos de quedar, lo hacemos.

Escucho otro zumbido.

Mike: Por cierto, mis primos le han reservado un sitio a tu hermana cuatro mesas más allá. Que no se lo tome como algo personal.

Me acerco al comedor con Anna pisándome los talones y quejándose por tener que desayunar con los primos de Mike. Sé que en realidad no le importa; es por fastidiarme. Nos da vidilla.

Divisamos a mi hombre fosforito al fondo del comedor, junto a uno de los ventanales, y a sus primos, varias mesas más allá. Nos acercamos al guaperas de pecas adorables.

—Buenos días, Ryan —lo saluda mi hermana en cuanto llegamos.

—Buenos días, chicas.

—Me voy a *mi* mesa —le dice Anna con retintín mientras se aleja. Le gusta molestarme a mí y, por supuesto, al resto del mundo.

—Buen provecho, Elsa.

Se gira de inmediato.

—Anna —lo corrige.

Mike la mira fijamente. Y no es necesario que haga más, porque se le entiende a la perfección: «Si tú me llamas Ryan, yo te llamo Elsa».

—Buen provecho, Ryan.

Me siento en la silla libre y me coloco la servilleta en el regazo.

—¿Elsa? —le pregunto en busca de una explicación.

—Es la hermana de Anna, en *Frozen*.

Me río sin poder evitarlo.

—¿Conoces los nombres de las protagonistas de la película *Frozen*, de Disney?

—Por supuesto. Y el del muñeco de nieve también.

—En algún momento tendrás que contarme cómo lo sabes.

—En algún momento.

Es la frase que utilizamos cuando no queremos ahondar en detalles personales. Los dos somos conscientes de que lo más probable es que *en algún momento* no llegue nunca, pero es una manera de salir del paso.

Me fijo en su bañador, que no es solo verde con cocodrilos: es verde fosforito con minúsculos cocodrilos rosas.

—Oh, por las Barbas de Merlín, era cierto.

—¿El qué?

—El bañador de cocodrilos. ¿Y qué tienes con el fosforito?

—Es para no perderme.

Sonrío. Mike se levanta y vuelve, un par de minutos más tarde, con un vaso lleno de hielos. Vierte leche en otro vaso, le echa dos sobres (sí, dos) de Cola Cao y lo revuelve. A continuación, le añade los hielos.

—¿Quieres que te busque una Baticao?

—¿Perdona?

—Nada —le digo negando con la cabeza. Dios, ¿cuántos años tiene este chico?

—No me gusta el café —me explica. Sí, claro, a los adolescentes no suele gustarles el café. «No es un adolescente, Penny. Es mayor de edad. Puede que parezca más joven de lo que en realidad es»—, y tampoco las comidas calientes. Casi todo lo como frío.

—¿También la comida normal? Me refiero a la carne, el pescado...

—No frío congelado, pero sí templado. Todos tenemos nuestras manías.

Cierto.

«Que te lo digan a ti, Reina de los Palabros».

Desayunamos entre risas y tonteos varios. Desde que conozco a Mike, el estómago me hace cosas raras. Y cada parte de mi cuerpo está como en una especie de entusiasmo continuo.

Después de nuestro primer día en la playa, desde aquella clase improvisada de zumba, sucede algo muy curioso: la gente saluda a Mike al verlo. Muchísima gente.

En cuanto salimos del comedor, las expresiones de cortesía se suceden las unas a las otras:

—Buenos días, Mike —le dice un chaval que aparenta unos trece años.

—Hola, colega.

—Hola, Mike —lo llama un treintañero de sonrisa amable—, ¿llego a tiempo para la clase de hoy?

—Hoy la imparte mi compañero —responde mi acompañante con total naturalidad.

Lo dicho, Mike mueve masas.

—Ven, quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

—Ahora lo verás. —Me coge de la mano de manera natural, como todo lo que hace Mike, y yo me dejo llevar.

Vamos agarrados hasta que llegamos a la recepción del hotel. Una vez allí, salimos a la calle, y aparcada, justo enfrente, está la ranchera roja con la que lo vi el día de Tulum. En la caja de carga lleva una tabla de surf.

—Vamos, señorita. —Me suelta la mano y abre la puerta del copiloto, invitándome a sentarme.

—¿Es tuyo este coche?

—Durante estos días, sí. Lo he alquilado.

—¿Y la tabla?

—Alquilada también. La llevo por si acaso.

—¿Por si acaso, qué?

—Por si acaso hay que utilizarla.

Entro en el coche y observo lo deslucido que está mientras Mike da la vuelta y se sienta en el lado del conductor. Hace calor dentro y huele a viejo, a usado y a manzana verde. Es perfecto.

—¿A dónde vamos?

—A pasar el día conociendo los alrededores. Hay un sitio que quiero enseñarte. Nos va a llevar un tiempo largo solo ir y volver. Así que va a ser más viaje en coche que otra cosa. ¿Te parece bien?

—Colosal.

—Bien —me dice con la sonrisa en la boca—. Pues allá vamos.

Le mando un mensaje a mi hermana para que sepa que voy a estar fuera toda la mañana y parte de la tarde.

Penny: Me voy con Mike a pasar el día por ahí. Quiere enseñarme algo y parece que está lejos. A la noche te cuento.

Anna Banana: Disfruta y ¡tíratelo! Yo me quedo cuidando de los primos Pin y Pon. Son la bomba.

¡Por Dios, Anna!

—Ponte cómoda, el viaje es largo.

Echo el asiento para atrás, me quito las Havaianas y apoyo los pies encima del salpicadero. La radio suena a muy poca intensidad, pero es suficiente para reconocer la canción: *Sloom*, de Monsters and Men.

*The sea said goodbye to the shore so the sun wouldn't notice
The seaweed that wrapped its arms around you*

...

Enseguida me viene el recuerdo de las palabras de Mike de la otra noche: «Entonces te recordaré en cada canción». Lo miro de reojo y veo que él también me observa e intenta reprimir una sonrisa. Evito su mirada y doy golpecitos con el pie en el tablero al ritmo de la música. Segundos después, nuestras miradas vuelven a encontrarse y ninguno puede evitar sonreír. Y ahora es cuando me gustaría congelar este momento, porque la sonrisa de Mike es una verdadera..., su sonrisa verdadera. Ahí está. Ha sido solo un segundo, pero ahora la tengo grabada.

Ambos disfrutamos de la música y del momento en silencio. Mike está concentrado en la carretera. Como no quiero distraerlo, cojo la bolsa, que he dejado a mis pies, en busca de un libro. Siempre llevo libros encima. Comienzo a leer.

—¿No te mareas?

—¿Perdona?

—El libro. ¿No te marea leer en el coche?

—No. Anna y yo siempre hemos viajado mucho. Mis padres nos llevaban cada verano al Mediterráneo; es una de las costas españolas —le aclaro por si no conoce España—, y

era un viaje laaargo, laaargo. Yo siempre leía; supongo que mi cuerpo se hizo a ello. Ya sabes, la selección natural de Darwin.

—¿Y qué lees?

—*El príncipe*, de Maquiavelo.

Posiblemente sea la duodécima vez que lo leo.

—¿Nicolás Maquiavelo?

—Ajá.

—¿Te gusta la política?

Entiendo su pregunta: este libro es, en esencia, un tratado político sobre cómo los príncipes deben gobernar sus Estados.

—Me gusta la Historia.

Nos paramos en un semáforo. Es un semáforo en medio de un paraje donde no hay más. Solo la carretera a nuestros pies y el paisaje desértico. Me pregunto qué tráfico estará regulando...

Cuando se enciende la luz verde, Mike maniobra en la palanca de cambios y arranca el coche. Es un coche manual. Antiguo, destartado y manual. Y me encanta. Me siento cómoda en él.

—¿Sabes quién construyó el primer coche a motor? —le pregunto mientras iniciamos la marcha.

—¿Henry Ford?

—No, Ford fue el primero en producir automóviles en una cadena de montaje, pero no en producir automóviles. El primer coche con motor de combustión interna lo fabricó Carl Benz.

—Eres una pequeña sabelotodo, ¿eh?

—Sí, bueno, ¿y sabes otra cosa?

—¿Qué?

—No sé conducir.

—¿No sabes conducir?

—No, y no será porque mi padre no trató de enseñarme tropecientos mil veces. De hecho, aprendí lo justo para sacarme el carné de conducir, pero apenas he vuelto a coger un coche desde el día del examen.

—¿Cuántos años tienes?

—Eso es *información personal*, como tú dices, y no tiene que ver con la edad. Es solo que soy incapaz de conducir bien.

—No te preocupes, *Moneypenny*. Yo te enseñaré.

—En algún momento.

—Sí, en algún momento.

Me recuesto de nuevo en el asiento y observo el paisaje. Me alucina lo que veo, siempre lo hace. Ahora mismo, es tan solo un cartel en lo alto indicando la dirección de la carretera, pero es... la evolución.

—¿En qué piensas?

Me giro confundida.

—Estás demasiado concentrada y maravillada como para estar pensando en nada.

Bien, pues allá voy. Se lo voy a contar a riesgo de parecer un fenómeno extraño del género humano.

—Miraba el cartel de la carretera.

—¿Qué cartel?

«Pues vamos bien si el muchacho no se fija en los carteles. Tenías que haber desayunado más. Quién sabe cuándo volverás a comer».

—El que acabamos de pasar. Es tan... asombroso. —No dejo que me interrumpa—. ¿Sabes lo que había aquí mismo hace millones y millones de años? Nada. Nada salvo la propia Tierra. Una tierra virgen, con la carencia absoluta de todo lo construido por el hombre. Hasta que empezaron a hacerlo. Es como... como si cayéramos en una isla desierta, con un par de cocos y una playa. En un momento dado, descubriríamos el fuego y lo utilizaríamos para comer, para entrar en calor e iluminarnos por la noche. Nos refugiaríamos en cuevas y cavernas, construiríamos herramientas para cazar con lo único que tendríamos a mano: huesos y piedras. La caza la aprovecharíamos para alimentarnos y vestirnos. Nos iniciaríamos en la agricultura, la ganadería y el almacenamiento; descubriríamos la cerámica, la escritura. Oh, ahí empezaría la Historia y una Nueva Era. Mesopotamia y el sistema de riego. La Astronomía. Egipto y las pirámides. Las Matemáticas. La vida urbana, la burguesía, precursora del sistema capitalista; la imprenta, el descubrimiento de América, la expansión comercial, la revolución industrial, el teléfono, el barco de vapor, la bombilla, el cine, el avión, internet... Hasta llegar a ser capaces de crear un cartel que colocar en lo alto de las carreteras para informar a los viajeros de dónde se encuentran. Y todo eso lo ha hecho el hombre con sus manos y su cerebro. Y dentro de miles y miles de años, puede que ya no estamos aquí, pero estos descubrimientos se quedarán, será nuestra huella para los que vengan detrás. «Eh, nosotros estuvimos aquí y creamos un mundo increíble a partir de lo que nos ofreció la naturaleza». Si es que viene alguien. Después de todo lo que sucede y ha acontecido en el mundo: las guerras, las injusticias, las desigualdades, la maldad..., esta certeza de supervivencia hace que me sienta orgullosa de la humanidad. Que me alegre de formar parte de ella.

Me quedo en silencio, aunque sigo pensando en ello. Ojalá pudiera viajar en el tiempo y poder ver, en primera línea, toda la evolución. Sería apoteósico. Comienzo a imaginármelo (sí, no es la primera vez) hasta que siento que Mike gira el volante y conduce abruptamente hacia el arcén de la carretera. Detiene el coche en la hierba. Miro hacia atrás, anonadada

por lo que acaba de pasar. Veo el rastro de goma de neumático que ha dejado el frenazo en la carretera.

«*Penn*, se ha cargado media rueda, fijo».

Lo miro sin entender nada.

—¿Qué ocurre?

Se quita las gafas de sol, pero no me contesta. Nos hemos quedado debajo de un árbol, a la sombra. Imito su gesto. Me sujeta la nuca y acerca nuestras cabezas. Me mira con detenimiento, primero, a los ojos; luego, a la boca. Tardo un segundo en darme cuenta de lo que está a punto de suceder, justo cuando sus labios chocan con los míos y... me besa.

El corazón se me sale del pecho. He pasado, en segundos, de estar en la Prehistoria construyendo vasijas a estar besándome con Michael. Y se le da alucinantemente bien. Me abre la boca y nuestras lenguas se encuentran. Sabe bien, se siente bien. Me gusta bastante más que lo de las vasijas. Creo que el gemido que se me escapa le da alguna pista, porque noto cómo sonrío en mis labios.

Muchos chicos me han besado, tengo treinta años, pero jamás me habían besado así. Jamás había sentido tanto. Jamás había deseado no hacer otra cosa en el mundo. Me sorprendo por mis propios pensamientos.

Vaya con el rollito del verano, sí que sabe lo que hace; quizá debería tirármelo, como dice Anna...

Cuando Mike separa su boca de la mía, empiezo a ser consciente de mi alrededor. El mundo había desaparecido. En la radio suena *Up Where We Belong*, de Joe Cocker. Es la banda sonora de la película *Oficial y Caballero*. Abro los ojos y me encuentro con los suyos, tan azules, tan brillantes, tan suaves, tan... preciosos.

—Acabas de resumir la Historia de la Humanidad en menos de un minuto y medio. Me ha parecido acojonantemente sexi.

—Ehhh...

No sé qué decir. ¡Me he quedado muda! Y siento un aleteo en el estómago que no sé qué significa.

—Pero te has dejado la parte de los besos. El hombre también aprendió a besar.

—Ehhh, sí.

—Y tan solo una puntualización más.

—¿Qué?

—No creo que cayendo en una isla cualquiera, con tan solo un par de cocos y una playa, consiguiéramos todo eso. Ahí se te ha ido un poco la mano, *Penn*.

Le pego un golpe en el brazo para mostrarle mi indignación, que todo lo que provoca en él es que se ría aún más.

—Era un ejemplo —me justifico.

—Sigamos.

Mike me da un beso corto en los labios y emprendemos la marcha. Un beso corto que me deja con ganas de más. Nos adentramos de nuevo en la carretera, pero no es lo mismo. Porque Mike me ha besado. ¡Le gusto! ¡Yo! Y él a mí, también. Mi corazón no reposa tranquilo, no se ha recuperado del suave aleteo que ha venido después del beso y que me encanta.

«¿Suave aleteo? ¿Así llamas al pálpito acelerado y violento de tu corazón?».

Sí.

Ahora soy mucho más consciente de las acciones de Mike; creo que mi cuerpo está en alerta permanente, esperando la siguiente señal o preguntándose si debería tomar yo la iniciativa para el próximo movimiento. La voz de Mike interrumpe mis pensamientos.

—¿Quieres jugar a quién fue el primero?

—¿A qué?

—Como lo del primero en construir un coche. Cada uno formula una pregunta y a ver quién gana.

¿A ver quién gana? ¿No acaba de escucharme resumir la *Historia de la Humanidad en menos de un minuto y medio*? ¿Eso no le ha dado ninguna pista?

«No seas resabiada».

—No me pongas esa cara de listilla sabelotodo —«¿Ves?»—, estoy seguro de que sé más que tú.

—Bien —acepto—. Empieza tú.

—De acuerdo. A ver..., ¿quién fue el primer DJ de la historia?

—Ron Diggins, británico. Ingeniero de radio. En 1947 construyó la Diggola, primera *mesa de mezclas* de la historia de la música. Incluía dos platos, luces, micrófonos, un amplificador y una decena de altavoces. Y te diré aún más...

—¿Más?

—Estaba hecha sobre una base de madera de ataúd.

—Humm..., esa era fácil —me dice con fastidio.

—¿Tú sabías la respuesta?

—Eh, sí, sí, por supuesto que sí.

¡Será mentiroso! Pero no me importa, porque ahí está de nuevo esa sonrisa.

—Me toca. —Me coloco de lado, mirándolo, para intimidarlo—. ¿Quién fue el primer médico?

—Ah, pregunta para pillar. Todavía no te crees que sea médico.

—No has llegado a convencerme...

—Pues te diré que el primer médico fue aquella primera persona que tendió su mano para ayudar a alguien a levantarse del suelo, curó sus heridas y lo hizo sentir mejor tras el dolor del golpe.

Carámbanos, no podría haberme dado una respuesta más perfecta.

—Vaya..., buena contestación —reconozco.

—No es mía, lo leí en internet, pero te diré aún más.

—¿Más? —parafraseo yo también.

—Estoy seguro de que fue un chico. Tenía el pelo castaño con reflejos rubios, alguna peca que otra y los ojos claros. Estaba paseando, muy tranquilo, por la cueva, cuando vio que la empollona sabelotodo de la manada, una morenita bastante mona, se cayó al suelo por patosa, y él, como era un caballero, la ayudó a levantarse.

—Mira que eres tontito. Y el término *manada* se utiliza para animales.

—Estamos empatados. Me toca. ¿Quién fue el primer hombre que pisó la Luna?

Sospecho al instante. Tiene que ser una pregunta con trampa. Es demasiado sencillo.

—Neil Alden Armstrong —respondo dudosa.

—¡Respuesta equivocada! La respuesta correcta es que el hombre aún no ha pisado la Luna.

—Sí ha pisado la Luna.

—No, no lo ha hecho.

—Los libros dicen que sí.

—Y las pruebas, que no. ¡He ganado!

—¿Cómo que has ganado?

—Ganaba el mejor de dos. Tú has fallado y yo, no.

—¿Desde cuándo? No hemos quedado en eso y aún podemos empatar; además, en la de la Luna tengo yo la razón.

—En la Luna estás tú. No te has enterado de las reglas porque estabas atontada pensando en el beso que te he dado.

—No hemos hablado de reglas y no estaba atontada por el beso.

—A mí me ha parecido que sí.

—Eres un creído. Y un tramposo.

—¡Qué mal perder tienes, Penn! No pienso jugar nunca contigo al Monopoly.

Y así, tras un par de horas y de varias discusiones maravillosas, llegamos a nuestro destino. No soy consciente de ello hasta que veo cómo Mike desacelera el coche y fisgo por la ventana. Hemos llegado a una playa. Una playa pequeña y desierta. Una playa que tiene la pinta de ser toda para nosotros.

—Ya hemos llegado —me dice mientras mete la ranchera en la arena y la detiene en mitad del arenal.

—¿Dónde estamos? —le pregunto al bajarme del coche.

—Aquí está tu playa, la de los dos cocos donde empezó el rollo de la evolución.

¿Cómo? No es posible.

—Lo de la evolución te lo he contado por primera vez hace un rato, ¿cómo lo has hecho?

—La verdad es que no sabía a dónde nos dirigíamos, solo quería montarte en un coche y hasta donde nos llevara. Sin planes. He divisado esta porción de mar desde la carretera y me ha parecido un buen destino.

—No hay nadie.

—No, por eso he parado. ¿Cuántas playas crees que habrá en Riviera Maya sin explotar?

—No tengo ni idea.

—¡Qué novedad!

—Idiota.

—Ponte cómoda.

Me siento en la caja de carga, al lado de la tabla de surf. Me apetece ver el panorama desde aquí. Mike abre la puerta de los asientos traseros de la ranchera y coge algo.

—¿Qué tienes ahí?

—He pensado que incluso una listilla como tú tardaría algo de tiempo en hacer fuego y buscarnos alimentos, y, como no tenemos todo el día, he traído el almuerzo.

—¿Lo has cogido del hotel?

—Sí, sabía que no volveríamos hasta la noche y no estaba seguro de encontrar algo para comer en nuestra pequeña aventura por la carretera.

—Bien pensado.

—¿Tienes hambre?

—Sí, bastante.

Abro la bolsa y saco un par de bocadillos de jamón y queso, unos refrescos y varios paquetes de patatas. También un par de manzanas y dos botellines de agua. Es la mejor comida campestre que he hecho en la vida.

Mike se desprende del polo y se queda solo con el bañador de cocodrilos puesto. Me río. Mike siempre me hace reír. Me quito mi camiseta blanca de tirantes, los pantalones cortos amarillos y me quedo en bikini. Tengo mucho calor.

Los dos nos bajamos las gafas de sol y comemos encima de la ranchera, observando el mar e imaginándonos cómo sobreviviríamos de ser esto una isla desierta y estar los dos solos.

—Tendríamos que liarnos —me dice Mike tomando un sorbo de su refresco—. Si somos los únicos habitantes de la Tierra, sería nuestra obligación.

—Quizá no seamos los únicos. Puede que haya otra *tribu* —enfático la palabra «tribu», que no manada— por ahí y nos encuentre.

—No, qué va. Estamos solos y tenemos que liarnos. Procrear y formar nuestra propia manada. Sí, así tiene que ser.

Me río y lo dejo por imposible.

Después de pegarnos un baño y de una minisiesta, emprendemos el viaje de vuelta. Por más que quiera retrasarlo, hay que volver. El trayecto se me pasa volando y, antes de darme cuenta, estamos en la entrada del hotel. Mike aparca el coche y me acompaña a mi habitación; quiero darme una ducha y cambiarme de ropa antes de ir a cenar. Y, de paso, ver si está mi hermana.

—Te devuelvo sana y salva —me dice Mike en cuanto apoyo la espalda en la puerta de mi habitación.

No quiero entrar.

—Me lo he pasado genial.

—Me alegro.

—¿Te veo en la cena?

—Sí, en la cena.

No, no. No quiero entrar. Pero no sé qué más decir. Me apetece pasar más tiempo con él. No sé qué puedo hacer para que no se vaya.

—Bien, hasta luego, entonces —se despide.

No, ni hablar. De *hasta luego* nada. Quizá sí pueda hacer algo. Quizá pueda hacer lo que llevo queriendo hacer todo el día: me lo voy a tirar. Una alegría para el cuerpo. Me apetece pasar un buen rato y sé que él puede dármelo.

—Me parece que no.

Mike se sorprende por mi respuesta. «Pues espera y verás». Lo agarro de la camiseta y acorto la distancia que nos separa. Me pongo de puntillas y aproximo mi boca a la suya con agresividad. La sorpresa solo le dura dos segundos. Y un segundo más que tarda en tomar la iniciativa.

Me empotra contra la puerta y estrecha, aún más, nuestros cuerpos. Yo paso los brazos por detrás del suyo y él me abraza la cintura.

—*Ejem, ejem.*

Creo que eso ha sido algún huésped escandalizado llamándonos la atención. Mike nos mueve sin dejar de abrazarme.

—¿A dónde vamos?

—A mi habitación.

—¿Y tus primos?

—En su habitación, supongo, ¿a quién le importa?

¡Sí! ¿A quién le importa? ¡Tienen su propia habitación!

—A nadie.

—No, a nadie.

Aquella primera vez

Abrimos la puerta del dormitorio de Mike y entramos a trompicones. No me fijo en nada. Podríamos estar entrando en la lavandería, o incluso en una cueva que nos llevara al fantástico mundo de *Dragones y Mazmorras*, y no me daría cuenta. Creo que Mike, tampoco.

Enreda las manos en mi pelo y me apoya contra la pared. Nos besamos con fuerza, con ganas. Nuestras lenguas chocan y pelean por ser la primera en explorar la boca del otro. Quiero tocarlo por todas partes. Le muerdo el labio inferior mientras bajo las manos por sus costados y le agarro el borde de la camiseta, que, evidentemente, sobra. La levanto y se la saco por la cabeza. Durante apenas un segundo, dejamos de besarnos. Demasiado tiempo para mantener mi lengua fuera de su boca y, a la vez, poco tiempo para poder contemplar el cuerpo que esconde debajo de la ropa.

Luego, me digo.

Los dos jadeamos, y eso que aún no hemos comenzado. Cuanto más gime él, más deseos tengo de tocarlo, de acariciarlo. De descubrirlo.

Mis manos se apresuran a deshacer el nudo del cordón de su bañador con un solo pensamiento: poseerlo. Lo agarro por la cinturilla y lo deslizo por sus musculosas piernas hasta los tobillos.

Uff, qué piernas.

Mike se encarga de quitárselo con un par de patadas. Zapatillas incluidas. Por fin lo tengo desnudito, todo para mí.

Deslizo las manos por sus dedos, por las manos, le acaricio las muñecas, los antebrazos, el codo...

Uff, qué brazos.

—¿Qué deporte practicas?

—¿Qué? —me pregunta Mike, perdido por completo. El sonido de su voz, amortiguado por la piel de mi mandíbula.

—Nada. Luego.

—Hmmm...

Me desabrocha los pantalones cortos y los baja por mi cuerpo a la vez que besa y acaricia con suavidad todo aquello que tiene al alcance. Me besa la cadera, los muslos, las rodillas, las piernas, los tobillos. Vuelve con sus manos a mi cadera y desliza con suavidad la parte inferior de mi bikini hacia abajo; me lo quita y lo lanza al fondo de la habitación, junto con mis pantalones y las sandalias.

—Y ahí está el lunar... ¡Sabía que lo había visto!

Como mis manos siguen enredadas en su pelo, aparto su cabeza de mi lunar, que está justo encima de mi monte de Venus, y lo miro a los ojos.

—Todavía no me puedo creer que lo vieras.

—Y yo no me puedo creer que se te cayera la toalla delante de mis narices. Fue la hostia, Penn.

—Penélope. Penny. —A estas alturas, no sé por qué me molestó en corregirlo. Me ha salido solo. Sé que para él voy a ser *Penn* de aquí al final de las vacaciones. El poco (o más bien nulo) caso que Mike hace a mi corrección me lo confirma.

Me besa el lunar y va bajando...

Me cuesta seguir manteniéndome en pie, así que aferro con fuerza el pelo de Mike, lo levanto, lo empotro contra la pared y lo arrastro hasta que quedamos los dos sentados en el suelo. Mike abre las piernas y yo me siento encima de ellas. Se deshace de mi camiseta y me mordisquea el cuello a la vez que me desabrocha la parte de arriba del bikini y me baja los tirantes. Acerca sus labios a mis pechos y lo sujeto más fuerte del pelo.

—Joder —exclama con la voz enronquecida por el momento.

Estira la mano y llega hasta su pantalón. Saca un preservativo de la cartera y se lo pone.

Siento su dureza en mi abdomen. Me incorporo y me dejo caer sobre ella.

—La hostia, Penn.

Gemimos al unísono y comenzamos a movernos. Lo rodeo con una pierna y Mike echa la cabeza hacia atrás, chocándola contra la pared. De su boca abierta no salen más que gemidos.

Le paso las manos por la espalda, llena de sudor, y acerco mi pecho al suyo para sentirlo con todo mi ser. Mike me atrapa el labio inferior entre los dientes mientras se introduce más profundo dentro de mí y me agarra el trasero con las manos.

Unos movimientos más y mis músculos se tensan. El ramalazo de placer del orgasmo que me sube por la espina dorsal hace que le muerda el labio con fuerza. Enseguida noto el sabor de su sangre en mi boca. Y enseguida noto, y escucho, el placer que mi acto ha provocado en él, que, en dos segundos, termina en mi interior.

Escondo la cabeza en su cuello e intento recobrar la respiración. Cuando me calmo, me levanto con cuidado y me tumbo de espaldas en el suelo para terminar de recuperarme. Mike se quita el preservativo, le hace un nudo y lo deja en el suelo mientras se acuesta a mi lado.

Nos quedamos tumbados de costado, uno frente al otro, agotados por el esfuerzo. Su mirada, azul oscura, se queda fija en mis ojos. Su pelo es un desastre y tiene el labio hinchado por mi mordisco. Está para comérselo. Otra vez.

Ahora puedo observarlo a placer, a pesar de la poca luz que se filtra por la ventana. En algún momento, entre mordeduras y deslizamientos de ropa, ha anochecido.

Exploro con las yemas de los dedos, y con la mirada, el musculoso pecho de Mike: los abdominales perfectos, la piel lisa de sus costillas, el suave vello que nace de su ombligo...

Sus pulgares me imitan y se deslizan por mi ombligo también.

Sus pulgares se deslizan por mi vientre.

Sus pulgares se deslizan adelante y atrás sobre mis pezones.

Mi piel comienza a calentarse de nuevo bajo sus caricias.

—Y allá vamos otra vez —digo en voz alta.

Mike se parte de la risa por mi comentario, tiembla y todo por las carcajadas.

Qué gozada verlo así. Es adictivo. Me pasaría el día entero haciéndolo reír. Bueno, todo el día no. También me gusta escucharlo gemir.

—Me haces reír, Penn. —Me toca la nariz—. Eres muy graciosa.

—Ya me he dado cuenta.

—Sigamos con el *allá vamos otra vez*.

Seguimos tumbados en el suelo, acariciándonos y explorándonos. Reteniendo en la memoria las curvas del otro.

—¿Y la cama? —le pregunto.

—Para el siguiente.

Regresa a su cometido y yo me deshago entre mil sensaciones.



Me despierto por la mañana a causa de unos horribles gritos de júbilo que vienen de fuera. Alguien está exultante y ha tenido que exteriorizarlo en el momento exacto en que pasaba por mi habitación. No, espera, por mi habitación, no. Los recuerdos de la noche anterior vienen a mi cabeza. Al final, en el tercer y último asalto, llegamos a la cama.

Abro el ojo. No del todo, lo justo para ubicarme; me cuesta abrir los ojos por la mañana. Hay muchísima luz en la habitación. No sé cómo no me he despertado antes, no sé cómo no me he desvelado. Debimos de dejarnos las cortinas abiertas. Eso, o Mike se ha levantado antes que yo y las ha corrido.

Mike.

Estoy de espaldas, pero supongo que la mano que tengo encima de uno de mis pechos es de él. Y la pierna encima de la mía, también. Escucho su respiración regular cerca de mi oído. Y no solo la escucho, la siento. El suave aliento. El cosquilleo en mi piel. Me doy la vuelta, muy despacio, para no despertarlo.

Hay personas que son guapas hasta cuando duermen. No importa que tengan la boca semiabierta y el pelo disparado en todas las direcciones. No importa que parezcan vulnerables, que dé la sensación que hay que protegerlas de algo. No importa que Mike me resulte tan indefenso. Está guapísimo en semejante estado de abandono y vulnerabilidad.

Un pitido me saca de mis pensamientos. Miro hacia el suelo y veo mi móvil tirado en medio de la nada, con la pantalla iluminada. Me estiro y lo cojo para ver qué hora es.

Vaya, las doce del mediodía.

Tengo un *whatsapp* de mi hermana. Me apoyo en el cabecero de la cama y lo leo mientras sigo observando cómo duerme Mike. Con mi movimiento, la sábana ha quedado debajo de su ombligo. Su brazo aún descansa en mi regazo. Su pierna, aún sobre las mías.

Anna Banana: Solo necesito una palabra para saber que estás bien.

Le contesto al instante.

Penny: Sí.

Las sábanas se mueven, casi de manera imperceptible, al ritmo de la respiración de Mike, justo en la parte del abdomen. Me entran ganas de apartarlas y dejarlo al descubierto. Ayer, con la poca luz, apenas pude verlo. Y me apetece ver a Mike desnudo.

Anna Banana: Y otra para asegurarme de que te lo has tirado.

Penny: Sí.

Algo en los labios de Mike me llama la atención. Tiene una herida. Un bultito rojo en mitad del labio. ¡Mi mordisco de anoche! «Qué bruta eres, Penny».

Anna Banana: Esa es mi chica. Te quiero. Disfruta. Te veo luego.

Dejo el móvil en la mesita, al lado de la cama, y aparto, con mucho cuidado, el brazo de Mike de encima de mí. Me da pena alejarlo, pero tengo que levantarme. Repito la misma operación con su pierna.

Pesa.

Me bajo de la cama, en toda mi desnudez, para ir al baño. Siento el frescor de las baldosas de cerámica en las plantas de los pies. Después de satisfacer mis necesidades fisiológicas, me lavo la cara e intento peinarme sin éxito. Entonces lo veo: he perdido un pendiente.

Mierda.

Tengo que recuperarlo. Vuelvo a la habitación y busco por el suelo. A cada paso que doy y encuentro esparcidas nuestras prendas de ropa, las levanto y las agito, pero nada. No está. Y no es que sea un pendiente grande, al revés, es bastante pequeño. Inspecciono el suelo con paciencia. Nada. He mirado por todas partes. Me siento en el colchón a la vez que suelto un fuerte resoplido por la boca.

«Debajo de la cama no has mirado».

¡Es verdad!

Me agacho y me meto debajo de la cama para buscarlo. Barro con las manos cada palmo. El espacio aquí es bastante amplio. Nada que ver con la cama de mi casa. Y está increíblemente limpio. Nada que ver con la cama de mi casa.

En plena búsqueda, el somier, que tengo encima, comienza a moverse y a hacer ruidos.

—¿Penn?

—Aquí —le grito desde mi precaria situación.

Más movimiento de somier y más ruidos.

—¿Dónde?

—Debajo de la cama.

—¿Debajo de...? ¿Qué?

Levanto la mirada y veo cómo asoma la cabeza enfrente de mí. Hasta boca abajo está mono.

—¿Qué haces ahí? —me pregunta aún con la voz ronca por el sueño.

—He perdido un pendiente.

Hace un gesto con la mirada para que le siga explicando los hechos.

—No quiero arriesgarme a que se me olvide y limpien la habitación. Nunca me los quito. No tienen nada, son muy sencillos, pero me los regaló mi madre. No puedo perderlos.

—Se me está bajando la sangre a la cabeza en esta posición.

Me río y, cuando voy a decirle que se levante y me espere con la cabeza boca arriba, veo algo brillante cerca de una de las patas. ¡Es mi pendiente!

—¡Lo encontré!

¿Cómo habrá llegado hasta aquí?

«Lo más probable es que haya sido en alguno de los dos polvazos salvajes que echasteis fuera de la cama».

La cabeza de Mike desaparece de mi vista. Repto por las baldosas adoquinadas y salgo por su lado de la cama. Saco la cabeza y lo observo todo. Hasta ahora solo me había fijado en el suelo.

—Qué habitación más bonita. Es más grande que la mía.

Tiene hasta dos columnas que separan la parte de la cama de un pequeño espacio que hace las veces de comedor.

—Hola —me saluda con picardía.

Me doy la vuelta y me quedo tumbada de espaldas en el suelo. Mike ha asomado la cabeza de nuevo y me mira aún medio adormilado. Observo su rostro. Es tan guapo... No puedo evitar sentir una necesidad imperiosa de agarrarlo del cabello y bajar su cabeza hasta mi altura.

—Ven aquí.

Le meto los dedos entre el pelo y lo beso. Siento el sabor de la herida que le hice en el labio. Lo pilla por sorpresa mi arrebato, pero enseguida reacciona. Apoya las palmas de las manos en el suelo y esboza una sonrisa antes de devolverme el beso. Poco a poco, se va deslizando hasta que salta de la cama y me arrastra con él fuera de ella. Se coloca encima. Los dos estamos completamente desnudos. Y otra vez, en el suelo.

Mike me muerde el labio antes de besarme la mandíbula con la boca abierta. Baja por el cuello, que yo estiro para darle mejor acceso. Sigue por los hombros y el pecho. Le hundo las uñas en la espalda y le rodeo el trasero con las piernas. Nuestros sexos se rozan, y las respiraciones y los pulsos se aceleran hasta que solo se escuchan los sonidos rítmicos de nuestros jadeos.

Después del asalto matutino, nos quedamos, otra vez, tumbados en el suelo boca arriba. Satisfechos y exhaustos. He tenido más sexo en las últimas horas que en los últimos tres años. Giro la cabeza y me maravillo con la pinta que tiene Mike de recién follado.

—*Wa shubi dubi du, wa shubi dubi du, wa shubi dubi du waa waa. Me duele la cara de ser tan guapo... Me duele la cara de ser tan guapo...*

—¿Qué cantas? —me pregunta.

¿Cómo? ¿Cantar?

—No me he dado cuenta de que estaba cantando —reconozco, sorprendida por mi arranque musical.

—Si solo fuera eso... También chasqueabas los dedos.

—¿En serio?

—Ajá.

Vaya.

—Es... —reproduzco lo que hacía mi cabeza y reconozco la música—. Es una canción de Los Inhumanos que solía escuchar con mi padre. Estaba pensando en ti y me ha salido sola.

—¿Y qué dice?

—*Me duele la cara de ser tan guapo... Me duele la cara de ser tan guapo* —le canto, ahora consciente de hacerlo.

—No entiendo una palabra. ¿Es español?

—Sí.

—¿Qué significa?

Se lo traduzco al inglés.

—Me duele la cara de ser tan guapo.

Se ríe, se ríe de verdad. A carcajadas. Con esa sonrisa que, joder, es preciosa. Me reitero: tengo que hacerlo reír más.

—Eres única, Penn.

Un calorcillo muy agradable me sube por el pecho. Me gusta la idea de ser única. Me gusta mucho la idea de ser única para Mike. ¿Qué significa?

Me da un besito en la nariz y me ayuda a levantarme del suelo. Vamos juntos al baño a asearnos.

—¡Eres una caníbal! —me grita desde el espejo mientras yo abro la ducha. Se ha visto el labio.

—¡Eso ya lo tenías! —le digo, haciéndome la inocente.

—¡Te la pienso devolver por diez! Y no en el labio.

Me meto en la ducha a todo correr y doy un grito porque el agua todavía está fría. Aunque poco me importa, porque Mike enseguida está pegado a mi cuerpo.

Más tarde...

—*Me duele la cara de ser tan guapo...* —Lo escucho cantar mientras sale de la ducha y se dirige en pelota picada a la habitación. Estallo en carcajadas.

—¡Cantas fatal!

Después de vestirme y alguna carantoña más, entro en mi dormitorio. Enseguida noto que mi hermana está dentro. Me dejo caer de espaldas en el colchón y suspiro. Para Anna y para mí no son necesarias las palabras. Se tumba junto a mí.

—No le pega para nada llamarse Mike. Jamás se lo hubiera puesto.

—Yo creo que le queda perfecto.

—Sí, lo sé. Por cierto, ¿qué es esa marca que tienes en el moflete? —«Si solo fuera en el moflete... de la cara»—. ¿Un mordisco?

Vacaciones de verano

El resto de días que nos quedan de vacaciones no nos separamos para casi nada. Ni para dormir. Bueno, dormir..., dormir más bien poco.

Lo habitual es que andemos los cinco juntos, pero Mike siempre encuentra la manera de que nos escabullamos para pasar un rato los dos solos. Y mi hermana siempre está encantada con los planes de Mike.

—Hola, Mike. —La gente sigue saludándolo por los pasillos del hotel.

—¡Eh, Mike! Te echamos en falta en la clase de ayer.

Es increíble que sigan hablándole así cuando solo dio una clase hace días. Y, hablando de eso, mis clases particulares de conducción comienzan el día siguiente de nuestra primera noche juntos y se suceden durante el resto de las vacaciones.

—¡Para! ¡Para! —me grita Mike en nuestra primera clase.

—¿Qué pasa? —le pregunto, sobresaltada, mirándolo con los ojos como platos.

—¡Mira a la carretera y frena, coño!

—¿Dónde?

Miro alrededor y solo estamos la selva, la carretera, Mike y yo. No hay ningún aparcamiento.

—¡Donde sea!

Reduzco las marchas hasta que llego a primera y me detengo. Giro la cabeza y miro a un sofocado Mike con mi mejor cara de inocente. ¿Qué he hecho mal?

—¡Joder! ¿Dónde has conseguido el carné de conducir? ¿En una tómbola? —me pregunta mientras se pasa repetidamente las manos por el pelo.

—¡Claro que no! —le digo, ofendida, a la vez que le pego un golpe en el brazo por la indignación. También le miro el cabello, que le ha quedado ridículamente atractivo.

Mike se ríe. No conmigo. De mí. Yo le dejo.

—De verdad, Penn, ¿qué pirado te ha dado a ti un carné de conducir?

—Me lo saqué en el pueblo de mi padre. Me dijo que era ahí o en ningún sitio. Es una localidad pequeña, con pocas carreteras y una sola cuesta, donde tuve que aparcar, por cierto —le digo mientras recuerdo el sudor que segregué aquel día. Por todas partes. Estoy

bastante segura de que cualquier otro examinador, que no fuera compañero de batallitas de mi padre de la infancia, me hubiera suspendido solo por realizar diecisiete maniobras para aparcar (entre otras cosas). Y no es un número al azar. Diecisiete. Aquella es una cuesta terrorífica.

—Esto va a requerir más tiempo del que pensaba —masculla mientras da suaves caricias al salpicadero.

—¿Qué haces? —le pregunto con la frente arrugada.

—Le estoy dando ánimos al coche y todo mi apoyo incondicional.

¡Idiota!

???

—Joder, acabo de ver pasar toda mi vida por delante de mis ojos. Es tal como lo cuentan.

Lo miro con mala cara.

—¡No seas exagerado!

—Penn, amor, por enésima vez, esto no es el París-Dakar.

—¿Crees que iba demasiado rápido? —consigo preguntarle después de quedarme desconcertada durante unos segundos (no sé cuántos) por la impresión que me ha producido esa expresión de cariño con la que se ha dirigido a mí.

—No, qué va —me dice con evidente ironía—. Ven aquí, mi pequeña Colin McRae.

Ruedo los ojos, pero me dejo hacer. Es tan mono. Y me ha llamado *amor*.

???

—¡No pongas punto muerto mientras bajamos por esta cuesta infernal!

—¡Pero me has dicho que me prepare para frenar ahí abajo! —me defiendo.

—¡Sí, *ahí abajo*! Dentro de trescientos metros.

—Pero ayer me dijiste que no bajara todas las marchas antes de frenar, que metiera punto muerto.

—Sí, joder, pero cuando estás a poco de detenerte y en segunda o tercera como mucho, no ahora.

—Me lías, Mike, me lías.

—Penn, mete la marcha, por Dios.

Lo miro un segundo para recriminarle con la mirada que me enrede tanto con sus explicaciones. ¡O meto punto muerto o no meto punto muerto! Lo que hace que me gane otra bronca.

—¡La carretera, Penn, la carretera!

Meto cuarta y, poco después, detengo el coche donde me ha señalado Mike minutos antes. Mike, que permanece agazapado contra la puerta muy sujeto a la agarradera de la parte superior cerca del techo. ¡Pero qué exageradito es!

—¿No has notado la inestabilidad del coche? —me pregunta.

La verdad es que sí que lo he notado. ¿Era por ir a sesenta kilómetros por hora en punto muerto?

—Apenas —miento.

—Acabas de quitarme todo el moreno que tanto me ha costado conseguir. Me lo noto —me dice, tocándose la cara.

Arranco el coche rodando los ojos, una vez más.

—Y, Penn, sé que te tengo loca, pero deja de mirarme y estate atenta a la carretera.

—¡Qué crédito te lo tienes!

—A la carretera, Penn —me dice, a la vez que posa la palma de la mano en mi muslo y lo acaricia con suavidad.

???

—¡No pongas la radio!

—¿Por qué? —le pregunto ceñuda.

—Porque no —responde tajante.

???

—Mike, no puedo arrancar. No va el coche. No funcionan los pedales.

—Quita el freno de mano.

¡Ouch!

???

—¿No deberías ir relajado, con la ventana bajada, el brazo apoyado en ella y dejándome poner música como cuando conduces tú?

—¡Ni loco!

???

—Frena y estaciona ahí. Vamos a detenernos un rato mientras te explico varias cuestiones teóricas.

Detengo el coche y lo miro con atención.

—Pues sí que has perdido el color de la cara, Mike. Y se te notan las pecas todavía más, don *Esculpadelsol*.

Ay, si las miradas matasen...

???

—Tranquila, Penn. Esto ya es algo personal. Por mis pelotas que aprendes a conducir.

—A ver, conducir sé. Solo tengo que pulirme.

Mike me mira con la ceja arqueada.

—Por mis pelotas, Penn. Por mis pelotas. Arranca.

Espero que esté seguro. Porque no me gustaría que perdiera sus pelotas. Me gustan sus pelotas.

???

Entre clase y clase, uno de los días, a Mike se le ocurre apuntarnos a los cinco a una excursión a hacer *snorkel*. Creo que necesita estar un rato tranquilo sin jugarse la vida.

—¿*Snorkel*? —le pregunto, dubitativa—. ¿No es una actividad muy de turistas?

—Es a tope de turistas, Penn. Sin carreteras, sin olor a rueda quemada, sin nada que se cale. Sin el corazón palpitándome a mil por hora, y no en el buen sentido. Lo pasaremos bien.

Me rodea los hombros con el brazo y me dirige hacia el punto de encuentro donde hemos quedado con mi hermana y sus primos. Nos subimos en una pequeña barca a motor con varias parejas más y nos adentramos en el mar. Cuando no se ve tierra a nuestro alrededor, el monitor detiene la lancha y nos indica con la mano la zona por la que vamos a bucear. Nos ponemos el chaleco salvavidas, las aletas, el tubo, las gafas y nos lanzamos al

agua. Anna y yo, a *lo bomba*, Mike y sus primos, en un perfecto y sincronizado tiro *de cabeza* en grupo.

—¡Eh, Ryan! —le dice Anna a Mike desde el agua—. Ni una gotita habéis salpicado, qué profesionales. Casi ni os despeináis.

—Mi querida Elsa, lo mismo hubiera dado que salpicáramos. Con vuestro salto habéis empapado por completo a los colegas que siguen en la embarcación.

Tanto mi hermana como yo nos damos la vuelta y nos fijamos en las parejas que aún permanecen en la barca y que nos miran francamente mal.

Vaya, sí que están mojados. Pelo chorreante por la frente y todo.

Anna y yo nos comunicamos en una conversación silenciosa: «¿Hemos sido nosotras?».

—Sí —nos contesta Mike.

«Pues sí que nos va conociendo».

—Ven aquí antes de que alguien venga a hacerte una aguadilla —me dice Mike mientras me aleja del grupo.

Nadamos como podemos con los chalecos salvavidas y nos separamos tanto de los nuestros como de las parejitas con malas pulgas.

—Mira lo que le he birlado al monitor —me confiesa Mike cerca de mi rostro. Yo sigo peleándome por ponerme bien las malditas gafas. Y no es fácil cuando estás dentro del agua. Nunca se me han dado bien estos cachivaches, siempre me entra agua y no consigo ver nada. Me las quito con fastidio y presto atención a lo que me dice.

Tiene el puño cerrado y lo abre para que vea lo que hay dentro.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—Ahora verás. Ven conmigo.

—¿A dónde? —No hay demasiados sitios a donde ir, solo está la barca y el agua.

—Abajo.

—Espera que me coloco las gafas.

—Ya te las pongo yo. Ven.

Se coloca detrás de mí y me rodea la cintura con los brazos.

—Coge esto.

Mike me abre la mano y coloca en ella lo que hasta ahora llevaba en el puño.

—Cierra la mano y no la abras hasta que te lo indique.

¡Señor, sí, señor!

Me rodea con las piernas y, después de unos cuantos tocamientos de teta (intencionados), me coloca bien las gafas de buceo. Una vez preparados, cogemos aire y nos sumergimos juntos en el mar. En cuanto mis ojos entran en contacto con el agua,

cientos de peces aparecen a nuestro alrededor. Los hay de todos los colores. Es una pasada. ¡Nunca pensé que hubiera peces tan bonitos y exóticos! Hay incluso uno del mismo color de los ojos de Mike: azul eléctrico. Entran ganas de tocarlos.

Mike me coge la mano, que tengo cerrada, y la abre con cuidado, pero sin que se me quede abierta del todo. Vuelca un poco de contenido en la suya y me hace señas para que imite sus gestos. Los dos, a la vez, abrimos poco a poco una rendija de nuestros puños.

Los peces que nadaban entre nosotros acuden en tropel. Lo que llevamos en la mano es comida, y decenas de ellos se nos acercan para alimentarse. ¡Es increíble! Me hacen cosquillas en la palma por la succión de sus pequeñas bocas. Miro hacia Mike y le sonrío emocionada. Llega un momento en que mi mirada está más en él que en los pequeños succionadores.

Salimos al exterior para respirar y nos sumergimos de nuevo. Repetimos la operación hasta que nos quedamos sin comida. En cuanto emergemos por última vez a la superficie, me pongo como loca.

—¡Ha sido una pasada! ¿Has notado la succión? ¡Cómo pueden tener tanta fuerza con lo pequeños que son!

—El poder de la succión...

Me quedo mirándolo extasiada, emocionada. Cuando se le moja el pelo le cubre los ojos casi por completo y es imposible que pueda ver algo. Le levanto el flequillo y dejo su frente despejada.

—Deberías cortarte este pelo, es imposible que veas nada.

Mike me pasa la lengua sobre los labios, se acerca más a mí, abre la boca sobre mi cuello y me... succiona. Intentamos acercarnos todo lo posible a pesar de estar en el agua con los chalecos salvavidas puestos. En cuanto su cuerpo se pega al mío noto algo duro que presiona sobre mi estómago. Jadeo y su lengua penetra en mi boca.

Mmm... ese ronroneo que hace Mike cuando está a gusto... me encanta.

—¿Qué me decías del pelo? —me dice, entre besos, con un tono grave. Ronco.

—¿Pelo? ¿Qué pelo?

—¡Eh! ¡Tortolitos! *Volved aquí. Vamos a movernos* —nos llama el monitor.

Levantamos la vista y descubrimos que todos nos observan. El monitor y los primos de Mike escondiendo una sonrisa, Anna guiñándome el ojo y subiéndome el pulgar en señal de aprobación. Al resto ni los miro.

¿Cómo es posible que una sola persona convierta unas vacaciones duras, terroríficas, en algo tan especial? Estoy feliz. Por primera vez, en años, estoy feliz. Con una sonrisa permanente en la cara y con muchísimas ganas de vivir y disfrutar de la vida. Eso es Mike para mí: un soplo de aire fresco en medio de un incendio que no me dejaba respirar.

Dos días antes de que finalicen nuestras vacaciones, Mike me rapta de nuevo para pasar el día por ahí con el coche. Sin destino. Hasta donde lleguemos. Me he dado cuenta de lo muchísimo que me gusta no hacer planes, ir a la aventura y que la vida me sorprenda.

Me gusta Mike al volante. Me gusta cómo conduce. Me gusta la postura que adopta con la pierna izquierda ligeramente levantada y apoyada en algún lugar habilitado para ello por ahí abajo. Yo no levanto el pie del embrague, así que desconozco las utilidades que tienen los coches para la conducción.

Hoy puedo poner la radio. Busco por los diferentes diales hasta que encuentro una canción que me gusta: *Time After Time*, de Cyndi Lauper.

Observo el perfil de su rostro: el pelo ondulado se le curva hacia arriba a la altura de los ojos y se le riza por la parte de la nuca y las orejas. Es verdad que las pecas se le ven más que hace diez días y que le bajan por el cuello. Me incorporo en mi asiento y beso cada una de ellas. Mike sonrío y vuelvo a mi sitio.

Cierro los ojos y escucho la melodía. Nos adentramos en la selva y recorreremos kilómetros y kilómetros hasta que encontramos un restaurante (no estoy segura de que se le pueda llamar así) encantador en medio de la nada. Nos detenemos y aparcamos cerca de la entrada. Son las cuatro de la tarde y aún no hemos comido; apenas algo de picoteo en el coche que ha traído Mike. Como parece estar abierto al público, probamos.

Según atravesamos el umbral del establecimiento, cogidos de la mano, nos recibe una señora muy agradable que tiene toda la pinta de ser la dueña. Es bajita, con el pelo cano recogido en un moño bajo y de unos sesenta años. Me recuerda a mi abuela.

—¿Estamos a tiempo para comer algo o para cenar? —le pregunto en castellano, sonriendo.

—Sí, claro que sí, lo que ustedes deseen.

Nos indica con la mano que la sigamos y nos conduce al fondo del local. Pasamos por una puerta de madera un tanto destartada y, ¡oh, por el Rey Sol!, lo que veo me deja maravillada.

Es una especie de terraza, entera de madera, pero no estoy segura de que esa sea la palabra exacta porque no tiene balaustrada. Justo enfrente, tan solo el mar Caribe, que se extiende hasta el infinito, excepto por los dos cocoteros que se alzan desde el suelo. Me acerco, me asomo, y, a apenas un metro, veo una minúscula playa desierta. Es precioso. Lo único que hay en la *terraza* es una pequeña mesa con dos sillas una al lado de la otra para que ambos comensales podamos disfrutar de las vistas, y una hamaca que cuelga de las vigas del techo.

Es una estampa que habla de familiaridad, de complicidad de pareja, aunque Mike y yo somos todo lo contrario a eso. No sabemos nada el uno del otro, ni siquiera dónde vivimos, no nos conocemos en absoluto. Tan solo somos una chica y un chico que nos sentimos

alucinantemente cómodos juntos, y que estamos compartiendo momentos. Eso sí, momentos inolvidables.

Tomamos asiento y le indicamos a la simpática señora que nos traiga de comer lo que tenga. Cualquier cosa estará bien. A partir de ahí se suceden un montón de platos diferentes (que nos sirven entre ella y un señor que creemos que es el marido), algunos de los cuales no sabemos ni lo que son, pero que están muy ricos. De postre, una enorme tarta de chocolate solo para nosotros. ¡Es gigante! Con lo que hemos comido es imposible que nos la terminemos, pero la dueña insiste en que cojamos lo que queramos.

Después de devorar un par de trozos, pedimos un té para Mike y un café para mí. Mike y yo nos separamos para estirar las piernas y quedar semitumbados en la silla. Invitamos a la pareja a que se siente con nosotros y se tomen algo de tarta.

Dentro del restaurante no parece haber demasiado movimiento. Entre conversaciones y tazas de café y té casi acabamos con el postre. Para cuando nos queremos dar cuenta está a punto de anochecer. Mariola, que así se llama la señora, nos enciende unas cuantas velas para que podamos ver algo. Estamos tan a gusto que no hemos controlado la hora y el atardecer que vemos desde aquí..., sencillamente, nos deja sin palabras.

Apago las velas antes de irnos; me gusta el olor que desprenden justo después de soplar la llama. Nos llevamos el último trozo de tarta para comer de camino y nos despedimos con un abrazo de Mariola y su marido.

—Penn, ahora lo llevas tú. —Mike me tira las llaves del coche en cuanto salimos del restaurante. Las cojo al vuelo.

—¿Ahora?

—Sí, tienes que acostumbrarte a conducir de noche.

Está bien. Acepto.

Conduzco con cuidado, relajada y feliz. Mike me va indicando el camino mientras se come el pastel hasta que me manda detener el coche.

—¿Ya hemos llegado? —le pregunto confundida. No veo el hotel, aunque sí unas luces al fondo de la carretera.

—Casi, pero me apetece sexo.

—¿Ahora?

—Ajá.

Mike tira de mí hasta el asiento del copiloto y me coloca encima de sus piernas. Comienza a besarme por el cuello.

—Nunca lo he hecho en un coche —le digo.

—Mujer de poca vida —me contesta mientras me recorre la clavícula con la lengua.

—¿Cuál es la postura más cómoda? —le pregunto en un intento de acoplarme a su cuerpo.

—Ni idea. Nunca lo he hecho en un coche —reconoce entre risas.

—¡Serás idiota!

Idiota y encantador.

«No te enamores, Penny».

Bueno, habrá que improvisar. Tiro de su camiseta hacia arriba y lo beso por los músculos. Mike se desprende de mi vestido y de mi sujetador en un santiamén. Sí que tiene ganas, sí. Comienza a besarme el pecho, pero necesito su boca en otra parte. Lo cojo del pelo para subirle la cabeza a mi altura. Le muerdo los labios y le meto la lengua. Sabe a chocolate.

—Sabes a chocolate —me dice jadeante.

Me río por la sincronización de pensamientos. La cabeza me choca con el techo. Mike se ríe y me besa mientras me sujeta por las nalgas.

—Hazme lo que quieras, te dejo.

—Oh, qué magnánimo, será un gran sacrificio por tu parte.

—¿Quieres que te recuerde que he conocido tus dientes?

—Es que estás muy bueno. Es mi única defensa.

Me separo lo justo para quitarle la camiseta. Le desabrocho el pantalón y Mike me ayuda a bajárselo hasta las rodillas, no sin antes coger un preservativo del bolsillo. Aparto mi ropa interior hasta que nuestras caderas se encuentran, desnudas. Tan solo un leve movimiento y Mike se desliza dentro de mí.

—Ohhh...

Cuando terminamos, nos quedamos tumbados. Él, sentado de lado en el asiento del copiloto, con tan solo los pantalones cortos puestos, y con la espalda y la cabeza apoyadas en el empañado cristal. Yo, tumbada encima con mi espalda contra su pecho, desnuda excepto por la ropa interior. Nos tapamos con su camiseta y nos sumimos en un agradable silencio.

—Se me ocurre una canción estupenda para este momento —digo.

—¿Cuál?

Alargo la mano y alcanzo mi mochila. Cojo el móvil y abro la aplicación de la música. Segundos después, *Qué difícil es hacer el amor en un Simca 1000* empieza a sonar:

Soy pobre y solo pude comprar

un Simca 1000 bastante vulgar.

Soy pobre y solo pude alquilar

un picadero para ligar.

Y cuando alguna me quiero cepillar,

en mi coche me tengo que apañar.
Qué difícil es hacer el amor en un Simca 1000,
en un Simca 1000

...

—Yo te la traduzco, guaperas.

Y se la traduzco. Esa, y unas cuantas más. Hasta que el sol comienza a despuntar por el horizonte.

El final del verano

Toc, toc, toc.

Escucho un ruido y abro los ojos de inmediato. ¿Dónde estoy? Me duele todo el cuerpo. Me siento como si hubiera dormido encogida en un rincón del suelo. Comienzo a percibir dónde me encuentro: definitivamente no es una cama, pero tampoco el suelo. Miro a mi alrededor y enseguida me ubico. Estoy encima de Mike; mi espalda contra su pecho, las cabezas juntas y las piernas enrolladas. Recuerdo ver el amanecer junto a él y luego... nada.

Nos hemos quedado dormidos en el coche.

Toc, toc, toc.

«¿Qué demonios es ese ruido?».

Giro la cabeza hacia la ventana del coche, creo que el sonido viene de ahí. El rostro de mi hermana me recibe con una gran sonrisa.

—Baja la ventana, Julieta. —Escucho que me dice a través del cristal.

La ranchera es tan antigua que ni siquiera los eléctricos tiene, así que le doy a la manivela y bajo la ventanilla con cuidado de no moverme demasiado y despertar a Mike, que todavía duerme debajo de mi cuerpo.

—¡Buenos días! O, mejor dicho, ¡buenas tardes! Son más de las doce de la mañana — me dice en cuanto el cristal desaparece.

—Shhh. No chilles, que Mike aún duerme.

—Ya no.

Siento cómo mi *colchón* se mueve debajo de mí.

—Joder, me duele todo el cuerpo. —No me extraña. Él, además de dormir encogido en un coche, ha tenido que soportar mi peso.

—Buenos días, Ryan —lo saluda mi hermana con picardía—. No llegasteis al hotel, ¿eh?

—Eso parece.

Nos desperezamos y salimos del coche para estirar las piernas. Observo el entorno que nos rodea. Pues sí que nos quedamos cerca del hotel, estamos a escasos metros del

aparcamiento, en una especie de arcén y debajo de los árboles que flanquean la entrada. Mike y yo compartimos una mirada cómplice, una que dice: «No pudimos aguantarnos». Él regresa a la ranchera, y Anna y yo caminamos juntas cerca de él. Nos aproximamos al hotel y nos separamos para darnos una ducha y descansar.

Ese descanso se traduce en que me quedo sin comer y me despierto a las cinco de la tarde. El cansancio de los últimos días en los que apenas hemos dormido Mike y yo (horas hemos pasado en la cama, pero no durmiendo precisamente) y de una noche en el coche han hecho mella en mí.

Me despierto con una sensación extraña en el cuerpo. Hoy es mi último día con Mike. Mañana volvemos al lugar de donde partimos. A nuestros hogares. Cada uno al suyo. Lo más probable es que incluso en países diferentes. O en continentes diferentes. ¡Qué grande es la Tierra, caray! Y yo desperdiciando el tiempo dormitando.

Me levanto de la cama, que comparto con mi hermana, y busco mi móvil. Lo encuentro en el suelo, encima del montón de ropa que lancé antes de acostarme. No hay mensajes de Mike; solo uno de Anna informándome de que se ha ido a la playa para aprovechar las últimas horas que le quedan en el Caribe.

Le mando un mensaje a Mike:

Penny: ¡¡Acabo de despertarme!! ¿¿Qué me haces, que me agotas??

Voy al cuarto de baño y me lavo la cara. Los ojos me escuecen de tanto dormir; me los seco con la toalla y me peino para apartarme el pelo de la cara. Cuando vuelvo al dormitorio, tengo su respuesta:

Mike: ¡Qué vergüenza, Penn! ¡No aguantas ni un asalto!

¿Un asalto? Alzo una ceja, a pesar de saber que no puede verme. Mike continúa escribiendo:

Mike: Estaos preparadas Elsa y tú en una hora. Maletas incluidas. No vais a volver a la habitación, así que recoged todo. Quedamos en recepción.

¿Maletas incluidas? Me acuerdo entonces de que mi rollo de verano (algo amargo me sube por el estómago por llamarlo así) y sus primos se van mañana temprano y nosotras, unas horas más tarde.

Penny: ¿Has preparado una excursión sorpresa?

Mike: ¿Qué comes, que adivinas?

Carámbanos, cómo me suena esa frase. ¿No es...?

Penny: ¿Acabas de citar *La sirenita*?

Mike: Joder, vaya ojo tienes, Penn. Me has pillado.

Penny: Algún día tendrás que explicarme la razón de esa obsesión tuya por Disney.

Su respuesta tarda en llegar. Parece habérselo pensado bien antes de contestar.

Mike: Tengo una hermana pequeña que me obliga a tragarme todas las películas de princesas Disney con ella.

Vaya, información personal. Creo que me hago una idea de lo que le ha costado hacerme esa confesión. Sé que tan solo es un mensaje en el móvil, pero noto la tensión en las palabras. Intento quitarle hierro al asunto.

Penny: ¿Te obliga? No sé por qué me da que te gusta más de lo que pretendes hacerme creer, don *Aladdinesmipelículafavorita*.

Mike: Ja, ja, ja, ja. No se te escapa una, morenita. Y no me distraigas más. Te veo en una hora. No os olvidéis de recoger el equipaje.

Penny: OK, melenas.

Llamo a mi hermana y la informo de las novedades. Enseguida viene a la habitación a prepararse y hacer las maletas. No me ha puesto ni una pega; mala cara, sí. Aun así, apoyo incondicional. No sé qué haría sin ella. Y soy consciente de que en estas semanas hemos pasado menos tiempo juntas de lo esperado. Dejo de guardar cosas y me siento en la cama.

—Anna, siento haber estado tantas horas con Mike. Este viaje era para ti y para mí.

Mi hermana se levanta del suelo y se acomoda junto a mí.

—No. Este viaje era para que afrontáramos lo que pasó y para que aprendiéramos a dejar de temblar cada vez que alguien pronuncia la palabra «Caribe». Tú lo has conseguido estando con Mike y te aseguro que yo lo he hecho a mi manera. Y no cambiaría ni un solo minuto de lo que hemos vivido. Te he visto feliz, Penny. Y yo estoy bien. Muy bien. Te lo prometo.

—Gracias, Anna.

Nos abrazamos y seguimos organizando el equipaje.

—Penny, guardo toda nuestra documentación y la del vuelo en mi bolso, ¿de acuerdo? —me dice poco después.

La miro con preocupación. ¿Todo junto? ¿En su bolso? ¿Y si lo pierde?

—No te preocupes —me dice, después de reconocer mi mirada—, no me voy a separar de él ni un momento. Nuestro viaje de vuelta está a salvo.

—Anna, dentro de tres días tengo que incorporarme a la universidad. No puedo quedarme aquí atrapada ni un día más.

—Tranquila, Julieta. Además, si perdemos algo será culpa de tu Romeo. Mira que sacarnos un día antes del hotel... Si pasa algo, las culpas para él.

—Sí, claro. Podremos pedirle responsabilidades mientras está bien cómodo sentadito en un avión rumbo a su casa, donde demonios quiera que esté.

Dejamos el tema y nos ponemos a lo nuestro. En cincuenta y siete minutos hemos recogido todo y nos encaminamos cada una con nuestra maleta a recepción. Miro con anhelo a los dos grupos de gente que realizan el registro de entrada en uno de los mostradores. Unos llegan y otros nos vamos. Cuando aparto la mirada con resignación, descubro a Mike esperándonos en el amplio vestíbulo que da acceso a la calle.

Está de espaldas a nosotras. Y está guapísimo con pantalones vaqueros; son bastante apretados y se le ciñen al trasero. A un trasero redondo y firme. Hasta ahora, solo lo había visto con bañadores horteras o pantalones cortos. Lleva unas zapatillas deportivas que me encanta cómo le quedan.

Mike no tarda en localizarnos y les hace un gesto a Pin y Pon, digo, a sus primos, para que se unan a nosotras. Cuando nos acercamos, me fijo en la forma que tiene de atarse los cordones de las playeras. Jamás había visto cosa igual. En lugar de ir cruzados, van en horizontal, como si imitaran a una escalera tumbada en el suelo. Es raro, pero le queda genial. Lo diferencia.

—¿Qué pretendes que hagamos con esto hasta mañana, Ryan? —le pregunta mi hermana a la vez que señala nuestras maletas. Dejo de mirar las deportivas de Mike como una idiota y me meto en la conversación.

—Podéis dejarlas en la consigna del hotel.

—¿Y las vuestras? —les pregunto al verlos con las manos vacías.

—En el coche —comienza a explicar uno de los primos—. Como nos vamos mañana temprano, lo más probable es que no nos dé tiempo a volver al hotel.

—Así que nos las llevamos —continúa su hermano. Si es que son Pin y Pon al extremo—. Y, así, después de devolver el coche a la empresa de alquiler, nos vamos directos al aeropuerto.

Lo tienen todo pensado.

Hacemos lo que nos sugieren y dejamos las maletas en un cuartucho (la consigna) una vez que hemos acabado con el registro de salida. Nos subimos a la *pick up*, nosotras, junto a sus maletas en la carga y ellos, en los asientos de delante, y salimos del complejo hotelero.

Mike nos lleva a Playa del Carmen. Aparcamos el coche y nos sumergimos en el corazón de la Quinta Avenida entre turistas, restaurantes, comercios y ajetreo.

Comemos, bebemos (quizá en exceso) y bailamos. Bailamos siempre que escuchamos música, venga de donde venga. Bailamos de esa forma en que solo lo hace la gente cuando el mundo le importa una mierda. Cuando las vergüenzas quedan fuera. Cuando vives de verdad. También cuando estás borracho.

Las horas pasan y la noche nos engulle.

—¡Chicos! —nos grita uno de los primos (aún no los distingo) mientras se acerca a nosotros—. No os vais a creer lo que he visto.

—¿Qué? —le preguntamos entre risas, bailoteos y brindis con las botellas de champán que Mike ha comprado.

—En la playa hay una juerga de la hostia. Están todos superborrachos e incluso hay un tío casando a la gente.

—¿Quién? —pregunta mi hermana con interés.

—Algún zumbado, digo yo. Desde luego no tiene pinta de cura. Supongo que son bodas de mentirijilla.

—¡Qué divertido! —exclama Anna.

—¿De verdad te parece divertido? —le pregunta el primo en cuestión—. Anna, ¿quieres casarte conmigo, en bromitas?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tengo novio.

Cierto. Mi hermana se envió hace un par de años con un compañero suyo del bufete y viven juntos desde junio. Ella se ha especializado en Derecho Mercantil y él es matrimonialista. No pegan nada, pero es una pareja fabulosa. Y Anna está loca por él.

—¡Pero si es de mentira! —le recuerda el primo.

—Pues porque tengo treinta y dos años y me gusta ver cómo los demás cometen estupideces, pero no cometerlas yo. ¿Te vale esa respuesta?

—Aguafiestas... —farfulla.

—Penn, ¿quieres casarte conmigo, en bromitas? —me pregunta entonces Mike.

«Eso sí que es un espontáneo y lo demás son tonterías».

Me muero de la risa, después de escupir el sorbo de champán que acababa de dar y de recuperar la respiración.

—No —le contesto. Creo que no estoy tan ebria como para aceptar semejante niñería.

—¿No?

—Humm, humm. —Niego con la cabeza.

—Me siento rechazado.

—Eso es porque te han *rechazado* —le dice el primo (el otro) acentuando la última palabra.

—Calla, imbécil —insulta a su primo con cariño—. ¿En serio no? —me pregunta a mí—. ¿No tendrás novio?

Aprecio con claridad el terror en su rostro.

—No.

—¿Entonces?

—Tengo treinta años y me gusta ver cómo los demás cometen estupideces, pero no cometerlas yo. ¿Te vale esa respuesta? —repito, incluso imitando el mismo tono de suficiencia, las palabras de mi hermana.

—Pues no me vale. Venga, vamos.

Mike me coge como si fuera un saco de patatas y me sube a su hombro. Comenzamos a caminar mientras se me baja la sangre a la cabeza. ¡Demonios, qué mareo!

—¿Qué haces, loco?

En vez de responderme, continúa andando. Nuestros compañeros nos siguen entre bromas, frases sin sentido y más champán a... a donde quiera que vayamos. Pocos pasos más allá, lo averiguo. ¡Estamos en la playa!

—¡Mike! ¡Mike! ¡Bájame!

No me entero demasiado de lo que sucede porque, desde mi posición (y unido al líquido espumoso que navega por mi interior), no distingo bien lo que pasa a mi alrededor. Pero no hay que ser muy listo para adivinarlo: estamos en la zona de los bodorrios. Solo veo arena y un montón de luces. ¿Eso son cirios? El comentario de mi hermana me saca de dudas:

—Joder, cómo se lo curra el pirado este. Ha decorado con velas toda esta parte de la playa.

Cuando Mike me baja y poso los pies sobre la arena, lo veo todo con bastante claridad, a pesar del mareo que tengo. Debo reconocerlo: es una pasada. La playa está preciosa.

Llena de velas encerradas en tarros cuadrados de cristal y de gente a los lejos bailando y riendo. Disfrutando. Parece de película.

—¡No pienso casarme contigo! —Me acuerdo del motivo que nos ha traído aquí.

—¡Qué pareja más encantadora! —nos saluda el... ¿el qué? La verdad, no sé cómo llamar al loco que está aquí, en medio de una playa llena de lucecitas amarillas, oficiando bodas como si fueran de verdad. Desde luego que pinta de cura no tiene. Es un hombre que pasa de la cincuentena, bajito, con cuarenta kilos de más, mucha barba, bermudas, camiseta de tirantes de los Bee Gees y cara de perturbado. De muy perturbado. ¿Habrá colocado él todas estas luces? La pregunta muere en mis pensamientos.

—Hemos venido a desposarnos, señor —pronuncia Mike vacilante. Es posible que lleve un rato hablando con dificultad, pero acabo de darme cuenta ahora, que se me ha bajado el champán gracias al viajecito boca abajo que me ha regalado.

«¿Desposarnos? Si es que todo se pega».

—Procedamos con la ceremonia —nos anuncia el chalado.

—¿Es legal que la novia venga coaccionada? —le pregunto a mi hermana.

—Calla —me dice Mike mientras se ríe y me da un codazo en la cadera.

—Totalmente legal —me responde Anna entre hipidos—. Soy abogada —informa al resto de participantes haciéndose la interesante.

—¿De verdad? —preguntan Mike y los primos al unísono. Y no sé si su pregunta se debe a la sorpresa por enterarse de la profesión de mi hermana o a que piensan que ha dicho en serio lo de que es legal casarse coaccionada.

En fin. Suspiro y decido seguir con la broma de la boda. Es lo mejor, dadas las circunstancias. Esta gente no se va a mover de aquí hasta que no acabe la fiesta, se lo están pasando demasiado bien.

Le paso las manos a Mike por el pelo; si vamos a casarnos, habrá que adecentarse, aunque con ese flequillo imposible es complicado. Mike se pasa el día soplándolo para apartarlo de sus ojos. Yo al menos tengo el pelo fuera de la cara. Anna me ha hecho una minitrenza de espiga de pocos centímetros, lo justo para despejarme la frente.

Miro el resto de mi atuendo: camisa de tirantes azul marina con lunares rojos metida a medias por debajo de unos pantaloncitos cortos rojos. En los pies, mis Havaianas de color azul y naranja. Me encanta ir en chanclas. No importa que sea de noche y que no me hagan juego con la ropa. Ir en chanclas sabe a verano, y a mí me encanta el verano. El verano con chanclas, sol, playa, helados y noches estrelladas. El verano de mi infancia.

—¿Penn? —La llamada de Mike me saca de mis recuerdos al instante.

—¿Qué?

—¿En qué demonios estás pensando?

—En ti —le digo, coqueta.

—Mentirosa —me susurra mientras me da un beso en los labios—. Concéntrate, nos estamos casando.

Sus palabras me devuelven a la realidad. Al momento que estamos viviendo. Que, si lo pienso, es hasta divertido. Jamás he llevado el exaltamiento de la amistad provocado por el alcohol tan lejos: me estoy casando. Es una locura, un hecho de poca sustancia, pero tampoco hacemos ningún mal a nadie. Y no va a significar nada. Es una forma diferente de despedirse. *Despedirse*. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

Mike me mira; lo ha sentido, y me acaricia el brazo en un intento de darme calor, como si el estremecimiento se debiera al tiempo. Y, bueno, en cierta manera sí lo es. No a que tenga frío, sino a los pocos momentos que nos quedan juntos.

—¿Los anillos?

¿Los qué?

—¿Anillos? No tenemos anillos —dice Mike con la frente arrugada.

—¿Son necesarios? —pregunto yo.

—Emm..., no. Es más tradición que otra cosa.

Pero a mí me gustan las tradiciones. Miro hacia el paseo, a varios metros de nuestra posición, y veo a una vendedora ambulante fuera de la playa. Tiene que ser el destino.

—¡Tengo una idea! Ahora vuelvo —informo a todos mientras salgo corriendo detrás de la responsable que va a salvar nuestro (falso) matrimonio.

—¡Penn! ¿A dónde vas? ¡Aún no estamos casados y ya me abandonas!

¡Pero qué bobo es y qué borracho está! Me río y ruedo los ojos. Me acerco a la chica y descubro con emoción que tiene justo lo que necesito. Y no son anillos. Son pulseras de la amistad. Cojo dos idénticas y se las pago. Son azules, como los ojos de Mike, y con bolitas de colores. Me acerco, corriendo, de nuevo a la playa.

Mike me espera con los brazos en jarras.

—¡Ya estoy! —les digo jadeante—. ¡Lo tengo!

Les enseño las pulseras. Mike se carcajea, un poco por el alcohol y un poco por la sorpresa, supongo, porque no son anillos.

—Buena idea, morenita.

Nos las ponemos el uno al otro y nos sonreímos como dos buenos borrachillos. Mike me aprieta la mano cuando el falso juez de paz continúa con la ceremonia.

—Os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Espera, ¿qué? ¿Ya? Pues sí que ha durado poco. Vale que es una boda de mentira, pero, aun así... ¡Ha durado un suspiro!

Mike acerca su boca a la mía y me mete la lengua. Hasta dentro. Ambos escuchamos el carraspeo del oficiante de esta pantomima.

—Me encanta su sabor, señora Cunningham.

Tengo los sentidos tan embotados entre la incredulidad por lo que hemos hecho, la felicidad, el agotamiento físico y el alcohol, que apenas entiendo esto último que me ha dicho. Mi cerebro no lo registra. Y lo olvida.

—¡Nos hemos casado! —grito.

Mi hermana y los primos de Mike vienen a felicitarnos y a besarnos. Lo celebramos con más champán. Y juro que no entiendo de dónde salen tantas botellas. Incluso se acercan los grupos de gente que hay a nuestro alrededor para unirse a la fiesta. De todas las personas que estamos aquí, creo que más de la mitad somos *recién casados*.

En un momento dado, entre tanto brindis con gente desconocida, echo en falta a Anna. La busco con la mirada y la veo, con uno de los primos, hablando con el majareta que nos ha *casado*.

—¡Anna! —la llamo para llamar su atención.

Me hace un gesto que viene a decir: «¡Ya voy!».

Poco después, se une a nosotros. Seguimos con la celebración hasta que la gente comienza a desaparecer de la playa apagando las velas a su paso. Nos quedamos solos.

Mike y yo, solos.

Anna se ha ido a dormir al coche.

Pin y Pon se han ido en busca de sexo.

Se lo agradezco; son nuestras últimas horas juntos. Ahora, sí que sí, comienza la cuenta atrás. Para el resto de nuestras vidas. Mi cuerpo se sacude ante tal pensamiento.

Nos aproximamos a la orilla porque Mike quiere darse un último baño en el mar. Me quedo cerca. Observándolo mientras se desviste. Decidiendo si quiero o no bañarme con él. Así, *a priori*, me da pereza mojar me, pero en cuanto veo, a pesar de la oscuridad, cómo se le cae el pantalón y cómo se le ve parte del trasero, no necesito más para unirme a él, posar la mano debajo del hueso de la cadera y terminar de desnudarlo. Tiro la ropa lejos, a la arena seca, para que no se pierda en el mar. Y una vez que Mike está desnudo, me despojo de todas las prendas que llevo encima.

—Joder, cómo me gustas. —Sus manos me agarran el trasero y nuestras bocas acuden, ansiosas, la una a la otra.

Nos sumergimos en el agua, todavía besándonos, en un intento de vencer la intoxicación etílica. Y funciona, porque en cuanto siento la cabeza dentro del agua, se me despierta la mente. Se me despierta el cuerpo. Se me despierta todo.

La desesperación por sentirnos el uno al otro nos saca del agua. Se terminó el baño. Nos tumbamos en la arena, Mike encima de mí, y enredo mis dedos en el nacimiento de su pelo. Coloca su mano abierta bajo mi estómago y va bajando.

Gemimos de puro placer, farfullando palabras sin sentido. No puedo dejar de tocarlo, de acariciarlo, de grabar su cuerpo en mis retinas para cuando no pueda hacerlo. Necesito saborear cada rincón, cada centímetro de su piel. Sabe a sal. Nuestras bocas también.

Al unir los cuerpos, me doy cuenta de que cuando hacemos el amor es como un baile, un baile con los movimientos sincronizados a la perfección. Es algo que ha ocurrido con el paso de los días.

Primero lento.

Ahora rápido, el ritmo pausado se desvanece.

Lento, otra vez.

Rápido.

Lento.

Perfecto.

Al terminar, nos quedamos paralizados, él encima de mí. La cara enterrada en mi cuello. No quiero que salga el sol. Me siento como si... como si... Levanto la mano, hacia el cielo.

—¿Qué haces? —me pregunta Mike en cuanto ve mi brazo apuntando hacia las estrellas.

—Como si pudiera tocar el cielo sin volar.

Mike levanta la cabeza de mi cuello y me mira. Me mira, pero no dice nada, así que lo hago yo. Las palabras salen solas de mi boca. No es algo de lo que suela hablar, pero con él me lo pide el cuerpo. Necesito decírselo. Necesito que sepa lo que significaba, y en lo que se ha convertido este viaje para mí, gracias a él, antes de que nos separemos para siempre.

—Sé que dijimos que nada de información personal —comienzo a decir sin perder en ningún momento el contacto visual—, pero quiero que sepas que has cambiado el cariz de este viaje. Yo venía con miedo, con mucho dolor, y estos quince días han sido los más bonitos que he vivido en mucho tiempo —suspiro y cojo aire para lo que viene—. Mis padres murieron en un accidente marítimo. En algún lugar de allí. —Señalo el inmenso océano, aunque no podamos verlo desde nuestra posición—. Fue en un viaje que hicieron para celebrar su treinta aniversario de boda. Vinieron a Riviera Maya y nunca regresaron. Cuando recibí la noticia, mi vida se paralizó. Han pasado tres años, la semana que viene los cumple, y hemos hecho todo este periplo para enfrentarnos a lo que sucedió e intentar superarlo. Los echo tanto de menos... Y no quiero despedirme de ellos. Aún no lo he hecho.

—Díselo, Penn. Díselo a ellos. Están ahí, en algún lugar y pueden escucharte. Pero no te despidas, díles solo «hasta luego».

Me acaricia el cabello y me da un beso en la nariz.

«Creo... creo que me estoy enamorando de ti», estoy a punto de soltar por la boca. Menos mal que no lo hago. Menos mal que me quedo dormida al instante. Porque no puede ser. Es imposible.

Cuando abro los ojos, horas después, ha amanecido, aunque la playa aún permanece desierta. Hecho positivo, porque estamos, vulgarmente hablando, en pelota picada. Los dos boca abajo, con la cabeza ladeada, mirándonos aún con los ojos cerrados y con una de las mejillas llena de arena.

Me remuevo para desentumecer los músculos. En los últimos días, se nos están resistiendo las camas. Y encima tengo un dolor de cabeza dantesco. Maldito champán.

—Mmm... —ronronea Mike, todavía dormido. Se coloca boca arriba. Miro el reloj. Tiene que irse. Me extraña que sus primos no hayan venido a llevárselo. Estarán apurando hasta el último minuto.

No quiero perder mi última oportunidad.

Me subo encima de sus piernas, acerco mi cara a la suya y le beso la nariz. Está tan guapo... La mueve como si le picara algo. Sonrío. Y le doy otro beso. Y luego, otro. Y se me ha quitado el dolor de cabeza.

Meto los dedos en su pelo y tiro hacia atrás para besarle la frente, la mandíbula; para morderle los labios. Le succiono el labio inferior para quedarme con su sabor. Sus caderas comienzan a moverse contra las mías, y todavía está dormido. Me aprieto contra él con descaro. Su sudor mojando mi pecho. Su lengua sale de la boca, en mi busca. Y hacemos el amor por última vez hasta que su peso cae sobre mí, exhausto.

Levanta la cabeza y se inclina para besarme de nuevo; un beso dulce. Un beso desesperado. Pero, sobre todo, lento. Como si así pudiera alargar nuestra situación. A él también le han sabido a poco estos días juntos. Lo sé. Empiezo a conocerlo. Y se ha acabado.

Más tarde, encontramos nuestras ropas (milagro) esparcidas por la arena y nos vestimos. Mike me aúpa hasta colocar mi cabeza por encima de la suya; lo beso.

Entonces me libera, y nos quedamos frente a frente, sin saber qué actitud tomar. Qué decir. Tira de mí y me apoyo sobre su pecho.

—Encantado de haberte conocido, Penn —me dice con la voz trémula. Desgarrada. Quebrada.

No soy capaz de contestar.

—En un mundo ideal... —Se detiene y coge aire—. En un mundo ideal, me habría casado contigo de verdad, te cogería en brazos y te llevaría al aeropuerto. Viajaríamos juntos a nuestro nuevo hogar. Te subiría a pulso hasta nuestro dormitorio y te haría el amor hasta el fin de los días.

—Mike... —lo llamo muy bajito, murmurante.

—Pero no puedo llevarte conmigo. No encajarías en mi mundo. No —se repite más para sí mismo—, jamás lo harías.

Hace días que sé que su universo no es fácil. Creo que lo supe desde el primer momento. ¿Cómo le haces sentir a alguien que no es más que un rollo de verano que puede confiar en ti? ¿Que estás ahí para él cuando te necesite?

—Me está costando mucho más de lo que me podría imaginar decirle adiós a nuestro último verano juntos —me dice.

—Ha sido nuestro primer verano juntos —le corrijo.

—Y el último.

Me da un beso en la frente y se aleja, sin mirar atrás.

Minutos después, me voy. Pero una parte de mí se queda en esa playa.

¿Qué es esto que siento? Es como un vacío monstruoso en el estómago. Un vacío que, supongo, desaparecerá en unos días, aunque él amenace con extenderse.

9

El regreso

Estoy subida en un avión: rumbo a Inglaterra. Por fin. Hemos tenido que hacer escala en Miami y odio los vuelos con escala; parece que nunca voy a llegar a casa. Pero ya estoy aquí. Ya está hecho.

Descanso la cabeza en el asiento en un intento de paliar el dolor de cabeza que ha regresado desde que he dejado la playa y cierro los ojos. Suspiro. Y suspiro.

—Deja de suspirar.

—No estoy suspirando.

—¿Estás bien? —me pregunta mi hermana.

—Sí, claro.

—*Sí, claro* —repite con evidente ironía.

Abro los ojos. Levanto la cabeza y la apoyo en la miniventana del avión. Qué difícil es coger postura en estos trastos. Me quedo observando las nubes de algodón que flotan en el cielo y recuerdo mi pensamiento de ayer.

Como si tocara el cielo sin volar.

Es curioso que, ahora que estoy más cerca del cielo de lo que jamás podré estar desde ahí abajo, me sienta más lejos de él que nunca.

Bajo los párpados de nuevo e intento concentrarme en lo que tengo que hacer una vez llegue a Oxford. Escucho a Anna comenzar a tararear una canción y a chasquear los dedos al ritmo de la misma.

—*Dam dubi du dan daun... Chubi dubi dam dubi du dan daun... Chubi dubi dan dubi du dan dan.*

Abro los ojos, otra vez. La melodía me suena.

—*Triste es el primer adiós...*

Oh, no. Es una canción de La Onda Vaselina. La escuchábamos cuando éramos pequeñas porque se puso de moda. Muy pequeñas y muy de moda.

Intento ignorarla pensando en el trabajo: pensar en el trabajo es una buena distracción.

—*Decían queeee llegué a la edad en la que pronto me iba a enamorar, pero si es lindo el primer amor, qué triste es el primer adiós.*

Joder.

—Anna...

Sé que lo hace a propósito, para hacerme rabiar y que lo acepte, pero no puedo reconocer algo que no es verdad, porque Mike no ha sido mi primer amor. *Ha sido*. Carámbanos, ya comienzo a usar el pretérito en lo que concierne a Mike. Desde luego, no se puede decir que no lo tenga asumido.

—*No sé por quééé se terminóóó, era genial era de lo mejor, qué pudo ser lo que pasó, qué triste es el primer adiós.*

—Anna...

—*Ahora dicen que pronto olvidaré, nuestros paseos al atardecer, me diste aquel primer beso y luego me dijiste sé mi novia yo te quiero.*

—Eso no fue así —le digo con fastidio. En ningún momento hemos sido novios.

—*Qué va a pasar, no sé qué hacer, ya no recuerdas qué bonito fue, pero si es lindo el primer amor, qué triste es el primer adiós...*

Bufo.

—No me puedo creer que te sepas toda la maldita letra de la canción.

La chica de delante se da la vuelta; la veo a través del pequeño espacio que hay entre los asientos, nos mira y sonrío. Bueno, más que sonreír, creo que se está riendo descaradamente de nosotras. En cuanto mi mirada, acusadora, se cruza con la suya, se da la vuelta.

—Y puedo seguir. *Dam dubi du dan daun... Chubidubi dam dubi du dan daun...*

—No es necesario.

—Bien —deja de cantar al momento—, entonces hablemos como personas adultas. Estás enamorada de él.

—¿Enamorada? —Me hago la misma pregunta—. No. No lo creo. No me ha dado tiempo.

—El amor no tiene que ver con el tiempo, Penélope.

—Lo sé, pero no estoy enamorada. Es imposible. Acabo de conocerlo y no vamos a volver a vernos.

—Ese chico no ha sido uno más. Te conozco. Hacía tiempo que no te veía tan atontada por un tío. Creo que desde Diego Aguirre.

¿Diego Aguirre? Hago uso de mis recuerdos.

—¿Diego Aguirre no fue mi primer beso?

—Ajá.

—Teníamos doce años.

—Ajá. Y fue tu primer beso con lengua.

—No estaba atontada.

—Oh, claro que lo estabas. Anduviste detrás de él el verano entero hasta que lo conseguiste. Era un chaval bastante resultón.

—Ahora mismo no le pongo cara. —Reconozco. Han pasado dieciocho años y no he vuelto a verlo. Debe de pesar sobre mí alguna maldición sobre los amores de verano: tan pronto como aparecen, desaparecen. Para siempre.

—A decir verdad, yo tampoco. A lo que voy es a que has tenido muchos rollos, pero todos sin importancia. Y nunca te había visto tan emocionada desde Diego Aguirre.

Y dale con el Dieguito de las narices.

Lo cierto es que cuando mi padre consiguió el trabajo en la Universidad de Oxford y tuvimos que mudarnos, perdí el contacto con mis amigos de España. En aquella época no había tanto caos de redes sociales, no era tan fácil, y perdimos el contacto.

En Inglaterra he tenido un par de parejas, pero nada serio. En primer lugar porque estaba más preocupada por mis estudios que por otra cosa y luego a causa de lo que sucedió con mis padres. Y supongo que tampoco surgió el gran flechazo. Desde luego, nada como lo que me ha hecho sentir Mike.

«¿Y qué te ha hecho sentir Mike?».

—Él tiene algo, Anna —admito en voz baja. Tan baja que desearía no escucharla ni yo—. No sé explicarlo, pero tiene algo especial. Algo que lo diferencia del resto del mundo.

Nos quedamos un rato en silencio. Yo asumiendo lo que acabo de decir.

—No te ha mandado ningún mensaje —me dice, más que me pregunta, un rato después.

—No.

Desde luego, no lo había hecho en el momento en el que me subí al avión y poco después apagué el teléfono. Claro que él lleva horas subido en otro armatoste como este.

—¿Has borrado su número?

—No.

No he podido, o, más bien, no me he atrevido a hacerlo. Si lo conservo, todavía algo me une a él. Solo un par de días más, después lo borraré.

—¿Y por qué no le mandas tú uno?

—No. Se acabó, Anna. ¿De qué me serviría que mantuviéramos el contacto? Solo facilitaría que me enamorara de él, porque sé que si seguimos en contacto lo haré. Y no tiene ningún sentido enamorarse de alguien que no vas a ver en la vida. ¿Verdad? —le pregunto en un intento de acabar de convencerme. Necesito su confirmación.

—Verdad.

—¿Por qué tengo tantas ganas de llorar? No lo entiendo.

—Tú no, pero tu cuerpo sí. Él sabe lo que necesitas. Lo que echa en falta.

Me tumbo en el regazo de mi hermana y lloro.

—Esto que he sentido —digo entre hipidos— ha tenido que ser la adrenalina del verano, del calor y de conocer algo nuevo. Solo eso.

—Suéltalo, cariño.

Cierro los ojos y me desahogo. Dejo salir el nudo del estómago que no me dejaba respirar. Dejo salir la desesperación que me asfixiaba en silencio. Dejo salir todo.

Me despierto con una sensación agradable. Me he quedado dormida encima de Anna; las piernas recogidas en el asiento. Mi hermana no duerme, me está acariciando el cabello. Por eso me sentía tan bien.

Permanezco en silencio cuando llegamos a Londres.

Permanezco en silencio cuando aterrizamos en el aeropuerto de Heathrow.

Permanezco en silencio cuando recogemos las maletas.

Permanezco en silencio cuando nos encontramos con Peter, el novio de Anna, que ha venido a recogernos.

—¡Hola, nena! —Se funden en un abrazo precioso. En uno de los que gritan que se han echado de menos.

—¡Hola, hermana pequeña! —Peter suele llamarme así. Ambos lo hacen. Incluso aunque yo esté delante.

«¿Y qué le apetece comer a la *hermana pequeña*? ¿Querrá venir *la hermana pequeña* al cine con nosotros? Vaya humor que se trae hoy *la hermana pequeña*, ¿no ha dormido bien?», son algunos ejemplos.

Le devuelvo el abrazo a mi cuñado sin decir nada, quizá algo más fuerte de lo habitual. Lo suficientemente más fuerte como para que él se dé cuenta de que pasa algo, porque entre ellos se cruzan un par de miradas:

«¿Qué le pasa a la hermana pequeña?».

«Luego», le responde Anna.

Salimos del aeropuerto con un sol abrasador muy impropio de Londres y con esa sensación en el cuerpo de no saber si quieres desayunar, comer, cenar o dormir. Desfase horario, lo llaman. Miro el reloj: son las doce de la mañana.

Nos montamos en el coche de Peter y vamos directos a su casa. Se convirtió en *su casa* en cuanto yo me mudé a Oxford y Anna se quedó sola.

Comemos algo y, cuando mi hermana sugiere una siesta, me levanto del cómodo sofá y me espabilo para irme. Mañana tengo que madrugar. Mi primer día en Oxford como profesora de Historia me espera.

Me despido de ellos con besos y arrumacos, y salgo a la calle.

Por suerte, mi pareja favorita vive muy cerca de la estación de Paddington, así que no tengo ni que coger un taxi; apenas son diez minutos andando. Compró el billete y me acerco a las pantallas de información. Busco el mío y:

Retrasado.

Genial.

Me siento encima de mi maleta, las manos en la barbilla y los ojos fijos en la pantalla. Espero en esa postura hasta que por fin anuncian que mi tren ha llegado. Me levanto, me acerco a mi andén, me monto en el ferrocarril y me siento al lado de la ventana.

Cincuenta y cinco minutos después, llego a Oxford. A pesar de tener un paseíto de más de media hora desde la estación hasta mi morada, decido ir andando. Aún es de día y me apetece caminar.

Mientras con una mano arrastro la maleta por el asfalto, con la otra extraigo el móvil del bolso y lo enciendo. Lleva apagado desde que nos subimos al avión en Cozumel. Segundos más tarde, suena el típico sonido de que he recibido un mensaje. El corazón se me acelera, incluso me quedo parada en el medio de la calle, en Queen Street, que, como siempre, está abarrotada de gente, pero me da igual. Lo abro y:

Es de mi hermana. Me digo a mí misma que no tenía esperanzas de otra cosa.

Anna Banana: Llámame cuando llegues a casa.

Media hora después, llego a mi hogar, a mi nuevo hogar desde hace unos meses, a la casa que compartí con mis padres cuando vivíamos aquí los cuatro.

Entro con una sensación muy rara en el estómago, es una mezcla entre ansiedad, tranquilidad, anhelo, inquietud... Una bomba, vamos.

La vivienda está tal como la dejé: el libro abierto por la página que leía cuando sonó el claxon del taxi en el que vino mi hermana a buscarme para ir juntas al aeropuerto de Gatwick (como yo estaba a tope con la mudanza, en lugar de ir yo a Londres, ella vino a Oxford), el vaso de agua a medio beber en la encimera de la cocina, la ropa que deseché esparcida por los muebles del salón.

Y todo lleno de cajas. De las cajas que me traje desde Londres y, un tiempo atrás, desde Estados Unidos.

Debería recoger, pero no me apetece. Me quito los zapatos y me tiro en la cama. El cuerpo me pide que le mande un mensaje a Mike para que sepa que he llegado bien.

¿Estará en su casa? Quizá haya llegado mucho antes que yo o quizá aún le queden horas de camino. No tengo ni idea de dónde vive. Podría ser en cualquier parte del mundo. Bien es cierto que su acento es bastante británico, diría que incluso aristocrático, pero eso no significa nada, puede vivir en cualquier lugar.

Agarro el móvil dispuesta a mandarle unas pocas líneas, pero lo desecho. Lo vuelvo a coger para borrar su número. Ni un par de días más ni nada. Lo elimino, aunque algo se me rompe por dentro al hacerlo, pero ¿para qué lo quiero? No vamos a volver a vernos y no quiero tener la oportunidad de mandarle un mensaje con unas cuantas copas de más. Anna y yo con teléfonos y alcohol de por medio somos muy peligrosas; habla la voz de la experiencia. Prefiero que me recuerde solo por lo que hemos vivido allí.

Mike ya no existe en mi vida. Y yo sigo con ese mismo vacío en el estómago, ese que me atenaza desde que me despedí de él. Bueno no, con el mismo no, porque se ha extendido y cada hora que pasa se hace más insoportable. ¿Por qué?

Enciendo el iPod que tengo en la mesilla, al lado de la cama, a pesar de que la música engrandece ese agujero de mi estómago. Comienza a sonar justo donde lo dejé cuando me fui

«Te recordaré en cada canción».

Mierda. Creo que este es un buen momento para llamar a Anna. Cojo el teléfono y marco el número de memoria.

—*Hola, hermana pequeña.*

—Qué pronto te amoldas a las rutinas de nuevo.

—*¿Qué haces?*

—Estoy tumbada en la cama escuchando música. No me apetece hacer nada.

—*No lo hagas. ¿Qué escuchas?*

Pongo el manos libres del móvil y subo el volumen del altavoz que tengo acoplado al iPod; la canción ya va por la mitad: *Laika*, de Mecano.

Mientras en la tierra una gran fiesta,

gritos, risas, llantos y champán.
Laika miraba por la ventana.
¿Qué será esa bola de color?
¿Y qué hago yo girando alrededor?
Preparado está ya el cohete para zarpar,
el control en Tierra dice a Laika adiós.

...

Escuchamos a Ana Torroja en silencio hasta que Anna (mi Anna) comienza a cantar con ella. Nos sabemos todas las canciones de Mecano. Y cuando digo *todas*, son todas. Mi hermana es *superfan*, desde siempre. Y de tanto escucharlas, acabé por aprendérmelas, por más que quise evitarlo.

—*Una noche por el telescopio, una nueva luz apareció.*

Una estrofa cada una, eso es lo que hacemos siempre que cantamos juntas.

—Nadie pudo darle una explicación, al asomo del nuevo Sol.

—*Y si hacemos caso a la leyenda, entonces tendremos que pensar.*

—Que en La Tierra hay una perra menos, y en el cielo una estrella más.

—*Y en el cielo una estrella más.*

Silencio de nuevo.

—Te quiero, Penny. Más que a nada en el mundo.

—Y yo a ti.

Colgamos a la vez. *Laika* acaba y suena la siguiente canción. *Quién*, de Efecto mariposa.

Solo una palabra.
Adiós, adiós, adiós, adiós, adiós...
Después de ti no hay nada.

...

Apago las luces y me sumo en la oscuridad. Imágenes de los días en Riviera Maya pasan por delante de mis ojos. Antes de este viaje pensé que había vivido tanto, que lo había vivido todo... Y resulta que no había vivido nada.

Me quedo dormida un minuto más tarde con la firme decisión de arrancar a Mike de mis pensamientos.

SEGUNDA PARTE

El primer día de clase

Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, que tu cuerpo es pa' darle alegría y cosa buena.

Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, que tu cuerpo es pa' darle alegría y cosa buena.

Me incorporo sobresaltada a causa del sonido del despertador y me estiro para apagar el aparato, con forma de batería de música, que descansa en mi mesita de noche, al lado de la cama. Los ratones que la tocan me indican que hoy es martes, cinco de septiembre, y que son las siete de la mañana.

Maldita Macarena y maldita Anna.

Desvelarse así cada día no puede ser bueno para la salud, y maldecir así a mi hermana, tampoco. Sobre todo cuando la culpa es mía por conservar esta máquina de las tinieblas que me regaló hace más de diez años como solución definitiva a mis problemas para despertarme. Ella lo llama *problemas*, yo lo llamo *tengo un sueño profundo y deberíais dejar que me espabile cuando me lo pida el cuerpo*. Claro que, entonces, quizá viviría solo de noche, como los vampiros. Los vampiros legendarios, me refiero, porque a los de ahora no hay quién los entienda.

Me siento algo desorientada e incómoda. Miro hacia abajo, a mi atuendo: he dormido con el pantalón vaquero y la camiseta. Y de una vez. A pesar de que supone retractarme por lo que acabo de exponer de que es mejor despertarme cuando me lo pida el cuerpo, doy gracias a todos los dioses de la mitología griega y la romana juntas (aunque sean los mismos) por haber puesto ayer el despertador. Mira que si me duermo el primer día...

Salgo de la cama como un resorte, con energía, gracias a que he descansado bien y a que hoy comienzo a dar clase en la Universidad de Oxford.

Guau.

Antes de ir al cuarto de baño para prepararme, echo una mirada ligera al móvil, que descansa en el banco que tengo a los pies de la cama, y veo que tengo un mensaje de mi hermana.

Anna Banana: Buenos días, superprofesoraempollnadeOxford. Que tengas un feliz primer día. Yo voy a pelearme con la ley. No los asustes. A los alumnos, me refiero. Bueno, tampoco a los profesores. Aunque qué me importan a mí los profesores; en realidad, tampoco los alumnos. ¡Marea a quien quieras!

Se me escapa una sonrisa sin poder evitarlo. Anna es de esas personas que pueden divagar, divagar y divagar sin llegar a decir nada en absoluto incluso escribiendo un simple *whatsapp* de buenos días. «Mira quién habla».

Me desprendo de la ropa y me doy una ducha; la primera desde hace dos días. Me coloco debajo del chorro de agua caliente y me relajo al instante, a la vez que se me aflojan los músculos. Empapo la esponja con gel de baño y, entonces, en cuanto comienzo a frotarme el cuerpo, la veo: la pulsera de la amistad. Mi *anillo de boda*. Durante unos segundos me planteo la posibilidad de quitármela, pero enseguida rechazo la idea, porque me gusta llevarla puesta. Me gusta lo que significa.

«Y quitártela sería un sacrilegio».

En media hora estoy vestida, peinada y preparada. Cojo uno de los bolsos del colgador de la entrada, lo relleno de todo lo necesario y salgo de casa. Desato mi vieja bicicleta de la verja y me pongo en camino.

Me encantan los vehículos de dos ruedas, desde que era niña, y en esta ciudad son casi obligatorios, tanto que incluso creo que hay más bicis que coches; de hecho, la mayoría de los vehículos a motor que se ven en la carretera son autobuses o furgonetas de reparto.

Me incorporo por High Street y disfruto de la cálida brisa de septiembre que me azota el rostro. Pongo en movimiento los pedales «sin prisa pero sin pausa», como me decía siempre mi padre cuando salíamos a pasear los domingos en familia. Giro hacia la izquierda en cuanto distingo Merton Street, que es donde se encuentra el edificio principal de la universidad.

Oxford es una universidad colegiada, lo que implica un funcionamiento único que solo existe aquí y en Cambridge, nuestros archienemigos.

De una parte, está el ente que todo lo controla: la propia Universidad de Oxford. Impone el currículum académico de cada carrera universitaria, el temario de todas las asignaturas, los exámenes y expide el título. De esta manera, todos los alumnos son iguales, garantizándose así que cada titulado en la universidad sepa lo mismo.

Y de la otra parte, están los *colleges*. Nacieron como residencias de estudiantes, pero hoy en día los podemos asemejar a pequeños campus universitarios donde los chicos viven, comen, tienen actividades deportivas, actividades sociales y dan clase.

De estas últimas, también hay dos ejemplos.

Las magistrales, que da la universidad en el edificio principal, y las que se imparten en los *colleges*, que son personalizadas y gozan de un máximo de cinco alumnos. Es como tener un profesor particular que te ayuda en todo lo que sea necesario. Por esto, el porcentaje de suspensos en Oxford es inferior al uno por ciento.

Las primeras, las magistrales, son las más, así que todas aquellas personas que tengan que estudiar mi asignatura vienen aquí; no importa a qué *college* pertenezcan.

Dejo la bicicleta en la calle, en uno de los lugares habilitados, y entro en el edificio.

Camino con pasos vacilantes, por los pasillos de paredes de escayola blanca y suelos de mármol del mismo color; al menos la claridad me estimula. Mentiría si dijera que no estoy asustada. Los primeros días nunca son fáciles; no importa el tiempo que lleves en esto.

Mi padre siempre se ponía nervioso. No lo decía en alto, pero yo se lo notaba en la expresión de su cuerpo, en lo reservado y silencioso que estaba la noche anterior.

«Si no estuviera intranquilo, sería estúpido», solía decirme cuando me acercaba a hablar con él: «Lo llaman responsabilidad».

Qué razón tenía. Lo descubrí con el transcurso de los años: cuanto más estudias, cuanto más te preparas, más angustiado estás. Quieres, deseas, que se aprecie que te lo has currado de verdad.

Subo tres pisos de escaleras de piedra caliza y me dirijo directa al despacho con la intención de organizar la única clase que tengo en el día de hoy y papeleos varios. En cuanto entro, inhalo una bocanada de aire. Aquí me siento más segura. Enseguida me azota el olor a Oxford, a universidad. Hasta este momento no lo había notado; apenas he respirado desde que he cruzado el primer umbral.

Lo primero que veo al frente es la caja que dejé encima del escritorio de madera de caoba el día antes de irme de vacaciones. La abro y retiro los escasos efectos personales que hay dentro: un par de fotografías con mis padres y mi hermana, una pluma estilográfica, un maletín, un montón de papeles y varios libros que considero indispensables. Lo coloco todo en la librería de color marrón rojizo que tengo detrás del escritorio y me siento a trabajar.

La mañana transcurre en un suspiro y, cuando veo que se acerca la hora de irme, recopilo lo necesario en el maletín y me levanto, pero tropiezo con una esquina de la alfombra persa en tonos azules y granates que adorna el suelo. La coloco bien con el pie y salgo del pequeño habitáculo con tiempo suficiente para llegar al aula.

De camino me encuentro con el decano, George Somerset, que charla animadamente con un par de personas a las que no conozco. La relación que tenemos es bastante buena, lo que hace que me encuentre a gusto. Y le estaré siempre agradecida por permitirme hacer el viaje a Riviera Maya. Aunque bien es cierto que dejé todo preparado en las semanas antes de marcharme, no tenía por qué habérmelo concedido, dado que mi contrato había comenzado.

—Hola, Penélope. Bienvenida de nuevo —me saluda afable.

—Gracias.

—Ven —me ase del codo con amabilidad—, quiero presentarte a unos compañeros que aún no conoces.

Me acerco al chico y a la chica que me señala, y hacemos las presentaciones.

—Él es Mark Patterson, profesor de Matemáticas, y ella, Grace Lowell, una de nuestras expertas en Física.

Vaya, los dos de números. No suelo juntarme con ellos, por nada en especial, pero es algo así como los enfrentamientos legendarios entre indios y vaqueros o egipcios y romanos: ciencias contra letras. Aunque este par no tienen pinta de científicos. No sé por qué, siempre que pienso en gente de ciencias, me imagino a los chicos de la serie *The Big Bang Theory*, que son más... más...

«Frikis».

Eso.

Ambos son muy jóvenes, como yo. Entiendo que también son estudiosos hasta la extenuación y una especie de genios. Estoy bastante segura de que somos los únicos que no superan la cuarentena en toda la universidad.

Donde Mark es altísimo, Grace es bajita. Los dos rubios, escandalosamente rubios, con los ojos claros y una pinta de ingleses que hasta me hace gracia.

¡Por Constantinopla! Creo que nunca había visto unas cejas tan doradas como las de este chico. Intento reprimir una sonrisa.

—Penélope Ballester —me presento, a la vez que carraspeo—. Historia.

—¿Ballester? —me pregunta Mark.

—Sí. Soy española.

—¿Española? ¡Hombre!, como las naranjas de la fábrica de mermelada. Las agrias eran las favoritas de la reina Victoria —me dice con evidente entusiasmo.

—Sí, algo he oído.

En efecto lo he escuchado mucho. No sé qué tiene la gente de Oxford con los españoles, pero el cincuenta por ciento de las veces que explico mi nacionalidad me recuerdan lo de las naranjas de la reina y me resulta muy gracioso.

Oxford tiene tres fábricas históricas: una de cerveza, la Lyon; otra de mermelada, que se elaboraba con naranjas agrias que traían de Sevilla, y la de William Morrison, la única que sigue abierta: MG Motor.

—Bienvenida —repiten mis colegas.

—Si me disculpáis, yo me retiro, tengo trabajo que hacer —se despide George con educación.

—Yo también —nos dice Mark—. Penélope, no dudes en contar conmigo para cualquier asunto que necesites. Y bienvenida de nuevo a bordo.

—Gracias, Mark.

Les decimos adiós con la mano y nos quedamos las dos chicas solas, una enfrente de la otra.

—Solemos quedar más tarde para charlar y comentar el día en el claustro de profesores. ¿Te apetece venir?

¿Al claustro? No, por favor. Esta chica es demasiado joven para tener ese tipo de aficiones por muy genio de ciencias que sea, así que me lanzo a hacerle una propuesta más atractiva.

—¿Qué te parece si hoy te saltas esa reunión tan *prometedora* y vamos a comer algo por ahí?

Grace me mira y me explora a la vez que entrecierra los ojos. Creo que intenta dilucidar si *reunión prometedora* es ironía.

—Me parece perfecto —resuelve.

—Bien, nos vemos en la salida en una hora. Me toca dar clase.

—¡Suerte!

—Gracias.

Me dirijo a mi aula a paso tranquilo y aun así tardo tres minutos en llegar; no estaba lejos. Al entrar, saludo con educación a las personas que están dentro, pero no me fijo en las caras de nadie; en un primer momento nunca lo hago. Enfoco la mirada en los cuadros que presiden las paredes y en los dibujos de los paneles de madera, comenzando así a familiarizarme con mi nuevo entorno.

Cuando llego a la mesa, saco un papel del maletín y echo un vistazo a los nombres que tengo enfrente. A pesar de tratarse de alumnos universitarios, me gusta pasar lista y quedarme con sus rostros. Al menos los primeros días. Es una manera de acercarme a ellos, de que no sean un número más.

Me presento y comienzo a decir nombres en voz alta. Carámbanos con los alumnos. No es extraño encontrar apellidos ilustres en estas universidades, pero no había visto tanta denominación rimbombante junta en mi vida. Es como estar en la Cámara de los Lores.

—¿Barbara Berkshire?

—Presente.

Bien.

—¿Max Bradbury?

—Presente —me contesta un chico de segunda fila.

¿Cómo es posible que un simple *presente* suene tan pomposo?

Me acerco a la pizarra y comienzo a escribir mi nombre mientras sigo pasando lista. Tan solo he caligrafiado las tres primeras letras cuando bajo la vista hacia el folio y lo veo. Oh, por Los Celtas, este incluso lleva un III detrás del apellido. Eso implica que antes ha habido un II y mucho antes, un I. Decido omitir la numeración.

—¿Michael Cunningham?

Me quedo a la espera de un nuevo *presente* insolente y atrevido, pero no hay ninguna respuesta. Miro el listado de nuevo para constatar que lo he leído y pronunciado bien. Todo

en orden: Cunningham. Pero, espera. Un recuerdo me viene a la cabeza, uno que había enterrado en el olvido. Y una imagen de Mike besándome después de casarnos.

Me encanta su sabor, señora Cunningham.

No, no puede ser. Mike es médico. Es imposible que sea alumno mío y es imposible que viva en Oxford. Mi memoria procesa la imagen una y otra vez; los nombres se suceden los unos a los otros: Michael. Mike. Señora Cunningham. Michael Cunningham. Mike Cunningham. Muevo la cabeza para quitarme esa idea tan absurda.

Repito su nombre, pero esta vez, con un ligero temblor en la voz.

—¿Michael... Cunningham?

—Presente.

Zas.

Es mucho peor que una bofetada. Muchísimo peor. Mi cuerpo se detiene y mi corazón, también. Se me cae la tiza de las manos sin darme la oportunidad de terminar de escribir mi nombre completo.

Me giro con lentitud; mi alrededor pasa por mis ojos a cámara lenta. Examino cada rostro, fila por fila, alumno por alumno, buscándolo, y juro que es la búsqueda más larga que he hecho en la vida. Hasta que llego al fondo y... lo veo.

Oh, madre mía. Sí puede ser.

Se me cae el alma a los pies. Y el papel. Porque es Mike. Es *mi* Mike.

La habitación desaparece, también los sonidos, los colores, los alumnos, mi respiración; su rostro es todo lo que mis ojos alcanzan a ver, y siento que mi cerebro se ha cortocircuitado. Creo que estoy impactada. Ahora los latidos se aceleran; van a toda velocidad.

Nuestros ojos se encuentran, y lo que veo en los suyos no es sorpresa, que es lo que, supongo, destella en los míos. Son otras emociones. Seguro que me ha reconocido desde que he entrado por la puerta y por eso ni está impresionado ni me ha contestado a la primera.

Estoy a punto de sonreír, de incredulidad y de emoción por volver a verlo! cuando... ¿Qué es lo que veo en su rostro? Felicidad no es. ¿Confusión? ¿Recelo? ¿Desolación? ¿Irritación? ¿Enfado? El amago de sonrisa se me borra de la cara y me tensa. Sí, lo último que advierto es enfado. El pensamiento de lo que implica su reacción me sacude con todas las fuerzas porque... no lo entiendo.

¿Acaso cree que es culpa mía que nos hayamos encontrado aquí? ¿Acaso cree que lo he seguido hasta Oxford? ¿Acaso cree que...? ¿Su pulso no late a la misma velocidad que el mío? ¿No me quiere?

La última pregunta me destroza por dentro. La conmoción que sentía desaparece y da paso a la inquietud y el disgusto en cuanto me doy cuenta de nuestra situación, de que me

engañó y no solo no es médico, sino que para mayor inri, ¡no es más que un maldito estudiante que ahora está en mi clase!

—¿Señorita Ballester? ¿Está usted bien? —me pregunta alguien cercano, supongo que de primera fila.

Vuelvo a la realidad con la certeza de que no tengo ni idea de cuánto tiempo me he quedado contemplándolo. Carraspeo y me obligo a decir algo.

—En lo sucesivo, conteste a la primera, señor Cunningham. No estoy dispuesta a perder media hora pasando lista por su causa. —Siento tal vértigo después de pronunciar esas palabras que no acabo de crearme que haya sido capaz de decir las sin derrumbarme. Ni siquiera entiendo la razón por la que las he dicho, aunque quizá sea porque ahora mismo me siento muy vulnerable.

Como no me contesta, me dispongo a continuar con mi labor; sin embargo, cuando voy a echar mano de la lista, veo que no está entre mis dedos. Miro al suelo por puro instinto y me agacho a recogerla.

—¿Charly Durham? —No sé si tiembla más mi voz o el papel.

—Presente.

Termino con los nombres y descubro que, por primera vez en mi vida, no ha servido de nada, porque no me he quedado con ninguna cara. No entiendo cómo soy capaz de impartir cátedra, pero entiendo que es porque me lo sé de memoria. Me tiemblan tanto las piernas que no alcanzo a comprender cómo pueden sujetar el peso de mi cuerpo. Hablo como una autómatas y escucho de lejos mi voz en *off*. Debo de estar matándolos de aburrimiento, y eso que mis clases siempre son muy participativas, pero hoy no soy capaz.

Mike no aparta la mirada de mí ni una sola vez en toda la endiablada hora. La siento, pero no se la devuelve.

Al finalizar, me obligo a hacer una última cosa antes de abandonar el aula. Necesito hablar con él. Necesito sus explicaciones. Necesito tantas cosas más.

—Señor Cunningham, quiero verlo en mi despacho —le digo antes de que abandone la sala.

—Ahora no puedo. —Sus ojos azules tropiezan con los míos, creo que por error, porque enseguida los aparta. Yo hago lo mismo con los míos; no quiero mirarlo a los ojos, sé que si lo hago..., si lo hago, estaré perdida. Y no puedo permitírmelo. Tengo que levantar un muro entre nosotros, aunque me duela en lo más profundo del corazón.

—Tendrá que hacer un esfuerzo —insisto—. Necesito hablar con usted.

Tenemos que discutir sobre nuestra situación y tenemos que fijar unas normas. Unas normas que definan esta nueva relación. Esta nueva relación de profesora y alumno.

¡Dios! Todavía no lo he asumido.

—No creo que se le vaya la vida en ello —me dice con tono arrogante.

Pero ¿qué...?

—Señor Cunningham, lo espero en diez minutos.

Abandono la estancia con una decepción terrible. No dejo de caminar a paso ligero (excesivamente ligero) hasta que entro en mi despacho y cierro la puerta con fuerza. Apoyo la frente y las palmas de las manos contra ella como si estuviera a salvo, como si así me estuviera protegiendo de algo, pero ¿de qué?

Esto no me puede estar pasando. Aún no me había dado tiempo a fantasear con un encuentro fortuito con él, pero, desde luego, jamás me lo hubiera imaginado así. Habría sido algo mucho más... no sé, más especial, más bonito, más de película. Así son las fantasías, ¿no? Pero queda claro que la realidad supera la ficción y la destroza.

Espero veinte minutos; diez más de los acordados, pero, por supuesto, no aparece.

Salgo en busca de Grace; la pobre mujer estará esperándome desde hace media hora. «Si es que no se ha ido». Espero que no, porque me urge sonsacarle información sobre Michael; ya veré cómo lo hago sin delatarme.

—Hola, Penélope. ¿Qué tal te va? —Me sobresalto al escuchar mi nombre y me detengo. Marchaba tan decidida a la salida que no miraba nada de lo que ocurría a mi alrededor. Es Mark.

—Bien, muy bien —le digo como puedo.

—Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy.

—S... Sí —titubeo—. Muchas gracias.

Me despido a toda prisa y llego casi corriendo a la salida. Respiro hondo cuando veo a Grace esperándome.

Le pido disculpas y vamos caminando hacia el *gastropub* The King's Arms; es uno de mis favoritos y la comida está buenísima. Necesito comer. Necesito llenar este vacío de mi estómago. Y necesito calmar estos malditos nervios, esta ansiedad. Sí, comer tiene que ser la solución. Luego regresaré a por la bici. Pero, primero, tengo que conseguir información sobre Mike. Grace tiene que saber algo.

Llegamos, nos sentamos en una mesa cerca de los ventanales y nos vamos conociendo mientras echamos un vistazo a la carta. Las patatas con queso de este sitio son únicas. «Muy bien, Penny. Tú sigue pensando en comida. Distráete». Pedimos unos cuantos platos para picotear, entre ellos las famosas patatas, pero soy incapaz de metérmelas en la boca. Comer no parece ser la solución. Entretanto, Grace me habla sobre su familia y sobre los años que lleva en Oxford trabajando como profesora. En cuanto las anécdotas más jugosas sobre la universidad hacen acto de presencia, veo mi oportunidad de meter a Mike en la conversación.

—¿Puedo preguntarte algo, en plan cotilleo, sobre un alumno?

—Uy, me encantan los cotilleos sobre alumnos. ¿Qué quieres saber?

Uno de los camareros viene a la mesa a servirnos la comida. Grace se queda observándolo dos segundos más de lo políticamente correcto para después mirarme como diciendo: «Pues no está mal el muchacho». Yo sigo con lo mío.

—Tengo un alumno del que me suena mucho su apellido, pero no logro ubicarlo.

—¿Cómo se llama?

—Mmm... —Me hago la despistada—. No sé qué Cunningham III.

—¡Normal que te suene! Es el hijo de Michael Cunningham II.

«¡Menuda lumbrera!».

—Te parecerá una locura, pero eso me lo imaginaba —le digo con cansancio en la voz—. Y, para que no te embales, entiendo que hay un Michael Cunningham I, al que, con toda probabilidad, mi alumno llamará *abuelo*.

—Vaya, eres toda una ratita de biblioteca sabelotodo e impertinente. Me gustas.

No sé la razón, pero ella también a mí, a pesar de ser de Física.

—Y tú a mí, pero vayamos al meollo de la cuestión. ¿Quién es ese tal Michael Cunningham II? Me suena mucho. —Esto último es verdad, la única que he dicho en los últimos minutos.

—Es el propietario de más de media Inglaterra. Tu alumno es su único hijo varón, y su heredero.

Humm.

—Aquí todo el mundo lo conoce. Está en su último año de Medicina. —Vaya, al menos eso era cierto. Aunque quizá exageró al decir que *era* médico—. Es muy popular. Por poseer medio país, ser inmensamente rico y, bueno, porque es... porque es...

—¿Porque está muy bueno?

Me gusta decir las cosas claras, nunca he sido de las que rodean el asunto sin motivo.

—Sí, eso..., porque es muy guapo.

—Si prefieres decirlo así...

«Estos británicos...».

—Eres un poco deslenguada, Penélope Ballester.

—Ya se te pegará —le digo con una sonrisa.

—¿Sabes lo que no entiendo?

—¿Qué? —le pregunto con curiosidad. ¿Ella no entiende algo de toda esta situación? ¿De verdad?

—¿Cómo es posible que un estudiante de Medicina acabe en una clase de Historia?

—Porque el destino es muy jodido.

—¿Qué?

—Nada. —Se me ha escapado—. Supongo que será una asignatura de libre elección.

—Aun así.

—Esto en Cambridge seguro que no pasa.

Grace se ríe con ganas.

—Anda, acábate esas patatas. Apenas has probado bocado. Yo voy a pedir ketchup.

Después de comer, no vuelvo a la universidad a recoger la bicicleta. Vago por la ciudad sin rumbo fijo y pensando en Mike. Pensando en esta situación insólita que nos rodea y torturándome a la vez. Debí haberle exigido que me dejara ver su identificación, aunque no hubiera servido de nada porque, si está en su último curso, es indiscutible que es mayor de edad; debe de tener unos veintitrés años. Siete menos que yo.

«Ese no es el problema. El problema es que es tu alumno».

Ya lo sé.

¿Y si no ha sido más que un mal sueño? Me pellizco con mucho ímpetu en los brazos para despertarme, pero lo único que consigo es que me duelan las articulaciones y que la gente me mire raro.

Una hora más tarde llego a mi humilde morada llena de cajas, pero hoy no es el día para organizar nada. Lo primero que hago es coger el teléfono y llamar a mi hermana.

—¿*Qué tal tu primer día?* —me contesta sin decirme ni *hola*.

—Nefasto.

—*Oh, vamos. No será para tanto.*

—¿Conoces a un tal Michael Cunningham II?

—*Sí, claro. Es el dueño de media Inglaterra. Lo que no tiene la reina, lo tiene él. Bueno, su familia.*

—Resulta que su hijo, Michael Cunningham III, es alumno mío.

—¿*Qué pasa, Penny? ¿Desde cuándo te da miedo tratar con pijos de rancio abolengo? Es un alumno más. No le des importancia.*

—Pero es que no es un alumno más.

—*Penny...*

Interrumpo lo que quiera que fuera a decirme.

—Es Mike.

—¿*Cómo que es Mike?* —Silencio al otro lado de la línea. Después, un grito ahogado—. ¿*Mike, tu Mike?*

—Sí, *mi* Mike —digo con un hilillo de voz.

—*Joder. Joder. Joder.* —Creo que ese fue uno mis pensamientos—. ¿*Ryan?* —me pregunta, entiendo que para asegurarse de que definitivamente hablamos de la misma persona.

—Sí, Anna.

—¿*Qué vas a hacer?*

—No tengo ni idea.

—*Joder. No te muevas, voy para allí.*

11

Enfrentamientos

Anna se queda a dormir en casa y, como método de distracción, me ayuda con algunas cajas; con más de la mitad de ellas, en realidad. También hacemos limpieza de todos los cajones y armarios de cuando vivíamos aquí con mamá y papá. Hay que distraerme bastante.

Después de mucho discutir, la convengo para que se quede con algunas de las pertenencias que encontramos. Es justo que ella las tenga. También eran sus padres. Fotos, objetos personales, cartas, postales, los libros de papá... Recuerdos.

Como ha venido en tren y no puede cargar con tanta caja, prometo llevárselas y, de paso, pasar una tarde en Londres con ella y Peter en un futuro próximo.

Por la mañana, a primerísima hora, la acompaño a la estación de tren, nos despedimos con un abrazo gigante, de esos que te achuchan hasta no dejarte apenas respirar, y enfilo camino hacia la universidad.

Hoy la suerte me sonrío porque es miércoles y no tengo clase con Mike. Ni mañana tampoco. Solo tengo que verlo dos días a la semana: martes y viernes. Y solo durante el primer cuatrimestre, lo he comprobado.

He entrado en la página *web* de la universidad y he introducido su nombre para poder fisgonear en qué asignaturas está matriculado. Y es posible que, de reojo, haya echado un vistazo a sus calificaciones, las cuales debo reconocer que me han sorprendido porque son muy buenas. Pero lo importante de verdad es que no vamos a volver a coincidir en ninguna asignatura. Solo unos escasos meses más y esta horrible situación se habrá acabado.

Y solo dos días a la semana, me repito una y otra vez, para darme ánimos.

Por desgracia, el tiempo pasa tan deprisa que enseguida llega mi siguiente clase con él.

Carámbanos. ¿Ya es viernes? «Sí, querida».

Carámbanos. ¿Acabo de quejarme porque es viernes? «Sí, querida».

Lo bueno de todo esto es que parece que no somos propensos a encontrarnos por la calle porque en estos últimos días no nos hemos cruzado ni una sola vez.

«Eso es porque has estado encerrada o en tu despacho o en tu casa».

Mmm... cierto.

Cuando entro en la sala, apenas han llegado algunos alumnos; hoy soy de las primeras. Saludo a los pocos que están aquí con la mejor de mis sonrisas y me siento a revolver papeles. Como he llegado temprano, voy a darles un margen de cinco minutos a los que aún faltan por llegar.

Cada vez que escucho movimiento por la puerta levanto la mirada, pero con disimulo. Creo.

La tercera vez que lo hago entra un grupito de siete alumnos. Vienen armando bastante escándalo, sobre todo los dos últimos, que se ríen a carcajadas mientras se susurran vete a saber qué tonterías al oído. Y sí, uno de ellos es Mike. El martes no pude fijarme más que en su rostro; estaba bloqueada, pero hoy no. Hoy lo veo a la perfección. Y está guapísimo con esos vaqueros que tanto me gustan y con una camiseta azul de manga larga que ilumina aún más sus preciosos ojos.

Basta, Penny. Es un alumno. Que no se te olvide.

Jamás me había visto en semejante tesitura. Por una parte, tengo claro cuál debe ser mi comportamiento respecto a él, pero, por otro lado, me he enredado con ese chico durante casi quince días, nos hemos acostado juntos infinidad de veces y he vivido los... he vivido los... He vivido. Punto.

La otra persona que se ríe con él es una chica: Barbara Berkshire, la primera de la lista. Una rubia pija con aspecto de no haber levantado un plato en su vida.

«¿De dónde demonios viene esa hostilidad hacia ella, Penny? No te ha hecho nada».

Es verdad, tan solo le ríe las gracias a un compañero de clase. Y él también lo hace, pero no es más que su superestudiada sonrisa falsa que ya había olvidado. Porque las que me ha dedicado a mí son las que se esconden detrás del telón. Aun así, verlos juntos es... Joder, se me revuelve el estómago y siento...

«Celos».

Él ni me mira al entrar porque solo tiene ojos, o, más bien, ojitos, para la rubia. Lo más probable es que lo esté haciendo a propósito. Y, con toda sinceridad, creo que es lo mejor, que nos ignoremos el uno al otro. A pesar de que él haga chiquilladas como esa para intentar llamar mi atención (creo que lo hace por eso) no voy a seguirle el juego; me toca ser la adulta de esta relación. Mi posición me obliga a ello. Él tiene la suerte de poder hacer lo que quiera, pero yo, no.

Aun así, insurrecciones como la del martes pasado no las puedo permitir. Si algo me enseñó mi padre es a hacerme fuerte frente a los alumnos. Primero, te respetan; luego, te escuchan; finalmente, aprenden.

Así que no le permito avanzar ni un paso más.

—Señor Cunningham, ni se moleste en sentarse —le digo sin levantar la vista de los papeles.

—¿Perdona? —Ahora sí me mira.

—Perdone. —Levanto los ojos a la vez que lo corrijo.

—¿Qué?

—Que no me tutee, señor Cunningham.

Muestra indicios de querer pasar para sentarse en la última fila, ignorándome por completo.

—Y no pase de ahí. Hoy tiene la entrada prohibida.

Entonces, por primera vez en esta nueva situación nuestra, nos sostenemos la mirada como jamás lo habíamos hecho: con rabia, con rencor, sin entendimiento.

—¿Puedo saber por qué, señorita...? —me pregunta, con los dientes apretados, mientras se acerca a mí visiblemente cabreado. Pues ya somos dos.

—Ballester —le aclaro.

—¿Ballester? —me dice en voz inglesa. Suena algo así como *Beilistiir*.

Sé que el primer día de clase escuchó mi nombre completo cuando lo dije en alto, es imposible que no lo hiciera. No me gusta la forma en que me mira, no es solo por la rabia, también por la carencia de pasión, de interés. No me gusta porque no es él, no me gusta porque esta actitud lo empequeñece. Este chico no sé quién es. La teoría de que es su hermano gemelo malvado comienza a coger fuerza en mis pensamientos. Desde luego, no es el Mike que conocí en Riviera Maya; empiezo a pensar que ese no existe. Por lo tanto, a partir de ahora, él es Michael. Mike se acabó.

—Ajá, Ballester. —Retomo la conversación—. El martes no acudió a mi despacho, a pesar de que lo cité. No permito esa clase de insubordinaciones. Y ahora, si me disculpa, debo comenzar con la clase.

Me doy cuenta de lo cerca que están nuestros cuerpos, demasiado cerca, como si se buscaran, y me separo.

—Hasta el martes que viene, señor Cunningham. Que tenga un buen fin de semana.

—*Joder con la profe de Historia, cada vez me resulta más apetecible.*

Me giro hacia la voz. Recuerdo a ese alumno en concreto: Max Bradbury. Fue el segundo nombre que dije antes de la hecatombe.

—*Cierra la boca, Bradbury* —le dice el chico que camina a su lado a la vez que Mike lo taladra con la mirada. A ese no lo recuerdo.

Vienen en el mismo grupo, por lo que intuyo que deben de ser sus amigos. ¿Esta es la clase de gente con la que se junta Michael? ¿Con personas que creen estar por encima de todo por tener el apellido que tienen? Apuesto a que sí. Porque este es Michael Cunningham III. No nos olvidemos del III.

«Pero no es un niño rico consentido y mimado. Y tú lo sabes».

El siguiente comentario de su amiguito me saca de golpe de mis enfrentados pensamientos.

—*Es que está muy buena. No lo niegues, Greenwood.*

«Greenwood. Eric Greenwood. Ahora me acuerdo de él».

Me doy la vuelta, hacia la pizarra, ignorándolos.

¡¡Blam!!

Y me sobresalto por el portazo de Michael, a pesar de esperármelo.

Sé que no lo estoy haciendo bien. Es cierto que una de las razones por las que no he dejado entrar a Mike, a Michael, es porque el martes pasó olímpicamente de mi cita, pero me pregunto si hubiera actuado de la misma manera con otro alumno. Como norma general, suelo dejar pasar las primeras meteduras de pata. Sacudo la cabeza y me olvido de ello. Solo es un estudiante más, no puedo dedicarle ni un minuto de mis pensamientos.

Paso lista y, en esta ocasión, sí me quedo con los nombres de la mayoría.

Después de todas mis clases de hoy, dejo la universidad con un enorme alivio. Tengo el fin de semana entero para relajarme y, por más que Anna me insista por teléfono, no pienso ir a Londres. Otro día.

Antes de ir a casa, atravieso el Covered Market para comprar frutas y verduras frescas. Me enamoré de este mercado desde la primera vez que lo vi. Desde que mi padre me contó que cuando Oxford nació como ciudad solo tenía un río, una muralla que fueron eliminando a medida que construyeron los *colleges*, una iglesia de la que solo conservan la torre Carfax, un acueducto, un ayuntamiento y este mercado al aire libre que posteriormente cubrieron.

Como la lluvia no nos abandona en ningún momento, dedico el fin de semana a ver películas en casa de Grace (tiene una colección bastante considerable), con la que cada vez me llevo mejor y más tiempo paso. Nos compenetramos bien. ¿Quién lo diría? Una física teórica y una historiadora..., extraña combinación.

Y como la vida no da tregua, el sábado y el domingo solo duran un suspiro. Y el lunes más de lo mismo: un suspirito. Y ya es martes: me toca clase con Michael.

Lo veo desde la distancia cerca de la puerta de mi clase. Él y sus amigos charlan mientras forman un círculo; algunos apoyados contra la pared y otros, enfrente. Según me acerco, el grupito decide pasar al interior sin ser conscientes de mi aparición.

Entro en el aula justo detrás de Mike y en esta ocasión no le pongo ningún impedimento, pero él, como si sintiera mi presencia, se gira y me ve. Yo estoy dispuesta a firmar la pipa de la paz. Lástima que él, no.

—¿Hoy puedo pasar o estoy castigado? ¿Quiere que me ponga contra la pared, señorita Ballester?

Qué ganas tengo de cerrarle esa boca que tiene. «Y lo que te gustaba esa boca, Penn».

—Pase y siéntese. Ya.

—*Está buena y tiene mala hostia. ¿Qué más se puede pedir?* —Escucho allá por la segunda fila. Es la misma voz petulante del otro día.

—Lo he oído, Bradbury. La próxima vez que me falte al respeto será expulsado de esta clase. A perpetuidad.

Lo miro para ver su reacción; se ha sentado en su sitio y tiene el codo apoyado en la mesa y la cabeza en la mano, dejando en ese punto todo su peso. En lugar de cerrar el pico y darse por amonestado, me mira con deseo mientras se chupa el labio inferior con la lengua. Ignoro su provocación, pero justo cuando me doy la vuelta...

—¡Ouch! ¿Qué pasa contigo, Mickey?

Me giro de nuevo para ver lo que sucede: Bradbury se acaricia el codo con efusividad en un intento de calmar el dolor. Michael ha debido de golpearlo mientras pasaba por su lado y lo ha tambaleado.

—Perdona, Maxy. He tropezado —explica el aludido con desinterés.

Recorre unos cuantos pupitres más y se sienta junto a la rubia. Esta, sin ningún tipo de pudor, acerca su pupitre al de él. Lo acerca hasta que se tocan. Los ignoro y comienzo con la cátedra.

Durante la hora entera tengo que aguantar sus tonteos, risotadas y excusas mal disimuladas. No les hago el menor caso e intento hacer la clase lo más comunicativa y entretenida posible. Veo que poco a poco lo consigo cuando el resto de alumnos comienzan a interactuar y a participar más. Suspiro.

En fin.



El viernes siguiente, la situación con Michael y Barbara se hace insostenible. Ella se acerca tanto que incluso apoya una de sus piernas encima de las de él. Hasta ahora me he callado y he aguantado ese tipo de comportamiento incorrecto por ser Michael, por darle algo de tregua, pero esto es demasiado. Estamos en la universidad, no en un patio de colegio. Jamás toleraría algo así de ningún otro alumno.

—Señorita Berkshire, ¿puede separarse del señor Cunningham? Hay sitio más que de sobra en el aula. O, si lo prefieren, pueden salir fuera y seguir con lo que están haciendo en otro lugar más apropiado.

«Como en un motel, por ejemplo». Menos mal que esta última parte me la callo.

Creo distinguir en la expresión del aristócrata cierto fastidio. Pero no puedo asegurarlo; apenas reparo un segundo en él.

Tras dar por finalizada la clase, me despido con simpatía de los alumnos. Tengo la sensación de que va a ser un buen grupo, quitando un par de excepciones.

Espero a que salgan todos para abandonar el aula. Mi clan pesadilla particular es el último en salir.

—Mickey, te invito a comer. Necesito que me ayudes con unas dudas que tengo de anatomía. ¿Qué me dices?

Mickey. Es la segunda vez que lo escucho. No me gusta nada. Me parece tan impersonal, tan ridículo, pero allá él.

—Claro, ¿por qué no?

—Barbie, ¿me dejas unirme a la fiesta?

¿*Barbie*? ¿Es una broma? «Sin comentarios».

—Otro día, Max. Hoy necesito a Mickey solo para mí.

La bofetada de celos es tan inesperada que salgo a toda prisa y los dejo atrás sin cruzar una mirada con ninguno de ellos.

???

Lo bueno del martes siguiente es que no hay ningún altercado; ambos nos ignoramos y puedo dar la clase tranquila. Un día menos.

A pesar de haber sido toda la vida muy estudiosa, desde que tengo uso de razón, siempre he deseado como agua de mayo que llegase el viernes, pero ahora no. Ahora los viernes son una pesadilla porque tengo clase con Michael.

Y la tregua del martes fue solo un espejismo.

—Le he traído una manzana, profesora. Para limar asperezas —me dice el muy idiota según me ve pasar por la puerta.

La gente se ríe, claro. Me acerco a él aguantándome las ganas de decirle cuatro cosas y de expulsarlo por segunda vez. Le hablo cerca del oído para que no nos escuche nadie.

—¿Me estás vacilando?

—No —me dice con su media sonrisa de esnob impertinente—. ¿No le gustan las manzanas, profesora?

Creo que solo quiere provocarme; quizá sea su manera de vengarse por haberlo ignorado durante las últimas dos semanas. O quizá... quizá... Yo qué sé.

—Siéntese.

A partir de ese momento, el día se convierte en un auténtico infierno. Hoy tengo que dar cuatro clases y esta es tan solo la primera. Lo único positivo es que no cruzo más palabras con Michael.

Para cuando acabo la cuarta, lo único que quiero es meterme en la cama y no salir en veinticuatro horas.

Regreso al despacho para coger mi bolso antes de ir a comer y me encuentro a Michael sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados.

—Llegas más de dos semanas tarde —le digo.

Abre los ojos, con lentitud, ante el sonido de mi voz.

—¿Podemos hablar? —me pregunta.

—¿Ahora quieres hablar?

—Sí.

Si algo tengo claro desde el primer segundo en que lo vi es que tenemos que hablar. Por él, por mí y por nuestra nueva relación. Se levanta y espera a que abra la puerta con la pequeña llave que guardo en el bolsillo de mis pantalones.

—Pasa.

No me aguanto las ganas y comienzo a gritar en cuanto cierro el despacho con la esperanza de que las paredes no sean de papel aunque, en realidad, me importa una mierda.

—¡Me mentiste! —lo acuso.

—¡Joder! —me dice sobresaltado—. No me has dejado ni sentarme.

—No lo hagas. Esto va a acabar rápido.

Pestañea con expresión confusa y sacude la cabeza.

—No te mentí —me dice, a la defensiva, colocándose en el medio de la habitación. Yo me mantengo cerca de la puerta—. Acordamos que nada de información personal.

—Te pregunté si eras mayor de edad y...

—Y soy mayor de edad. Tengo veintitrés años. —Se apoya en mi escritorio con el trasero y sujeta la madera con las manos.

—¡Me dijiste que eras médico!

—Ah, eso...

—Sí, *eso*.

—¡Casi lo soy! —Se incorpora y gesticula con las manos—. Lo hice para llevarte a la cama. Parecías mayor que yo, ¿veintimuchos? —me pregunta con duda—, y a las tías no os gustan los tíos jóvenes... al menos no a tu edad.

—Oh, eso está muy bien, Michael. Eso está pero que muy bien. ¿Quieres que te felicite? Y, por cierto, tengo treinta —le digo a la vez que cruzo los brazos en mi pecho.

—No es necesario. Treinta... está muy bien —dice, como tanteando el terreno.

No vamos a conseguir nada discutiendo. El tema está bien claro.

—¿Sabes? De todo en la vida se aprende.

—¿A qué te refieres? —me pregunta acercándose a mí.

—Tanto ocultar información personal para que no supiera nada de ti y resulta que hubiera sido mucho más sencillo si te hubieras limitado a decir la verdad.

—¿Por qué?

—Porque *tú* me habrías contado que eras estudiante de la Universidad de Oxford y *yo* te habría dicho que era profesora allí. Y ahí hubiera terminado nuestro contacto. Seguiríamos siendo dos desconocidos.

—Aun así, yo seguiría habiéndote visto desnuda. —Me apunta con el dedo y se acerca a la ventana dándome la espalda. Creo que para evitar que vea la sonrisa de autosuficiencia que estaba a punto de asomar por su boca. Tarde.

Muy bonito, Michael. Muy bonito. Entonces, caigo en algo.

—¿No le habrás contado a alguno de esa pandilla de pijos que arrastras por aquí nada de lo nuestro?

Se da la vuelta con expresión enfurecida y vuelve a acercarse a mí.

—¡Joder, no! ¿Por quién me tomas? ¡La hostia!

—¡Por un gilipollas! —Lo dejo sin palabras, estupefacto. Conozco poco a Cunningham III, pero creo que no suelen hablarle así—. ¿A qué ha venido lo de la manzana de esta mañana? —le pregunto.

—No ha sido más que una tontería que han propuesto los chicos para limar asperezas. Han estado comentando que parece que tú y yo no hemos empezado con buen pie.

—Ya, y tú los has seguido como un borrego. Dios, si es que no eres más que un crío.

—¿Quieres que te recuerde lo que has hecho con este crío en la cama?

—No. ¡Y ahora, lárgate!

—¡No me grites! ¡Ya me iba! La verdad es que no tengo nada que hacer aquí. Joder, no sé ni para qué he venido.

—Exacto.

—Perfecto.

—Genial.

—Adiós.

Pasa por mi lado como una exhalación y me aparto para dejarle paso. En esta ocasión, no cierra de un portazo. Solo da un golpe contra la pared al abrirla con tanto ímpetu.

—¡Hasta nunca!

«Joder con el niño».

Entorno la puerta con cuidado, me apoyo en ella y rompo a llorar.

Toc, toc, toc.

¿Mike?

—¿Sí?

—¿Penny?

Grace.

Me limpio las lágrimas y abro.

—Pasa.

—¿Estás bien?

—¿La verdad? No.

—No es necesario que me cuentes nada. Solo dime cómo puedo ayudarte.

—Necesito algún tipo de distracción. Por absurda que sea.

—Pues tengo la solución perfecta.

Grace me lleva a la carrera de tortugas del Corpus Christi College. Se lleva a cabo una vez al año y participan en ella siete *colleges*. Se coloca en el suelo un círculo de lechuga y los estudiantes se sitúan en el centro con los galápagos en la mano. Los sueltan y gana el que antes traspase el círculo.

Cuando llegamos, aún quedan unos minutos para que comience y hay muchísima expectación. Al círculo de lechugas lo rodea un círculo todavía mayor de estudiantes.

Nos encontramos con varios profesores, entre ellos, Mark. Comenzamos a parlotear sobre el inicio de curso, pero nos callamos en cuanto empieza la cuenta atrás.

Sitúan a los reptiles en el suelo y, por increíble que parezca, uno de ellos toma la delantera y se acerca raudo y veloz (todo lo raudo y veloz que puede ser un reptil terrestre) a una de las lechugas. Los vítores se intensifican y el ambiente me anima. Me olvido de mis preocupaciones por un momento mientras sigo la comilona del animal.

Le agradezco a Grace con un apretón de manos que me haya traído aquí. Me devuelve otro estrujón y justo en ese momento la tortuga se acaba la lechuga.

—¡Por Enrique VIII! No ha tardado ni cinco minutos —exclamo en voz alta.

Creo que incluso acaban de batir un récord.

—La han tenido a régimen desde hace días —nos explica Mark a la rubia y a mí.

—¿Qué me dices? ¿A régimen a una tortuga?

—Tal cual. Me lo han contado en confidencia unos alumnos.

Pues sí que debía de estar hambrienta la pobre.

12
Celos

Más tarde, en casa, llamo a mi hermana y me desahogo. Una cosa es que deba mantener las apariencias en la universidad y otra que no pueda desquitarme como una adolescente cabreada en la intimidad de mi hogar. Porque Michael me duele. Claro que me duele, joder. Hace casi tres semanas *nos casamos*, y, ahora, no podemos ni permanecer juntos en la misma habitación sin discutir. ¿Qué nos ha pasado? ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Y por qué?

Entiendo que no podamos seguir enredados como en Riviera Maya, pero de ahí a odiarnos hay un mundo.

—Tendrías que verla, Anna —le explico—. Incluso la llaman *Barbie*. Y te diré aun más. Porque sé que la Barbie es estadounidense y la pija esta es británica hasta en el último poro de su piel, que si no afirmarí sin duda que la muñeca es una réplica de su tatarabuela. Son igualitas, Anna, igualitas.

Después de mi diatriba, respiro.

—Estás celosa —me dice la muy atrevida.

—No es verdad.

—Vale. Pero que sepas que estás muy mona cuando te pones celosa. Nunca te había visto así. Si estuviera ahí contigo, te comería a besos —resoplo—. Y te diría que por lo poco que conozco a Ryan no me pega nada que le gusten esa clase de chicas.

—Ese es el quid de la cuestión. Que no es que lo conozcas poco, es que no lo conoces en absoluto.

—Mmm... no sé yo.

Ring, ring.

Es el timbre de la calle. Corto la conversación con mi hermana.

—Anna, tengo que dejarte. Grace ha venido a buscarme.

—¿A dónde vais?

—A beber cervezas. Muchas.

—¡Vaya! ¡Por fin un plan de viernes noche!

Gruño.

—Adiós.

Cuelgo.

Abro la puerta a toda prisa e invito a entrar a Grace mientras termino de prepararme. Después del espectáculo de las tortugas, ha insistido en venir hasta mi casa a pesar de estar a las afueras de Oxford. Dice que quiere cotillear dónde vivo. Creo que el hecho de haberse juntado con una historiadora le pica tanto la curiosidad como a mí que ella sea física. Y, además, estoy segura de que la razón principal es que no quiere dejarme sola demasiado tiempo por eso de haberme visto llorar hace unas horas.

Le permito que observe todo a placer mientras me calzo un zapato a la vez que corro por la casa buscando mi chaqueta de punto azul marina. Me pongo el otro zapato mientras meto el móvil, las llaves y el monedero en el minibolso.

—¡Ya estoy! —anuncio después de cruzármelo por el pecho. Ato la chaqueta a una de las correas y ¡en marcha!

Mi amiga me escanea de arriba abajo. Se detiene más de cinco segundos en mi falda vaquera.

—Si se te cae algo al suelo, me agacho yo.

—No es tan corta —le digo cuando salimos de mi casa.

Vamos dando un paseo hasta la cervecería donde comimos el primer día. Pedimos un par de Guinness y nos apoyamos en la barra en silencio (sentarse, mejor no; sí que es verdad que la falda es algo corta). Presiento que Grace no quiere preguntarme por lo que ha visto este mediodía, pero a la vez, sí quiere. Y yo estoy deseando que lo haga porque necesito contárselo. Anna está demasiado lejos.

—Gregory —digo en voz alta en cuanto veo el rostro del chico que acaba de entrar al bar.

—¿Perdona? —me pregunta la rubia.

Ay, mierda, al pensar en Anna me ha salido solo. Malditas rutinas.

—No, perdona tú —me disculpo—, es la costumbre.

—¿A qué te refieres?

—A mi hermana y a mí nos gusta ponerle nombre a la gente que no conocemos. —Mmm, no ha sonado muy bien—. ¿Crees que estamos locas?

—Un poco. Sobre todo porque ese tío no tiene cara de Gregory para nada.

—¿Ah, no?

—No, tiene cara de Dalton. Y de follar poco. —Escupo la cerveza de la boca, toso y, cuando consigo recuperar la respiración, la miro alucinada por su espontaneidad—. ¿Qué? —me pregunta con suficiencia.

—Nada. Solo nos limitamos a los nombres.

—¿Solo nombres? ¿Nada de imaginaros qué tipo de vida llevan? ¿Ni siquiera la sexual?

—Ajá.

—¿Y qué ganáis?

—¿Cómo?

—La que acierte el nombre del desconocido, ¿qué gana?

—Nunca sabemos si alguna de las dos ha acertado.

Excepto con Michael. Ahí fallamos ambas.

—Pues vaya mierda de juego.

Razón no le falta.

—Humm...

Volver a jugar a esto ha hecho que Michael vuelva a mi cabeza, aunque reconozco que no hace falta demasiado para que el chiquillo finolis acuda a mi mente. Tengo que desconectar y olvidarme de él, pero es que... ¿Por qué no quiere salir de mis pensamientos? ¿Qué me has hecho, Michael Cunningham III?

—¿Qué te pasa? —Miro a Grace sin comprender su pregunta—. Te has abstraído.

—Lo siento. No puedo evitarlo. Es...

—No tienes que contármelo si no quieres, Penny —me interrumpe.

Me gusta que Grace me llame Penny en lugar de Penélope, hace que me sienta más cerca de ella y me gusta sentirme así. Entonces, lo sé: ha llegado el momento de sacarlo de dentro. De confiar en alguien. El corazón me pide a gritos que confíe en Grace. Y eso hago.

—Conocí a un chico. —Doy un trago largo a la cerveza para que me dé fuerzas.

—Oh, así empiezan las grandes historias.

—Y los grandes dramas. —Cuando voy a dar otro sorbo a la bebida veo que apenas queda nada, así que pedimos otra ronda.

Grace no me interrumpe más, permite que continúe. Y menos mal, porque si me corta es posible que no acabe de soltarlo.

—Fue en las vacaciones de verano, justo antes de empezar a trabajar aquí. Me fui quince días a Riviera Maya con mi hermana. Necesitábamos hacer ese viaje por razones que te contaré en otra ocasión. El caso es que, una de las primeras noches, Anna me convenció para que fuéramos a una discoteca y allí lo conocí. Aunque nos habíamos encontrado antes, de hecho, él ya me había visto desnuda. —Los ojos de mi compañera se salen de las órbitas—. Se me cayó la toalla en el *spa* del hotel y debajo no llevaba nada, acababa de salir de la ducha.

—Ajá, continúa.

—Pues, como si el mundo no fuera lo suficientemente grande, me topé en la discoteca con uno de los chicos que me había visto. Eran tres —aclaro, rodando los ojos—. Empezamos a hablar y algo en él me llamó la atención desde el primer momento y...

—Os enrollasteis.

—Sí, a lo grande, Grace. Pasé quince días muy muy buenos.

—Cuéntamelo.

Le relato, a todo detalle, lo sucedido allí con Michael, pero sin decirle su nombre.

—¿Y qué ocurrió después?

—Nada. Era solo un rollo de verano, así que nos despedimos con la convicción de no volver a vernos.

—¿Y por qué me da la impresión de que no es tan sencillo como eso?

—Porque no lo es. Al llegar aquí me lo encontré en la universidad.

—¡Ohhh! —Grace pega un grito ahogado—. ¿Es un profesor?

—No. ¡Ojalá! Es un alumno.

—Jo-der.

—Lo sé.

—¿Un alumno que está en alguna de tus clases?

—Sí.

—¿No me tomas el pelo?

—No.

—No... no sé qué decirte. ¿Cuántas posibilidades había de que sucediera algo así?

La veo mirar hacia el techo y hacer operaciones mentales.

—Ni se te ocurra calcular nada.

—Lo siento, es que tengo curiosidad.

—Te aseguro que las posibilidades eran mínimas.

—Pero ¿cuánto de mínimas?

—Grace... —la advierto.

—Vale. ¿Y qué pasó cuándo os visteis?

—Nada bueno. Él está cabreado, no tengo ni idea del motivo. Yo estoy cabreada porque me mintió. Los dos estamos cabreados. Hoy hemos discutido en mi despacho y no ha acabado bien.

—No tengo ni idea de lo que haría yo en tu lugar, pero algo nos inventaremos, no te preocupes. Ahora bebamos y disfrutemos del momento.

Chocamos las Guinness y nos miramos con complicidad.

—Gracias.

El volumen de la música se incrementa de repente. Comienza a sonar una melodía muy animada y pegadiza nada acorde para este local. Para ninguno, en realidad. Grace y yo cruzamos la mirada y arrugamos la frente. Cuando se acerca el estribillo, reconozco la canción: *Never Gonna Give You Up*, de Rick Astley.

El camarero pasa por nuestro lado y ambas le levantamos las cejas en un movimiento acompasado.

—Es cosa del becario —nos explica exasperado.

—Parece que gusta —comenta Grace mientras observa a la gente del *pub*, que se ha puesto a bailar.

Charlamos animadamente mientras movemos los hombros al son de la música que a cada tema se hace más rocambolesca. Ahora mismo no tengo ni idea de qué canción está sonando. Mierda, «canción». No, Penny, desconecta. Borra esa palabra de tu mente. Pero... tarde. Da igual que sea *rock*, pop o *blues*, porque cada vez que escucho una canción me acuerdo de Mike, de nosotros. Y recordarlo *en cada canción*, es una faena. No, no es una faena: es una putada, una putada de la hostia, hablando claro y mal.

Un par de chicos se acercan a nosotras, creo que para entablar conversación, y yo enseguida me tenso.

—Tranquila —me dice Grace al oído—, no son alumnos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo un radar. Confía en mí. Llevo demasiado tiempo viviendo aquí, lo huelo a metros de distancia. A los alumnos, me refiero.

Me fío de ella y entablamos conversación con los desconocidos; son simpáticos y ¡turistas! ¡Bien! Nos explican que vienen desde Texas y que acaban de aterrizar en la vieja Europa para conocer lugares históricos y chicas preciosas como nosotras. Oh, sí, nos están entrando de forma descarada.

Pedimos otra ronda y les seguimos el rollo porque estamos pasando un buen rato; además, parecen inofensivos. Cuando nos preguntan sobre Oxford y sobre nosotras, Grace y yo nos complementamos en nuestras respuestas; lo que no dice una, lo dice la otra.

La música cambia: *Everybody*, de Backstreet's Boys.

En la siguiente ocasión en la que el camarero pasa por nuestro lado, el levantamiento de cejas que le hacemos no puede ser más pronunciado.

—¡Oh, por Dios! ¡Jordan! —bufa el susodicho, antes de girarse hacia el pequeño rincón en el que un chaval de unos dieciocho años pincha la música más contento que unas castañuelas.

Es increíble que hasta en las tabernas haya becarios.

—¿No te parece que es algo estupidillo?

—¿Qué? ¿Quién?

—El camarero.

Me llevo el vaso de nuevo a la boca mientras lo sopeso; no me he relacionado tanto con él como para tildarlo de *estupidillo*, de hecho, ni siquiera había pensado en ello. Estoy a punto de beber cuando un codazo impacta en mi brazo.

—¡Auuu!

—¿No es ese Michael Cunningham? ¿El que está en tu clase? —me pregunta Grace.

Se me para el corazón tan solo por escuchar su nombre. A continuación, dejo que las palabras de mi amiga penetren en mi mente. ¿Michael? ¿Cunningham? ¿Aquí?

Me giro y miro hacia la puerta. Efectivamente, Michael está aquí. Y me está observando mientras uno de los turistas me habla al oído ajeno a lo que sucede a mi alrededor. No sé cuánto tiempo lleva ahí, pero intuyo que bastante, puesto que su amigo habla con él e intenta detenerlo de hacer... ¿qué? No lo sé, pero, desde luego, hay algo.

—Viene hacia aquí —me dice Grace con voz incrédula. No es muy habitual que un alumno se acerque a un profesor con esa determinación y esa mirada en el rostro.

Oh, mierda. «Ahí tienes ese *algo*».

Viene vestido con pantalones vaqueros oscuros, camiseta verde y blanca de manga larga y zapatillas deportivas, y trae cara de pocos amigos. Me he acostumbrado a verlo con ese aspecto, cara incluida. Lo acompaña Eric Greenwood. Por lo que he podido observar en las clases (que es más bien poco porque apenas he reparado en él) anda mucho con Eric. Parece ser su mejor amigo, y es bastante simpático, no un mequetrefe como los otros que cierran la pandilla.

Se siguen acercando y vienen directos hacia mí. ¡Por Júpiter! Michael, ¿qué demonios haces?

—Hola, profesora Ballester —me saluda con rabia.

—Hola, señor Cunningham. —Intento sonar despreocupada, pero no sé si lo consigo—. Hola, señor Greenwood —le digo a Eric.

—*Señor Cunningham* —repite Michael—. Tócate los cojones.

Está borracho. Hago el intento de coger del codo a Grace y salir de aquí, pero el siguiente paso de mi alumno me lo impide. Se gira hacia los dos turistas y les pasa los brazos por los hombros. Se me corta la respiración. ¿Qué va a hacer? Acerca sus cabezas con las manos y les dice algo al oído mientras su amigo me mira incómodo.

—Mike. Venga, tío, vamos —le dice Eric en un intento de sacarlo de aquí antes de que la líe. Me da la impresión de que lo conoce bastante bien.

—Michael, ¿qué haces? —le pregunto.

El susodicho deja de susurrar y suelta a los turistas.

—No me llames Michael. Y, para que lo sepas, solo informo a estos *gilipollas* —retintín en la palabra— de que no van a conseguir nada de ti con cervezas. Si quieren acostarse contigo, tienen que darte tequila. O, al menos, un viaje en coche por el Caribe.

Joder, vale, está muy borracho.

Grace pega un grito ahogado; ya lleva un par esta noche. Los turistas me miran a mí alucinados, y a Michael con cara de querer darle dos hostias. La misma con la que lo miro yo. Eric lo coge del brazo y se coloca entre él y los texanos, entiendo que por si deciden cerrarle la boca por haberlos llamado «gilipollas» a base de leches.

—Michael... —le digo, intentando controlar mi mala hostia. Tengo que sacarlo de aquí como sea antes de que siga soltando más idioteces por la boca. Aunque me temo que es demasiado tarde.

—¡Que no me llames Michael! —me grita subiendo el tono de voz, pero sin acercarse a mí—. ¿Ahora no me tratas con esa indiferencia tan jodidamente repulsiva? Desde luego la prefiero a la estúpida forma tan distante en la que pronuncias *Michael*.

—Mike, vámonos —le ruega su amigo separándolo de los gigantones.

—Suéltame.

—Llévatelo —le pide Grace a mi otro alumno, al cuerdo.

—¿Y esta quién pelotas es?

—Tu profesora de Biofísica del año pasado. Y ahora, repito —le dice solo a Eric—, llévatelo.

Michael la mira con los ojos entrecerrados en un intento de ubicarla, supongo, pero no lo consigue. Es bastante probable que la esté viendo doble. O incluso triple.

Yo miro a Grace con asombro. No sabía que había dado clase a Michael.

Los turistas nos observan sin haber tomado aún una decisión sobre el próximo paso que van a dar. Aunque creo que comienzan a sospechar que no es más que una pelea de enamorados. Genial, Michael.

Y, por increíble que parezca, el amigo de Mike lo sujeta fuerte y lo saca del local. Él se resiste, pero no con demasiado entusiasmo. Mis ojos se lo dicen todo: se ha pasado y mejor una retirada a tiempo.

Me cuesta recomponerme y volver a la realidad hasta que Grace me habla y me saca de mi estado de embelesamiento.

—Elvis ha abandonado el edificio.

—Grace... —¿Qué le explico yo ahora?

—Bueno, vas a pensar que soy una especie de adivina o algo, pero me apuesto el pescuezo a que Michael Cunningham es tu rollo de verano.

La fulmino con la mirada.

—Perdóname, solo pretendía poner algo de gracia a esta situación tan jodida.

—¿Cómo ha podido pasarme algo así?

—No lo sé, pero deberías empezar por dominar a esa fierecilla malcriada de porte aristocrático.

Me apoyo en la barra, derrotada. Qué desastre de noche.

Las regatas

En las dos semanas siguientes, Michael y yo no intercambiamos ni una sola frase. Ni una. Pero miradas... ¡Ay, miradas! Si pudiéramos alimentarnos solo de miradas, no nos haría falta comer nunca más.

Las hay de todas las clases (las miradas): enfadadas, acusadoras, culpables, despreocupadas, inocentes, intensas, descuidadas... Podría escribir un capítulo entero hablando de ellas.

Y poder desahogarme y desquitarme con Grace es una verdadera liberación. Sobre todo porque se ha sumado a las *miradas*. La de ella le dice a la *fierecilla malcriada de porte aristocrático*: «Te estoy vigilando. Niñato».

Como todas las mañanas, doy un paseo en mi bici hasta la universidad, pero, al acercarme al puente del Magdalen College, veo una figura apoyada en el muro de piedra que me resulta conocida. Demasiado conocida.

«Eso te pasa por pensar que hacía dos semanas que no cruzabas frases con el *aristócrata*. De esta no te libras».

Me detengo junto a él y descanso los pies en el suelo. Lo miro sin bajarme de la bici. Bueno, lo miro... en realidad lo escaneo de arriba abajo: esa manera de vestir que tiene tan informal me vuelve loca y ese cabello ondulado que le cubre parte de los ojos... En verdad necesita un corte de pelo.

—¿Qué haces aquí? —lo acuso más que pregunto. Ni saludos ni nada que demuestre algún atisbo de civilización entre nosotros.

—Nada, solo descansaba. Me gusta andar en bici por las mañanas —señala la que tiene al lado— y suelo dar un par de vueltas por la ciudad antes de ir a clase.

La forma en la que está recostado en la bicicleta... es como si estuviera esperando a alguien, como si me estuviera esperando a mí. Aunque es imposible que sepa dónde vivo. ¿O no? De Michael Cunningham creo que ya pocas cosas me sorprenderían.

—Ya.

—¿Ya qué?

—Qué casualidad que andes en bicicleta como yo.

—Resulta que el noventa y ocho por ciento de los estudiantes vamos en bici a clase.

¡Carámbanos! Es verdad.

—Pues hasta ahora no te había visto nunca —contraataco, por decir algo.

—Yo tampoco a ti.

—Ya.

—¿Ya qué?

—Todos los días voy pedaleando a la universidad.

—¿Y se supone que yo debería saberlo? Veo a decenas de profesores cada día. Algunos en bici y otros no. ¿Por qué iba a reparar en ti?

«Eso, Penny. ¿Por qué iba a reparar en ti?». La siguiente frase me sale sola; debía de estar muy dentro de mí, agazapada, esperando el momento de salir.

—¡Porque te gusto!

Oh, mierda. Qué bocazas soy.

—¿Perdona? —me dice con una sonora carcajada y los ojos desorbitados por la sorpresa.

—O te gustaba *mucho* —enfático el mucho, porque, ¡joder!, es verdad— hace unas semanas. Así que no te hagas el sorprendido.

Los viandantes que transitan por nuestro lado de la acera nos miran enfadados. Me he parado en medio del camino y no es que sea demasiado ancho, así que no dejo pasar, y más de uno ha tenido que bajar a la carretera. Michael sujeta el manillar de mi bicicleta con la mano y nos acerca a ambas (a la bici y a mí) a él mientras se disculpa con los *simpáticos* vecinos de Oxford. Acomodo mi pie derecho en el pedal.

Esta pequeña interrupción le sirve a Michael para no defenderse de mi acusación, porque, para suerte suya, ya ha pasado el momento. Decido dejarlo correr y cambiar de tema. Es mejor.

—Nunca te había visto por esta zona —le digo.

Ahora que lo pienso, no tengo idea de dónde vive. Podría ser en cualquier parte. En su *college*, el University (lo descubrí cuando me metí en sus datos personales), o fuera de él. Lo más seguro es que viva en alguna casa cercana, a los alumnos de Oxford solo se les obliga a vivir en el *college* en su primer curso.

—Yo tampoco a ti. ¿Vives por aquí?

—¡Ja! ¡A ti te lo voy a contar!

—Tranquila, no voy a acudir a cantar a tu ventana como un adolescente enamorado.

—Me alegro. Los vecinos están saturados de tanta serenata.

—Seguro.

—Eres un idiota.

—Y tú una creída. El mundo no gira a tu alrededor.

—No debería estar perdiendo mi tiempo contigo.

Y mucho menos comportarme como una niña. Sus ojos se mueven por mi rostro, explorando cada detalle. ¿Qué demonios busca? ¿Tengo legañas? Me he duchado hace quince minutos. Me toco los ojos y arrastro las manos por toda mi cara por si tuviera algo.

—No haber parado —me responde segundos después.

Vuelve a tener razón. Y ahí no acaba la cosa.

—Y dile a tu amiguita que deje de mirarme de esa manera. Que sepa que no me intimida.

Sin ninguna duda, se refiere a Grace.

—Quizá si tú no hubieras montado el espectáculo del otro día, ahora no te miraría de ninguna manera.

—No te hagas la inocente. Y no me cambies de tema. Vaya arpía está hecha. Menudas amistades te buscas. ¿Sabe lo nuestro?

—No me hables tú de amistades. Y por supuesto que lo sabe, después de las perlitas que soltaste aquel día... No te ganaste dos puñetazos de los americanos de milagro.

—¿Qué tiene de malo Eric? Y se las habría devuelto. No tenían más de media hostia. No me acuerdo demasiado de lo que dije, iba con un par de cervezas de más.

—Él no tiene nada de malo. Me refería más bien a Bradbury y compañía. Y dirás con un par de decalitros de más. No sé ni cómo eras capaz de andar.

—Esos no son... No importa. ¿Decalitros? —Se ríe—. Jamás había escuchado a nadie usar esa unidad de medida en una conversación. Y podía andar a la perfección. Soy médico. Conozco los límites.

—No me sorprende con esos amigos que tienes... *Mickey*. vuestras conversaciones deben de ser épicas. ¡Y no eres médico!

—Hay que joderse...

—Me voy —atajo—. Tengo cosas que hacer.

—Tú primero. A mí también me espera un día duro. Malditas cervezas.

—¿Vas a seguirme? ¿Por qué maldices las cervezas? ¿Qué has hecho? —le pregunto con sospecha.

—No te sigo, resulta que vamos en la misma dirección. Y no he hecho nada.

—Ya...

—¿Cómo te gusta usar esa maldita palabra!

—Tengo algunas más, pero me las voy a guardar.

—Ya —me parafrasea.

¡Pero qué impertinente puede llegar a ser!

—Adiós, Cunningham —me despido mientras me coloco bien en la bici y arranco.

—Hasta luego, *Money Penny*.

Giro la cabeza y lo miro con mala cara. Me doy cuenta de que no hemos dejado de tutearnos en ningún momento y de que me voy sin saber cómo demonios nos hemos encontrado aquí, tan cerca de mi casa. Pues no pienso largarme sin decir la última palabra.

—¡Necesitas un corte de pelo! —Vuelvo a girarme, sonriendo, y prosigo mi camino.

—¡Espero que no seas igual con la bici que con el coche! ¡Eres un maldito peligro público!

¡Que te den! Eso no se lo digo, tan solo lo pienso. En Riviera Maya jamás me sacó de mis casillas y aquí no hace otra cosa. Aquello debía de ser una realidad paralela. Sopesaré las posibilidades con Grace.

Recorro el camino hasta Merton Street con Michael pisándome los talones, incluso tiene el valor de colocarse a mi lado en más de una ocasión cuando el tráfico se lo permite, como si fuéramos juntos. Solo nos ha faltado silbar la melodía de *Verano Azul*. También tiene la cara de atar su bici al lado de la mía. Menos mal que hoy es jueves y no tenemos clase juntos.

Entramos a la vez en el edificio y nos separamos en el umbral. Yo giro a la derecha y él a la izquierda. No nos decimos nada.

Mierda. No tengo ni idea de cómo gestionar a Michael Cunningham III.

El día transcurre con normalidad. Me gusta ser profesora y disfruto con mis clases. Me evado de lo patas arriba que está mi vida en el ámbito personal.

En uno de los descansos entre clase y clase, Grace me convence para pasarme por el claustro de profesores y hacer vida social entre mis compañeros. Como quiero desconectar, al mediodía, me acabo rindiendo y acudo al indeseado claustro. Y por si pensaba que no tendría más sorpresas, aquí viene la siguiente:

—¿Os parece que vayamos hacia el río? —nos pregunta, animado, uno de los profesores.

Todos asienten entusiasmados y yo no entiendo nada. Me acerco a Mark, que lo tengo justo al lado, y le pregunto por ello.

—¿Al río?

—Parece ser que hace un par de semanas unos cuantos estudiantes de diferentes *colleges* tomaron más cervezas de las debidas y se retaron a una carrera de regatas. Una especie de Bumping Race, pero sin que sea oficial —me explica.

Conozco las Bumping Races: son unas regatas de remo muy peculiares que se corren en la Universidad de Oxford. Los remeros tienen que intentar alcanzarse en el río Isis, y una vez que llegan a la embarcación oponente deben tocarla para que ceda el paso y, en consecuencia, su posición.

No sé por qué, pero escuchar *hace un par de semanas, estudiantes, más cervezas de lo debido* y *retado a una carrera* me trae a la cabeza a Michael sin remedio. ¿Será posible que tenga algo que ver? Recuerdo sus palabras de esta mañana:

«A mí también me espera un día duro. Malditas cervezas».

Dios. Cruzo una mirada cómplice con Grace, que está enfrente de mí charlando con una profesora que nos dobla la edad. Que nos dobla la edad a las dos juntas. Creo que ella piensa lo mismo que yo.

—¿Sabías que así empezó la famosa carrera de Oxford contra Cambridge? —me pregunta Mark.

Sí, lo sé. ¡Soy profesora de Historia!

—Sí —contesto—, fueron dos amigos, uno que estudiaba en Oxford y otro en Cambridge, que se retaron. O eso dicen las malas lenguas.

—Penny, ¿te vienes? —me pregunta Grace con una ligera sonrisilla en la boca.

Para cuando me quiero dar cuenta, estoy caminando por el pequeño sendero arenoso y lleno de piedrecitas que comienza en Church College y que termina en el río. Tengo que reconocer que estoy animada; me gustan las carreras. Cuando vivíamos aquí, cada año nos acercábamos mis padres, Anna y yo a Londres a ver la gran regata.

Grace camina por delante de mí, haciendo apuestas con el resto de los profesores sobre qué *college* va a ganar la competición de hoy.

Mark, junto a mí, me cuenta que un alumno, nieto de un viejo amigo de su padre, va a participar. Mientras lo escucho en modo *off* disfruto del paisaje, de la tranquilidad.

En este caminito lo único que se ven son vacas, ardillas y árboles. Y algún que otro alumno tumbado o sentado en la hierba que crece en la parte derecha del sendero. Es un terreno enorme sin edificar. El gobierno ha querido quitárselo para urbanizarlo en más de una ocasión, pero el Church no lo ha permitido alegando que los profesores beben la leche de las vacas que pastan aquí. Así que al tener una utilidad, no se lo pueden quitar. Son terrenos de pasto, esa es la excusa. Por supuesto lo de la leche de las vacas no se lo cree nadie, pero funciona.

Llegamos al final del camino y nos topamos de frente con el río Isis. Se trata del Támesis, llamado Isis en su paso por aquí debido a sus espesas y poco profundas aguas. Hay muchísima gente apostada en la orilla e incluso en el pequeño puente blanco que se alza a la derecha y que cruza al otro lado. Está claro que la apuesta ha llegado a los oídos de toda la universidad.

—Ahora vuelvo —me dice Mark a la vez que me aprieta el brazo en signo de disculpa—. Voy a saludar a Sebastian Crowley, es el alumno del que te he hablado. A ver si me explica qué es lo que ha pasado con esta apuesta. Aunque suelen ser muy reservados. Dicen el pecado, pero no el pecador.

Asiento con la cabeza y veo al resto de profesores a bastantes pasos por delante de mi posición. Grace me indica con la mano que me acerque, pero le hago saber que quiero dar

un paseo. Sigo caminando durante varios minutos, para alejarme del barullo, hasta que me sitúo enfrente de los cobertizos donde se guardan las barcas. Observo los escudos de los *colleges* que señalan a quién pertenece cada caseta.

Siempre me ha gustado esta zona. De momento, en este sector hay menos gente, solo algunas personas, casi seguro que sean los que van a participar en la carrera. No sé qué maldito impulso me ha traído hasta aquí. No sé qué espero encontrar.

Localizo el escudo del University a la primera: la cruz amarilla. El escudo de Michael. Se oyen ruidos que provienen del interior. Lo más probable es que sean los chicos preparándose. Bueno, eso si es que el University participa. Por lo que he oído, los alumnos que se picaron pertenecen a cinco *colleges* diferentes, pero no sé a cuáles.

Me doy la vuelta y dirijo mi mirada a las aguas tranquilas del río; el sol brilla en el cielo y dan ganas de bañarse. Siempre he sido muy acuática y esta zona está muy limpia.

Solo se oye el murmullo de los alumnos y de algún otro espectador que ha llegado hasta aquí, y el *cua, cua, cua*, de los patos. Hasta que escucho algo nuevo: el sonido de unas pisadas sobre las piedrecitas del camino detrás de mí. El corazón me da un brinco dentro del pecho. Sé desde el primer momento que es Michael quien se acerca. Lo siento. Lo huelo.

«He aquí lo que andabas buscando, Penny».

Giro los talones y quedamos frente a frente. Lleva un chándal negro con la camiseta con el logotipo del University y zapatillas de deporte. Está guapísimo. Soy la primera en hablar.

—¿A esto se refería con aquel *malditas cervezas* de esta mañana, señor Cunningham?

—Señorita Ballester, ¿has venido a verme? —me dice, ignorando por completo mi pregunta—. Ahora que no estamos en clase puedo tutearte, ¿verdad?

Miro a mi alrededor. Nadie nos presta atención. Aun así...

—Preferiría que no. Y con respecto a lo de venir a verte, a ti no. A un viejo amigo de la familia de Mark —me invento sobre la marcha.

«¿Él no puede tutearte a ti, pero tú a él sí?».

—¿A quién? ¿Y amigo de quién? —Qué insolente está con esa ceja enarcada.

—A Sebastian Crowley, un amigo de la familia de Mark.

—¿Quién pelotas es Mark?

—¡Penélope!

Hablando del rey de Roma.

—Hola, Mark.

—Ya estoy aquí. Sí que te has venido lejos. Me ha costado encontrarte. Mmm, hola, señor Cunningham. ¿Tratando algo de clase?

Al parecer Mark conoce a Michael, pero no al revés.

—Más o menos —le contesta el aludido.

—Vamos —me indica—, he reservado unos sitios en primera fila. Suerte, Cunningham.

—¿Y este gilipollas? —me pregunta Michael al oído con mala cara mientras señala a Mark, que ya se aleja.

No, tan cerca no, por favor, porque su olor inunda mis fosas nasales, ese olor que tan bien conozco y que tan lejos siento. Ese olor que me remueve todo por dentro y que obliga a mi cuerpo a rodearlo y cubrirlo de besos. Por suerte, consigo controlarlo. Ese tipo de impulsos los tenemos prohibidos. Me invade la tristeza. Creo que hasta ahora solo había experimentado rabia y enfado. No me había sentido triste. Es horrible.

—Teniendo en cuenta que te conoce..., es probable que sea profesor tuyo —le contesto a Michael entrecortadamente. Tengo que alejarme de él y eso hago. Me aparto hasta que dejo de sentir su respiración en mi mejilla.

—¿Penélope? —me llama Mark al ver que no lo sigo.

—¡Voy!

Michael bufa.

—¿Esto de la carrera fue antes o después de verme a mí y montarme el espectáculo? —le pregunto.

—No me acuerdo —refunfuña.

Se alborota el cabello de pura frustración y, al hacerlo, se le sube la manga de la camiseta dejando al descubierto la muñeca.

¡Oh, Dios! El corazón da un salto en mi interior. ¡Lleva puesta la pulsera! ¡Nuestra pulsera! Aparto la mirada con rapidez (muy a mi pesar) porque no quiero que me descubra. No quiero que sepa que me he dado cuenta de que aún la tiene porque tengo miedo de que se la quite. Quizá ni se ha dado cuenta de que la lleva. Quizá no recuerda lo que significa.

Subo la manga de mi camisa y rozo la mía con las yemas, los recuerdos son instantáneos. Los rehúyo.

—Tengo que irme —le digo, sin mirarlo a los ojos y sin moverme. Porque mi cuerpo no quiere irse.

—Voy a cambiarme para la carrera.

Se da media vuelta y me deja ahí parada, sola, con mis recuerdos. Con mis sensaciones. Me alegro de que él haya podido alejarse, porque creo que yo no habría sido capaz.

Voy a donde está Mark y esperamos, junto al resto de profesores, a que comience la carrera.

—¿Todo bien? —me susurra Grace al oído.

—Lleva la pulsera.

No son necesarias más palabras. Grace lo entiende. Grace lo sabe todo. Me coge la mano, revistiéndolo en un signo aparente de simple amistad, y me la aprieta con cariño. Le devuelvo el gesto.

Los alumnos comienzan a colocar las barcas en el agua. En cada una de ellas van dos alumnos: el que rema, que va de espaldas, y el timonel. Queda claro que no es una carrera oficial. Me suena que lo habitual es que vayan ocho remeros más el timonel. Busco la barca de Michael y enseguida la localizo. Va con su amigo, Eric.

Nuestras miradas se cruzan en el mismo momento en que Mark me pone la mano en la cintura. Me siento incómoda y no es porque Michael nos esté observando. No me gusta esta clase de intimidad, desde luego no con Mark, así que intento apartarlo con disimulo. Michael no me mira.

La carrera comienza y es muy emocionante. Cuando la barca del University se sitúa en el primer puesto tengo que tragarme la sonrisa que está a punto de asomar en mis labios; debo permanecer indiferente en lo que concierne a Mike. No, a Mike, no, al señor Cunningham.

Al cabo de pocos minutos, se alejan por el río y los perdemos de vista. Nos quedamos charlando y comentando la salida. Toda la ladera del río está llena de profesores y alumnos que gritan y animan a sus favoritos.

—Al University lo han expulsado —nos comunica el decano media hora después.

—¿Por qué? —pregunto sin poder evitarlo.

—Ni idea. Luego me enteraré.

Cruzo otra mirada con Grace y la preocupación se apodera de mí.

—Pero ¿los alumnos están bien?

Es lógico que una profesora se preocupe por los alumnos, ¿no?

—Sí. Están bien. Creo que ha sido más cosa de pelea de gallos.

¿Qué has hecho, Michael?

Una vez que ha terminado la carrera y que el Exeter College se ha hecho con ella, el río se queda vacío, excepto por mí, que permanezco sentada (escondida) en el tronco de un árbol. Hace unos instantes he visto a Michael y Eric meter la barca en la caseta y aún no han salido. Como no me aguanto las ganas, me acerco a la entrada, asomo la cabeza y me choco con alguien que justo sale: Eric.

—Perdone, profesora Ballester.

—Tranquilo, Eric, ha sido culpa mía. He visto la puerta abierta y venía a comprobar si estaba todo bien.

«A este también lo tuteas...».

Me cuesta no hacerlo con gente tan joven.

—Sí, lo está. Más o menos —me dice mientras mira hacia el interior—. Te veo luego, Mike.

—Sí —contesta el aludido.

—No está de muy buen humor. A mí me ha echado.

—Gracias por la información.

Me pregunto qué opinará Eric de que yo esté aquí. Me pregunto si sabe lo que ha habido entre Mike y yo. Desde luego, sorprendido no parece. Y debería estarlo.

«¿Cómo no va a saberlo después de que su amiguísimo les dijera a los americanos que para acostarse contigo tenían que invitarte a tequilas?».

Bueno, la esperanza es lo último que se pierde.

—Adiós, profesora. Suerte.

Vale. Sabe algo, fijo. Sin reflexionarlo ni un segundo, entro en el cobertizo.

—¿Mike?

No se oye nada y no lo veo hasta que aparece por detrás de una barca.

—¿Ahora soy Mike? —me responde cabreado. No sé qué contestar a eso, así que no lo hago y me quedo observándolo—. Vuelva con su acompañante, profesora, y déjeme en paz —me dice con voz gélida.

—Mike...

—Y en lo sucesivo, no me tutee.

Pasa por mi lado sin rozarme, ignorándome. Muy bien.

—¿Y cómo debo dirigirme a usted? ¿Señor Cunningham le vale? ¿O solo responde a Cunningham III?

Se gira y me mira socarrón.

—Por ser usted, la permito que se dirija a mí como amo y señor de todo lo que ve.

—Eres...

Sale de la caseta y yo lo sigo.

—¿Me está siguiendo, profesora? —Sigo sin contestar. Y él me tutea de nuevo, aunque casi prefiero que no lo hubiera hecho—. Eres demasiado expresiva, Penélope. Háztelo mirar. O disimula, no vayan a pensar que estás colada por un alumno —murmura, con tono de suficiencia.

¡Será gilipollas!

Se larga y me deja con cara de pasmarote.

Si es que me lo he ganado a pulso.

¿Quién te ha enseñado a conducir?

Veo arena. Pequeñas montañas de arena iluminadas por el sol que se filtra a través de las aguas cristalinas. A continuación, mis brazos y el reloj blanco que llevo en la muñeca izquierda; el sol también se refleja en mi piel. Estoy buceando. Estamos buceando. A mi lado, una mano masculina...

—¿*Penélope*?

Alguien me llama, pero me niego a abandonar este estado. Una mano masculina cubre la mía y me guía hacia...

—¿*Penny*!

El zarandeo en mi hombro lo borra todo. Vuelvo a la realidad.

—¿Sí? —les pregunto, desorientada, a mis dos acompañantes.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Mark.

—En una playa del Caribe —reconozco.

—Bueno, en ese caso, estás disculpada. Es un buen sitio para evadirse.

—Perdonad —les pido. Me temo que llevo un buen lapso de tiempo desconectada. Se estaba tan bien. En mi mente todo vale. No hay reglas. No hay límites. Puedo hacer lo que quiera. Siempre.

—Ya llegamos.

—Este plan me parece una locura —nos dice Grace.

—No os preocupéis, nos han invitado —la tranquiliza Mark.

Hoy es el último sábado de octubre, y, por lo tanto, el cambio de hora. Comienza el horario de invierno: a las tres de la madrugada retrocederemos en el tiempo y serán las dos de la madrugada. Nos toca dormir una hora más.

Nos encaminamos al Merton College, uno de los *colleges* más antiguos, para participar en la ceremonia del tiempo que llevan celebrando desde 1965, cuando se decidió en Europa retrasar el reloj para ahorrar energía. Los estudiantes de este *college* afirman que estamos cometiendo un error garrafal porque retrasando esa hora estamos creando una brecha que nos autodestruirá a todos, de modo que ellos tienen que hacer algo para devolverla al

universo. Y, este año, por cortesía de Mark (que no sé cómo nos ha colado aquí a Grace y a mí), voy a contribuir a ello.

Y aquí estamos, a las dos menos tres minutos. Acabamos de llegar al patio del Merton, donde aguardan los estudiantes vestidos de gala. Grace y yo nos miramos la una a la otra de arriba abajo: pantalones vaqueros y jersey gordo de lana. Vaya pinta.

—Mark, nos podías haber avisado y habríamos venido más monas.

—Bah, ni lo van a notar. Vamos, que comienza.

Cada estudiante sujeta una copa de cristal en la mano y, en cuanto nos unimos a ellos, comienzan a andar hacia atrás, haciendo círculos por el patio, mientras beben vino tinto. De eso trata la ceremonia: de caminar marcha atrás durante una hora mientras se bebe zumo de uvas exprimido y fermentado. Así devuelven esa hora al universo. Y tenemos que estar muy agradecidos porque nos salvan de la autodestrucción. Gracias a ellos, seguimos vivos.

«Aleluya».

Mark nos da una copa a cada una y nos la llena del líquido rojizo. Se queda con la botella en la mano y comenzamos a andar hacia atrás mientras nos la pimplamos.

¡Me lo paso pipa! Pierdo la cuenta de las veces que Mark tiene que reponer la botella. Pasar una hora bebiendo sin parar, solo para reírnos, da para mucho vino. Y, entre el tinto y andar marcha atrás, consigo un mareo considerable.

La hora se pasa rapidísima y, al terminar, me siento orgullosa de haber contribuido al equilibrio del universo. Si es que soy una ciudadana ejemplar. «Sí, sobre todo cuando te tiras a alumnos de Medicina». Maldita conciencia. ¡Si solo me he tirado a uno!

—Mark, ¿cómo no me has traído antes aquí? Esto es divertidísimo, *hip* —nos dice Grace mientras salimos del *college* ebrios por completo.

—Es el primer año que consigo colarme. Esta ceremonia está muy demandada. Y ahora, disimulad, las dos a casa y aquí no ha pasado nada. —Nos guiña un ojo y nos escabullimos por una de las calles.

Cuando llegamos al punto donde hemos de separarnos, Grace insiste en que Mark me acompañe a casa (soy la única que vive a las afueras de Oxford), pero me niego en rotundo. Este quiere tema, lo sé. Y no quiero crear momentos propicios. Los dos solos, borrachos, en mi dulce guarida... Ni hablar. No sé cómo, pero consigo escabullirme e irme sola a casa.

Espera. Enfoco la mirada a mi entorno. A mi casa, no. ¿Dónde demonios estoy? ¡Por los Tentáculos de Neptuno, me he metido por otra calle! Y, además, voy directa hacia un grupo de jóvenes alumnos que caminan hacia mí (no, Penny, tú hacia ellos) riéndose y pasándose bien.

Como si tuviera un cartel de neón anunciándolo, lo veo. Lo distingo entre la multitud.

Michael.

De todas las veces que podíamos encontrarnos en la calle, tenía que ser precisamente hoy, que voy achispada y que no controlo del todo (más bien, nada) mis acciones.

«¿Achispada? Estás alcoholizada hasta decir basta».

Echo marcha atrás, de puntillas, y retrocedo sobre mis pasos hasta que veo otra calle por donde meterme. ¡Salvada! Aligero el paso, pero todavía escucho sus voces. Por suerte no me han visto, así que respiro aliviada. Tengo que sujetarme al marco de una puerta para no caerme. Una puerta donde un león me está mirando.

—¡Eh!

¿Eh? Mi corazón deja de latir hasta que razono con él y vuelve a golpear en mi pecho. Yo no soy *eh*, no es para mí. Yo soy Penny.

—¡Penny!

¡Demonios! Ahora se me acelera el pulso. Golpeo varias veces la cabeza en el rostro del felino y me giro cuando escucho las pisadas cerca de mí. Ahí está, en todo su esplendor, el objeto de mis pesadillas (y sueños). Llevábamos algo más de tres semanas sin contacto alguno.

Le digo lo primero que se me ocurre en mi estado de embriaguez, que no es otra cosa que echarle en cara sus perlas de la última vez que hablamos. Aunque más que echárselo en cara, lo imito. Y me esfuerzo mucho en erguirme derecha.

—¿Me está siguiendo, señor Cunningham? Eres demasiado expresivo, Michael. Háztelo mirar. O disimula, no vayan a pensar que estás colado por una profesora.

¡Toma! Lo he dejado sin palabras; su expresión lo dice todo. Aunque enseguida se recompone y sonrío. Sonríe con *esa* sonrisa. Esa que solo me dedica, no, *dedicaba*, a mí. No puede ser. Será el vino.

—Ahí la has dado. Me lo merezco.

—*Ahí la has dado. Me lo merezco* —repito sus palabras con evidente cachondeo. Repito: será el vino.

—¿Estás borracha?

—No.

—Yo creo que sí. No es propio de ti burlarte de un alumno.

—Pero tú no eres un alumno corriente.

—¿Ah, no? ¿Y qué soy?

—¡Un grano en el culo! —Definitivamente, es el vino.

—Hostia, vaya pedo llevas. ¿De dónde vienes en ese estado?

—De la ceremonia del tiempo del Merton.

—Joder, malditos pirados. ¿Cuánto has bebido?

—¿A ti qué te importa? Aquí la adulta soy yo, y tú, el menor.

—Por enésima vez... ¡no soy menor de edad! Y solo me llevas siete años.

—¿Sabes que gracias a mí estás vivo?

—Jamás lo había puesto en duda —me dice meloso.

—Me refiero a que he restaurado el equilibrio del universo con la ceremonia.

—Lo que has hecho es cogerte una cogorza de campeonato.

—Y restaurado el equilibrio.

—Por supuesto.

—Ya.

Se ríe otra vez. Hoy está de buen humor.

—Vamos, te acompaño a casa.

—No, gracias. Puedo ir sola.

—Si mis sospechas son ciertas y vives por la zona del Magdalen College, estás un poco perdida, Penélope.

—Lo tengo todo controlado.

—Ya.

—¡No me imites!

—Venga, vamos.

Me coge la mano y me arrastra por la calle. A pesar del zumo de uvas siento el tacto de su piel, es como si me inyectaran por vena un chute de energía. Mis dedos, por voluntad propia, agarran los suyos y me dicen que no van a soltarlos nunca. «Ya veremos», los amenazo. Esto es solo un *impasse*. Lo permito porque me ayuda a no hacer tantas eses.

—¿Dónde andan tus amiguitos?

—Se han ido a dormir.

—¿Me han visto?

—Sí, pero no te han reconocido, esa suerte solo la he tenido yo. Ellos solo han advertido a una zumbada andando hacia atrás de puntillas y haciendo eses.

—Vaya vista tienes.

—Te reconocería aunque te ocultaran cuarenta jugadores de fútbol americano y te pusieras un casco.

Decido ignorar lo que me hacen sentir sus palabras y lo sigo obediente por la calle. Cuando llegamos al puente del Magdalen, cojo la batuta y lo llevo hasta mi casa. Necesito apoyarme en él, o me temo que no llegaré nunca. Además, seguro que mañana ni se acuerda de dónde vivo. «La borracha eres tú, no él». ¡Pues sí que está pesadita esta noche mi conciencia! Será el vino.

Caminamos veinticinco minutos más en silencio hasta que llegamos a mi hogar, dulce hogar. Qué ganas de pillar la cama. Nos detenemos en la acera.

—Es la casa azul —le digo a la vez que la señalo.

—Mmm...

—¿Mmm, qué?

—Debes de estar en los límites viviendo aquí.

—¿En los límites de qué?

—Oh, vamos. Sé que hay una norma que no os permite a los profesores vivir a más de dos millas de distancia de la torre Carfax. Y viviendo aquí me da la impresión de que estás en la cuerda floja. Esto está bastante alejado... ¿lo vas a negar?

—No tengo nada que decir.

Conozco esa leyenda y yo ni afirmo ni desmiento. Extraigo las llaves de la bandolera que llevo cruzada en el pecho y abro la casa. Sin ser invitado (ni muchísimo menos), Michael entra. Lo sigo y cierro la puerta a mi paso.

—Tienes cajas.

Pues sí. Aún no las he abierto todas. Sobrevivo con las pocas pertenencias que he sacado de las otras cajas.

—Sí.

Se dirige a la cocina mientras yo subo las escaleras directa a mi habitación; necesito encontrar una superficie horizontal. Estoy agotada y solo quiero dormir. Me pongo el pijama y me meto en la cama.

—¿Penny? —Creo que suelto un gruñido—. Bebe esto. Mañana estarás mejor.

—Habló el médico.

—Bébetelo. Es un remedio casero de los Cunningham. Me lo enseñó mi abuelo.

—¿Tu abuelo es *médico*? —le pregunto con evidente sarcasmo en la palabra.

—No —me dice riéndose.

No tengo fuerzas para discutir y cualquier mejunje que me saque de este estado de malestar es bienvenido. Tengo la sensación de que los vinos están haciendo la gran ola dentro de mi estómago. Me lo bebo.

—¡Puaj! Está asqueroso.

—Me sorprende que aún tengas en funcionamiento las papilas gustativas.

Si es que es un repelente. Guapisísimo y encantador pero repelente hasta la saciedad. Como respuesta, vuelvo a gruñir y me doy media vuelta.

—Me voy. Cuidado con lo que sueñas esta noche —me dice al despedirse.

—¿Por qué? —Me giro y me quedo a escasos centímetros de su hermoso rostro.

—Cuando te he encontrado estabas mirando fijamente al león de la puerta donde C.S. Lewis se cayó tan borracho como tú hace muchos muchos años. Al día siguiente, cuando se

levantó habiendo soñado con leones, armarios, criaturas mitológicas y vete a saber qué más, creó *Las crónicas de Narnia*.

Lo miro sin parpadear.

—Yo también sé algo de Historia —me dice a continuación—. Buenas noches, Penny.

Lo sigo con la mirada mientras sale de mi habitación y me quedo inconsciente medio segundo después.

Abro el ojo, no sé cuántas horas más tarde, y me vuelvo a dormir.



Después de dormitar el domingo entero, el lunes por la mañana me siento sorprendentemente bien. Y no tengo ninguna laguna. El remedio del abuelo de Michael, sin duda, funciona. «Aunque te haya tenido en coma más de veinticuatro horas». Tendré que sonsacarle los ingredientes en algún momento.

Me ducho y me visto a todo correr. Hace ya demasiado tiempo que le prometí a Anna que iría a Londres para estar con ellos, y creo que ha llegado el día. Separo las cajas de mi hermana y las voy bajando una a una al Ford que tengo aparcado enfrente de mi casa y que apenas uso.

La idea es ir en coche a la universidad, aparcar, dar clase y salir pitando para Londres y, así, poder llegar a una hora decente para comer con mi hermana y su novio.

El primer problema: lo que pesan las malditas cajas. No soy capaz de transportar algunas de ellas y tengo que medio vaciarlas, llevarlas a la calle, acabar de descargarlas en el maletero y volver a por el resto. Una locura. Cuando acabo, es supertarde. Me gusta ir con tiempo a la universidad, pero me parece que hoy voy a llegar justa. O no voy a llegar.

Cojo aire en cuanto me siento en el lugar del conductor y pido a cuarenta dioses diferentes que todo vaya bien. Odio conducir. Me pongo cómoda en el asiento encima de mi cojín de *El rey león*. No es un vehículo moderno que digamos y es la única manera de elevarme para ver mejor. Tengo que coger más el coche y practicar.

Me incorporo al tráfico de mi calle: St. Clements Street. A pesar de ser lunes, no hay demasiado barullo en la carretera. Sigo recto, tranquila, hasta que llego a Cowley Road.

«Mmm, aquí hay demasiado tráfico, pero no te pongas nerviosa. Está controlado. Controladísimo. Y no es tan tarde. Olvídate del tiempo».

Entre rezos y súplicas llego, casi sin darme cuenta («bueno, tampoco te pases»), a High Street y grito de alegría cuando giro por la calle Merton. ¡He llegado! Ahora solo falta aparcar. Por suerte, el dueño del hotel que hay enfrente del edificio de la universidad, el Old Bank Hotel, era amigo de mi padre y siempre nos ha dejado estacionar en su pequeño garaje exterior. A primera hora le he dado el aviso de que venía en coche y no me ha puesto ningún problema.

Me meto por el camino mal asfaltado y doblo a la izquierda para entrar en el aparcamiento.

Mierda. He entrado mal. ¡Esta entrada es muy estrecha!

Intento salir y cuando creo que lo he logrado se me ocurre mirar el espejo izquierdo exterior y ¡menos mal! porque estoy a escasos centímetros de rozar con la pared. ¡Por los pelos! Me quito el sudor que se me ha acumulado en la frente y sigo maniobrando.

Giro volante. Adelante.

No. Me choco.

Giro volante. Atrás.

No. Me choco.

Giro volante. Adelante.

No. Me choco.

Giro volante. Atrás.

No. Me choco.

¡He entrado en bucle!

¡Ay, por el Descubrimiento de América, qué situación! No quiero saber nada del exterior, me encierro en mi burbuja y lo único que me importa es aparcar. Me aislo de los bocinazos, de los gritos y de algún que otro insulto que me llega, y sigo a lo mío. Esto de aparcar no puede tener tanto intrínquilis.

Giro volante. Adelante.

No. Me choco.

Giro volante. Atrás.

No. Me choco.

De repente, la puerta del piloto se abre y me giro sobresaltada. Es Michael. ¿Qué hace?

—Joder, sabía que eras tú desde el fondo de la calle.

—¿Mike?

—¿Te das cuenta de la que estás liando?

¿La que estoy liando?

Miro hacia atrás. La cola que se ha formado detrás de mí no tiene fin, o, al menos, yo no la veo. Hay furgonetas de reparto, coches, alumnos en bicicleta... Creo que he obstaculizado el tráfico de toda la calle. La camioneta que tengo detrás de DPD no para de dar bocinazos.

Ya sabía yo que no debería haber venido conduciendo.

—Siéntate en el copiloto.

Obedezco sin rechistar. Me incorporo y me paso al asiento de al lado clavándome la palanca de cambios en la pierna, en el trasero y otra vez en la pierna. Mike coge el cojín con la cara de Simba, lo mira, pone los ojos en blanco y me lo lanza. Se sienta frente al volante y en dos maniobras, ¡dos!, entra en el aparcamiento. Bufo de pura exasperación y él se gira para mirarme mientras estaciona el puñetero vehículo. Sus ojos brillan. El primer brillo divertido que veo en ellos desde Riviera Maya.

Cuando apaga el motor, nos observamos en silencio. Miro el reloj y veo que ¡es tardísimo! Toca volver a los papeles de profesora y alumno.

—¿Tú no deberías estar en clase?

—¿Y tú?

—Me he retrasado con cierto problemilla —le digo, refiriéndome al asunto de las cajas mientras salimos del Ford.

—Ya, pues ese *problemilla* ha *retrasado* a media universidad. —Al escuchar el portazo que le da a mi pobre automóvil me acuerdo de toda su familia. ¡Qué manía tiene este chico de machacar las puertas de los vehículos!

—No me refiero a aparcar el maldito coche, eso solo han sido dos minutos. —Coloco mi mano con la palma hacia arriba para que me devuelva las llaves.

Mike arquea las cejas y se sitúa a mi lado. Me devuelve las llaves y señala hacia la calle que hemos dejado.

—Hay una cola ahí fuera de unas cuarenta furgonetas y cien bicicletas.

¡Qué exageración! Me adelanto unos pasos y me asomo a la calle. Vaya, pues es verdad. Intento restarle importancia.

—El tráfico está fluyendo. No hay de qué preocuparse.

—De nada. ¿Qué tal la resaca?

No puedo contestarle porque en ese instante decenas de alumnos se nos unen para darle palmaditas a Michael en la espalda.

—¡Bien hecho, Mickey!

—¡Bravo, Cunningham!

Tampoco es para tanto. Qué exageraditos son los alumnos.

—¿Esa es la señorita Ballester? —Escucho a lo lejos.

—Seguro que si hubiera sido un coche con caballos no se le resistía tanto.

¡Serán capullos! ¡Se llaman carruajes! Y Michael se está descojonando de la risa.

—Profesora, ¿quién le ha enseñado a conducir? —Tiene el valor de preguntarme uno de ellos.

—Es obvio que alguien que no tenía ni idea de lo que hacía —escupo cabreada.

A Michael no se le borra la sonrisa de la cara.

—¡Y ahora a clase! ¡Ya! —Abandono la marabunta de estudiantes y me meto en el edificio jurando en cada idioma que conozco. Primero, paso por mi despacho a recoger unos papeles que necesito y, después, voy corriendo a mi aula veinte minutos tarde.

—¡Penélope!

Mark y Grace me paran a medio camino. Están tomando café, tan tranquilos, en la pequeña sala de profesores. Cómo se nota que no tienen clase a primera hora.

—Hola, chicos —los saludo con prisa. No me puedo entretener.

—¿Por qué medio alumnado alega haber llegado tarde por tu culpa?

Ya solo puedo bufar. Les explico, por encima, los acontecimientos de la mañana.

—Bueno, lo importante es que, al final, lo has conseguido —me anima Mark.

—La verdad es que no. —No tiene sentido mentir. Se van a enterar de la verdad antes de que acabe el día—. Michael Cunningham lo ha hecho. Pasaba por allí y me ha ayudado —explico ante la atenta mirada de mi amiga.

—Ah —contesta Mark desilusionado—. Si quieres puedo darte unas clases.

—Lo pensaré —le digo para salir del paso.

Nunca había tenido tantas ganas de que acabara el día, y eso que llevo un par de meses bastante duros. Me urge largarme de aquí.

Compañeros

Me encuentro fatal y necesito vomitar. Mucho. ¿Qué demonios llevaba el vino del Merton del otro día? «No, eso no es. Es imposible que todavía esté en el cuerpo». ¿Qué demonios llevaba la comida japonesa que comí con Anna y Peter en Londres? «Eso sí puede ser». ¡Me quiero morir!

La tarde de ayer fue bien, pero, en cuanto llegué a casa, empezó a dolerme el estómago y las náuseas y el terrible malestar no me han dado tregua en ningún momento.

Me levanto del sofá y vuelvo a la cama entre gemidos. El más leve movimiento me mata. No sé ni cómo he sido capaz de llamar a George para avisarlo de que hoy es imposible que dé clase. Tendrán que sustituirme y me siento horrible por ello. Yo nunca falto a la universidad. Me planteo durante un segundo el vestirme e ir despacito y encorvada a la universidad. Tal vez se me pase con el aire fresco...

No llego ni al armario de mi dormitorio. Voy corriendo al baño.

Vomito.

Cuando estoy mejor, vuelvo a mi habitación, pero no llego a la cama.

Vomito otra vez.

Y otra vez.

Me arrastro por el suelo hasta el canapé. Cierro los ojos y me quedo más quieta que el David de Miguel Ángel. Me rindo.

Definitivamente, no puedo ir a clase.

Suena el móvil con lo que parece un *whatsapp*. Abro los ojos con pesar. Los párpados me pesan como nunca. Alargo la mano hasta el borde del colchón, que es donde lo he dejado, y lo cojo. El esfuerzo ha agotado la mayor parte de mi energía.

Gracey: ¿Estás bien? Acabo de pasar por tu aula para darte los buenos días y he visto al profesor McNamara dando tu clase.

Me retuerzo en la cama. No tengo fuerzas ni para escribir más de dos palabras.

Penny: Vómitos. Muchos.

Gracey: ¿¿Qué me dices?? Eso es un virus estomacal que has pillado.

¿Un virus estomacal? Qué rápido diagnostican los científicos. ¡Así, a la torera! Se creen que lo saben todo.

Gracey: Luego te llevo una sopa, receta de mi abuela. Verás cómo te sientes mejor.

Otra con recetas de la abuela. Mi cabeza quiere evocar ciertos recuerdos de otro remedio casero, pero el sueño gana la partida y me duermo.

Me despierta un nuevo pitido del móvil. Medio abro un ojo. Me he quedado traspuesta con el teléfono en la mano. Veo el texto que aparece en la pantalla.

Gracey: ¿Cómo estás? Se me ha liado el día, pero Mark se ha ofrecido a llevarte la sopa. Estará ahí en media hora. Yo en cuanto me libre voy para allá, pero lo más seguro es que no sea antes del anochecer.

Miro el reloj; es la una del mediodía. He dormido toda la mañana, y aún noto malestar en el estómago. El simple hecho de considerar el tomarme una sopa me provoca náuseas de nuevo. Al final va a ser un virus estomacal. O quizá un virus mortal que me ha contagiado un enfermo terminal en la ciudad. Desde luego me siento morir. Lo más probable es que sea muy contagioso. Con un esfuerzo titánico, escribo unas escasas palabras en el móvil.

Penny: No vengáis. Contagioso. Mortal.

Gracey: No digas tonterías. ¿Tienes fiebre?

Me toco la frente, no sé para qué porque nunca he sabido ver si alguien tiene fiebre o no tocándole la frente. Todavía es un misterio para mí cómo era capaz de saberlo mi madre. Y, encima, el movimiento me ha hecho perder energía.

Penny: Ni idea.

Gracey: ¿Quieres que te lleve algo especial?

Penny: Un cuerpo nuevo.

Estoy al límite de mis fuerzas. Un mensaje más y me desmayo. «Pero qué exageradita eres». No, no, de verdad que me desmayo. Soy mala enferma, lo reconozco. Es uno de mis puntos débiles.

Gracey: Veré lo que puedo hacer. Métete en la cama e intenta dormir.

Lo intento, pero, poco tiempo después, suena el timbre de la calle.

Ring. Ring.

No quiero abrir. Sea quien sea no es bienvenido.

Ring. Ring.

Escondo la cabeza debajo de la almohada para amortiguar el sonido de la puerta, pero el móvil comienza a sonar. Es Mark. Debe de ser él quien llama. Me cago en todos sus antepasados.

Me levanto y salgo de la habitación. Bajo las escaleras casi arrastrándome y me acerco a la entrada con las poquísimas fuerzas que me quedan y que he recuperado con el sueño que acabo de echar. Abro y me encuentro a Mark en el umbral.

—Hola. Te he traído la sopa. —Levanta el brazo y veo la fiambarrera transparente en la mano. Distingo el liquidillo. Un reflujo muy desagradable me sube por el estómago. Voy corriendo al baño y dejo al pobre Mark en la puerta.

Cuando termino de vomitar, por cuarta vez, vuelvo a la entrada y veo que mi compañero ha accedido a la casa y se ha acomodado en el sofá.

Pero ¿¿quién lo ha invitado a entrar?! ¿No ve que estoy medio muerta? Qué ganas de que se vaya: devolver delante de gente a la que apenas conoces es muy desagradable. Y muy vergonzoso.

Vuelve a ofrecerme la sopa y tengo que regresar corriendo al servicio. De camino, escucho el timbre otra vez.

Ring. Ring.

—¿Esperas a alguien? —me pregunta Mark desde la distancia.

—¡Solo a Grace! —consigo contestarle desde el baño—. Aunque me ha dicho que llegaría al anoecer; claro que, para vosotros, los ingleses, las dos de la tarde se considera casi de noche.

—Ya voy yo. ¡Por cierto! ¡Eres muy graciosa cuando estás enferma!

Gilipollas. Carámbanos, me ha salido solo. Graciosa no sé, pero irascible me pongo un rato.

—¿Quién era? —le pregunto cuando consigo volver al salón. Mark vuelve a estar sentado muy cómodo en mi sofá a cuadros azul y blanco.

—Un alumno tuyo. Cunningham. —Espasmos en el corazón. Aceleración del pulso. Tembleque en las piernas. Sudor frío. Y solo por escuchar su nombre—. Venía a traerte esto —me ofrece unos papeles que no son míos. Me hago la tonta y los cojo—, te los dejaste en clase y ha tenido la amabilidad de acercártelos por si eran importantes.

—Ah. —¿Qué otra cosa voy a decir!

—Qué amable, ¿no? No es típico de Cunningham este tipo de actos altruistas. ¿Cómo te lo has ganado?

Con sexo. ¡Cállate, Penny, por Julio César!

Me siento en el extremo opuesto a la parte del sofá donde descansan Mark y la sopa. No escondo mi malestar, pero no pilla las indirectas. Por más que intento, con poco disimulo, echarlo de mi casa, hasta más de una hora después no se va. Al menos he logrado convencerlo para que no me enseñe esa horrible sopa otra vez y la esconda en alguna parte. No quiero saber dónde.

En cuanto Mark se va y estoy a punto de volver a dormirme, tocan de nuevo.

Ring. Ring.

Mi primer impulso es ignorarlo e irme a la cama. Lo necesito. Pero, como estoy casi segura de que es Grace, me dirijo al recibidor y abro. Pero no es ella. Es Michael.

—Hola —me dice.

—Hola.

Nos quedamos en silencio. Él, fuera de casa con las manos en los bolsillos, y yo, dentro, con las manos en la puerta.

—Me he enterado de que no estabas bien y que no has podido ir a la universidad.

—Humm.

—¿Qué te ocurre? No tienes buen aspecto.

—No lo sé. Grace dice que es un virus estomacal. He vomitado cinco veces, creo. La verdad es que ya he perdido la cuenta.

—¿No has ido al médico?

—¿Para qué?

—Para que te vea y te dé un diagnóstico.

—Grace dice que es un virus estomacal —repito—. Grace es científica.

Mike arruga la frente ante mi respuesta y me mira entrecerrando los ojos.

—Claro. ¿Te has metido algún chute de algo?

—No.

—Bien. ¿Puedo pasar? He visto que el profesor *ese* ya se ha ido.

—¿Llevas esperando —miro el reloj— más de una hora a que se fuera?

—Tal vez.

Miro hacia la calle. Nunca se sabe quién puede pasar por aquí y vernos. Decido que es mejor dentro que fuera. Ojalá mi estómago decidiera lo mismo. Vomitar es horrible.

—Pasa.

Entra y, una vez he cerrado la puerta, me apoyo en ella. Michael echa un vistazo al salón, donde siguen las cajas. Solo han pasado tres días desde la última vez que vino. «Cuidado, Penny, no te acostumbres a tenerlo en tu casa».

—¿Qué hacía aquí?

Se refiere a Mark. Y no se me pasa inadvertido el tonito de desprecio.

—Mark solo ha venido a traerme una sopa.

—Así que, Mark, ¿eh? ¿A él sí lo tuteas?

—Él es mi colega.

—Él quiere ser algo más que eso, Penélope.

—No es asunto tuyo.

—No he dicho que lo sea.

Y ya estamos discutiendo otra vez, pero como hoy no tengo fuerzas y pensar en la sopa me ha traído su desagradable aspecto a mi mente...

—¡Tengo que vomitar! Cierra al salir.

Corro, por sexta vez (creo), al baño. Cierro la puerta de un empujón brusco, me agacho y vomito. No entiendo muy bien el qué. Tengo que tener el estómago vacío. El dolor abdominal es horrible, muy intenso, tanto que estoy por echarme a llorar de desesperación.

De pronto, unas manos me apartan el pelo de la cara y me pasan un trapo mojado por la boca: Michael no se ha ido. Cuando termino, me quedo tirada en el suelo con temblores en el cuerpo; está tan fresquito. Me tumbo en posición fetal.

—Estás hecha polvo, ven que te llevo a la cama.

—A la cama no. Me gusta el suelo.

—Bien, vamos al sofá.

No entiendo su razonamiento. Cama, no. Suelo, sí. Entonces, sofá. Pero no me da opción a réplica. Me levanta a pulso y me ayuda a llegar al salón. Cuando me sienta en el sofá, ya estoy medio grogui. Se coloca junto a mí.

—Deja que te examine.

Reacciono al instante.

—¿Estás de broma?

—Soy médico —me dice algo exasperado—. Solo quiero asegurarme de que sea un virus estomacal.

—Eso de *soy médico* ya lo he oído antes y era mentira. Solo eres estudiante. Así que, no, gracias. No pienso ser tu conejillo de indias.

—¿*Conejillo de indias*? Solo voy a palparte el estómago.

—No vas a *palparme* nada.

—No seas cabezota.

—Me estoy mareando. —Me pongo la mano en la frente y me dejo caer en el respaldo del sofá—. Malditos científicos. Malditos estudiantes. Malditos científicos estudiantes.

Michael ignora lo que digo.

—Estás deshidratada. ¿Has comido algo?

—Mark —no disimula su mala cara por incluir al profesor en la conversación— me ha traído una sopa de parte de Grace, pero tiene una pinta asquerosa, no pienso tomármela. Prefiero la muerte.

Me estremezco solo de pensar en ella.

—No será para tanto. Déjame examinarte.

—Está bien —claudico—, pero luego te vas.

Aunque, no sé por qué, su presencia no me incomoda como la de Mark. Me da igual que me vea así y no hay signos de vergüenza ni por haber vomitado delante de él ni porque me haya limpiado la boca.

Me recuesto bien en la *chaise longue* y Michael me sube la camiseta del pijama. La deja justo debajo del pecho. No llevo sujetador. Otra vez me entran los sudores fríos y los espasmos. Y cuando sus manos tocan mi piel... cuando sus manos tocan mi piel el pulso se me acelera, siento la sangre recorrerme las venas y el corazón latir por mi cuerpo. También lo escucho.

—Otra vez no, por favor —gimo en voz alta.

—¿Qué te pasa?

—Espasmos del corazón. Aceleración del pulso. Sudor frío. Creo que incluso estoy salivando. Es por ti. Antes cuando Mark ha dicho tu nombre también lo he sentido.

Mike sonrío y niega con la cabeza.

—Me alegra que pienses que es por mí, pero me temo que es a causa de los vómitos.

—No lo creo. Siempre tiene algo que ver contigo. Maldigo a cada inglés de porte aristocrático.

—¿Estás segura de que no te has chutado nada?

—Sí —le contesto entre gruñidos—. ¿Tienes un veredicto?

Aparta las manos de mi estómago y se levanta del sofá.

—Voy a hacer una llamada.

—¿Para qué? ¿Por qué? ¿A quién? ¿Me voy a morir?

—A un médico titulado. Solo para asegurarnos. Y no vas a morirte.

Mike hace su llamada y se mete en la cocina. Escucho cómo trastea dentro con algo. Cierro los ojos. Estoy agotada.

Cuando los abro, hay un señor de unos doscientos años (año arriba, año abajo), sin pelo, pero con una barriga considerable, en mi salón. Comienza a sacar artilugios de un maletín negro gigante y me pide permiso para examinarme. No tarda demasiado en llegar a un diagnóstico.

—Señorita, tiene usted una gastroenteritis descomunal. Voy a darle a Mike unas indicaciones y hágale caso en todo lo que le diga.

—Fantástico —expreso con ironía.

—Gracias, Ronald —le dice Mike, ignorándome de nuevo, mientras lo acompaña a la salida.

—No ha sido nada. Si no mejora en veinticuatro horas, me llamas. Saluda a tu abuelo de mi parte.

La puerta de la calle se cierra, y mi médico particular vuelve conmigo al sofá. Comienza a darme un montón de órdenes y a moverse entre la cocina y el salón. No escucho ni la mitad. Bueno, mitad... en verdad no lo escucho para nada. Estoy demasiado ocupada echándole la bronca con la mirada. Cansa menos. Cuatro miradas matadoras más y se rinde.

—¿Qué sucede? —me pregunta.

—Tú no tienes medida, ¿eh? O vienes en plan médico imberbe o me traes a uno bicentenario.

Chasquea la lengua como respuesta.

—Túmbate y... ¿Tienes ganas de vomitar?

—No.

—Bien. Pues túmbate y calla un ratito. Y si además te quedas dormida sería la hostia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Tómate esto —me ofrece un vaso—, y duérmete.

—¿Qué es?

—Unas gotas para frenar los vómitos y agua.

—¿Solo?

—Sí. Veremos si el estómago te lo admite.

Me lo bebo y voy al cuarto de baño a lavarme los dientes. Necesito sentirme limpia. Cuando vuelvo me recuesto de nuevo en el sofá. Mike me tapa con una manta y me obliga a cerrar los ojos. ¿Va a quedarse conmigo? ¿En mi casa? ¿Cuidándome? ¿Qué es este calorillo que siento por el cuerpo?

Estoy en un estado de duermevela muy muy agradable cuando escucho un ruido que reconozco. Creo que es un teléfono. A continuación, una conversación.

—¿Sí?

—...

—*Hola, Elsa.*

—...

—*El mismo. En carne y hueso.*

—...

—*Está dormida.*

—...

—*¡No nos hemos acostado! Es solo que no se encuentra bien.*

—...

—*Gastroenteritis.*

—...

—*Bastante seguro, sí.*

—...

—*Soy médico.*

—...

—*Joder, cómo se nota que sois hermanas.*

—...

—*Unas seis veces.*

—...

—*Sííí..., lo tengo controlado.*

—...

—*Es... mmm... bastante mala enferma. Y aunque lo niega, creo que se ha metido un chute de algo. Tiene algún delirio que otro.*

—...

—*¿En serio es normal? ¿Sin tomarse nada?*

—...

—*No me estoy riendo...*

—...

—*Anna, no te preocupes, está todo bien.*

—...

—*Sí. Adiós.*

Noto cómo un peso cae en el asiento mullido junto a mí; me hace sentir bien al instante, cómoda. Creo que alguien me da un beso en la frente; lo noto cálido y tranquilizador. Me quedo profundamente dormida.

Cuando me despierto, no me encuentro en la misma posición en la que me dormí. Estoy encima de Mike. Y él también está roque. No entiendo en qué momento he cambiado tanto la postura como para que nuestros rostros estén a escasos centímetros el uno del otro. Lo miro con atención. A las oscuras pestañas que contrastan con los reflejos rubios de su pelo. Pelo que sigue sin cortarse. Le paso las yemas de los dedos por las cejas y apoyo mi frente en la suya. Se siente tan bien. ¿Por qué se siente así estar con él?

Ojalá pudiese retroceder en el tiempo, o adelantarlo. Ojalá fuéramos tan solo Mike y Penny. Ojalá no fuéramos Michael Cunningham y Penélope Ballester.

Ring. Ring.

El sonido del timbre me sobresalta y despierta a Michael, que, en un primer momento, se siente desorientado. Pocos segundos tarda en ver que nuestras bocas están casi rozándose y en darse cuenta de que estoy encima de él. Nuestras miradas se encuentran. Adoro sus ojos azules. Y me gusta cómo me acarician. Ahora somos Mike y Penny y él también lo sabe. Acercamos las bocas hasta que se rozan con suavidad. La lengua de Mike comienza a chuparme el labio inferior y...

Ring. Ring.

¡Mierda!

—Ha llegado Grace. Es de noche —lo informo aún con los labios unidos.

Se separa de mí, se pasa la mano por el pelo alborotado y se levanta.

—Ya abro yo, no te muevas.

Ni siquiera me preocupo por que no sea Grace y alguien indebido pille a un alumno en mi casa. Estoy demasiado exhausta. Y demasiado abducida por el contacto de Mike, que lo es todo. Hace que lo demás importe una mierda.

Escasos segundos después, Grace entra en mi salón acompañada por el alumno en cuestión. Que, todo hay que decirlo, aún permanece medio adormilado y está guapísimo. No recordaba al Mike adormilado. No recordaba lo mucho que me gusta. Lo que sí tengo presente es lo bien que me he sentido en sus brazos.

—¿Te encuentras mejor? —me pregunta mi amiga en cuanto me ve. Se sienta a mi lado y me pasa la mano por la frente.

—Ha venido un médico —la informo.

Grace mira a Mike con los ojos entornados.

—Él no. Uno de verdad. —Mike rueda los ojos—. Aunque no estoy muy segura en realidad. Era muy viejo. Tenía más de cien años.

Michael mira a mi amiga con cara de «no le hagas ni caso».

—Puedes irte, Cunningham. Yo me quedo.

Mi corazón grita «¡¡nooo!!».

—Tú también puedes irte. Yo me quedo —le contesta el pecoso.

—Yo sé lo que le conviene.

—Yo le he quitado el malestar. Le he dado algo que tú no puedes darle.

—¿El qué?

—Sexo en el sofá.

—¿Quééé? —preguntamos las dos al unísono con los ojos desorbitados.

—¡Ey, era broma! —se descojona—. Solo era una broma. Para relajar el ambiente.

¡Maldito niño! A veces lo adoro y otras veces lo mataría. «A besos».

Comienzan a discutir entre ellos. Primero, sobre comportamiento cívico. Después, sobre ciencia. Sobre quién de los dos sabe más. Me agotan.

—Estoy rodeada de *frikis* de la ciencia y encima ingleses. ¿En qué momento, Dios mío? ¿En qué momento? Mi vida patas arriba —exclamo mientras me dejo caer en el sofá.

—¿Qué le habéis dado? —le pregunta una sospechosa Grace a Mike.

—Solo unas gotas para detener los vómitos y agua. Los delirios vienen de serie.

—¿Se ha tomado la sopa?

Vuelvo a estremecerme solo de pensar en ella. Se me pone la piel de gallina y todo.

—Sí.

—Dímelo mirándome a los ojos, Cunningham.

—Bah, a mí no me metáis en vuestros líos.

—No se la ha tomado.

—Sí se la ha tomado.

—Te estás riendo.

—No me estoy riendo —le contesta mordiéndose el labio. Ese labio que, hace poco, estaba sobre el mío. Mierda. No podemos hacer esto. Debo cortarlo.

—Mike...

No es necesario que diga más. Nuestro tiempo se acabó. Demasiado hemos conseguido hoy.

—Está bien. Me voy.

Grace lo acompaña al umbral.

—Lo has hecho bien, Cunningham. —La escucho decir.

No hay respuesta. Mi amiga regresa junto a mí, me acaricia el cabello y me apoya contra su cuerpo.

—No digas nada.

El hermano gemelo

Necesito estar cinco días en casa para recuperarme. Días en los que mis únicas compañías son Grace, Anna y Mark. Sin noticias de Michael. Pero no me importa. Porque no somos nada. Es mi alumno. La visita del otro día fue... no sé lo que fue. En ocasiones dudo incluso de que existiera. Quizá fueron mis delirios. Pero no me importa. «Eso ya lo has dicho, *Penn*». Es que no me importa.

Para cuando me incorporo a las clases, estamos metidos de lleno en el mes de noviembre. Mi primera semana de trabajo postgastroenteritis no encuentro a Michael en clase, ninguno de los dos días. Sus amigos llegan puntuales. Solo falta él.

Primero, me extraño. Luego, me preocupo. ¿Le habrá pasado algo? ¿Estará enfermo? ¿Se lo habré pegado? Me suena que las gastroenteritis son contagiosas. «Luego se lo consultas a Grace». Al final, va a resultar toda una ventaja tener una amiga de ciencias; lo que no sé yo lo sabe ella.

Durante la semana siguiente me debato entre acercarme o no a Eric o a Charlie Durham —aparte de Eric es el único del grupito que parece simpático—, y preguntarles por él. Con Charlie no tengo nada de confianza. «Tampoco con Eric». Vale, tampoco, pero lo siento más cercano a Mike, ergo, más cercano a mí. Aunque no sé si Eric es la peor opción por sospechar de lo nuestro o, quizá, precisamente por ello, es la mejor opción.

El viernes, por fin, me decido por un inocente:

—¿Todo bien, chicos? —Tengo la esperanza de que alguno de los dos entienda la indirecta de que pregunto por su amigo desaparecido, pero no lo pillan. O no me quieren contestar.

—Sí, todo bien, profesora —contestan ambos—. Que pase un buen fin de semana.

Ni siquiera noto una mirada especial de Eric. Una mirada que me diga: «Sé que pregunta por mi amigo». Nada de nada. Qué parcos en palabras. Este par así no me aprueban la asignatura. Me los imagino en el examen:

«La historia de Roma: vine, vi y vencí». Punto.

¿No se dan cuenta de que a las profesoras de Historia nos gusta que hablen y hablen? Yo enseguida me voy por las ramas... Creo que es innato.

Me voy a casa con cierta incomodidad en el cuerpo. No sé nada de él desde hace quince días. No puedo llamarlo por teléfono porque lo borré. ¡¡Ouch!! Aunque quizá así sea mejor. Quizá es lo que quiere el destino.

Después de estar encerrada en casa el fin de semana entero, el domingo por la tarde decido ir a dar un paseo por el centro para airearme y comprar algo de comida basura. Ahora que estoy recuperada, tengo un apetito voraz. Sobre todo por la noche. ¿Por qué siempre tengo tanta hambre por la noche?

Mientras recorro High Street aplastando a mi paso las hojas marrones y rosadas que ya han caído de los árboles, mis ojos lo buscan con la mirada. Es inevitable porque tengo muchas ganas de verlo, de comprobar que esté bien. Con todo lo que ha jugado la casualidad con nosotros, podríamos tener un encuentro fortuito; Oxford no es tan grande. Y el University College no cae lejos de aquí.

Como si fuera obra de algún dios de los Encuentros, el protagonista de mis pensamientos aparece a veinte metros de distancia, en la calle de enfrente. ¡Por la Materia Oscura! Lo miro y lo remiro para asegurarme de que es él. No hay duda. Es Mike. No puede ser. Miro al cielo. No puedo desaprovechar una oportunidad así.

Quiero un millón de libras. O dos. Espero unos segundos, pero no sucede nada; aun así, tenía que intentarlo.

Me concentro de nuevo en mi objetivo, que pasea absorto en sus pensamientos. Está a punto de doblar por Queen Street. Lo voy a perder. Me acerco corriendo y lo llamo a gritos sin pararme a meditarlo.

—¡Mike! ¡Mike!

Se gira y me ve. Cruzo la carretera, mirando hacia ambos lados para asegurarme de que no vienen coches, y me acerco a él.

—Hola.

No hay respuesta. Solo me levanta la barbilla. No se lo ve de buen humor y parece distante, esquivo, como si le molestara nuestro encuentro. ¿Qué le pasa? Tiene la intención de irse, pero lo detengo con mis palabras.

—Gracias por lo del otro día.

—De nada.

Bueno, por lo menos, ahora sé que existió aquella visita. Si no, no me hubiera dicho *de nada*, ¿no?

—No has venido a clase estos días.

—No. ¿Vas a castigarme? —me pregunta muy muy borde.

Con una fusta y un esparadrupo en la boca. «Penny, contrólate». Pero ¿qué le he hecho yo ahora a este para que me hable así?

—Confíesalo. Tienes un hermano gemelo.

—Tengo dos —me contesta, sardónico, mientras se deja caer en la pared con aire despreocupado—. O tres. ¿Cuántos quieres?

Con esa postura de pasota con el pie apoyado en la pared y pisando... pisando... No puedo evitar reprenderlo.

—No apoyes ahí el pie.

—¿Por qué? —me pregunta desafiándome.

—Porque estás pisando la placa conmemorativa de la taberna de la Batalla de la Escolástica.

—¿Y qué?

—Pues que no está bien. Eso lleva ahí muchísimos años y tiene su historia y no quiero que lo pises y que...

—¿Qué historia?

—La historia del tabernero.

—¿Del tabernero?

—Del tabernero y los estudiantes —suspiro y se la cuento, aunque no sé por qué. Bueno sí, porque me encanta contar historias—. Cuando Enrique II en el siglo XV prohibió a los ingleses cruzar el estrecho para ir a Francia, concretamente a París, comenzaron a buscar un sitio donde formarse, y lo encontraron aquí, en Oxford, donde ya existía ambiente académico. Llegaron a la ciudad, compraron terrenos, formaron residencias de estudiantes, abrieron tiendas, *pubs*... Vamos, que se hicieron con la ciudad, lo que a los habitantes de Oxford no les hizo demasiada gracia y, entonces, empezaron los enfrentamientos. El más importante ocurrió en 1355, el diez de febrero, día de la Escolástica. Aquí había una taberna. Unos estudiantes entraron y el tabernero les sirvió el peor vino que tenía; no le gustaban los estudiantes —le aclaro. Él rueda los ojos—. Ellos se dieron cuenta y comenzaron a discutir hasta que le tiraron el vino a la cara y salieron corriendo para tocar la campana de su iglesia, avisando así a sus compañeros. Se dedicaron a romper todo lo que encontraron a su paso y a quemar la ciudad. El tabernero salió de su taberna y subió a su campanario a tocar su campana, para que salieran sus amigos los aldeanos. La batalla campal duró tres días y fue necesario que viniera el rey en persona para detenerla porque el alcalde no era capaz de hacerlo. Les puso una penitencia que duró cua...

—Cuatrocientos setenta años. —Mike termina la frase por mí.

—¿Lo sabías?

—Obvio, ¿no? A veces eres un poco lenta.

Ignoro lo último porque si no lo hago lo agarro del pescuezo, lo llevo hasta el río y le cierro la boca a base de aguadillas. Y no es plan, ¿no? Cojo aire y lo suelto. Tres veces.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Quería ver cuántas frases eras capaz de chapurrear sin respirar.

—¿Qué...?

—Han sido doce. Algunas demasiado largas. Pero sin acritud, ¿eh? Joder —dice más para sí mismo que otra cosa—, no sé cómo no me di cuenta de que eras profesora. Se te ve a leguas.

¿Sin acritud? Ay, ay, ay, la que está a punto de liarse. Cojo aire de nuevo y lo suelto otras tres veces.

—¿Qué te pasa hoy? Estás muy Cunningham otra vez.

Pensé que habíamos superado esa parte. ¡Si casi nos besamos y todo! No entiendo nada.

—¿Muy Cunningham? ¿Qué cojones significa eso?

¡Y ahora se enfada! Qué valor.

—Tus cambios de humor son dignos de estudio. ¿Te lo has hecho mirar?

—Si no te acercaras tanto a mí no tendrías que verlos.

—Yo no me acerco a ti.

Me levanta la ceja.

—Hoy solo quería darte las gracias por lo del otro día que, por cierto, fuiste tú quien vino a mi casa y...

—No volverá a suceder. —Se da media vuelta y me deja con la palabra en la boca y cara de pasmarote.

Se va por el mismo camino por el que venía. Observo cómo se aleja. Esto es surrealista. ¿Qué ha pasado en los últimos quince días para que haya sufrido ese cambio de humor? O de personalidad. No lo entiendo. Necesito hacer un curso de postgrado para comprenderlo. «Mira que parecía un chico sencillito en Riviera...».

Mi vena rebelde se rebela. No pienso permitir que me trate de esta manera. ¿Quién se ha creído que es? No estoy dispuesta a aguantar sus múltiples personalidades. Tiene que respetarme, ya no como profesora, como persona.

—¡Espera! ¡Michael!

Corro detrás de él a pesar de que no voltea la cabeza ante mi grito y de que sigue caminando a paso ligero por St. Aldate's. A ese paso ligero que... ¡Arggg! Hasta su manera de caminar me gusta, con ese vaivén y esa confianza en sí mismo. ¡Qué asco de pensamientos!

—¡Cunningham, te estoy hablando! —le chillo cuando lo tengo a menos de cuatro pasos.

Ni caso.

—¡Cunningham! ¿Estás sordo?

—¡No tengo tanta suerte! —me responde aún sin darse la vuelta.

Lo cojo del brazo y lo obligo a girarse hacia mí frente a la torre del Church College. La mirada de furia que me dedica no se la regalaría ni a mi peor enemigo. Ni aunque yo fuera

Daenerys Targaryen y tuviera enfrente a la mismísima Cersey Lannister. «Bueno, entonces quizá sí». A lo que voy, es que es una mirada abrasadora. Pero en el mal sentido. En el que me haría arder en el infierno. Esto es imparable. La bronca está asegurada. En algún momento teníamos que explotar.

—Pero ¡¿qué demonios pasa contigo?!

—¡No me toques!

Lo suelto y levanto las manos en señal de rendición. Cada vez estoy más confundida.

—Está bien. No te toco, pero...

—¡Y déjame en paz!

—¡No me hables así! No puedes tratarme tan mal. No eres nadie para...

—¡Exacto! No soy nadie. ¡Olvídate de mí!

—Tarde para eso, ¿no? El mal está hecho, ahora tenemos que aprender a convivir para que...

—¡Cambia de universidad!

—¿¿Qué?? ¡¿Que cambie de universidad?! ¿Tú te has vuelto loco?

—Es lo mejor.

—¿Lo mejor para qué? ¿Para quién?

—¡Para todos!

—¡Te han abducido unos extraterrestres!

—Deja de decir chorradas.

—¡Es que no sé qué pensar, Mike!

—¡No me llames Mike! Jamás lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Y cómo quieres que te llame? No te gusta Michael, no te gusta Mike...

—Lo que quiero es que no me llames. ¿Es que no lo entiendes?

—Esto no es normal. ¡Tú no eres normal! ¡Estás de psiquiátrico! Y lo peor es que vas a acabar volviéndome loca a mí.

—Pues vete de Oxford, ya te lo he dicho.

—¿Pero tú estás tonto? —Hasta aquí mi paciencia—. No voy a dejar la ciudad solo porque a ti no te guste encontrarte con tus exnovias.

—Tú no eres mi exnovia.

Eso ha dolido. Lo reconozco.

—Vale. Supongo que aún te gusta menos cruzarte con tus exrollos. ¡O lo que sea que seamos!

—No es eso.

—¿Te comportas así con todas las tías con las que te lías? ¿Las echas a todas de la ciudad? ¿No quieres que nos crucemos y formemos un aquelarre contra ti? Porque, si eres así con todas, es probable que te hagan vudú cada día, y, como no soportas el dolor, entonces entendería que...

—¡Que no es eso, joder! ¡No tengo ninguna puta exnovia! O quizá sí, tengo como doscientas exnovias y ¡me tenéis hasta los cojones!

—¿Entonces sí soy tu exnovia?

El pensamiento de que Mike me odie, por alguna razón que solo él conoce, hace que se me agolpen las lágrimas en los ojos. Estoy haciendo verdaderos esfuerzos para no llorar de impotencia, de rabia, de tristeza. ¿Cómo algo tan bonito como lo que vivimos allí se ha convertido en... esto?

—¿Te has quedado solo con eso, Penélope?

—¿Con qué quieres que me quede? ¿Con que he sido una más de doscientas?

—Doscientas en Oxford. Y no te consideres una de ellas. Necesitaría algo más que la mierda que vivimos tú y yo como para considerarte exnovia.

—¿Y qué fui para ti?

—¿Expolvo sin importancia?

—No me lo creo.

—Pues créetelo, no eres nadie.

—Mientes.

—Eso te gustaría a ti.

—Dime la verdad, Mike. ¿Qué sucede?

—¡Que me tienes harto! ¡Olvídame!

—Mike...

—¡No eres nadie! ¡Nadie! Métetelo en la puta cabeza.

—Eso no es...

—¡¿Acaso estás sorda?!

—¡No! ¡No lo estoy! Pero sé que me estás mintiendo. ¡Me estás mintiendo!

—¡Por supuesto que te estoy mintiendo! ¡Te estoy protegiendo, joder!

¿Protegiendo? ¿A mí? ¿Protegiendo de qué?

—¿Qué? ¿De qué? ¿De quién?

—Déjalo —me dice, exasperado.

—No, no lo voy a dejar. —Michael bufa de indignación—. ¿Qué es lo que ocurre, Mike?

Se agarra con fuerza del pelo y se da la vuelta, dándome la espalda.

—¿Mike? —Le coloco la mano en el hombro y lo obligo a girarse. Nos quedamos frente a frente.

¡Tolón! ¡Tolón!

Nos sobresaltamos los dos por el estruendo. Miro la hora: son las nueve y cinco de la noche, hora de Oxford (cinco minutos más tarde de la hora oficial).

Mierda. Las campanadas.

¡Tolón! ¡Tolón!

Son los ciento y un timbrazos de la campana de siete toneladas de la torre del Church que suenan en honor a su primera promoción de 1526. Les servía a los estudiantes como toque de queda. Cuando empezaban a sonar, todos corrían porque, si no llegaban antes del ciento uno, se quedaban a dormir en la calle.

¡Tolón! ¡Tolón!

Dura cuatro minutos y treinta y tres segundos. Cuatro minutos y treinta y tres segundos en los que nos quedamos quietos, sin decirnos nada. Solo mirándonos. Absorbiendo nuestras últimas palabras. Y cuatro minutos y treinta y tres segundos así es mucho tiempo. O poco, según las circunstancias.

¡Tolón! ¡Tolón!

Ahora mismo, para Mike y para mí, no sé si es mucho o poco. Lo que sé es que me da tiempo de sobra para observar con detenimiento que aún mantiene las pecas del verano y que tiene motitas negras en sus preciosos ojos azules.

¡Tolón! ¡Tolón!

También me da tiempo de sobra para echar de menos nuestra relación de antes de Oxford, para añorarla todavía más.

¡Tolón! ¡Tolón!

Pero me falta tiempo para evocar todos esos recuerdos.

¡Tolón! ¡Tolón!

Me falta tiempo para colgarme de su cuello y besarlo, que es lo que me pide el cuerpo a gritos. Besarlo y cerrarle esa boca impertinente con mis labios. Besarlo y recuperar a mi Mike.

¡Tolón! ¡Tolón!

Me falta tiempo para buscar una solución.

¡Tolón! ¡Tolón!

También nos sirve para tranquilizarnos.

¡Tolón! ¡Tolón!

Esas han sido las últimas.

—Mike, no podemos seguir así. No sé qué es lo que escondes, pero estoy segura de que hay algo que hace que te comportes de esta manera y... —Vuelve a girarse, ignorándome por completo. Yo sigo hablando—. Está claro que por nada del mundo esperabas encontrarme aquí, y obviamente yo tampoco, pero tu reacción el primer día de clase fue... no fue normal. Que estemos aquí no significa que tengamos que seguir donde lo dejamos. De hecho, tampoco podríamos. Si es eso lo que te preocupó al verme, que pensaste que yo querría seguir con algo que está claro que para ti no significó nada...

Llevo un par de minutos parloteando y aún no he obtenido ningún tipo de respuesta por su parte.

—Mike, ¿me estás escuchando?

—No.

Me lo cargo.

—¿Puedo irme? —me pregunta.

Suspiro y aprieto los puños aguantándome las ganas de... de tantas cosas que no soy capaz ni de describirlas.

—Puedes irte. —Pero antes... —. Por cierto, estás castigado.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Por discutir contigo?

—No. Por no venir a clase en dos semanas sin justificación alguna. Y por insubordinado.

—Me estás vacilando.

—No.

—¿Es en serio?

—Sí.

—Hay que joderse.

—Tendrás que quedarte una hora haciendo unos ejercicios.

—¿De verdad me estás hablando en serio?

—¡Sí!

—No pienso hacerlo.

—Pues atente a las consecuencias.

Giro sobre mis talones y lo dejo ahí pasmado. Ahora me ha tocado a mí. No me sigue ni intenta detenerme. No estoy segura de si quería que lo hiciera. Cuando doblo la esquina, me

apoyo en la pared y dejo salir las lágrimas que pugnaban por escaparse de mis ojos desde hace tiempo.

???

—*Hola* —me contesta al primer tono.

—Grace... —le digo entre lamentos.

—¿*Penny? ¿Qué pasa?*

—No puedo más. Necesito descargarme.

—¿*La fierecilla malcriada de porte aristocrático de nuevo?*

—Sí.

—*Nos vemos en The King's Arms en veinte minutos.*

—Vale. Allí te espero.

Me encamino hacia mi *gastropub* favorito y, a cada paso que doy, más desconcertada y más enfadada me siento. Enfadada con él (por gilipollas), enfadada conmigo (por permitir que me afecte y querer besarlo) y enfadada con el mundo (por habernos juntado de nuevo).

Al llegar, entro y me dirijo a la mesa de la ventana que da a la biblioteca Bodleiana, la de cada día. No importa el momento o la hora en la que vengamos, nuestro sitio favorito siempre está libre.

No llevo ni dos minutos sentada cuando aparece Grace por la puerta. Se acomoda en la silla de enfrente y no nos da tiempo ni a saludarnos porque al segundo aparece el camarero. El que siempre nos atiende. Creo que también es el encargado... o el dueño.

—Hola. ¿Qué queremos hoy?

—Lo de siempre —contesta Grace por las dos.

—Dos Guinness, una hamburguesa con queso y beicon para compartir y una ración de patatas con queso y ketchup —dice la última palabra poniendo mala cara.

—Eso es. Y *ketchup* —contesta Grace, también con mala cara y acentuando la palabra.

El camarero se va y nos quedamos solas por fin. Ahora puedo desahogarme. Y eso hago.

—¿Qué gilipollas! —Apoyo la cabeza en las manos y cierro los ojos.

—¿A que sí?

—Me entran ganas de... de...

—¿De tirarle un tarro de tomate en la cara!

—¡Sí! —Me masajeo el cuero cabelludo en un intento de liberar tensiones.

—¡Espérate que no ha terminado el día! Dame tiempo.

—Maldito niño inmaduro. No se puede ir así por la vida.

—¡Exacto! Si quiero echarles ketchup a sus adorables patatas con queso, es mi problema. ¡*Mi* problema! Y no tiene derecho a decirme nada ni a mirarme con mala cara. Soy una clienta y siempre tengo razón, y como continúe con esa actitud le van a dar a sus patatas y a su *pub* por el cu...

Levanto la cabeza y abro los ojos. Espera, ¿qué? ¿De qué demonios está hablando?

—Pero ¿qué dices? —la interrumpo.

Grace termina con su defensa de las patatas con queso y tomate, me mira y parece comprender algo.

—No hablábamos de James, ¿verdad?

¿De James?

—No, claro que no.

—Entonces el gilipollas al que te refieres es Michael.

—¡Sí! —respondo como si fuera la mayor obviedad.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—¿Quién es James?

—El camarero.

—¿Cómo demonios sabes su nombre?

—Nos lo dijo él la cuadragésima novena vez que vinimos a comer aquí.

—No me acuerdo.

—Mejor. Es idiota. Y ahora dime qué ha pasado con Cunningham.

—Nos hemos encontrado, *por casualidad* —recalco—, en la calle y me he acercado a darle las gracias por lo del otro día... —me interrumpo—. Cuando estaba enferma vino a visitarme, ¿verdad?

—Sí, claro.

Bien.

—Pues hoy no solo estaba rarísimo y poco comunicativo, sino que ha empezado a chillarme y a decirme que lo deje en paz y que me cambie de universidad y que lo estoy persiguiendo y que...

—¿Que te cambies de universidad? Me estás tomando el pelo.

—¡No! ¿Te lo puedes creer?

—Algo ha tenido que pasar para que se comporte así. No es lógico después de lo del otro día —me dice pensativa.

—Sería el gemelo.

Empiezo a pensar que lo que me ha dicho sobre que quiere protegerme no era más que una excusa.

—¿Qué gemelo?

—Uno que tiene. O, bueno, *dos o tres*. ¿Cuántos quieres? —lo parafraseo con retintín.

—Tienes que empezar a grabar tus encuentros con él para que podamos estar en sintonía. Me cuesta mucho seguirte.

Chasqueo la lengua.

—¿Sabes lo que ha pasado? —le pregunto.

—¿Qué?

—¡Que es gilipollas! —grito justo cuando el camarero viene a servirnos las cervezas y las patatas.

James (me cercioro de que es el mismo que nos ha atendido al sentarnos) bufa de indignación.

—Tú no te metas —le dice mi amiga.

Vaya confianzas tiene este par.

—No he dicho nada —responde sin alterarse.

—Has gruñido igual que cuando me sirves el ketchup para tus amadas patatas con queso. Ya me conozco tus sonidos.

—No todos. —Me guiña un ojo a mí, con una confianza que me sorprende, y regresa a su sitio detrás de la barra.

—¿Has oído lo que me ha dicho?

—Pero ¿cuándo ha sucedido esto? ¿Te lo has tirado?

—¡No! —me responde indignada.

Pues no le queda demasiado.

—Cuéntamelo todo —le ordeno— desde el principio. Quiero saber lo que ha pasado con ese tal James delante de mis narices.

—¿Y el aristócrata?

—¿Quién? No conozco a ningún aristócrata.

Tema zanjado. «Sabia decisión, Penny. Es lo mejor. Olvídate de él y haz como si no existiera».

Te necesito

Horas después, en la tranquilidad sofocante de mi morada, me cuesta muchísimo conciliar el sueño a pesar de que es bastante tarde y de que estoy agotada. Grace y yo nos hemos quedado en la cervecería hasta cerrarla y, aunque me he entretenido inmensamente tomándole el pelo por su indudable próxima historia amorosa con James (les doy dos días más hasta que se acuesten, o como mucho, tres pedidos de patatas fritas con kétchup), en cuanto he entrado por la puerta de mi casa los recuerdos de la discusión descomunal que he tenido con Mike unas horas atrás se han precipitado a mi cabeza como un alud: rápido, violento y doloroso.

Lo peor de tener discusiones es no saber el motivo que las ha iniciado. Jamás me había pasado algo así porque, cuando discutía con mis padres, o cuando me peleó con Anna, siempre conozco el detonante. Pero Mike me tiene tan despistada que no sé qué hacer. No quiero reñir con él, pero tampoco puedo quedarme en silencio frente a sus ataques absurdos y sin explicación alguna.

Bueno, sin explicación no, porque en el fondo de mi corazón sé que Mike tiene problemas. He pretendido negármelo a mí misma (es más fácil pensar que el chico es un botarate), pero estoy casi segura de que nuestra complicada relación la está provocando él a propósito por alguna razón. Llevo sospechándolo desde que me ha soltado, enfurecido, esas cuatro palabras cuando lo he llevado al límite:

Te estoy protegiendo, joder.

¿De qué, Mike? ¿De qué me estás protegiendo? ¿Era solo una excusa o de verdad sucede algo grave?

Grave.

Me estremezco solo de pensar que algo malo le pueda suceder a Mike. Un relámpago centellea en la penumbra del salón y una sensación de frío muy desagradable comienza a recorrerme el cuerpo en cuanto suena el primer trueno en el cielo. Esta noche toca tormenta.

Casi de inmediato comienzo a escuchar el fuerte chisporroteo de la lluvia que cae sobre las ventanas y el tejado. Me acerco a la chimenea eléctrica, la enciendo y, aunque dudo mucho que la sensación polar desaparezca con ese tipo de calor artificial, me tumbo en el sofá.

Cojo el mando de la tele y paseo por el buscador de Netflix en busca de alguna película o serie que me entretenga, pero no logro concentrarme en nada. Cuando me doy por vencida, me levanto y me voy a la cama. Me acuesto boca arriba y me quedo mirando el techo embobada en la oscuridad de la habitación.

Ring. Ring.

¿Eso es el timbre?

Ring. Ring.

Pues sí, lo es.

Me levanto sin esfuerzo –estaba muy lejos de dormirme– y bajo al salón. Miro por la mirilla para ver quién llama y entonces lo veo: es Mike. Lo reconozco, aunque soy incapaz de verle el rostro porque tiene puesta la capucha de la sudadera, está empapado y, además, el flequillo, ridículamente largo, le tapa los ojos. Abro la puerta al instante en una mezcla entre incredulidad, alucinación y recelo.

—¿Michael?

No me contesta, solo levanta el rostro y entonces... lo veo. ¡Madre mía! Me llevo las manos a las mejillas y ahogo un grito.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Puedo pasar?

¿Cómo es posible que dos palabras tan simples te desgarran por dentro? ¿Que te raspen el interior y que el corazón se rompa en mil pedazos por verlo así de necesitado y desprotegido? Entorno la puerta para permitirle entrar; jamás podría negarle algo así, no importa lo que suceda entre nosotros.

—Ven, acércate al calor. —Lo agarro del codo con suavidad y me rompo un poco más al notar que está temblando.

Mientras lo llevo hasta la chimenea, el ambiente se llena de Mike, que huele a mojado, a lluvia y a él.

Una vez que la luz del fuego le ilumina el rostro, lo examino con más claridad: tiene la nariz y las mejillas coloradas por el frío y un hematoma enorme en el ojo izquierdo; la piel que lo rodea comienza a adoptar un color entre amarillo y morado, y por dentro... por dentro está rojo, apenas se distingue el color azul de su iris. Algo se encoge en mi interior y las lágrimas se agolpan en mis ojos; tengo que retenerlas ahí con todas mis fuerzas.

—Voy a buscar algo para ponerte en ese ojo. Enseguida vuelvo. —Necesito salir de aquí para poder soltarlo todo con libertad sin que él me vea. Para dejar escapar ese par de lágrimas y recomponerme después, porque lo último que necesita Mike es que yo me ponga histérica.

Entro en el cuarto de baño que hay en la planta baja y busco nerviosa entre las estanterías y los cajones, llevándome todo a mi paso, hasta que encuentro una crema que suelo utilizar cuando me golpeo con algo y me sale moratón.

Vuelvo al salón y me lo encuentro en la misma posición en la que lo he dejado. Lo sujeto por la barbilla para que me mire a la cara y le rozo, con mucho cuidado, la tremenda hinchazón que tiene en el ojo. Extiendo la crema por el golpe y soplo. Quizá no sirva de mucho, pero recuerdo que cuando mi madre lo hacía me aliviaba.

—Michael, ¿quién te ha hecho esto? ¿Qué ha pasado?

Me fijo en sus nudillos y veo que no hay, en apariencia, ninguna señal de que haya habido una pelea; están intactos. ¿Quién ha podido pegarle? ¿Y por qué no se ha defendido?

—Michael, habla conmigo, por favor. —Necesito saber lo que ha ocurrido. Necesito saber que está a salvo y que no ha sido más que una refriega estúpida, pero es que algo muy dentro de mí me dice que esto no es una simple pelea.

Él, en lugar de responderme, se acerca a mí, me coge de la nuca y agacha la cabeza para besarme. Siento su corazón latiéndole desenfrenado cuando se apodera despacio de mi boca, tanteando y esperando una reacción por mi parte.

Se me cuele el frío de su mano en el cuello y el de sus labios morados sobre los míos, y, a la vez, un calor abrasador me recorre de un extremo a otro. Me aparto sorprendida porque hacía mucho tiempo que no nos besábamos y porque...

—Mike...

—Por favor, te necesito. No me rechaces. No me rechaces, Penn.

Penn.

Parece que ha pasado un siglo desde la última vez que me llamó así. Ahora me doy cuenta de lo que lo he echado en falta y de lo feliz que me hace escuchar ese nombre de nuevo porque, cuando alguien me llama Penn, sé que solo puede ser él.

—Quítate la ropa —le exijo, más por un tema de salud que sexual.

No me contesta, solo asiente con la cabeza, y me disgusta muchísimo que lo haga porque necesito escuchar su voz. Tengo sus labios tan cerca que me entran unas ganas tremendas de sentirlos de nuevo, de sentirlo a él. El beso de hace unos segundos ha sido como un aperitivo que, en lugar de saciar el hambre que tengo de él, ha abierto un agujero gigantesco en mi estómago, así que me acerco muy despacio a su boca y la muerdo con suavidad mientras lo miro esperando su reacción. Mike cierra los suyos después de inhalar una bocanada de aire. Le paso la lengua por ambos labios, los succiono con ansia y, cuando él gime, yo me derrito con ese sonido.

Comienzo a desnudarlo; tiene las ropas empapadas. Nos deshacemos juntos de su sudadera, y al pasarla por la cabeza se le revuelve el flequillo. Se lo aparto con las manos para verle los ojos y me desprendo de su camiseta mientras él me quita a mí la mía. Montamos un gran lío de brazos y ropa, pero conseguimos desnudarnos de cintura para arriba.

Mientras nos besamos y acariciamos ya no existe Oxford, ni la universidad, ni nuestra absurda situación de profesora y alumno, ni nada. Aproximo los dedos a su pantalón de chándal y se lo bajo por las caderas llevándome la ropa interior por delante.

Me quito los pantalones del pijama y las braguitas y lo sujeto por los hombros mientras lo arrastro hacia abajo, hacia el suelo que arde a causa de la calefacción que me he dejado puesta, hasta que nos quedamos de rodillas. El cuerpo de Mike va cogiendo calor a cada beso y cada caricia. Se sienta en el suelo y abre las piernas. Me subo encima y lo envuelvo con mi calor. Nos estremecemos los dos. Es la primera vez que hacemos el amor sin protección, yo uso anticonceptivos, hace mucho tiempo que no estoy con nadie que no sea Mike y confío en él. Sé que él también en mí.

—Penn —murmura con ternura.

—Estoy aquí.

Cierro los ojos mientras nos movemos en una cadencia que parece sincronizada, en una búsqueda desesperada de sentir al otro más que de encontrar el placer físico. Siento su respiración irregular cerca de mi oído y, cuando abro los ojos y me encuentro con los suyos tan azules (incluso el ojo malo parece recuperar el color), tan profundos, algo se remueve en mi interior.

Enseguida el cuerpo me hormiguea por lo que está a punto de pasar. Dejamos de besarnos para terminar mientras nos miramos y nos bebemos el uno al otro. Ahora estoy segura de que este es el lugar donde más me gusta estar: entre sus brazos. Podría vivir así hasta la eternidad.

Entonces se derrumba sobre mí, en todos los sentidos, a pesar de estar yo sentada encima de él. Nos abrazamos con fuerza y me maravillo con el hecho de que nuestros cuerpos encajen a la perfección, como dos piezas de un mismo rompecabezas. Mike me abraza por la cintura, con la barbilla en mi hombro, y yo paso mis brazos por su cuello y le acaricio el pelo mientras lo cubro con decenas de besos. Las puntas de su cabello han comenzado a secarse; se lo peino a la vez que él suspira en mi piel. Nos quedamos así unos minutos.

Más tarde, recorro su espalda, cubierta de sudor, con las yemas de los dedos. Sigo la línea de la columna hasta el final y sonrío al escuchar su ronroneo.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Asiente con la cabeza sin dejar de abrazarme.

—Hace un calor de pelotas aquí —me dice cuando ya está más relajado.

—Vamos a la cama.

Me levanto a regañadientes de sus piernas y lo cojo de la mano para que me siga. Subimos por las escaleras y entramos a oscuras en mi habitación. Yo me la conozco de memoria y a Mike no lo he soltado, por lo que no chocamos con nada. Nos metemos en la cama y quedamos frente a frente. A pesar de no haber luz, distingo su silueta.

—Mike, ¿quién te ha hecho esto?

—Ahora no —contesta reticente.

—Está bien. Duérmete. Necesitas descansar.

Veo cómo descienden sus párpados, pero yo no cierro los míos. Me quedo observándolo, velando por él y por su sueño.

Algo negro y feo se cuece en mi interior. Creo que nunca antes lo había sentido. Creo que es venganza. Necesito encontrar a la persona que le ha hecho esto a Mike y hacerle pagar por ello, y sobre todo necesito asegurarme de que no se lo vuelva a hacer.

Suspiro y descanso cuando su respiración se ralentiza al adoptar el suave y constante ritmo del sueño. No sé cuánto tiempo permanezco despierta, cuidándolo, hasta que llaman al timbre; lo que sí sé es que aún es de noche.

Ring. Ring.

Giro la cabeza sin levantarla de la almohada para ver la hora parpadeante del despertador: las cuatro de la mañana. Me levanto, con cuidado de no despertar a Mike, y bajo las escaleras corriendo. Recojo mi pijama del suelo y me lo pongo de camino a la entrada.

Miro por la mirilla y descubro que quien llama es Eric, el amigo de Mike. Abro la puerta.

—¿Está aquí? ¿Mike está aquí? —me pregunta sin darme opción ni a saludar.

—¿Qué es lo que ha pasado? —le devuelvo la pregunta.

Suspira de alivio.

—Oh, gracias a Dios que está aquí.

—Yo no he dicho eso.

—No ha sido necesario, su actitud me lo ha dicho todo.

—¿Quién le ha pegado?

Abre los ojos y me mira asustado.

—¿Está muy mal?

¿No lo sabe?

—No lo has visto —afirmo.

—No.

—¿Y cómo sabías que pasaba algo?

Si antes tenía mis dudas de que todo esto fuera una pelea casual, ahora estoy convencida de que no lo es.

—Estaba pasando la noche con... alguien y lo he intuido cuando he vuelto a la residencia y he sabido que su...

Se calla de improviso.

—¿Qué? Cuando has sabido, ¿qué?

—Nada.

—Eric, dímelo —le exijo.

—No puedo. Traicionaría su confianza.

—¿Su confianza? Me importa un comino su confianza. Aquí está pasando algo y quiero saber qué es.

—Pues no lo va a saber por mí, lo siento.

—¿Acaso Mike no te importa?

—¡Claro que me importa! ¡Más de lo que cree! Yo quiero a Mike, ¿me escucha? ¡Lo quiero!

Me sobresalto a causa del grito y el arrebato. No me lo esperaba; lo conozco poco, pero siempre lo he visto muy apacible, muy pacífico. Niega con la cabeza y comienza a hablarme entre titubeos y frases intermitentes.

—Me... me refiero a que lo quiero como a un... un hermano. Como a una de las personas más... más importantes de mi vida. Mike es como de mi fa... familia.

No entiendo su aclaración. Ahora soy yo la que niega con ímpetu.

—Sí, claro. ¿De qué otra manera ibas a quererlo?

Entonces lo veo. Lo veo en su cara, en sus ojos y en toda la expresión de su cuerpo. Se da cuenta de que ha confesado más de lo que le gustaría y se arrepiente al instante. Como si yo fuera a juzgarlo. Lo miro a los ojos y estoy segura de que es verdad: Mike es familia.

—Eres homosexual.

—Caray, qué directa —apunta resoplando.

—¿Para qué buscarle más rabos al perro?

Pero ¡¿qué acabo de soltar por la boca!?! ¡Tierra, trágame!

—Digo... tres rabos al gato.

¡No! ¡Así tampoco es! «Cállate, por Tutankamón. CÁ-LLA-TE».

—¿Tres pies al gato? —pregunto a la desesperada y con los ojos desorbitados.

—Señorita Ballester, si no se sabe bien los refranes, no los utilice —me aconseja con una sonrisa, al darse cuenta de mi apuro.

—Pasa —le ofrezco. Otro que está empapado—. Con lo que llueve en Inglaterra, y los ingleses no sois capaces de llevar nunca un maldito paraguas encima.

Entramos en el salón y Eric se fija en la ropa de Mike esparcida por el suelo, cerca de la chimenea.

—Estaba muy mojada —le aclaro mientras la recojo y la coloco más cerca del fuego para que se seque.

—Supongo que sí —me dice medio sonriendo.

—Y la tuya también.

Abro el pequeño armario que tengo en la entrada y cojo un chándal viejo de mi padre que aún conservo; me gusta ponérmelo para estar en casa a pesar de que me queda enorme. Se lo ofrezco a Eric.

—¿Mike está bien?

—No lo sé, Eric. Todo lo que puedo decirte es que está dormido en la cama, pero que ha llegado aquí como si fuera un niño de seis años que acaba de ser abandonado por su familia.

Cierra los ojos y puedo sentir su dolor y su preocupación.

—Puedes dormir en el sofá —le digo mientras me dirijo a las escaleras. No quiero permanecer más tiempo separada de Mike.

—Joder, qué calor hace aquí, ¿no? —Lo escucho farfullar.

Como estoy a medio camino, no me apetece bajar de nuevo para apagar la calefacción. Al menos mis inquilinos no podrán quejarse de pasar frío. Detengo mis movimientos y giro la cabeza hacia el salón.

—¿Mike vive en la residencia del *college*?

—Sí, ambos lo hacemos. ¿Por qué?

—Curiosidad. ¿Cómo sabías que yo vivía aquí?

—Mike me lo contó.

—Mike te lo contó —repito.

—Sí, Mike me lo cuenta todo. Aunque con lo vuestro ha tardado más de lo normal. Pero, al final, ha confesado. Siempre lo hace. Sospeché algo desde el primer día. Aguantó toda la clase sin llamar guapa a una profesora que está buena, con perdón, y jamás había hecho algo así.

—Ya. Y has acudido aquí en primer lugar.

—Sí.

—¿Por qué?

Levanta ambas cejas.

—Ya le he dicho que Mike me lo cuenta *todo*.

—Ya. —Me doy la vuelta y subo las escaleras.

Entro en la habitación y compruebo que está en silencio. Me meto en la cama y me acurruco junto a Mike, y, en esta ocasión, sí me duermo.

Cuando me despierto al día siguiente, Mike no está en la cama. Me levanto y voy corriendo a la planta de abajo rezando para que no se haya marchado. En cuanto llego al salón, escucho murmullos que vienen del fondo. Me paro en el umbral de la cocina y me encuentro a Mike con Eric y Grace.

—Buenos días. —¿Qué más puedo decir? La estampa que me ofrecen parece sacada de una tragicomedia.

Grace, que entiendo que acaba de llegar porque no se ha quitado ni el abrigo ni el bolso, parpadea repetidas veces como si no estuviera segura de que esos dos chicos estén en mi cocina. Y va sin medias... Me resulta extraño que haya salido tan fresca a la calle.

Eric, sentado en una de las sillas que rodean la mesa, sigue con el chándal de mi padre y nos mira a todos alternativamente.

Y Mike..., Mike está de pie en medio de la estancia con tan solo una toalla rodeándole la cintura y con el ojo en bastante peor estado que unas horas atrás.

«Estos tres acaban de encontrarse a la vez sin esperárselo».

Sí, yo también he llegado a esa conclusión.

No hay que ser muy listo para que Grace sepa lo que ha pasado entre Mike y yo, aunque la presencia de Eric la debe de tener bastante confundida. Eric sabe lo que ha pasado esta noche entre Mike y yo, pero la visita de mi amiga estoy segura de que no se la esperaba. Mike no tiene ni idea de lo que hacen aquí ninguno de los dos.

—Hola —se atreve a decir Eric.

—¿Qué haces aquí? —pregunto a mi amiga.

—Es curioso que sea a mí a la que preguntes eso —me dice señalando a los chicos con los ojos.

—Nosotros mejor nos vamos —dice Eric.

Mike sigue sin pronunciarse.

—Desayunad algo antes.

Entro en la cocina y comienzo a sacar tazas y platos de los armarios. Meto tres tazones de leche (para Grace, Eric y para mí) en el microondas. A la leche de Mike le añado unos hielos y se la sirvo tal cual; recuerdo de Riviera Maya que le gusta así. Nada de comidas calientes. Siento tres pares de ojos sobre mí, pero yo sigo a lo mío.

Cuando termino de preparar todo, nos sentamos a la mesa. Mike se sienta a mi lado y me apetece cogerlo de la mano, pero no tengo ni idea de en qué estado de ánimo se habrá levantado. «Y que no estáis solos». Sí, bueno, eso también, claro.

Grace comienza a parlotear sobre las últimas novedades en Física y los minutos, aunque parezca increíble, pasan volando. Terminamos nuestros desayunos.

—Tienes la ropa seca en la chimenea —le dice Eric a Mike.

Para ese momento, la pobre Grace no sabe ni qué pensar. Se lo veo en los ojos. Los chicos abandonan la cocina y Mike sigue sin mirarme.

Cinco minutos más tarde escuchamos el portazo de la puerta de la calle. Vaya. Ni un gracias ni un hasta luego ni un... nada.

—Vale. ¿Qué ha pasado aquí? —me pregunta mi amiga un segundo después.

—Es complicado.

Me levanto de la silla, acerco mi taza y la de los chicos al fregadero y comienzo a lavarlos.

—Eso no lo dudaba. —Mi amiga imita mi gesto y me acompaña al fregadero con su taza—. ¿Cómo hemos pasado de «no conozco a ningún aristócrata» a esto?

—¿Qué?

—Porque esa conversación la tuvimos hace apenas unas horas. Tú me decías algo así como «quiero saber lo que ha pasado con ese James delante de mis narices» y yo te pregunté: «¿Y el aristócrata?», y tú me dijiste: «¿Quién? No conozco a ningún aristócrata».

—Yo no pongo esa voz.

Me giro y apoyo la cadera en la encimera de la cocina. Grace se coloca enfrente de mí.

—Lo importante es el mensaje. Y cambiando de tema, ¿qué le ha pasado en la cara?

—Ha sucedido algo grave, Grace.

—¿Con quién se ha pegado?

—No lo sé. No tengo ni idea. Ayer apareció en mi puerta a las dos de la mañana de esa guisa. Lo dejé pasar, ¿cómo no iba a hacerlo, Grace? Y lo ayudé a entrar en calor. Lo metí en la cama y... ¿Quién ha podido hacerle algo así y por qué no se ha defendido? Me entran ganas de encontrarlo y de...

—Penny, lo averiguaremos. Confía en mí. No estás sola.

—Gracias.

Nos damos un abrazo y antes de soltarnos...

—Estás loca por él.

—¿Qué?

—Que estás enamorada de él. Asúmelo.

¿Amor?

—No. No es amor. Es... no sé lo que es, pero no es amor.

—Lo que tú digas.

Nos quedamos en silencio. ¿Puede ser esto que siento amor? Me quito la idea de la cabeza y me concentro en mi amiga.

—Y tú, ¿qué haces aquí?

—Pues resulta que *yo* me he tirado al camarero.

—¿¿A James?? —pregunto atónita.

—Al mismo.

—Cuéntamelo.

A la mañana siguiente

Resulta que James, desde ahora más conocido como «el idiota follable solo para un momento», alcanzó a Grace en medio de la calle cuando ella y yo nos separamos: le «pillaba de camino», esas fueron sus palabras. Hablaron sobre las patatas de la discordia y sobre algo más que no recuerda, se gritaron, discutieron y acabaron besándose como dos animales en celo (algo insólito para Grace, que no lo vio venir... Yo, por mi parte, ruede los ojos) contra la primera pared que encontraron, que no fue otra que la cristalera de la famosa librería Blackwell's...

—¿En una librería, Grace? —la interrumpo—. ¿Y si llegáis a romper el cristal?

—¡Penny! —contesta, exasperada—. Me importa una mierda la librería. No me paralices la historia con tus paranoias de *friki* por los libros.

Estoy a punto de rebatirle un par de cuestiones con las que no estoy de acuerdo de su última frase, pero me callo. Aceptaremos que se empotrasen contra la librería...

—Vaaale, continúa.

Mientras se besaban, seguían discutiendo. Sorprendente, sí, pero cierto. Ni sus lenguas peleándose entre ellas por conquistar a la otra los pudieron enmudecer. Grace se *moría* (palabras textuales) por comerlo enterito e insultarlo a la vez: «Es tan apetitoso como un helado de chocolate y tan molesto como cuarenta moscas juntas alrededor de tu cabeza», me dice en uno de sus mejores momentos. James se debatía entre manosear sus dos pechos o el trasero a la vez que le ordenaba callar y, entonces...

—James no es tan fuerte como para romper un cristal, Penny, por Dios. —Grace interrumpe su propio relato—. Y ni se te ocurra decirle que lo has pensado, ya tiene un ego demasiado grande.

—¡Grace! ¡Me has dejado en lo mejor!

—Perdón. Sigo, sigo...

Y entonces los insultos se convirtieron en gemidos, gruñidos y palabras malsonantes, lo que se traduce en que se susurraron guarrerías al oído. A James, en medio del preludio sexual, se le aclaró la cabeza y se dio cuenta de que no podían tener sexo allí; si acaso en algún callejón oscuro, pero en medio de la calle, no; es ilegal. Grace no sabía ni su nombre, así que muchísimo menos dónde se encontraban, que, por cierto, seguían en la librería. Sin saber cómo (ella dice que fueron volando entre las esponjosas nubes de la noche y que James debe de ser, cuando menos, hijo del dios Zeus... Sin comentarios), Grace se vio de

nuevo en el bar de James, que, al parecer, vive allí, en el piso de arriba. Todo el edificio, incluida la cervecería, pertenece a sus padres, que deben de estar ya retirados y viven en un pueblo cercano.

—Pero ¿no os encontrasteis en la calle porque le «pillaba de camino a casa»? —la corto de nuevo.

—¡Eso mismo le pregunté yo!

—¿Y?

—Me explicó que estaba dando una vuelta a la manzana.

Me parto de la risa y agradezco estos momentos de liberación mental. Ay, James, cada vez me caes mejor. Me queda bastante claro que fue a por ella.

—No te rías —me riñe Grace—, no es más que un idiota follable solo para un momento que se cree la hostia.

Lo que tú digas, amiga mía.

—Ya...

—Repites mucho eso de *ya*. Es bastante molesto.

—Ya. —Grace me taladra con la mirada—. Mike también me lo ha comentado. Sigue, a ver si llegamos a la parte de idiota follable...

El apartamento le pareció a Grace bastante grande. Debe de tener solo una habitación, o, al menos, mi amiga no vio más. Y un salón-cocina-comedor cuadrangular abierto y con grandes ventanales en las paredes. Una de ellas, contra la que empotró a James mientras le desabrochaba los pantalones, da a la Biblioteca Bodleiana y se puede ver hasta la sala Radcliffe...

—¿Te dio tiempo a ver todo eso mientras lo desnudabas?

—Soy muy analítica. Soy científica, Penny —me contesta como si fuera la mayor obviedad del mundo.

«Cierto». Contra eso no puedo rebatir nada.

—Tiene buena pinta para ser el piso de un chico.

—Sí, el cabrón tiene buen gusto.

Lo hicieron, la primera vez, contra uno de esos ventanales de la pared; James con los pantalones y la ropa interior colgando de una pierna y Grace con el vestido subido hasta el pecho. Las medias desaparecieron. Desaparecieron en el sentido más amplio de la palabra. «Por eso hoy ha venido sin medias». Intento no reírme... demasiado.

—Necesito que me prestes algo de ropa.

—Tranquila, sin problema.

—Y deja de reírte.

—Sigue.

A la mañana siguiente de mantener relaciones sexuales cuatro veces (pared, sofá, suelo, cama), Grace se despertó en los brazos de James y le pareció el chico más apuesto del mundo. Estaban en su lecho, desnudos, y, a pesar de tratarse de una cama de dos metros, ambos descansaban en uno de los extremos. Se sintió de nuevo como en una nube, en la gloria. Así de cómodo debe de ser el pecho (perfecto) de James...

—Y juro no volver a repetir estas palabras —me aclara.

—Sigue.

Cuando James se despertó, la miró... diferente. Compartieron un momento. Uno de esos momentos especiales que te regala la vida donde las palabras sobran. Hasta que llegan. Hasta que James se levanta de manera brusca y comienza a vestirse. Hasta que a Grace sus palabras parcas y chulescas la hacen sentirse incómoda. Y lo que comenzó como una preciosa mañana después de tener sexo del bueno se convirtió en una lucha de titanes. Se despidieron de malas maneras y cortando por lo sano lo que fuera que acababa de comenzar.

¡*Ras!* Fue un corte limpio.

Según Grace: son demasiado dispares y jamás funcionaría.

—¿Para qué empezar algo, entonces? —me pregunta sin tener ni idea de lo que está haciendo.

Mi opinión: como no quieren reconocer que han tenido una conexión fascinante, cada uno por sus razones, han huido como cobardes.

—Ay, Grace...

Escucho un sonido conocido que viene del salón; reconozco al instante la melodía de mi teléfono móvil, pero lo ignoro. Necesito decirle a Grace cuatro verdades y abrirle los ojos. Unos sentimientos así, que vienen sin esperarlo, no se pueden olvidar porque el chico haya tenido un ataque de pánico.

—Estoy en un lío, Penny. ¿Se puede odiar y desear a alguien a la vez? Porque James es irritante y borde, estúpido, prepotente..., pero a la vez es guapísimo y cariñoso y besa como...

Vuelve a sonar el teléfono. ¡Qué insistentes! Siempre en el momento más inoportuno. Seguro que es mi hermana. Conozco su *modus operandi*.

—Tengo que contestar —me disculpo con mi amiga mientras me dirijo al salón—. Casi seguro que es Anna, y cuando insiste tanto es porque pasa algo.

—Tranquila. Yo ya he acabado —me dice mientras me sigue.

—Ni muchísimo menos.

Descuelgo el teléfono a la vez que Grace se deja caer, desolada, en el sofá de tres plazas.

—Anna.

—¿*Dónde estás?*

—En casa. ¿Por qué? —le contesto en inglés por deferencia a Grace.

—*Penny, tenemos un problema. Uno de los gordos.*

Colosal. ¿Qué demonios pasa ahora?

—*Ay, Penny...*

Ese tono no presagia nada bueno. Está muy alterada, se lo noto en la voz, y mi hermana pocas veces se altera; por las venas le corre valeriana en lugar de sangre. Es envidiable. Pero ahora no está nada tranquila, y es terrorífico.

—Anna, ¿qué pasa? Me estás asustando.

—*Sí, asústate. Y siéntate.*

—Habla.

—*¿Estás sentada?*

¡No! ¡No quiero sentarme!

—¡Anna! ¡Habla!

Grace se sobresalta por mi arranque y me mira arrugando la frente.

—*Es sobre Michael.*

—Ay, por Poseidón, debe de ser grave si lo llamas por su nombre verdadero.

¿Qué puede querer decirme Anna sobre Mike? No se han visto ni han tenido contacto alguno desde hace tiempo.

—*Lo es, Penny.*

—Suéltalo, Anna. Sin preámbulos.

—*Estás casada con Michael Cunningham.*

¿¿Qué?? Espera... ¿quééé? ¿¿Quéé?? Miro a Grace, que parece estar realmente sentada en mi sofá, así que es imposible que esto sea un sueño.

—Es broma, ¿no? —Mi risita histérica no presagia nada bueno.

—*No, Penny, te prometo que no. Mike y tú estáis casados.*

—¡Por Samuel Johnson! No puede ser. —Mis piernas dejan de sostener mi cuerpo, y menos mal que estoy cerca del sofá, porque caigo sin remedio. Tenía que haberme sentado antes. Grace se incorpora y me pregunta con los labios qué pasa. Me mira con preocupación y quiero decirle algo, pero es que no puedo ni hablar.

—*¿Te acuerdas de aquella boda ficticia que tuvisteis?*

—Sí... sí —contesto entre titubeos. Como para no acordarme.

—Pon el altavoz —me ordena Grace sin darme opción a réplica. Hago lo que me dice y dejo el móvil en el sofá, entre las dos.

—*Al parecer no fue tan ficticia. Me acaban de llegar los papeles y está todo en regla. Lo he revisado cientos de veces, lo he consultado con varios colegas y no hay ningún vacío legal. Michael Cunningham y tú estáis casados.*

Grace pega un grito ahogado. Tiene suerte; yo no tengo voz. Y, además, comienzo a escuchar un pitido muy desagradable en mis oídos que es bastante agobiante. Sacudo la cabeza para que se vaya.

—Pero... no puede ser —contesta mi amiga en mi lugar.

—*¿Quién habla?* —pregunta mi hermana.

—Soy Grace.

Anna sabe quién es Grace y Grace sabe quién es Anna, así que con esas dos palabras el resto de explicaciones sobran.

—*Penny, están vuestras firmas y las nuestras, la de uno de los primos de Mike, Alan, y la mía.*

—Ni siquiera recuerdo haber firmado nada. —He recuperado la voz.

—*Eso es por culpa de la melopea que llevábamos.*

—No puede ser legal un matrimonio así, ¡estábamos borrachos! —Tiene que ser un sueño. Tiene que ser un sueño.

—*Alan y yo le entregamos al hombre aquel lo que nos pidió: los pasaportes, las identificaciones oficiales de los testigos, tarjetas sanitarias, nuestro libro de familia... Le dimos toda la documentación personal que teníamos. Acuérdate de que recogimos las maletas y llevábamos todo encima.*

—Aun así, ¡estoy segura de que hacen falta más requisitos para casarse! —A estas alturas, el café que acabo de tomarme amenaza con salir de mi cuerpo, y un sudor frío comienza a recorrerme la frente—. Anna, por la Virgen, ¡tú eres abogada! Dios, qué calor.

Me abanico con una revista de *Érase una vez el hombre* que hay encima de la mesa (la encontré el otro día en una de las cajas y puede que la haya ojeado a ratos) y aspiro y espiro con detenimiento; estoy al borde del desmayo.

—*¡Los trampearía! ¡Yo qué sé, Penny! Es un funcionario público de verdad, tiene el poder de poner su firma donde le dé la gana. El caso es que estáis casados de forma legal. Disponíais de unos meses para deshacerlo, pero, al no decir nada, el tiempo ha pasado y...*

—¡¡Cómo iba a decir algo si no sabía que estaba casada!! —la interrumpo entre gritos. Estoy casada con Mike. Estoy casada con Mike. Estoy casada con un alumno. Oh, por Los Gladiadores, estoy casada con un alumno siete años menor que yo y de aquí me voy directa a la cárcel.

—Penny, tranquilicémonos —me dice Grace mientras me sujeta la mano.

—*¿Cómo quieres que me tranquilice? Anna, ¿voy a ir a la cárcel?*

—*Anda, deja de decir chorradas. Los dos sois mayores de edad. Cariño, escúchame...*

—¿Qué solución hay? —vuelvo a frenar a mi hermana—. ¿Cómo podemos deshacerlo?

—¿Deshacerlo? Penny, solo cabe una posibilidad.

El eterno silencio se convierte en el protagonista indiscutible de la estancia. Una palabra me inunda la mente. Una única palabra.

—¿Cuál? —pregunto, aun sabiendo la respuesta. Supongo que necesito escucharlo.

—*Divorcio*.

Grace me aprieta la palma y me resulta curioso que, aun estando sentada, tenga la sensación de que voy a caerme en cualquier momento.

—Dios, estoy casada con Mike. —Suelto el agarre de Grace y me tapo el rostro con las manos.

—*Penny*.

—¿Qué?

—¿*Quién demonios es Samuel Johnson?*

Grace me mira como diciendo: «Eso digo yo».

—El autor del diccionario de la lengua inglesa. Estudió aquí, en Oxford, en el Pembroke College; bueno, en realidad lo echaron por no poder pagar las tasas universitarias, pero cuando se dieron cuenta del libro en el que estaba trabajando, y de la importancia que iba a tener, lo invitaron cordialmente a que volviera y lo terminara en el *college*...

—*Me bastaba con la primera frase* —me corta.

—Lo siento, estoy nerviosa.

—*Penny, tranquila, lo solucionaremos. Confía en mí.*

Grace y yo cruzamos las miradas y me ofrece su apoyo incondicional a través de la suya.

—Anna, ¿cómo se lo voy a decir a Mike?

Lo que Mike esconde

Después de la gran revelación de esta mañana insólita (por llamarla de alguna manera), le presto a Grace ropa interior, unos pantalones y una camiseta, me visto en tiempo récord y salimos a la calle. Absorbo por la nariz y la boca el aire gélido de la calle con desesperación. Necesitaba despejarme... y respirar.

Y el cuerpo me pide a gritos otro café. O un *whisky*.

Nos encaminamos por la calle sin rumbo específico y, mientras andamos, no dejo de decirle a Grace que es imposible que esté casada con Mike y ella no para de repetirme que sí que lo estoy. Y es una rueda maldita en la que siempre lleva ella la razón. Aunque casi prefiero eso a los momentos de silencio en los que solo escucho el ruido de nuestros tacones en el asfalto. Es asfixiante.

Nuestros pasos, o, más bien, los míos, nos llevan al bar de James. Vaya. Debe de ser la rutina porque siempre venimos aquí. Cuando estiro la mano para agarrar el picaporte me doy cuenta de dónde estamos. Me doy cuenta de verdad. Había olvidado mi conversación con Grace y, por ende, había olvidado que ayer se acostó con el dueño de la cervecería. Dejo la mano inerte en el aire.

—Grace, no me he dado cuenta. Podemos ir a otro sitio.

—Tranquila, no pasa nada. Además, me apetece marcha. Entremos.

—¿Estás segura?

Como única respuesta me adelanta, empuja la puerta y cruza el umbral. Nos sentamos a la mesa de todos los días y alucino porque es increíble que siempre esté libre para nosotras. Este local suele estar hasta la bandera.

—Buenos días. ¿Qué queremos? —El saludo de James nos pilla desprevenidas a las dos porque ambas nos sobresaltamos. Ha sido sentarnos y aparecer. Qué velocidad. «¡Por el Cacao! Como sea así de rápido en todo...».

James no aparta los ojos de la libreta y Grace abre la carta para ojearla a pesar de que se la sabe de memoria. Vaya par. «Penny, que tengas el valor de opinar sobre las relaciones de los demás con lo que tienes encima... vaya tela». Grace le contesta a James sin mirarlo a la cara.

—Un café.

—Un *whisky* —pido yo a la vez. Mi amiga levanta la mirada de la carta y me escruta con sus ojos.

—Que sean dos —claudica.

—¿Cafés? —nos pregunta James con un levantamiento de cejas perfecto.

—*Whiskies* —decimos mi amiga y yo al unísono.

—¿Una mala mañana?

La mirada aterradora que le dirige aquí la científica me da miedo hasta a mí. James se va susurrando por lo bajo, bueno, quizá no tanto por lo bajo porque lo escucho a la perfección.

—*Empezamos la mañana de puta madre...*

Poco después, cuando nos sirve las bebidas, Grace se lleva la suya a la boca y la escupe al momento.

—¿Qué mierda es esta?

—Té con hielo.

—Hemos pedido *whisky*.

—Y son las nueve de la mañana. De nada.

James se da la vuelta, pero enseguida retrocede sobre sus pasos, mete la mano en el delantal y saca algo marrón. Parecen unas...

—Toma. Esto es tuyo. Se quedaron encajadas en una de las lámparas de pie del salón.

¡Son las medias! No puedo evitar que se me escape una carcajada.

Cuarenta y dos segundos tarda Grace en levantarse de la mesa para ir en busca del objeto de sus deseos e insultos a cada cual más variopinto. Nunca pensé que alguien de ciencias tuviera un léxico tan rico.

Me bebo el té deprisa, dado que el mundo no ha dejado de girar por mis problemas y tengo clase en media hora.

Me asomo a la cocina en busca de mi amiga y me la encuentro tan feliz entre los brazos de James. Miro el reloj y veo que han pasado cincuenta minutos desde que me dijo en mi casa que no quería saber nada de él. Ay, Gracey. La verdad es que no me sorprende, esos dos exudan tensión sexual por los cuatro costados. Los observo unos segundos, no a propósito, pero es difícil apartar la vista. «Sí que es verdad que se enrollan como animales en celo».

—Chicos —los llamo para despedirme de ellos.

Ni caso.

—Ejem, chicos... —Lo intento una segunda vez.

Ni caso.

Cuando James comienza a meterle mano a mi amiga, giro sobre mis talones y me voy.

Llego a la universidad y aprovecho que aún tengo un momento libre para buscar a Mike y comentar con él lo del tema de la falsa boda. Creo que por fin lo he asimilado. No es nada que no podamos solucionar hablándolo. Se lo voy a contar todo y... y no tengo ni idea de lo que va a pasar.

Reviso en el ordenador con quién tiene clase y en qué aula y voy hacia allí. Me cruzo con alumnos y profesores y los saludo por inercia sin fijarme en los rostros de nadie porque solo busco el de él.

Las clases están a punto de comenzar, así que hay un gran barullo de conversaciones que se entremezclan por los pasillos. Si Mike ya ha entrado en el aula voy a tener que aplazar la conversación para otro momento. No quiero sacarlo, porque sería llamar demasiado la atención.

Tengo suerte y, cuando llego, lo veo fuera de la sala charlando con Eric y un par de amigos más. Me acerco con paso ligero y simulo un encuentro casual en el que aprovecho para comentar un par de asuntos con uno de mis alumnos. Todo normal, ¿no? «Sí, claro que sí. Tú sigue».

Menos mal que con tanto ruido no se escuchan los latidos de mi corazón, que, en cualquier momento, se me sale del pecho para campar a sus anchas. Casi mejor, así dejaría de encontrarme tan... tan... ¿Por qué estoy tan nerviosa?

«Quizá porque vas a encontrarte con tu marido, que también es tu alumno. Y con el que, por cierto, te acostaste ayer».

Los recuerdos de la noche anterior vienen a mi mente. Genial, como si tuviera pocas, aquí tenemos más emociones. Y sudor, mucho sudor, tanto que incluso noto cómo me cae una gota por la espalda.

—Michael —lo llamo cuando llego a su posición.

Se gira y me mira asombrado; no me esperaba. No tan pronto, entiendo. Porque quiero suponer que hablar conmigo después de lo que sucedió ayer sí entraría en sus planes a corto plazo. No puedo evitar escanearlo de arriba abajo, necesito comprobar que está bien. No se ha cambiado de ropa y luce unas ojeras horribles, además del moratón en el ojo.

—¿Qué coño haces tú aquí? Esta no es tu clase.

Por un mísero momento pienso que no se dirige a mí, pero cuando me cruzo con su mirada de hastío y cabreo, me doy cuenta de que, en efecto, habla conmigo. Las extremidades dejan de repente de funcionar, no sé ni cómo me sostengo en pie. Ha desaparecido el Mike agradable y ha vuelto a aparecer el Mike déspota. Retrocedo en el tiempo hasta esta mañana en mi cocina y juro por lo más sagrado que no entiendo nada. Otra vez.

—Necesito hablar contigo —le comento después de recomponerme.

—Ahora no puedo, puedes irte. —Chasquea la lengua y aparta los ojos.

Mira alrededor como buscando algo o a alguien. Incluso detecto cierto temor en sus ojos. Temor y algo más... Impaciencia, tal vez. El temor supongo que es porque no quiere llamar la atención del resto de alumnos y profesores, y la impaciencia es porque quiere me vaya. En fin. Pues no. Vas a tener que hacer un esfuerzo. Creo que sus salidas de tiesto son directamente proporcionales al nacimiento de un cabreo monumental por mi parte. Lo sujeto del codo y lo separo del grupo.

—Mike, es importante —le digo entre dientes.

—He dicho que ahora no puedo. —Se suelta de un tirón de mi agarre y aprieta la mandíbula—. Vete. ¿No tienes clase?

Ignoro sus provocaciones.

—Te aseguro que no estaría aquí si no fuera algo importante.

—Concierta una tutoría.

Joder. Menos mal que he sido dotada con una gran paciencia.

—Mike, es algo que nos concierne a los dos y que necesitas saber cuanto antes porque...

—Seguro que no se me va la vida en ello.

Joder, otra vez esa puñetera frase. «Respira, Penny. Recuerda la paciencia de la que has presumido». Cojo aire.

—O puede que sí. Necesito contarte algo que...

—¡Joder! ¿Estás sorda? —Los alumnos a nuestro alrededor se giran para observarnos con curiosidad. Me lo cargo. Peligro. Paciencia en niveles bajos—. He dicho que ahora no tengo tiempo, lárgate y ponme una tutoría.

¡Pum! Explosión. Paciencia agotada.

—Vete a la mierda, Cunningham. Yo lo he intentado. Cuando descubras lo que ha pasado, porque lo sabrás en algún momento, no me vengas con recriminaciones. De todas formas, ya no hay mucho que podamos hacer.

Me alejo por el pasillo y lo dejo ahí con cara de estupefacción por mis últimas palabras. Si ahora tienes que darle vueltas a lo que he dicho, te aguantas. No voy a soportar sus cambios de humor y sus malas contestaciones por muy marido mío que sea. Ya lo solucionaré unilateralmente. Ignoro el golpe que ha vuelto a dar mi corazón ante la palabra *marido*. Que le den.

El resto del día se me hace horriblemente lento. Por más que miro y remiro las manecillas del reloj, no se mueven. Es exasperante.

Cuando al fin llega la hora del almuerzo, mando un mensaje a Grace y quedo con ella fuera de su clase. De camino voy pensando que es probable que tengamos que elegir otro *gastropub* en el que comer..., o quizá, no. No sé cómo habrán acabado esos dos.

Llego al lugar con tal abatimiento físico y mental que no es normal. Y todavía estamos a mediodía.

—Penny —me llama Grace desde su clase en cuanto me ve asomada en la puerta—, salgo en un minuto.

Un minuto en el que suceden demasiadas cosas. ¿Quién diría que tan poco espacio de tiempo pudiera dar para tanto?

Primero, escucho una voz que me pone los pelos de punta. Literalmente. Tengo hasta que frotarme los brazos para eliminar la sensación.

—¿*Me has entendido?*

Siento como si una alarma de peligro se encendiera en mi interior.

Segundo, una segunda voz, demasiado familiar para mí, llega a mis oídos.

—*Cristalino.*

Es Mike.

La voz del diablo vuelve a sonar.

—*No te pases ni un pelo, Michael.*

Tercero, me giro y los veo al fondo del pasillo. Mike está apoyado en una de las taquillas, con la barbilla alta, mientras un hombre enorme lo aprisiona con su cuerpo.

—¿*Me has entendido?* —repite el hombre. Y, en esta ocasión, la pregunta viene acompañada por un fuerte golpetazo en la taquilla, a pocos centímetros de la cabeza de Mike.

Cuarto, mi cuerpo se mueve como un resorte hasta que alguien me sujeta del codo.

—No vayas. Penny, no te metas.

No era consciente de que Grace hubiera salido de clase, solo los veía a ellos, a Mike y a su amenaza. Le hablo a mi amiga sin apartar la mirada de mi objetivo.

—¿*Cómo puedes pedirme eso? ¿Cómo puedes siquiera plantearlo? ¿Crees que voy a ignorarlo? No podría ni aunque quisiera.*

—Penny. —Su agarre se vuelve más fuerte—. No puedes hacerlo. No puedes exponeros de esa manera. No ha pasado nada, solo están discutiendo.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —la interrumpo—, y nada ni nadie me va a detener.

Me acerco a ellos, seguida de cerca por Grace, justo en el momento en que el señor (estoy casi segura de que es su padre) apresa el hombro de Mike y comienza a zarandearlo.

—¡*Michael! ¿Está todo bien?* —Ambos se sobresaltan por mi interrupción. Estaban demasiado enfrascados en lo suyo y no esperaban visita. Lo que me hace pensar si esto ha pasado más veces y si nadie lo ha impedido.

Mike me mira con ojos asustados. Es la primera vez que detecto esa sensación en ellos. Después, traga saliva. Su padre, ahora estoy segura de que lo es, me mira en un primer momento con expresión furiosa, pero solo los primeros segundos. Luego atisbo algo de

curiosidad y, por último, furia otra vez. Me observa como si fuera una inconsciente que no tiene el conocimiento del peligro que corre solo por mirarlo.

—Estoy bien —contesta Mike apartándose de la taquilla.

—¿Estás seguro?

«Vete», me dicen sus ojos desesperados.

—¿Hay algún problema, señorita...? —me pregunta el demonio. No me molesto en darle mi nombre.

—No —se me adelanta Mike.

—En realidad, sí. —Evito la mirada suplicante de Mike—. En esta institución nos dedicamos a enseñar a los alumnos, no los zarandeamos —intento decirlo de la manera más educada y fría posible.

—¿Quién es usted? —me pregunta con curiosidad, dirigiendo la vista a su hijo.

Noto que Mike está a punto de perder el control, de gritarme que me vaya, lo conozco.

—No es nadie —le dice su hijo mientras un leve estremecimiento le recorre el cuerpo.

—Oh, ya lo creo que es alguien. —Vuelve a mirarme, acariciándose la barbilla con malicia.

¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué siento que este hombre es una amenaza? Mi cabeza está llegando a la conclusión más obvia, pero mi corazón se niega a aceptarlo. No puede ser. Grace me agarra fuerte del brazo.

—No. No lo es —insiste Mike con... ¿temor?—. ¿No querías pasarte por la residencia para recoger el maletín que te dejaste ayer? —Agarra a su padre con la intención de moverlo y alejarlo.

—Cierto. Vámonos.

Se marchan ante la atónita expresión de Mike, que claramente no esperaba que le hiciera caso. Y que no me mira a los ojos.

Me quedo parada en medio del pasillo sin saber qué hacer. Un terror, ya conocido, empieza a recorrerme el cuerpo.

Recuerdo sentir algo parecido en cuanto supe por la televisión que había habido un accidente marítimo en Riviera Maya, cuando mi cerebro, un segundo más tarde, me recordó: «Tus padres están allí». Y en el siguiente instante piensas, aunque te parezca algo improbable, aunque desees que sea improbable: «¿Y si son ellos?». Lo que vino después fue peor que terror. Mucho peor.

Y aquí está esa primera sensación tan desagradable de nuevo: parálisis, sudoración, adrenalina. Es increíble cómo un simple pensamiento puede provocar tanto en tu cuerpo.

Y entonces lo veo: a Eric. Va caminando, solo, a paso ligero, diría que casi corriendo, hacia las escaleras. Con la adrenalina todavía en las venas y el corazón bombeando sangre a toda velocidad, venzo la parálisis y voy en su busca.

—No me sigas —le ordeno, tajante, a Grace. Necesito hacer esto sola porque si es lo que creo..., si es lo que creo, Eric no va a confesar delante de mi amiga.

Llego a las escaleras y las bajo corriendo. Alcanzo mi objetivo en el segundo tramo.

—Tú y yo tenemos que hablar. —Lo cojo del codo y lo arrastro hacia el baño de chicas que está justo a la vuelta.

—¡Eh! Pero ¡¿qué haces?!

Empujo la puerta con fuerza, ignorando sus quejas y lo abordo sin importarme ni dónde estamos ni quién pueda vernos ni las consecuencias. He perdido el control sobre mi conducta.

—¿Cuánto tiempo? —Le suelto, y cruzo los brazos a la espera de su respuesta. La respiración se me acelera porque no quiero escuchar lo que sé que me va a decir.

—¿Cuánto tiempo, qué?

—¿Cuánto tiempo llevas permitiendo que su padre lo maltrate? ¡¿Cuánto tiempo llevas callándotelo, Eric?!

Se le dilatan las pupilas por el miedo, el mismo que llevo sintiendo yo desde que he escuchado la voz del diablo y he atado cabos con el golpe de Mike en el ojo. No me contesta, solo empieza a balbucear incoherencias.

—¡Tú lo sabías y lo has permitido! —le recrimino entre gritos.

—Yo...

—¿Por qué? ¿Por qué eres tan cobarde? ¿Por qué te lo has callado?

—Porque no sé qué hacer, porque Mike...

—¡Es tu mejor amigo y le has fallado!

—¡Ya lo sé, joder!

Eric comienza a sollozar, se apoya contra la pared y se arrastra hasta el suelo. Debería alterarme esa imagen de alguna manera; Eric es un chico alto, musculoso, fuerte, y ahora mismo parece un animal desvalido, pero no siento nada. Y aunque entiendo que detrás de todo esto hay una historia, no quiero saberla.

—¿Desde cuándo, Eric? —repito.

—Desde siempre. Desde que tengo uso de razón... Creo que desde que lo conocí. —Las lágrimas comienzan a amontonarse en mis ojos al imaginarme a un Mike de niño sufriendo abusos por parte de la persona que se supone que tenía que protegerlo—. Teníamos tres o cuatro años, pero fue tan fuerte la impresión que tuve la primera vez que lo vi que no he podido olvidarlo. Es probable que jamás lo haga.

Se me rompe el corazón y comienzo a entender muchas cosas. Sé lo que es el amor. Conozco la sensación de amar a alguien, de ansiar hacerlo feliz, de querer brindarle protección como instinto más básico de la humanidad, de desear que esté en tu vida para siempre, de sufrir por sus penas y de compartir las alegrías por sus logros como si fueran

propios. Puedo asegurar que amo a mi hermana y amo a mis padres, aunque ya no estén. Y puedo asegurar que lo que siento por Mike es amor. No entiendo cómo no lo he visto antes. Estoy enamorada de él.

Hablemos

No sé nada de Mike durante el resto del día. Un día que se me hace asquerosamente largo por mucho que Grace intente distraerme hablándome de su último encuentro sórdido con James en la despensa del *pub*. Cuando he sentido que estaba a punto de explotar por todo lo que llevo dentro, por lo que he estado conteniendo en las últimas horas, no he aguantado más y se lo he contado todo. Y ahora me siento fatal pensando que he traicionado a Mike.

Necesito verlo y hablar con él, pero no tengo su número de teléfono.

«Lo borraste».

Sí, lo hice, pero a mi favor diré que, antes de dejar tirado a Eric en el cuarto de baño de mujeres, le pedí su número de móvil y lo he llamado como cuarenta veces, aunque, en todas ellas, me explica que Mike lleva el día entero con su padre y que es imposible estar con él hoy.

Joder.

Tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no ir a buscarlos. Eric me asegura que no va a separarse de ellos en lo que queda de tarde y me repite una y otra vez que no me preocupe, pero, claro, eso es muy fácil decirlo. No tanto aceptarlo.

A la mañana siguiente, me levanto de la cama dos horas antes de que suene el despertador del infierno. Como apenas he dormido, escondo con maquillaje, como puedo, las ojeras y la palidez de mi tez, y me voy a la universidad. Estoy media hora en mi despacho hasta que llega la hora de ir a clase: a clase con Mike.

Me acerco al aula con mil pensamientos diferentes porque, a pesar de las horas que han transcurrido y de todo lo que ha pasado por mi mente, no tengo ni idea de lo que voy a hacer. De cómo voy a enfrentarme a esto.

Camino tan distraída que no veo a Mike hasta que me llama la atención tocándome el codo y electrizándome con ello de pies a cabeza. Como no puedo saltar a sus brazos y estrecharlo como me pide el cuerpo que haga, porque estamos rodeados de gente y bastantes espectáculos hemos dado ya, tengo que obligarme a mantener una actitud fría e indiferente..., aunque me parta el alma.

Lo inspecciono de reojo; necesito asegurarme, de nuevo, de que está bien: idéntica mirada amenazadora, mismas ojeras, sin señal de nuevos golpes (suelto el aire que estaba conteniendo) y ropa limpia.

«Todo está bien, Penny».

Trago saliva con fuerza. Allá voy.

—Señor Cunningham, buenos días —le digo sin cruzarme con su rostro. Hacerlo me desestabilizaría por completo.

—Necesito hablar con usted —me contesta, visiblemente cabreado, mientras busca mis ojos sin éxito.

—Bien, este jueves a las doce.

—¿Qué? ¿No puede ser ahora? —me pregunta incrédulo.

No, no puede ser ahora delante de decenas de personas y cuando está a punto de comenzar mi clase. Tengo que tratarlo como a uno más o, por lo menos, hacerlo de cara a la galería; no podemos seguir llamando la atención.

—No, las tutorías las tengo los jueves a las doce.

—Pero es importante —insiste ya no tan mosqueado, sino, más bien, dolido.

Varios estudiantes comienzan a situarse a nuestro alrededor; quieren entrar en clase, pero estamos obstruyendo el umbral, y, además, quedarse a presenciar una discusión entre uno de sus compañeros y su profesora es mucho más interesante. Decido cortar por lo sano.

—Seguro que no se le va la vida en ello —lo parafraseo y estoy segura de que estas palabras me escuecen a mí más que a él.

«Perdóname», intento decirle con los ojos, pero no me entiende, supongo que porque está demasiado ocupado en taladrarme con la mirada.

—Todo el mundo a clase —anuncio en voz alta al resto de gente.

Me giro y entro en el aula. Me dirijo a mi mesa y me siento a ojear unos apuntes (en realidad solo veo la última expresión de rabia que Mike me ha regalado) mientras espero a que todos los alumnos se acomoden en sus pupitres.

Levanto la vista cuando presiento que Mike entra en clase, pero en cuanto me levanto para comenzar con la lección de hoy se lo piensa mejor, da media vuelta y abandona el aula con un portazo.

¡Blam!

«Déjalo ir. Ni se te ocurra salir detrás de él».

Con todo el dolor de mi corazón, finjo la mejor de mis sonrisas y empiezo a parlotear sobre la Segunda Revolución Industrial y todo lo que nos ha dado.

En cuanto el último chico abandona la clase, me dejo caer, derrotada, en la silla. Mantengo los ojos cerrados hasta que escucho un ruido en la entrada y un nuevo golpe.

¡Blam!

Sé que es él; todos los órganos de mi cuerpo me lo dicen. Y, además, comienzo a reconocer sus portazos. No necesito levantar los párpados, pero lo hago, y lo miro.

Mike me devuelve el escrutinio, apoyado en la pared con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados.

Me levanto y me acerco a él, pero no se inmuta. Cuando estoy a escasos centímetros de su cuerpo, alargo la mano, paso por encima de su hombro, sin rozarlo, y cierro la puerta con pestillo.

Clac.

No necesitamos testigos inesperados y no quiero sorpresas. Ojalá pudiera dejar el brazo donde está, tan cerca de su cuerpo que hasta puedo palpar su calor, pero no quiero que se sienta acorralado.

—Hola —lo saludo con suavidad, mientras dejo caer el brazo hasta la cadera.

—¿Ya puede atenderme, señorita Ballester? —me pregunta con irritación, con ira contenida.

«Reconoce que con lo de la tutoría te has pasado, *Penn*».

—Mike...

—¿Puede? —No me da opción a que me explique.

—Sí.

—Bien.

Se aparta de la entrada y se mueve hacia el centro de la cabecera de la clase. Me coloco enfrente de él, pero a una distancia prudencial.

—¿Qué coño crees que hacías?

Tengo claro que no se refiere al altercado que hemos tenido esta mañana antes de clase. Está aludiendo a lo que sucedió ayer con su padre. Me cruzo de brazos y lo enfrento sin un ápice de arrepentimiento por lo que hice.

—Defenderte.

—¿Defenderme? —Levanta las manos con exasperación—. ¿Quién cojones te crees que eres para defenderme? Que follemos de vez en cuando no te da derecho a meterte en mi vida.

Ay. Eso ha dolido.

—No. *Que follemos de vez en cuando* —repito sus palabras con pesar— no me da derecho a nada, pero, como profesora de esta universidad, me veo en la obligación de *defender* —le doy énfasis a la palabra— a un alumno que está siendo amenazado, y, como persona, me creo en el deber de proteger a alguien que está siendo agredido bajo abuso de autoridad.

—¡No era tu problema! ¡No necesito que me protejas ni como profesora ni como nada!

—Yo creo que sí.

Se acerca a mi posición y me apunta con el dedo al pecho.

—No tienes ni ¡puta idea! —Intensidad en el *puta*. Mucha.

Cojo aire y no me amedrento.

—Pues explícamelo.

Se ríe. Creo que de impotencia y de incredulidad. Se acerca a la ventana y me da la espalda.

—No. No te metas en mi vida y aléjate de mí.

—Mike, no voy a cerrar los ojos ante esto.

Se vuelve y me enfrenta de nuevo.

—¡¿Por qué, joder?! ¿Por qué has tenido que hacerlo? ¡Ahora sabe quién eres!

¿¿Cómo??

—¿Qué quieres decir?

—Llevo meses ocultándote, ¡meses! protegiéndote para nada —murmura, más para sí mismo que para mí, mientras da vueltas por el aula y se mesa el cabello de manera desmesurada. Se lo ve rabioso pero también vulnerable. Muy vulnerable.

¿Protegiéndome... a mí? Otra vez esa afirmación, pero cada vez la entiendo menos. ¿Por qué, si es él el que sufre abusos por parte de su padre? ¿Qué tengo que ver yo?

Algo se enciende en mi cabeza y las piezas comienzan a encajar: tiene miedo de lo que su padre podría llegar a hacerme, pero es absurdo, a mí no puede tocarme. Ni siquiera me explico cómo es capaz de tocar a Mike con la edad y el cuerpo que tiene. Somos personas adultas y podemos defendernos.

—¿De él me protegías? ¿Pensabas que podía hacerme daño? —Intento sonreírle para que deje de preocuparse por mí, para hacerle entender que lo único que importa ahora es alejarlo a él de su padre.

—No lo pensaba —me dice, mirándome de nuevo y con los brazos en jarras—. Lo sabía. Sabía que te destruiría si conocía tu existencia.

—Mike, debiste decirme que se trataba de eso, no tienes que preocuparte por...

—Ya no importa —me interrumpe—. Lo has jodido todo.

—Mike, no te preocupes. Lo que sucedió ayer no manifiesta nada de nosotros. Pensaré que no soy más que una profesora insolente que tiene la fea costumbre de meterse donde no la llaman y que...

—Lo sabe. Créeme. Ahora solo es cuestión de tiempo que dé el primer paso.

¿El primer paso de qué?

—Ahora sabe quién eres —me asegura muy bajito.

—¿Y quién soy? —me atrevo a preguntar.

—No eres nadie, ahora más que nunca.

—Mike, tu padre no puede hacerme nada. ¿De qué tienes tanto miedo? Lo que debemos hacer es enfrentarlo y alejarte de...

—¡Es que no lo entiendes! ¡¡No lo entiendes!! —me grita, levantando los brazos y mirándome con exasperación—. No se trata de ti. Se trata de mí. De tenerme cogido por las pelotas para que cumpla con cada uno de sus putos deseos. Así ha sido siempre y así lo va a ser durante algún tiempo aún. ¿Sabes... sabes por qué no me defiendes? ¿Sabes por qué con mis veintitrés años, mi estatura y mi fuerza física aún me tiene bajo sus directrices?

—¿Por qué? —susurro.

—Porque acaba con todo lo que me interesa, con todo lo bueno que hay en mi vida. Con todo lo que quiero. —Mike se sienta en mi silla, la del profesor, clava los codos en la mesa y apoya la cabeza en las palmas de sus manos—. Lo encuentra, lo amenaza, lo ataca y lo mata. Así me controla. No puedo permitirme querer nada ni a nadie porque entonces lo usa contra mí, para dominarme. —Levanta la mirada y se encuentra con la mía—. Si quiero un amigo nuevo y él no lo aprueba, acaba con la carrera profesional de sus padres y provoca que se vean obligados a mudarse de ciudad. Si quiero un perro, me compra uno y lo maltrata ante mis ojos para que se me quiten las ganas de más, porque a él no le gustan. Sobra decir que jamás he deseado tener una mascota desde los seis años. Si quiero entrar en el equipo de fútbol, amenaza con disolver el equipo. Si quiero aprender a tocar la guitarra, me obliga a hacerlo durante horas hasta que me salen ampollas y me sangran los dedos...

Necesito sentarme para recuperar el aliento. Lo hago en el primer pupitre que encuentro, enfrente de él. Algo se me ha resquebrajado por dentro, porque no dudo que todo lo que me está contando ha ocurrido de verdad. Pensé... pensé que se trataba de abusos físicos, pero saber que, además, son psíquicos... Dios, es horrible. ¿Desde cuándo sucede esto? ¿Por qué nadie lo ha impedido?

—Aprendí rápido a no desear nada en la vida. Es más fácil. Si no ambiciono cosas o personas, no puede hacerme daño destruyéndolas. El viaje a Riviera Maya... —Suspira—. En ocasiones me rindo, ¿sabes? Soy humano, y fingir que nada me importa en la vida... no es tan sencillo. Por eso, cuando supe que mis primos se iban de viaje, no dudé en irme con ellos. Necesitaba sentir. Necesitaba rendirme al deseo sin que mi padre lo controlara todo. Me costó que él lo aceptara, quería retenerme el verano entero a su vera, pero acabó haciéndolo. Tenía quince días por delante para estar relajado, para vivir la vida sin temer que nadie lo echara abajo. Y apareciste tú. Tan viva, tan dulce, tan guapa. Era muy fácil disfrutar de ti. Y él jamás lo sabría. Te metería en mi vida durante ese tiempo y después desaparecerías para siempre. Sin dramas, sin amenazas. Me pareció un recuerdo precioso para atesorar. Puedo vivir de recuerdos. He aprendido a hacerlo. Y tú ibas a ser mi mejor recuerdo.

Con las lágrimas agolpándose en mis ojos y la mano en el corazón, rememoro la noche en que nos conocimos. Me acuerdo de las palabras que me dijo y que ahora cobran todo el sentido.

—Entonces te recordaré en cada canción.

—¿Cómo?

—*Creo que a partir de ahora, cada vez que vea un libro de Tintín, me voy a acordar de ti sin remedio, y, como no tienes una canción favorita, me acordaré de ti en cada canción que escuche.*

—Las chicas con las que he estado nunca me han durado más de una noche. No puedo permitírmelo; no hay exnovias despechadas por Oxford ni nada que se le parezca. Cuando tuve que dejarte en esa playa..., me resultó relativamente fácil porque sabía que así él nunca llegaría a ti. Tú volverías a tu casa, supuse que en España, y yo te recordaría siempre como algo bonito, algo puro y claro.

—Pero entonces... —digo entre susurros.

Mike se levanta de la silla y se acerca a mí. Apoya las manos en el pupitre y sus ojos azules buscan los míos.

—Entonces me metí en mi nueva clase de Historia y te vi entrar. Pensé que era una jodida alucinación, era imposible que estuvieras aquí. Pero en lugar de intentar darle una explicación a cómo sí era posible que estuvieras frente a mí, lo único en lo que pude pensar era en que él ahora podía encontrarte.

Recuerdo su expresión. Recuerdo lo que reflejaba: ¿sorpresa? ¿Incredulidad? ¿Desolación? ¿Irritación? ¿Enfado?

—Por eso me miraste de aquella manera... Parecías enfadado.

—Y así era. Estaba enfadado con el puto destino. Que vivieras en Oxford era una jodida pesadilla. Ya no solo porque, si te encontraba, tendría algo más con lo que someterme; lo que me mataba por dentro era que yo no podría permitir que amenazara tu vida o tu carrera de alguna manera. Tenía que hacerte invisible ante sus ojos, y para eso tenías que ser invisible para mí. Y para eso tenías que odiarme. Porque si tú... si tú seguías contemplándome de esa manera..., no podría hacerlo.

Acuden a mi memoria todas las palabras resentidas y las expresiones de hastío de Mike, y ahora entiendo cada una de ellas: estaba alejándome.

—Aunque reconozco que ha habido momentos en los que he levantado la barrera, y mira lo que ha pasado.

—Mike...

—No pude evitar acudir a tu despacho dos semanas después de empezar las clases. Necesitaba verte y estar a solas contigo. Me prometí que esa sería la única vez. Era como una especie de despedida definitiva. Entonces comenzaste a gritarme, a acusarme de que te había mentado...

—Es que me habías mentado... —le digo intentando sonreír, pero sin conseguirlo, para recordar tiempos mejores e intentar salir de esta pesadilla de conversación. Ver a Mike así de expuesto me está matando.

—Sí, bueno, un poco —reconoce, animado—. Después de eso se me fue de las manos. Aunque mi cabeza me obligara a alejarme, el resto de mi ser te buscaba. Él se encontraba lejos y por un puto segundo quise hacer caso a mi corazón. Cuando mi padre apareció en Oxford, sin avisar, justo después de que estuviera en tu casa mientras estabas enferma, se me cayó el mundo encima. No suele presentarse por aquí hasta las fechas navideñas. Y cuando nos encontramos en la calle fue... Me volví loco. Mi padre estaba en la ciudad y podía descubrirnos en cualquier momento. Tiene la puta suerte de verlo todo, de saberlo todo. Es omnipresente, el muy hijo de puta. Tenía que echarte de mi vida de una vez para siempre.

—*¡Déjame en paz!*

—*¡No me hables así! No puedes tratarme tan mal. No eres nadie para...*

—*¡Exacto! No soy nadie. ¡Olvídate de mí!*

—*Tarde para eso, ¿no? El mal está hecho, ahora tenemos que aprender a convivir para que...*

—*¡Cambia de universidad!*

—*¿¿Qué?? ¡Que cambie de universidad! ¿Tú te has vuelto loco?*

—*Es lo mejor.*

—*¿Lo mejor para qué? ¿Para quién?*

—*¡Para todos!*

—Por eso me dijiste todo aquello...

—Sí, eso y mil estupideces más. Cuando regresé al *college*, frustrado y cabreado por lo que había pasado contigo, me enfrente a él; no directamente, pero estaba tan enfadado por lo que me obligaba a hacerte que... No es necesario que te diga que acabó mal. No le gusta demasiado que me subleve. Salí a la calle y llegué hasta tu casa sin pretenderlo. Me rendí. Te necesitaba. Llevaba tanto tiempo negándote, protegiéndote... que me sobrepasó.

Mike se da la vuelta y me da la espalda de nuevo. Me levanto de la silla y me acerco a él, que me siente a su lado. Sé que lo hace.

—Ayer, cuando viniste a hablar conmigo a mi clase —continúa—, él estaba en la universidad; quería cruzar unas palabras con el decano. Si te veía, todo se iría a la mierda. Y entonces te vi aparecer más tarde, en plena discusión con mi padre... Dios, Penny —se revuelve el pelo aún sin darse la vuelta—, lo único que quería era alejarte de él. Daría lo que fuera por apartarte de él. Incluso retrocedería en el tiempo y borraría nuestros días en el Caribe.

Lo abrazo por detrás; tocarlo es una necesidad visceral. Lo hago con miedo a que me aparte, pero no lo hace. Apoyo la cabeza en su espalda y cojo aire con lentitud. Aprieto mi agarre en su cintura y siento cómo se estremece. Tras unos pocos segundos se separa de mí,

se aleja unos pasos y nos quedamos mirándonos sin saber qué más decir. La verdad ha salido. Aunque hay una cosa que no entiendo.

—¿Qué es lo que tiene ahora contra ti? ¿A Eric?

—No. Eric es lo único que me permite tener. Como premio de consolación. Eso y que nuestros padres son socios en varias empresas.

—¿Y entonces? ¿Por qué permites que abuse de ti? ¿Que te golpee?

—Por Rose. Porque si no me dejo manejar, si no dejo que descargue contra mi cuerpo su rabia cuando algo no sale como él quiere, lo hace contra el de ella. Ya lo hizo una vez. No puedo permitir que vuelva a golpearla. Fue horrible. No fui capaz de evitarlo. Sé que podría defenderme, físicamente podría hacerlo, joder, que tengo veintitrés años, pero no puedo permitírmelo.

Veo el dolor en sus ojos, la impotencia, la rabia, el odio. Las náuseas se agolpan en mi garganta. Eso y las ganas de venganza.

—¿Rose?

—Es mi hermana. Solo tiene dieciséis años.

Dos lágrimas se deslizan por mis mejillas. Sus palabras duelen como pocas cosas lo han hecho antes. Es como si estuviera sintiendo en carne viva el calvario del que me habla. Es tan nítido y tan real que da hasta miedo. No puedo dejar de sollozar.

—Mike, no estás solo. Me tienes a mí.

—¿Ah, sí? —me pregunta, incrédulo, desde su posición.

—Sí. No te voy a dejar solo. No voy a permitir que te pase nada malo.

—Permíteme que lo dude. Él... él siempre gana. Es demasiado poderoso. Ríndete. Yo lo hice hace tiempo.

—No, de ninguna manera. —Me acerco a él y le suplico con todo lo que tengo—: Mike, por favor..., no me alejes de ti. Podemos ser amigos.

—¿Amigos?

—Sí. Quiero estar a tu lado. Quiero... —«Protegerte», me gustaría decirle, pero no quiero que se sienta más vulnerable de lo que ya está— quiero ser tu amiga.

En el fondo, lo que más deseo es acabar con su padre, pero tiempo al tiempo. De momento tengo que conseguir que me acepte a su lado; no puedo permitir que siga alejándose.

—No podemos ser amigos. Si se entera de que...

—Él nunca lo va a saber. Confía en mí. Por favor.

—¿Vamos a escondernos?

—Si es necesario.

—Esto es una locura.

—No, no lo es. Si actuamos con prudencia, jamás lo sabrá.

—Penny...

—Di que sí. Arriégate, Mike. Si somos discretos, nadie tiene por qué enterarse. Ni tu padre ni la universidad.

—No lo sé.

Tengo que convencerlo porque necesito tenerlo junto a mí para protegerlo, aunque solo sea como amigo. Con todo lo que me ha contado y con todo lo que nos rodea..., algo más es totalmente inviable. ¿Cómo puedo hacerlo? ¿Cómo puedo llevarlo a mi terreno? No puedo minimizar el control de su padre, eso lo alejaría más, sin embargo...

—Vamos a hacer una cosa —le digo—. Vamos a esperar, a ver cómo reacciona tu padre. ¿Cuándo tiene que irse?

—Si todo sale bien, en uno o dos días. No suele estar aquí más tiempo. Tiene que controlar el mundo desde su torre de marfil.

—Bien. Esperaremos a que se marche para que te convenzas de que no tiene ni idea de quién soy yo. Y cuando lo haga, cuando se vaya, tú y yo seremos amigos.

Vislumbro la duda en la mirada de Mike y el momento en que se rinde.

—Joder, Penn. Es una locura.

—Sí, lo es. Pero todo irá bien.

Vuelvo a acercarme a él y me lanzo a abrazarlo. Sonrío porque, en esta ocasión, no me aparta y me rodea con sus brazos.

—Saldremos de esta, te lo prometo.

Nos quedamos enlazados un momento y me hago una promesa: no pienso permitir que ese hijo de puta vuelva a tocarle ni un solo pelo de su rubia cabeza.

La visita

A la mañana siguiente, acudo a la universidad con el cerebro lleno de cientos de ideas contradictorias para luchar contra el padre de Mike. Mi primer impulso es acudir al despacho del decano y denunciarlo, pero algo en mi interior me dice que solo empeoraría la situación. No puedo ir a las autoridades sin pruebas. Lo siguiente que se me ocurre es intentar forjar un plan para engañarlo y hacer que desaparezca de nuestras vidas hasta nuevo aviso, o, al menos, hasta que me dé tiempo a pensar en cómo derrocarlo.

Me debato entre las dos opciones durante todo el camino; de hecho, cuando abro la puerta de mi despacho, sigo barajando ambas posibilidades: ¿qué hago? ¿Qué hag...?

La pregunta se me atasca en la garganta en cuanto cruzo el umbral y descubro que el objeto de mis pensamientos me espera en medio de la estancia mientras echa una mirada descarada por mis efectos personales, que descansan en las estanterías. Lo reconozco aunque esté de espaldas a mí. Es él.

«Muy bien, Penny. Se te acabó el tiempo antes de lo esperado. Te toca decidir qué hacer en tres, dos, uno, ¡cero!». ¡No he tenido tiempo!

Pero da igual lo que proteste mi subconsciente, porque lo cierto es que, según lo que suceda en los siguientes minutos, el futuro de Mike, y el mío, quedarán sellados.

—¿Cómo ha entrado aquí? —Necesito ganar tiempo con preguntas ridículas mientras pienso. «Vale, pero piensa rápido».

Se gira y me observa con interés, totalmente ajeno al hecho de que acabo de pillarlo fisgoneando mis cosas y dentro de mi despacho. Él, como respuesta, solo sonrío. Es una sonrisa tan maquiavélica. Este hombre es veneno puro. ¿Cómo ha podido salir de él algo tan bueno como Mike?

—Buenos días, señorita...

Señora Cunningham, me entran ganas de restregarle en su estirada cara, pero es mejor callar. «Por cierto, ya que lo mencionas, creo que deberías decirle a tu marido... que es tu marido».

—Ballester —respondo mordiéndome la lengua, literalmente.

Me acerco a su posición, dejo el bolso encima de mi mesa y apoyo las caderas en ella en una clara postura de «este es mi espacio personal y no vas a tomar tú el control de la

situación». Él se cruza de brazos y adopta una postura tranquila, aunque le sale algún que otro rayo láser por los ojos.

—Ballester. Bien. Entonces, señorita Ballester..., ¿se está usted follando a mi hijo?

El grito ahogado que consigo retener en mi interior me deja sin habla. Sabía que sería directo, pero no pensé que entrara a matar en su segunda línea. Menos mal que me sujeta la mesa, porque, de lo contrario, me habría desestabilizado seguro. Aunque no he logrado contener la perplejidad en mi expresión, no creo que, necesariamente, juegue en mi contra, porque cualquiera hubiera reaccionado así si...

«Piensa en cómo actuarías si cualquier otro padre de un estudiante te acusara de lo mismo». Eso es. Buena idea.

—Señor Cunningham, ¿verdad? Lo recuerdo de ayer, cuando lo vi zarandeando a su hijo.

No tiene sentido hacerme la tonta porque me pillaría a la primera. La expresión fría y amenazadora que me dedica me asegura que he conseguido el efecto que deseaba. Apartado de la conversación, de momento, el tema de las relaciones sexuales con su primogénito, puedo intentar llevarlo a mi terreno mientras se me ocurre cómo narices voy a salir de esta con éxito.

—¿De verdad quiere que nos llevemos mal desde el primer momento? —me pregunta, entre enfadado al extremo y... ¿sorprendido?

Me queda claro que este hombre está acostumbrado a que todos acaten sus órdenes y a que nadie le haga frente. Pues mira, un poco de aire fresco no le va a venir mal.

«Disimula tu odio, Penny». Lo estoy intentando. Y tengo una idea. Me ha puesto en bandeja la solución a nuestros problemas: *llevarnos mal*. Si lo hago bien... si lo hago bien, se marchará y nos dejará tranquilos.

—Me es indiferente llevarme bien o mal con usted, no es mi cometido —le digo y, a continuación, añado el toque final por lo bajo, como si quisiera decirlo para mí misma, como si no quisiera que me oyera, cuando lo que busco, en realidad, es el efecto contrario—. De todas formas, tampoco me llevo bien con su hijo.

Se acerca a mi posición y se queda parado a escasos centímetros de mi cuerpo. Me saca como dos cabezas. «Que no te intimide, Penny».

—¿Cómo ha dicho?

Me hago la despistada, como si mi intención no hubiera sido la de que me escuchara.

—Olvídelo. —Chasqueo la lengua y me levanto de la mesa para ver si corre el aire. Me quito la chaqueta y la dejo en el pequeño colgador que tengo en la entrada. Me ha entrado mucho calor—. ¿Por dónde íbamos?

—Exijo que se explique. —Me habla cruzando los brazos en la espalda y colocándose en medio de la estancia. Yo me quedo cerca de la puerta.

—Ya veo de dónde ha sacado su hijo esas cualidades tan *adorables*.

—¿A qué se refiere?

—¿Puedo hablarle con sinceridad, señor Cunningham? —Cada vez que pronuncio *Cunningham* asociándolo a este hombre, peor me siento. He aprendido a querer este apellido, y saber que también es el suyo... no lo llevo nada bien—. Esto no es ningún patio de colegio, todos somos adultos y...

—Hable.

—Siéntese —percibo su mala cara, así que me muestro afable—, por favor.

«Claro que sí, *Penn.* Tildarnos de descorteses sería lo último».

Echa una mirada a la silla que tengo detrás del escritorio y se sienta. Yo me mantengo de pie. Bien. Ahora estamos en mi salsa. Estoy acostumbrada a soltar mis discursos a cabezas que quedan por debajo de la mía.

—Hay dos tipos de profesores, señor Cunningham. —Me paseo por la estancia con seguridad—. Los que se dedican a la docencia porque no les ha quedado más remedio y los que lo hacen por vocación. Yo estoy en el grupo de los segundos —le digo con chulería—. Y he visto pasar por mis clases a miles de alumnos, que también los hay de muchas clases, no de dos, de bastantes más. Pero los diferenciaré en dos grupos. Los hay tímidos, amables, complacientes, estudiosos, afectuosos... Y los hay egocéntricos, altivos, mimados, autoritarios, descarados, egoístas, megalómanos, con la seguridad de creerse los reyes del mundo y la creencia de que el resto de los mortales tenemos que estar a su servicio. —Intento dotar a Mike de todas las características que sé que enorgullecerán a su padre por ser las suyas—. En resumen, los buenos y los malos. Y, en esa segunda clase, señor Cunningham, está su hijo. En lo mááás alto. —Va a interrumpirme, pero no se lo permito con un movimiento de mi mano—. Y, a pesar de ello, para mí son todos iguales. El simpático y el déspota. El amable y el megalómano. No hago distinciones a la hora de defenderlos si veo que están abusando de ellos. Y, ayer, señor Cunningham, usted estaba haciendo un uso indebido de su autoridad como padre.

—Yo no estaba...

—No vamos a discutir por eso, ¿verdad? Sé lo que vi.

—Tiene agallas, debo reconocerlo.

—Va con el cargo.

—Ya veo. —Se levanta y se acerca de nuevo a mí, que vuelvo a encontrarme cerca de la entrada... o salida—. Debo entender, entonces, que usted no solo no se está follando a mi hijo, sino que, además, ¿él no es de su agrado?

—Como ya le he dicho, no hago distinciones entre mis estudiantes. No los tengo ni de mi agrado ni de mi desagrado. Lo que sí puedo decirle es que me gustan los hombres, no los niños malcriados que aún se meaban en la cama cuando yo ya había decidido ser profesora.

Espero su reacción con impaciencia, aunque mi cuerpo muestre lo contrario. Siento el pulso hasta en los oídos, como si estuviera a punto de desmayarme.

—Entiendo. Ha sido un placer, señorita Ballester.

Asiento con la cabeza. Michael Cunningham II recoge su maletín del suelo y se acerca a la puerta. Cuando llega hasta mí, la abre despacio y sin dejar de taladrarme con los ojos. Le mantengo la mirada, eso puedo hacerlo, porque, desde luego, otras cosas... Desde mi última frase, creo que no respiro.

—Hasta la próxima —me dice, antes de abandonar el despacho con una suave inclinación.

—Adiós, señor Cunningham.

Inmediatamente después de que se cierre, comienzo a temblar. Y respiro.

Al finalizar el resto de mis clases, me dirijo al PES (Punto de Encuentro Secreto) que concreté ayer con Mike. El plan establecido consiste en ignorarnos en los pasillos de la universidad por si su padre nos vigila, y encontrarnos en algún lugar apartado, previamente acordado entre los dos, con vistas a poder planificar una estrategia para apartar al demonio de nuestro camino. Todo apunta a que ya no va a ser necesario.

Abandono la universidad y me encamino a las casetas de las regatas. A medio trayecto, me siento en un banco a ojear el móvil y observar con disimulo que nadie me esté siguiendo. Cuando me acerco a mi destino, miro hacia atrás y me queda a la vista todo el caminito de piedras que me ha traído hasta aquí: no hay ni un alma. Si alguien viniera detrás de mí, se le vería.

Me meto por detrás de las casetas, internándome en el bosque, y encuentro el sendero del que me habló Mike. Camino por él hasta que me topo con un tronco de árbol gigante tirado en medio del camino, pero sin obstaculizar el paso. Un instante después, Mike aparece como salido de la nada. «Sí que se conoce bien estos parajes el maridito».

—Tu padre me ha hecho una visita —le suelto al instante.

—¿¿¿Qué??? —me pregunta, alarmado, mientras escudriña hacia todas partes.

—Tranquilo, no me ha seguido.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Porque lo veríamos venir.

Es cierto, desde donde estamos es difícil que nos descubran debido a toda la vegetación que nos rodea y a que nos encontramos bastante lejos de la civilización, pero nosotros somos capaces de vigilar si alguien se acerca porque tenemos acceso visual a toda la universidad a través de los árboles y las ramas.

—¿Qué ha pasado?

—Que básicamente te he llamado —comienzo a enumerar con los dedos— megalómano, mimado, déspota, egocéntrico, egoísta y alguna perla más...

—¿Perdona?

—Te haré el resumen rápido. He pensado que si le hacía creer a tu padre que para mí no eras más que un niño malcriado, pero que me he visto en la obligación de defenderte

porque, aun con tus mejores *cualidades*, eres mi alumno..., tal vez me viera solo como eso, como una profesora impertinente y entrometida.

—¿Crees que ha colado?

Me siento con las piernas cruzadas encima del tronco y suspiro.

—No lo sé. Espero que sí.

Mike se sienta a mi lado, con los pies en el suelo y las manos apoyadas en el tronco.

—Mañana lo sabremos, supongo —me dice mirando al horizonte.

—Sí, mañana lo sabremos.

Nos quedamos en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos. Se levanta una ráfaga de viento helada que me obliga a ajustarme mejor los cuellos de la chaqueta. A pesar de que hoy luce el sol en el cielo, la temperatura es bastante fría. La sombra del árbol que tengo enfrente, y un poco hacia la derecha, cruza por mi cuerpo, y las hojas de los árboles se mueven con rebeldía.

Me fijo en que Mike tiene un libro en sus manos.

—¿Estabas leyendo?

—No. Bueno, sí, lo he cogido de la biblioteca del *college* para disimular que venía aquí a leer y a despejarme... Y, mientras esperaba, le he echado un ojo.

Se lo quito de las manos y leo el título: *El Hobbit*.

—¿Lo has leído?

—Una vez, cuando estaba en el colegio. Nos lo pusieron como lectura obligatoria.

—¿Sabías que J. R. R. Tolkien practicó aquí la docencia?

—¿Aquí? ¿En este árbol?

Me río con él y le devuelvo la obra.

—No, bobo. Era profesor en el Pembroke College y, para que lo sepas, allí nació *El Hobbit*. Un estudiante le devolvió un papel en blanco a Tolkien y este comenzó a escribir en él frases con ideas que tenía en la cabeza. En una de ellas ponía: «En un agujero había un *hobbit*». Y, entonces, se preguntó a sí mismo: «¿Qué es un *hobbit*?». Tenía que averiguarlo, y a partir de ahí empezó a desarrollar la novela.

Mike me mira con los ojos divertidos.

—Puede que yo sea un *megalómano*, *mimado*, *déspota* y no sé qué más, pero tú eres una empollona de manual.

Volvemos a sumirnos en nuestro mundo interior. Solo se escuchan los sonidos de los pájaros que nos sobrevuelan.

«Háblale de la boda».

Esa es mi intención, pero, antes, necesito saber algo.

—¿Y tu madre? —le pregunto en un alarde de valentía. Reconozco que he dedicado varias horas de mis últimos días a su persona. Mike nunca me ha hablado de ella, de nada, en realidad, y yo me he negado en rotundo a buscar información sobre los Cunningham en internet; quiero que me lo cuente él. Con lo que ha pasado con su padre, me pregunto qué papel juega su madre..., si es que juega alguno.

Mike me dedica una mueca de sorpresa que enseguida se convierte en aceptación.

—¿Qué quieres saber?

Guau. Va a darme respuestas.

—¿Por qué lo permite? ¿Por qué no os protege?

—Eso me he preguntado yo millones de veces, créeme. Ahora sé la respuesta.

Se queda callado y yo lo animo a continuar.

—A mi madre no le gusta ser madre.

—No se trata de gustar o no gustar. Yo no tengo hijos, no sé qué sentimientos despierta la maternidad, pero tengo claro que jamás permitiría ningún tipo de maltrato hacia otra persona si soy capaz de impedirlo. Da igual que sea mi hijo, mi primo, mi abuelo o un desconocido.

—Ojalá el resto de la humanidad pensara como tú, pero me temo que no todos somos tan altruistas. —Respira fuerte y continúa hablando—: Mi madre no quería tener niños; no me lo ha dicho directamente, pero he oído bastantes conversaciones como para hacerme una idea. Se quedó embarazada cuando salía con mi padre, y mis abuelos maternos los obligaron a casarse. Es... gente poderosa, y la familia de mi padre, pensando que sería una unión ventajosa para todos, secundó la moción. Se casaron, y mi padre la hizo infeliz de mil maneras diferentes desde el primer día. No es un buen hombre, por si no te ha quedado claro. Para cuando yo nací, mi madre odiaba lo que significaba el apellido Cunningham, y yo soy un Cunningham. Ha creado un mundo a su alrededor en el que, aunque conviva con nosotros, se evade y hace su propia vida.

—¿Y tu hermana? ¿Por qué tuvieron otro hijo?

—Por las apariencias. Tienen dinero. Pueden permitirse el lujo de que otros críen a sus hijos. Y, además, el comportamiento que tiene mi padre con Rose y conmigo, a ojos de mi madre, tampoco es para tanto. No solemos llegar a las manos. No en público. Visto desde fuera, no son más que peleas, gritos y gruñidos sin importancia.

—Eso es porque no se ha fijado bien.

—Exacto.

—¿Y cuando agredió a tu hermana?

—Estaba de vacaciones en Sancti Petri.

—Entiendo.

En realidad, no lo hago, pero algo tengo que decir.

«Cuéntale lo de la boda».

Ahora no.

—He hablado con Eric —me dice mientras se levanta del tronco y se sacude los pantalones—. Lo acorralaste en los lavabos de tías.

—Mmm... —Levanto la mirada hacia el cielo azul; no es un tema del que me apetezca hablar.

—Él no tiene la culpa. —Choca su pierna con mi rodilla de manera amistosa y busca mis ojos.

—Él...

—Él —me interrumpe— es mi pilar. Y me defiende como yo le he suplicado que lo haga. Si mi padre, con lo capullo que es, se enterara de su condición sexual... Yo jamás me perdonaría que tuviera que pasar por algo así a causa mía. Y créeme que hemos discutido mucho este asunto. No le importa que mi padre lo descubra, pero yo no quiero. Manejo bastante bien la situación y estoy bien. Penny —me sujeta la barbilla y clava sus iris en los míos—, estoy bien. Así que deja de machacar al chaval.

—Lo intentaré.

—No sé qué haría sin él. —Se mete las manos en los bolsillos de la cazadora y pega suaves golpes en el tronco con una de sus botas—. No suele separarse de mí cuando mi padre está aquí. La otra noche, la que aparecí en tu casa, él estaba con un chico y... Yo no esperaba que mi padre apareciera a esas horas por el *college* y ya sabes lo que sucedió. Cuando Eric llegó al University y lo vio salir por la puerta...

—Lo entiendo.

Creo que Eric me cae un poquito mejor. Pero solo un poquito.

—Bien.

Comienza el atardecer. La sombra ya me cubre todo el cuerpo, y el hueco por donde se ha escondido el sol ahora se ve todo naranja y, por encima, azul.

—Es hora de volver —expreso en voz alta.

Me encantaría seguir conversando con Mike, pero no podemos arriesgarnos. Su padre lo estará esperando.

«No le has hablado de la boda».

Es que estaba tan abierto que no quería enturbiar el momento.

Más tarde, acostada en la cama, recibo un mensaje en el móvil. Es de Eric.

Eric: El padre de Mike se ha ido. Ha vuelto a Londres.

Dejo caer la cabeza sobre el cabecero y respiro con fuerza. Ha colado. No soy capaz de explicar la tranquilidad que recorre mi cuerpo en estos momentos. Y la gratitud. Ahora lo sé. La gratitud hacia Eric por cuidar de Mike, por estar ahí, por ser su amigo cuando lo más fácil sería dejarlo colgado y que arrastrara solo sus problemas.

Penny: Gracias, Eric. Gracias por estar a su lado. Y por el respeto y la madurez que has mostrado en todo momento, a pesar de que yo me he puesto un poco... intensa.

Eric: ¿Intensa? Podemos llamarlo así, sí. Usted me gusta, profesora. Me gusta para Mike.

Penny: Creo que ya puedes tutearme, Eric.

Eric: Lo haré.

Dándose a conocer

Los días pasan y no hay noticias del diablo; se ha ido de verdad. Mike me ha contado que habló con él por teléfono (lo llama bastante para controlarlo) y que le hizo saber que ya estaba instalado en su casa de Londres, así que un problema menos, de momento.

Ya hemos entrado en el mes de diciembre y las calles comienzan a llenarse de adornos navideños y de nieve. Hace un frío de mil demonios y todos los habitantes de Oxford caminamos por la ciudad con gorros de lana y con las narices rojas debido a las bajas temperaturas.

Mike y yo solemos *coincidir* (a mí me pilla de camino, y a él le gusta dar vueltas alrededor del lugar) cada mañana en el puente del Magdalen College para ir juntos pero separados a la universidad en bicicleta. Son algunos de nuestros momentos secretos en los que compartimos saludos matutinos, sonrisas confidentes, miradas y...

«Y cualquier día te vas a caer de la bici, querida».

Después del paseo, estacionamos nuestras bicicletas, una al lado de la otra, en los aparcamientos habilitados para ello y, Mike, haciendo alarde de su caballerosidad, me cede el paso en la entrada del edificio.

—*Que tenga un buen día, señorita Ballester* —me dice siempre al despedirse.

—*Hasta luego, señor Cunningham* —le respondo yo.

Y cada día me guiña un ojo, me regala una de sus mejores sonrisas y se marcha en dirección contraria a la mía.

«Pero qué tontos estáis».

Nada de eso. Es mi alumno.

«Por poco tiempo. Los exámenes están a la vuelta de la esquina».

Aun así, no puede pasar nada entre nosotros.

«También es tu marido».

¡Ouch! Siempre se me olvida esa parte.

«En alguno de esos paseos al alba podrías decírselo. Pero elige un momento en el que no paséis por ningún puente, no vaya a caerse de la impresión y tengamos un disgusto».

Tengo que hablar con él. Tengo que confesarle de una vez que estamos casados. Le doy vueltas a la idea durante días y, una de las mañanas, justo antes de separarnos en la entrada del edificio, me lanzo:

—Mike, tenemos que hablar.

Se lleva la mano al pecho como si le dolieran mis palabras y se deja caer en la pared.

—¿Y esa seriedad? Me mata, señorita Ballester. ¿No me diga que tengo que repetir su asignatura?

Miro hacia todos los lados para asegurarme de que nadie haya visto su terrible actuación. ¡Si todavía no ha hecho ni el examen!

—Deja de hacer el idiota en medio del pasillo.

—Vamos —me dice a la vez que se incorpora y señala la salida con la cabeza.

—¿Qué? ¿A dónde?

—A dar un paseo. ¿No querías hablar conmigo?

—Sí, pero... ¿Ahora?

—Sí. ¿Tienes alguna clase?

—No —estoy libre la mañana entera, pero quería aprovechar para adelantar trabajo en el despacho—, pero tú sí. ¿Qué pasa con tu clase?

Su única respuesta: levantamiento de cejas.

Traducción: hoy Mike hace novillos.

Me convengo de que es por un asunto de vital importancia.

Nos escabullimos entre el barullo de gente que entra y que sale y abandonamos los alrededores del edificio principal de la universidad. Pasamos a través del Merton College y cruzamos su gigantesco campo de críquet corriendo entre risas. Mike va delante de mí, lleva unos pantalones vaqueros escandalosamente apretados y...

«Deja de mirarle el culo».

¡No le estaba mirando el culo! Vale, sí, pero es que jamás me había fijado en que los hombres llevaran los pantalones tan... justos. Se le marca todo.

«Y a ti no te hace falta usar la imaginación para ver lo que hay debajo».

Mis increíbles vistas de su cuerpo se acaban cuando nos sentamos en el suelo, cobijados entre los árboles. Me quedo observando el paisaje, y el Church, que se ve a la perfección desde aquí, y que siempre me ha gustado.

—Mi abuelo estudió ahí —me dice Mike siguiendo la línea de mi mirada.

El Church es uno de los *colleges* más importantes de la Universidad de Oxford. De esta universidad han salido veintisiete primeros ministros británicos y de este *college*, tres de ellos.

—Me gusta el Church.

La gran torre que se erige desde el suelo la construyó Christopher Wren, un famoso arquitecto que ayudó a reconstruir Londres tras el Gran Incendio, principalmente las iglesias, como St. Paul.

—¿Sabías que Christopher Wren enseñaba Astrología en este *college*? —le pregunto a Mike. No puedo evitar dar datos históricos cada poco tiempo. Forma parte de mí.

—Sí. Me lo contó mi abuelo. Toda mi familia estudió aquí.

—Menos tú.

—Menos yo. He roto la tradición.

—¿Por qué?

—Por llevar la contraria. —Nos reímos, pero él continúa—. No, en serio, mi padre quería que estudiara Empresariales para ayudarlo a dirigir el mundo, pero a mí me va la Medicina. Ha sido así siempre. Quiero... ayudar a sanar a la gente. Y el mejor *college* para ello, en mi opinión, es el University.

—Debiste de tener mucha suerte para que te asignaran en el que tú querías.

Cuando se postula para estudiar en esta universidad, el alumno tiene dos posibilidades: entregar la solicitud a la Universidad de Oxford, que, en caso de ser admitido, se encargará de escoger un *college* para él, el que toque, o entregarla directamente a un *college*. Esta segunda opción es muy arriesgada, ya que, en caso de no ser admitido, no podrá repetir papeleo para ningún otro, quedaría fuera de Oxford. Así que Mike tuvo mucha suerte de que le tocara justo el que ambicionaba.

—Postulé solo para el University.

¡Tenía que habérmelo imaginado!

—¿Qué dices? Podías haberte quedado fuera.

—Lo sé. Pero quería el University, ninguno más.

—¿Y si no llegan a aceptarte? ¿Qué hubieras hecho?

Cambridge no era una opción. Oxford y Cambridge están tan enfrentadas que si un alumno presenta solicitud en una de ellas, automáticamente queda descartado para la otra.

—Esa no era una opción. Cuando quiero algo, voy a por ello.

Me palpita el corazón con su respuesta porque me gusta mucho este Mike.

—¿Y tu familia cómo se lo tomó?

Se aparta el flequillo de la cara y se tumba en el suelo. Me tiendo a su lado y un escalofrío me atraviesa la columna vertebral en cuanto mi cuerpo toma contacto con la

tierra: está helada. Y huele a hierba mojada y a frío. Meto la cabeza dentro del gorro del abrigo para no destemplarme y hago lo mismo con el gorro del plumífero de Mike.

—Mi abuelo siempre me apoya en todo. Fue un gran aliado.

—¿Te llevas bien con él?

—Sí. Es el padre de mi padre, pero no tiene nada que ver con él. A veces me pregunto qué es lo que lo ha hecho así. Mi abuelo sabe que no nos llevamos bien, pero no tiene ni idea de hasta qué punto. Soy su ojito derecho —me dice con un brillo en su mirada— y es uno de los pilares de mi vida. Ni siquiera le dio pena que yo no fuera al Church, como era la tradición, solo desea mi felicidad.

Como debería ser. Hago un cálculo mental y si su abuelo estudió en el Church puede que coincidiera con...

—¿Tu abuelo coincidió con Charles Lutwidge Dodgson?

—Ah, Lewis Carroll. —Reconoce el nombre—. ¿Me dejas que te cuente una historia?

—Adelante.

—Resulta que Charles Lutwidge Dodgson era profesor y amigo del rector del Church, que tenía tres hijas. Una de ellas se llamaba Alicia —me mira abriendo los ojos y parpadeando enigmáticamente—, y todos los fines de semana les contaba historias mientras daban paseos en barca. Alicia le pidió que las escribiera, para que no se perdieran. Escribió la primera y la tituló: *Alicia en el País de las Maravillas* y la firmó con su seudónimo. Enfrente del *college* había una tienda de golosinas a donde Alicia iba a comprar. Y es la misma tienda donde ahora se lleva todo el tema de la comercialización del libro. — Conozco el lugar. Mike hace una pausa y se gira hasta apoyar el codo en el suelo—. ¿Quieres saber más?

Adopto su misma postura y le quito el gorro para verlo mejor.

—Claro.

—Lewis Carroll se basaba en personajes reales para crear los ficticios. No solo lo hizo con Alicia, también se representó a sí mismo como un animal, ya extinto, por cierto. Incluso lo hizo con el padre de Alicia, el rector del *college*.

—El conejo blanco.

—Exacto. Y que sepas que el primero que sufrió el fenómeno *fan* fue él. La gente no hacía más que pararlo allá a donde iba para que los usara de protagonistas de su próxima historia y tuvo que recluirse en el *college*. Fin de la historia.

—Me ha encantado. Es usted un gran orador, doctor Cunningham.

Y no me sonrías así. La palabra *amigos* que me repito cada maldito día comienza a sentirse como un puñal clavado en el pecho.

—Seguro que ya te la sabías.

—No con tantos detalles.

—Menos mal, porque me has dejado la garganta seca, por lo menos ha servido para que aprendas algo.

Llega la hora del descanso y las calles comienzan a llenarse de alumnos. Ya no estamos tan seguros aquí cobijados; podría venir alguien paseando. Sopeso unos segundos sobre la posibilidad de que Mike y yo pasemos el descanso juntos. No es extraño que un profesor tome un tentempié con un alumno. Es posible que tengamos que tratar asuntos de índole escolar, así que...

—Ven. Vamos a comer algo.

—¿A dónde?

—A mi *pub* favorito.

Nos levantamos, nos sacudimos los pantalones y nos dirigimos al bar de James. Menos mal que llevamos varias capas de ropa porque el rocío de la mañana nos ha dejado las chaquetas humedecidas.

De camino a The King's Arms nos cruzamos con muchísima gente que no se fija en nosotros. Algunos saludan a Mike, otros a mí... Todo normal. Cuando llegamos, Mike me mira con sorpresa.

—¿Este es tu *pub* favorito?

—Ajá. Solía venir mucho con mi padre.

—Yo también paro bastante por aquí.

No me sorprende demasiado, es una cervecería muy conocida y visitada en la ciudad. Recuerdo la noche en que Mike apareció borracho y comenzó a increpar a los turistas... Parece tan lejana.

—Sí, lo recuerdo —le digo.

Me lanza una mirada de «no me arrepiento de nada de lo que hice aquella noche» y entramos al calor y a la familiaridad del local. Nos sentamos en la barra y James se acerca en cuanto me ve.

—¿Has venido a rescatar a tu amiga?

—No —le contesto, perpleja—. ¿Grace está aquí?

—Está aquí, está allí, está en todos los putos lugares del maldito universo.

Mike y yo cruzamos una mirada, después carraspeo e intento salir de este incómodo momento.

—Este es Michael, un alumno.

—¿Tu alumno?

Voy a matar a Grace.

Mike se ríe y carraspea a su vez.

—Mi... mi alumno en una asignatura, en Historia —explico entre titubeos—, y... y alumno de otros profesores en otras asignaturas..., es alumno de todos.

—Sí, claro. —Rueda los ojos y se presenta a Mike—. Yo soy James. ¿Qué os sirvo?

Le pedimos un par de bebidas y, cuando se aleja a preparárnoslas al otro lado de la barra, aún puedo sentir el rubor de mis mejillas.

—¿Tu amiga y el camarero están liados?

—¿Cómo lo has sabido?

—Pues de la misma manera en que él ha sabido que yo soy *tu* alumno.

—Tú no eres *mi* alumno.

«¡Ahí la has dado, Penn, tienes toda la razón, no es tu alumno, es tu marido».

Y dale.

—¿Penny? ¿Qué haces aquí? ¿Cunningham?

Nos volvemos hacia el sonido de la voz de Grace, que viene del cuarto de baño y no parece contenta. Agarra un taburete y lo arrastra con fuerza hasta nuestra posición. James le dedica una mirada abrasadora. Abrasadora, sexualmente hablando, no. Abrasadora de querer matarla por lo que le ha hecho al mobiliario de su bar. Nos coloca la comanda, con una delicadeza exagerada, sin apartar los ojos de mi amiga.

Yo no entiendo demasiado. Arrugo la frente.

Mike no entiende nada. Se descojona de la risa.

James lo entiende todo. Chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Penny, necesito que me ayudes con una cosa. Vamos al lavabo de chicas.

Michael y James se miran y levantan las cejas en un movimiento sincronizado.

—Cosas de chicas. No lo entenderíais.

Grace me coge del brazo y me obliga a bajarme del taburete.

—No se ha notado nada que querías contarme algo —le comento con ironía de camino al servicio.

—Me ha besado —me dice en cuanto se cierra la puerta.

—¿Quién?

—¡Pues James! ¿Quién va a ser?

—La última vez que os vi hacíais algo más que besaros... No sé por qué te extrañas.

—Porque se supone que íbamos a dejar de hacerlo y va y me acorralla en los baños y me besa.

—¿Y qué ha pasado después?

—¿Después de qué?

—¡Del beso!

—¡Ah! Nada, que lo hemos hecho. Justo ahí. —Señala el lavabo donde estoy apoyada. Me aparto como un resorte.

—¿Aquí? ¿Y si llega a entrar alguien?

—Ay, Penny —ignora mi pregunta—, no sé qué hacer. No sé qué pensar. James me trae loca, lo odio y a la vez lo...

—¿Quieres?

—No, no, eso no. Ay, no sé. No puedo dejar de pensar en él cada maldito minuto de cada maldito día, y cuando estamos juntos, ¡saltan chispas! Si lo sabré yo que soy física.

—¿Quién es la que está enamorada ahora?

Grace rueda los ojos.

—Estamos jodidas, Penny.

Pues sí, y no sé cuál de las dos lo está más.

Salimos del baño y nuestros chicos, digo, Mike y James, hablan y ríen distendidamente. Nos quedamos observándolos.

—Hombres —dice Grace antes de acercarse y cortarles todo el rollo—. ¿De qué os reáis? —les pregunta.

—Cosas de tíos —responden al unísono.

Zas.

23

Juntos

Pasan las semanas, y Mike y yo cada vez pasamos más tiempo juntos, eso sí, en secreto. Casi siempre estamos en el tronco del árbol de detrás de las casetas o en sus alrededores huyendo, divertidos, de los amantes del *running* que pasan por ahí. También vamos mucho al *pub* de James y pasamos el rato con Grace y él. Nos gusta ver cómo se pelean y después se besan a escondidas; siempre los pillamos. Y me gusta ver unidos a los chicos, que, a pesar de ser tan diferentes, se llevan muy bien.

Como excepción, hoy estamos en mi despacho. Mike ha aparecido sin avisar con la excusa de que necesitaba mi ayuda encarecidamente. Mañana es el examen y como me ha mirado con esos ojos llenos de brillo y picardía y me ha puesto morritos... no he podido negarme. ¿Quién podría?

—Deja de hacer el bobo con el libro —le digo cuando veo que se lo pone en la cabeza a la vez que se balancea con la silla.

Aunque tampoco puedo culparlo, llevamos aquí horas encerrados hablando de Historia.

—No soy capaz de memorizar estos tochos, no es lo mío.

—No tienes que *memorizarlos*, tienes que entenderlos. Siempre hay una razón para todo, aunque sea absurda o no la compartas, pero siempre hay una. Búscala. Encuentra el razonamiento al porqué del comportamiento humano.

—Sí, señorita. Y si hago lo que me dices, ¿me vas a aprobar?

Sigue balanceándose... Parece tan joven, tan despreocupado y tan feliz que da gusto verlo. Nuestras miradas se cruzan y me doy cuenta de que me ha pillado mirándolo y, muy posiblemente, babeando. Ya no recuerdo lo que me ha preguntado. Muevo la cabeza y salgo del paso.

—¿Por qué escogiste esta asignatura?

—Necesitaba los créditos de libre elección y me comentaron que era muy fácil de aprobar.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo que no sabíamos era que había una profesora nueva.

—Una profesora que no os va a aprobar porque sí. Me da igual que sea de libre elección y que tu carrera de Medicina dependa de ello —le digo, fingiendo seriedad.

—Exijo clases particulares.

—¿En calidad de qué?

—De... ¿alumno favorito y privilegiado?

«¿De marido?».

—Mike, tenemos que hablar. —No quiero acabar con este momento mágico, pero tiene que saber lo de la boda; empieza a convertirse en un lastre pesado que cargo en la espalda.

Toc. Toc. Toc.

Los dos nos sobresaltamos. Mike deja de moverse en vaivén y nos miramos cuando escuchamos el ruido sordo que hace la silla al pisar el suelo de madera. ¿Quién viene a mi despacho a estas horas? Es tardísimo y la universidad está prácticamente vacía.

—¿Sí? —pregunto, con la voz sobrecogida por la inquietud.

—Soy Grace. Necesito hablar contigo —grita a través de las paredes.

Los dos respiramos. Me levanto y me acerco a la puerta. La abro, despacio, agarro a Grace de la pechera y la meto dentro con rapidez.

—¡Ay! Pero ¿qué te pasa? Ni que tuvieras aquí montado un taller clandestino de destilación de drogas.

Entonces ve a Mike, que tiene tal postura de comodidad que parece que esté en su propio despacho. «¿No es adorable? Bienes gananciales se llaman».

—Ah, Cunningham, otra vez. ¿Interrumpo algo?

—Sí —contesta Mike.

—No —digo yo al unísono.

Grace le dedica a Mike una mirada afilada a la vez que se apoya en mi escritorio.

—Necesito hablar contigo de algo de vital importancia —me dice con seriedad.

—¿Qué le has hecho al pobre James esta vez? —le pregunta Mike.

—¡No tiene nada que ver con James! —responde indignada—. Y necesito hablar con ella *a solas*. —Evidente acento en las últimas palabras.

Suspiro y acepto.

—Está bien.

Grace le muestra a mi alumno su sonrisa triunfante y mi alumno solo gruñe.

—¿Y mis clases particulares? —se queja, levantándose de la silla y mostrando su disconformidad.

—No las necesitas. Nos vemos mañana en el examen. Y no llegues tarde o no te dejes entrar.

Se marcha a regañadientes y prometiendo venganza con la mirada a mi amiga en el futuro. Aspiro el olor de sobra conocido que Mike deja al pasar por mi lado.

—¿Qué sucede? —le pregunto a Grace en cuanto se cierra la puerta. Mike acaba de irse y ya lo echo de menos. Esto no puede ser.

—¡Pues James! ¡¿Qué va a ser?!

???

Cuando entro en el aula del examen a la mañana siguiente, lo primero que veo es a Mike sentado en primera fila mirándome con intensidad. Me dirijo a la mesa del profesor y les dicto las preguntas en cuanto compruebo que mi asistente les ha repartido a todos los cuadernillos en blanco. Después, abandono el aula porque no quiero distraer a Mike.

Horas más tarde, llego a mi casa. Me dispongo a comenzar a corregir los exámenes de la clase de Mike y del resto de grupos, pero llaman al timbre y me veo interrumpida antes de empezar. Me levanto del sofá y me acerco al recibidor. Es bastante tarde. Ha oscurecido y no se ve un alma en la calle; además, está nevando. La abro y...

—Hola —me saluda un sonriente Mike.

—Hola.

—He venido a despedirme.

¡Es verdad! ¡Se me había olvidado! Mike ya me había contado que dejaba Oxford el mismo día del examen. Las vacaciones de Navidad comienzan hoy y es tradición en su familia pasarlas todos juntos en la casa de campo de su abuelo paterno.

—¿Estarás bien?

—Sí.

Lo miro con desconfianza: dos semanas en una casa con su padre... no me gusta. Aunque también es cierto que debe de haber como treinta personas en esa casa.

—Sí —afirma con más ahínco—. Te lo prometo.

—Bien. Entonces... hasta la vuelta. Saluda a Pin y Pon de mi parte.

Sonríe. Sabe que me refiero a sus primos, Alan y Thomas. En Rivera Maya le confesé cómo los llamábamos Anna y yo.

—Adiós.

Se da la vuelta y yo comienzo a entornar la puerta, pero Mike me llama cuando casi la he cerrado.

—¡Penn!

—¿Qué? —La abro de nuevo de par en par y veo cómo se acerca hasta casi cruzar el umbral.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Mike.

Estoy a punto de volver a cerrarla, pero su llamada me detiene de nuevo.

—Penn...

—¿Sí?

Posa sus manos en mis mejillas y me besa. Es un beso tan corto que apenas me da tiempo a saborearlo y solo me deja con ganas de más. Para cuando abro los ojos, Mike ya se ha ido.

Durante las dos semanas que duran las vacaciones de Navidad, me dedico a corregir exámenes, hacer compras navideñas con Mark y pasar los días en compañía de mi hermana y Peter. De Grace me despido al día siguiente a la marcha de Mike, ella también pasa las festividades fuera de Oxford, en su casa de Brighton, con su familia.

En las dos ocasiones en las que quedo con Mark vamos al bar de James a tomar algo. Y, por supuesto, tardo dos segundos en mandarle un mensaje a mi amiga para contarle el aspecto mediatibundo que arrastra el camarero desde su marcha. Ya ni siquiera discute con el becario, y eso que estuvimos un buen rato escuchando a las desaparecidas Spice Girls en plena hora feliz. Grace me cuenta que han pasado de discutir el noventa por ciento del tiempo que pasan juntos y besarse el diez restante a besarse el setenta por ciento del tiempo y discutir el treinta restante. Creemos que son casi novios.

Un día antes de Nochebuena, termino de corregir el examen de Mike en la mesa que tengo en el salón, junto a la ventana, mientras veo cómo la nieve lo cubre todo de blanco, y me parece que es tan bueno que le pido a uno de mis colegas, al profesor McNamara, que revise varios exámenes, entre ellos el de Mike. Necesito ser imparcial en este tema.

El día de Nochebuena, mientras ceno con mi hermana y mi cuñado, me llega el primer *whatsapp* de Mike.

Desconocido: ¿Qué tal va la noche? Pin y Pon te mandan saludos.

Algo se mueve en mi interior. Guardo el número en la agenda, otra vez, y recuerdo su primer mensaje en Riviera Maya: comienzo a mover los dedos por el teclado de la pantalla.

Penny: Si eres un mocete con reflejos rubios y pecas, que tiene el pelo del flequillo demasiado largo, y al que le gusta Aladdin, te deseo buenas noches. Y si eres una mocita con reflejos rubios y pecas, que tiene el pelo del flequillo demasiado largo, y que no ha visto Aladdin en su vida, oye, nunca es tarde. Y córtate el pelo.

Mike: ¿¿¿Habías borrado mi número???

El mensaje viene con tres emoticonos de carita enfadada. La roja. Me río y cuando levanto la vista veo que Anna y Peter me miran con los ojos entornados.

—¿Qué? —les pregunto.

—Nada —contestan los dos.

Penny: Primero exijo identificación. ¿Mocete o mocita?

Mike: Mocete al que le gustan las profesoras de Historia con el culo más increíble y atractivo que existe sobre la faz de la Tierra.

Penny: ¡Qué descarado!

Mike: ¿Sabes lo que también me gusta? Que ya no eres mi profesora. Buenas noches, Penn.

Horas después de recibir su mensaje, tengo los niveles de felicidad tan altos que todavía me palpita el corazón, algo me aletea en el estómago y me siento eufórica. Estoy como colocada de endorfinas. Y es el mejor de los *colococones*.

«Y no habéis hablado del beso».

Cuando me despierto por la mañana tengo otro *whatsapp*.

Mike: Feliz Navidad. ¿Ha bajado Papá Noel por tu chimenea?

Penny: Feliz Navidad. Ha bajado y me ha dejado unas zapatillas y un pijama de renos. ¿Y a ti?

Mike: Ese pijama tengo que verlo. A mí calzoncillos, entre otras cosas. Mi abuela cree que nunca tengo suficientes. Ya te los enseñaré. ¿Y nada más?

Penny: Sigues siendo un descarado. No, nada más.

Mike: Abre la puerta de la calle y busca debajo del felpudo.

Arrugo la frente y lo leo de nuevo. Con el corazón a toda velocidad, bajo las escaleras y cruzo el salón como un rayo. Abro la entrada y levanto el felpudo. Y ahí está. ¿Cómo lo ha hecho?

Es un paquete muy fino y rectangular, envuelto en papel de regalo rojo y plateado. Le arranco el envoltorio ignorando la nieve que cae bajo mis pies desnudos y el viento frío invernal que me azota el cuerpo y me levanta la camiseta del pijama. Cuando me desprendo de él del todo, lo veo: es un libro de *Tintín*, se titula *Tintín y Cía.* y tiene la portada roja. Lo abro y veo que está en castellano. Es un recopilatorio de todos los personajes y de sus mejores momentos. Me encanta.

Entro en casa y subo las escaleras, corriendo otra vez, a coger el móvil.

Penny: No encuentro las palabras...

Mike: Joder, qué rápida. A mí no me digas, ha sido Papá Noel, te habrás portado bien.

Penny: Si lo ves, dale las gracias de mi parte.

Mike: ¿Solo las gracias? Qué tacaña.

Penny: También un beso muy fuerte.

Mike: Eso está mejor. Aunque no sé si se lo daré... quizá me lo quede.

27 de diciembre.

20:08 p.m.

Mike: ¿Me han dejado guapo?

Abro el archivo que viene después. ¡Es una foto suya con el pelo corto! Se ha arreglado el flequillo y se ha quitado largura.

Penny: ¿Te has cortado el pelo?

Mike: Alguien lleva meses lanzándome indirectas y mi abuela se ha visto bastante escandalizada por el flequillo. Decía que no se me veían mis ojos azules tan preciosos como el cobalto. ¿Te gusta?

Pues... ¡Por el Cobalto que está guapísimo!

Penny: Está guapillo, señor Cunningham. Pero su abuela se equivoca, no son como el cobalto, son como el azul del arcoíris.

31 de diciembre.

23:54 p.m.

Mike: Vas a tener el honor de ser la última persona con la que hablo este año.

Penny: Es posible que de aquí a las doce alguien te diga algo.

Mike: Imposible. Me he encerrado en el baño.

Dejo la copa de champán en la mesa y me levanto del sofá.

—¿A dónde vas? —me pregunta mi hermana tras mi arranque.

—Al servicio.

—¿Ahora?

—Sí.

—¡Te vas a perder las uvas! —me grita cuando corro por el pasillo.

Tomar uvas para despedir el año es una tradición española que mantenemos. No es la única. Abro la puerta del cuarto de baño, entro, la cierro y me siento en el suelo.

Penny: Pues ya somos dos.

Mike: Feliz año nuevo, Penn.

Penny: Feliz año nuevo.

01 de enero.

13:08 p.m.

Mike: Buenos días. Acabo de despertarme. Gracias por lo de ayer. Lo hiciste especial. Creo que voy a empezar a amar los uno de enero. ¿Qué haces?

Ayer estuve encerrada en el baño mandándome mensajes con Mike hasta las seis de la mañana. No me imagino una forma mejor de empezar el año a pesar de que mi hermana me ha despertado a las diez para echarme la bronca por ignorarlos a ella y a Peter toda la noche. Me ha obligado a vestirme y a salir a la calle para cumplir con todas nuestras tradiciones del primer día de enero.

Penny: Buenas tardes. Comiendo chocolate con churros mientras vemos una peli.

Mike: ¿Chocolate con churros?

Penny: Es una tradición de los Ballester.

Mike: ¿Me guardarás uno?

Penny: Quizá...

07 de enero.

21:17 p.m.

Mike: Acabo de llegar a Oxford.

Penny: Bienvenido.

???

El día ocho de enero me incorporo a las clases. Lo primero que hago según llego a la universidad es ir a mi despacho para recoger el material que dejé preparado un día en navidades para una de las clases.

—¡Penn! ¡Penn! ¿Estás sorda?

Alguien me sujeta el brazo y hace que me gire y que todos los libros que llevo encima se tambaleen. Por suerte, con su ayuda, conseguimos que no se desplomen.

Es Mike. Uff. No quiero estar a solas con él. Después de todo lo que ha pasado en las últimas semanas, de la familiaridad que hemos creado en el teléfono, del beso que me dio y del que no hemos hablado, del constante aleteo de mi estómago... me siento cohibida.

—¡Por Cleopatra, Mike, digo, señor Cunningham! —No puedo olvidarme de que estamos en la universidad, donde hay muchos ojos y oídos—. Me ha asustado. No sea tan sigiloso. Y no me llames Penn —le digo por lo bajini.

«Y qué guapo está con ese pelo, ¿verdad, Penn?».

Cuando me bloqueo me pongo a la defensiva. Y es que, ¿qué va a pasar con nosotros después de todo lo que hemos vivido estos días? ¿Cómo es posible que unas simples conversaciones telefónicas signifiquen tanto? Él, como respuesta, rueda los ojos.

—¿Sigiloso? Llevo dos minutos llamándote. Te he reconocido porque te he visto salir de tu despacho. Pareces una torre de libros andante. ¿Dónde vas con todo eso?

—Estaba distraída. —Pensando en ti y en lo que ha sucedido entre nosotros—. Los libros son para una clase que tengo hoy.

Como no me siento preparada para afrontar nuestra nueva relación, me despido y sigo mi camino. Me dirijo al ascensor que tiene la universidad en la zona de los despachos de los profesores; es nuestro secreto mejor guardado. Meto la llave, que ya llevaba preparada en la mano, y abro la puerta que da acceso al pequeño hueco del elevador. Ningún alumno conoce su existencia.

—¿Dónde estamos?

Hasta ahora. Mierda.

—¿Todavía me rondabas?

Dejo por imposible el trato de cortesía.

—Claro —me dice con chulería.

—Tú no puedes estar aquí.

—¿Qué es esto?

—Un ascensor. Un sistema de transporte vertical que sirve para mover personas u objetos entre los diferentes niveles de un edificio o...

—Debes de resultar realmente exasperante para alguien que no te...

—¿Que no me qué?

Por suerte para él, las puertas del elevador se abren y lo salvan de tener que contestar. Sin embargo, se lo he leído en los ojos: «Para alguien que no te quiera como yo». Esta situación se nos está yendo de las manos.

El profesor Carrington sale del ascensor y se sorprende al vernos allí.

—Buenos días, profesor.

Me devuelve el saludo y se aleja apresurado. Bueno, todo lo *apresurado* que sus noventa años de edad le permiten.

Entro en el ascensor y las puertas se cierran.

—Joder, me parece que ese profesor no esperaba a nadie por aquí —dice Mike mientras hace aspavientos con la mano para alejar el mal olor.

—¡Mike! —lo reprendo.

—¿Qué? —contesta, alarmado.

—El profesor Carrington es una eminencia en esta universidad —digo a la vez que intento pulsar el botón del ventilador. Es una tarea ardua teniendo en cuenta el peso que llevo encima.

—Ya, pues eminencia o no, se ha tirado un pedo. —Mike coloca el dedo en el botón en el mismo momento en que lo hago yo. El contacto es electrizante. El ruido del ventilador inunda nuestros oídos, aunque, francamente, no ventila nada. Por suerte para nosotros, los movimientos frenéticos de los brazos de Mike han ahuyentado el olor.

Pulso el botón plateado y rugoso del primer piso con la ayuda de una de las esquinas de un libro. Un segundo después, el verdadero olor del ascensor me azota los sentidos. Huele a libros, a papeles, a polvo y humedad, a historia. A papá. Recuerdo cuando nos confesó a Anna y a mí su existencia. Recuerdo que nos prometió que algún día nos mostraría el ascensor secreto de Oxford.

—¿Penn? ¿Estás bien?

Sus palabras me sacan de mi ensimismamiento.

—Tú no puedes estar aquí —repito.

—Esto es bastante grande —me dice, ignorando mi aclaración—. ¿Cuántas personas entran? ¿Diez? ¿Siete si todas van hasta arriba de papeles como tú?

Se deja caer en la pared haciendo que todo el artilugio se tambalee.

—No hagas eso. Se queda colgado a la mínima.

Me miro en el espejo y reviso las bolsas moradas debajo de mis ojos. Tengo que dormir más. Veo que un nuevo grano, cerca de mi mejilla, lucha por crecer. ¿Cómo es posible que sigan saliéndome granos con treinta años?

—El día que nos despedimos me besaste —me susurra al oído. Me sobresalto y nuestros ojos se encuentran a través del cristal.

¿Ha dicho diez personas? La sensación ahora mismo es claustrofóbica. El ascensor ha empequeñecido de repente. Las paredes parecen aprisionarnos y juntarnos tanto que siento su aliento en la mejilla. No, espera. Es que se ha acercado de verdad.

—Tú me besaste —le aclaro con la respiración acelerada.

—Tú me lo pedías a gritos.

—Mike...

Me coge de la nuca y sus labios chocan con los míos. Nuestras lenguas se encuentran, y el mejor sabor que he probado en mi vida asedia mi boca hasta que un estruendo nos separa de golpe. ¿Nos caemos? «No, Penny. Se te han caído los libros al suelo».

Las puertas del ascensor se abren. Mike las sujeta con una mano mientras con la otra me ayuda a recoger todo el estropicio de libros y papeles.

—Y he vuelto a hacerlo —me dice, feliz, cuando abandonamos el aparato.

—Tira para clase. ¡Y no me llames *Penn!*

—¿Sabes, Penn? Es un buen ascensor. Y voy a ir a por ti.

Ese mismo día, después de clase, encuentro a Mike fuera de la universidad esperándome sentado en el suelo y apoyado contra la pared. Se levanta en cuanto me ve.

—Mike. —Me sorprende verlo aquí, no me lo esperaba.

«A pesar de que te avisó».

Suelto por la boca lo primero que me viene a la cabeza, que no viene muy al caso todo sea dicho, teniendo en cuenta todo lo que rodea nuestra relación.

—¿Cómo estás?

Comienzo a caminar, a paso ligero, alejándome de la universidad. Mike me sigue, me lo esperaba, aunque jamás hubiera imaginado su respuesta.

—Enamorado.

Me giro, pero apenas lo veo. Mike, no me hagas esto. No puedo lidiar con ello ahora mismo. No sé qué hacer. Esto es una locura. ¿En qué momento pensé que podríamos ser solo amigos?

—Mike... no... no puedo.

Sigo caminando, sin dirección. Lo único que ansío es no tener que enfrentarme tan pronto a mi situación con él. Estamos en un callejón sin salida. Yo soy profesora y él tiene veintitrés años... es... es imposible. Sin embargo, Mike no parece estar de acuerdo porque vuelve a frenarme en medio de la carretera empedrada y desierta de la calle Warden's Lodgings.

—Enamorado de ti. Tan enamorado de ti que ya no lo soporto más —me dice sin que en ningún momento desaparezca la sonrisa de su boca.

«Sabe que te tiene».

—Mike...

Me suelto de su agarre y sigo caminando, acelerada.

—Penn...

Unos metros más adelante, vuelve a frenarme, me pone la mano en su pecho y siento cómo golpea el corazón.

—¿Lo notas? Es por ti. Es por ti, joder. Lleva así desde que te conocí. Y no puedo, no quiero, seguir callándomelo.

Salgo huyendo, no sé qué otra cosa hacer. Corro mientras escucho los gritos de Mike, que me llaman, detrás de mí. Corro hasta que llego a la puerta de los enamorados. Y dejo de correr porque ya no hay salida.

Me dispongo a cruzarla. Es una puerta hecha de hierros, tienes que entornarla, pasar, meterte en el pequeño hueco que queda, volver a entornarla, y salir por el otro lado. Fue construida en su día a causa de las vacas, para que no pudieran cruzar, pero así se ha quedado. Ya no tiene ningún sentido y para lo único que sirve es para que la gente se quede atrapada. Cosa que no pasaría si se hiciera caso de los carteles de precaución.

—¡Mike! ¡No pases conmigo, que nos podemos quedar inmovilizados! —le digo en cuanto veo que entra pegado a mí. Es una de las máximas prohibiciones porque muchísimas parejas se quedan aquí encerradas. Incluso hay un número de emergencias a la entrada para cuando eso pase. No quiero tener que llamar. El pulso se me acelera.

«¿Por los nervios de quedarte encerrada? ¿O por su cercanía?».

Él se echa a reír.

—No te preocupes, amor, me conozco un truco.

Se inclina y me da un beso en la frente, estamos tan cerca que apenas tiene que acercarse. Siento su olor, su calor y su aliento, y me abruma. Intento salir, pero ha pasado lo inevitable.

—¡Mike! ¡Estamos atrapados!

Su sonrisa crece aún más. Hace un movimiento con nuestros cuerpos y...

—*Voilà.*

... quedamos liberados.

—¿Cómo lo has hecho?

—Magia.

Me atrae hacia él y sella mis labios con los suyos en un beso tan profundo que me olvido de dónde estamos y del maldito universo entero. Lo abrazo por la cintura y se lo devuelvo con impaciencia. ¡Por los Vaqueros del Oeste que se lo devuelvo!

—Penn —se separa lo justo para susurrarme esas dos palabras que lo significan todo—, te quiero.

Y me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración.

Y me doy cuenta de lo mucho que lo he echado de menos: su voz susurrante, su sonrisa, sus carcajadas verdaderas, sus besos, sus caricias, la manera que tiene de cogerme la mano...

Y me doy cuenta de que ya no puedo estar sin él.

—Mike...

—Necesito saberlo.

—Te quiero.

—Gracias a Dios, al Cielo, a los Jodidos Romanos y a toda la Puta Evolución.

Nosotros

Llegamos a mi casa tan exultantes y llenos de energía que parecemos un par de chiquillos que acaban de descubrir el poder de los sentimientos. Que acaban de descubrir la vida. No podemos dejar de tocarnos durante todo el camino, de escondernos detrás de cada estatua o columna que encontramos para besarnos, para darnos la mano, para sonreír con libertad y mirarnos como deseamos hacerlo.

En cuanto se cierra la entrada principal de mi casa, comienza a desaparecer la ropa.

Le quito a Mike el gorro gris de lana que lleva puesto (pompón incluido que me encanta) a la vez que lo empotro contra la pared. Tiene el pelo despeinado y está tan guapo que incluso me cuesta cerrar los ojos cuando lo beso. Le meso el cabello para desbaratarlo todavía más y disfruto de la sensación de mis dedos en su cuero cabelludo.

Mike también me quita el trozo de lana naranja que llevo en la cabeza mientras se incorpora, me abraza por debajo del trasero, me levanta unos centímetros del suelo y nos lleva al salón. Siento la fuerza de sus brazos en mi cuerpo, y la seguridad, porque por primera vez en años me siento a salvo. Me siento en casa.

Dejamos el sofá a la derecha y nos desprendemos de las bufandas y los abrigos, a pesar de que la cremallera del mío se atasca. O Mike tiene una fuerza desproporcionada para arrancar cremalleras de cuajo o la calidad de la ropa ya no es lo que era.

Los jerséis desaparecen en el primer tramo de las escaleras.

Las camisetas lo hacen en el segundo tramo.

Los zapatos, en el tercero.

Y los pantalones de ambos, en el pasillo de camino a mi habitación.

Para cuando entramos, solo llevamos encima la ropa interior.

Nos miramos el uno al otro decidiendo cuál será el siguiente paso. No encendemos la luz, tan solo nos ilumina la claridad que emite la farola que hay bajo la ventana de mi dormitorio.

Quiero hacerle tantas cosas que no sé por dónde empezar. Pero, sobre todo, necesito sentirlo. Sentir su cuerpo contra el mío, la suavidad y el calor de su piel contra mi piel, su aliento y su corazón palpitando en mi pecho.

Me separo de su boca y me alejo unos centímetros. Llevo las manos a mi espalda y me suelto el sujetador. Deslizo los tirantes por los hombros y lo dejo caer. Los ojos de Mike, que parecen negros, son líquido, son pura lascivia. No apartamos la mirada el uno del otro en ningún momento.

Metó el pulgar en la cinturilla de mis braguitas y me las quito. Camino hacia atrás hasta que me topo con la cama. Primero me siento en ella y luego me tumbo, buscando la almohada para apoyarme. Cuando la encuentro, meto los brazos por debajo y lo espero. Todas mis barreras han caído. Y no solo las físicas.

Mike se quita el bóxer con una angustiada lentitud, se acerca a la cama y se tiende con cuidado encima de mí. Los dos jadeamos por el contacto. Sus manos buscan las mías, las encuentran y me acaricia desde el arranque del brazo hasta las puntas de los dedos. Me las une y las deja sobre el colchón, encima de mi cabeza.

Lo rodeo con las piernas y encuentro por fin el roce tan ansiado que buscaban nuestros cuerpos. Su evidente erección se clava en mi pelvis y gimo a causa de las sensaciones que me embargan: calor, placer, amor, éxtasis.

Nos besamos mientras sus manos se deslizan por cada parte de mi cuerpo con demasiada pausa; necesito que llegue a ciertas zonas con desesperación. Arqueo la espalda y me froto contra él en busca de su calor. Mike sonríe en mi boca y aparta los labios de los míos. Sigue con su lengua el mismo camino que ha recorrido con las manos y estoy tan concentrada en seguir respirando que no soy capaz de emitir palabra alguna.

Cuando se detiene en la zona del ombligo no aguanto más, desuno mis manos, lo cojo del pelo y llevo sus dientes al lugar donde más lo necesito. Intuyo la risa de Mike en mi piel y es lo más maravilloso que he sentido en la vida.

Al volver su boca a la mía, mis gimoteos mueren en ella. Lo rodeo con los brazos, cojo impulso y me subo encima de él. Le muerdo los labios mientras nos frotamos, ambos conscientes de la pérdida total de la razón. Ya puede acabarse el mundo ahora mismo que no importaría. Los gruñidos del maravilloso hombre que tengo debajo de mi cuerpo y el constante contacto de nuestros sexos me encienden de tal manera que llego al orgasmo sin darme cuenta. Mike, al sentirlo, se mueve contra mí con fuerza y se bebe mis gemidos con su boca.

Al terminar, me empuja con suavidad hasta que quedamos de lado y nos besamos con los ojos abiertos. No dejamos de hacerlo hasta que se hunde en mí sin esfuerzo y tenemos que cerrarlos durante un segundo para recuperarnos de tanta sensación. Nos movemos despacio, nos unimos profundo, hasta que la urgente necesidad de acabar provoca que aceleremos el ritmo.

Acabamos desmadejados, sudados, satisfechos, sonrientes y con ganas de seguir haciendo el amor toda la noche.

Horas más tarde, las ventanas de la habitación están empañadas y mi cuerpo descansa encima del de Mike. Se nos enredan las piernas en las sábanas y suspiro en su hombro.

Mike me acaricia la muñeca hasta que topa con algo.

—No te la has quitado.

Nuestras pulseras de la amistad, algo se mueve en mi estómago al nombrarlas.

—Tú tampoco. Te la vi el día que discutimos en las regatas —confieso, sobre su pecho, a la vez que busco su muñeca con una de mis manos. Después de acariciarla, entrelazo mis dedos con los suyos.

—Yo el día que estabas enferma. Aproveché cuando te quedaste dormida para levantarte la manga del pijama y buscarla. Necesitaba saberlo.

Mike se queda pensativo. Suelta el aire con fuerza y me aprieta contra él. Levanto la cabeza y apoyo la barbilla en su pecho. Comienzo a jugar con el escaso vello rubio que lo cubre. Hasta que me acuerdo de algo.

—Aquel primer día que nos encontramos en el puente del Magdalen... ¿Fue casualidad o sabías que vivía por la zona?

—Ni lo uno ni lo otro. Te vi una tarde pasar por ahí y supuse que vivías cerca. Esa mañana, me detuve a esperarte para comprobar si mis sospechas eran ciertas.

Ya sabía yo que no había sido simple casualidad. La expresión de Mike cambia. Se pone serio.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Es solo que quiero que sepas que encontrarte en Oxford no solo fue una pesadilla, también algo dentro de mí se encendió. Un calor, desconocido hasta entonces, me recorría el cuerpo cada vez que te sentía cerca, pero no podía permitírmelo, aunque ahí estaba siempre que te veía.

—Yo sin embargo tenía ganas todo el tiempo de... ¡zarandearte y gritarte para que espabilaras! —Mike me mira y me pone ojitos—. Y también sentía el calor.

—Lo sé —me dice con chulería—. Más de una vez te pillé babeando mientras me mirabas.

—¡No es verdad! —Me incorporo, disgustada, al darme cuenta de lo transparente que soy para él, y le doy un cachete en el muslo para mostrarle mi disconformidad.

—Sí lo es —me rodea con los brazos y me tumba de nuevo sobre él—, menos el día que te di la manzana. Ya no babeabas, parecía que querías matarme. Ahí temí por mi vida, Penn, cual conejillo indefenso asustado frente al rey de la selva. Y luego me empalmé.

Me río sobre su pecho. Qué bobito puede llegar a ser.

—¿Por eso fuiste a mi despacho?

—Sí, me asusté. —Mike se pone serio de nuevo—. Pensé que había cruzado una línea y que ya no habría vuelta atrás.

Nos quedamos en silencio hasta que la mano de Mike deja de acariciar mi cadera y su respiración se vuelve tan regular que pienso que se ha dormido, pero no lo ha hecho. Aún no.

—Te quiero —me dice antes de caer rendido.

Yo me quedo un rato más en vela. Pensando. Nuestra vida va a cambiar a partir de hoy. Debemos ser muy cuidadosos. No me hace gracia vernos en secreto, pero la necesidad y el corazón han podido con la cordura y la razón. Esto que tenemos no puede estar prohibido. No es nada malo, nada sucio. Todo lo contrario, es algo tan bonito que es imposible que esté mal.

Cuando el sol matutino me despierta, lo primero que veo al abrir los ojos son los iris de Mike. Está tumbado con la espalda apoyada en la cama, los brazos detrás de la nuca y la cabeza girada hacia mí. Me estaba observando. Sonríe y me da un beso en la nariz. Desplaza la vista hacia abajo y, al seguirlo con la mirada, me doy cuenta de que tengo los pechos al descubierto.

—Buenos días —me saluda, socarrón.

Hago lo mismo con mis ojos y veo la tienda de campaña que forma la erección de su pene con las sábanas. Me siento excitada al instante. No lo pienso ni un minuto, me subo encima de él y comienza el juego.

Más tarde, Mike se levanta a regañadientes; tenemos que irnos. Se mete primero en la ducha y yo me niego a acompañarlo porque, si seguimos así, no vamos a llegar nunca a la universidad.

Entra de nuevo en mi habitación, con toda su ropa en las manos, y comienza a vestirse. Yo sigo en la misma posición soñadora en la que me dejó hace unos minutos. Mike se sienta al borde de la cama con los vaqueros puestos y me da un beso en la boca. Sabe a pasta de dientes y huele a mi gel de baño. Me levanto mientras él termina de vestirse y abro el armario para coger la ropa de hoy. A través del cristal de una de las puertas, lo veo atarse la segunda zapatilla. Nos despedimos con otro beso, con uno de esos que te quitan el aire y provocan que te cueste dejarlo marchar.

—Se me va a hacer raro no verte en clase todas las semanas —me dice antes de irse.

Llego a la universidad envuelta en una especie de aura de color rosa a mi alrededor. Hoy todo me parece bonito, incluso el bocinazo que me ha dado el conductor de un autobús al quedarme parada a pesar de que el semáforo ya estaba en verde.

Como no tengo clase hasta dentro de una hora, busco a Grace, que se ha incorporado hoy al trabajo, para ver si tiene tiempo de tomar un café, y así le cuento todo lo que ha pasado desde que nos separamos antes de las navidades.

En una hora, se lo resumo de la mejor manera que puedo y en más de una ocasión tenemos que callarnos la una a la otra debido a los gritos de júbilo que estamos dando porque yo no soy la única entusiasta.

Grace está exultante por su recién estrenado noviazgo oficial con James. Al parecer estaba tan desesperado por verla después de que mi amiga pasara las fiestas enteras fuera de la ciudad, que en cuanto se han visto le ha dicho que se acabó el discutir, que a partir de ahora solo vale besarse y hacer el amor.

Nosotras lo interpretamos como que son supernovios.

«Igual que un par de adolescentes estáis...».

Cuando caminamos por los pasillos, de vuelta a nuestras clases, soñando y rememorando todos mis momentos con Mike, nos cruzamos con su grupo de amigos y con él, que viene rezagado hablando con Eric. En cuanto me ve, se le ilumina la mirada.

—Señorita Ballester, hoy está más guapa de lo habitual —me comenta con todo su descaro.

Me lo cargo.

«Ya sabíamos que el disimulo no era su fuerte. Y aceptamos barco».

—Cunningham —lo reprendo con la voz y la mirada.

—A sus pies —me responde.

Lo agarro del codo y lo separo del grupo con Grace a mi lado.

—¿Quieres ir a mi despacho castigado? —le digo con seriedad.

—Por favor.

«¡Yo me parto!».

Grace también tiene que morderse los labios para no sonreír.

—¡Mike!

—Cuanto más descarado sea, menos se va a notar. Te veo luego, *Money Penny*. —Me guiña un ojo y se acerca a Eric, que lo esperaba con expresión risueña.

Cuando llego a mi casa, no pasan ni cinco minutos antes de que suene el timbre. Abro y me encuentro a Mike con una mochila sobre el hombro y unos libros en la mano.

—Hola, amor.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunto, sin dejar que entre a casa.

—Ropa interior limpia sobre todo.

Niego con la cabeza y abro la puerta para dejarlo pasar, en todos los sentidos.

Pasan los meses...

Febrero

He prometido a Mike que iba a enseñarle a preparar chocolate con churros. Nos hemos metido en la cocina, le he dado un par de instrucciones y lo he dejado al cargo. No es demasiado complicado, aunque sí que es verdad que han pasado años desde la última vez que lo hice. Siempre se encarga Anna.

Voy a mi habitación a ponerme algo más cómodo. Me visto con un jersey suelto de rayas rojas, unas mallas azul marino y unos calcetines gordos de color amarillo.

Cuando bajo las escaleras para unirme al cocinero inexperto, el olor me inunda las fosas nasales; los recuerdos me invaden. Me siento en uno de los escalones, cierro los ojos y me dejo llevar por el momento.

—¿Penny?

Un momento después, no sé cuánto tiempo en realidad, creo escuchar mi nombre, pero estoy tan metida en el pasado que no sé si ha sido mi imaginación.

—¿Penn? —Mike me toca el brazo con suavidad y me trae de vuelta al presente—. ¿Qué haces aquí sentada?

—Ven —le cojo la mano y lo obligo a sentarse a mi lado—. ¿Lo hueles?

—¿El qué?

—El chocolate.

—Sí, claro. Está por toda la casa.

—No, en este escalón es donde mejor se huele, el punto donde llega con más intensidad el olor. Papá y yo solíamos sentarnos aquí mientras mamá lo cocinaba. Lo había olvidado.

—Creo que me hubiera gustado tu padre —me dice Mike al cabo de unos minutos.

—Tú también le hubieras gustado a él.

—Espérame aquí.

Se levanta y baja las escaleras de dos en dos. Regresa, al poco tiempo, con dos tazones enormes llenos de chocolate y un plato con los churros que hemos comprado en la tienda que localizó mi padre al poco de llegar a Oxford. Nos quedamos sentados en el cuarto escalón, empezando por arriba, uno enfrente del otro, con una de mis piernas encima de las suyas y su mano en mi muslo. Disfrutamos de la merienda mientras le cuento anécdotas de mi infancia. Todas bastante vergonzosas, pero me gusta que las conozca.

Cuando acabamos con la comida, dejamos el plato y las tazas en el escalón de arriba y Mike me da las gracias por este estupendo descubrimiento con un beso. Es tan rico el sabor del chocolate en su lengua que no puedo evitar agarrarlo de la nuca y meterle la lengua hasta el fondo.

Nos emocionamos tanto que, sin darnos cuenta, empujamos las tazas, que caen derramando el contenido que quedaba y dejándome la camiseta manchada de chocolate.

—¡Ahhh! —grito, debido a la impresión y porque aún está caliente. De ahí que la de Mike estuviera casi llena y todo el estropicio.

—Mmm... ven aquí.

Me quita el jersey y todo lo demás.

Más tarde, después de hacer el amor, acabamos tumbados en el suelo, al final de las escaleras. Mike me ha ido arrastrando poco a poco.

—Me encanta el chocolate con churros —me dice.

—Mmm...

—Hacerlo en las escaleras no tanto. Tengo la espalda molida.

—Eres un blando.

—Claro, habla la que ha estado sobre mi cuerpo mullido mientras yo me clavaba el borde de la escalera.

—¿Por eso me has arrastrado hasta aquí abajo?

—Te has dado cuenta, ¿eh? Iba a fingir que era cosa del sexo. ¿Me das un masaje?

—Date la vuelta.

—Mmm, no te preocupes, así estoy bien.

—¿No te dolía la espalda?

—Venga, no te hagas la remolona y masajéamelo todo.

Marzo

Como muchas mañanas, me cruzo con Mike en los pasillos de la universidad mientras camino y charlo con Mark.

—Señorita Ballester —me saluda, como siempre que me ve. Ahora sé que es simple apariencia, pero ¿cómo puede hacer que suene tan sensual y tan guarro?

Carraspeo para que deje de mirarme de esa manera.

—Cunningham —digo con indiferencia.

Mark aparta la vista de mi rostro un segundo para saludar a Michael.

—Señor Cunningham.

Unos minutos más tarde, la puerta de mi despacho se abre abruptamente. Levanto la mirada y lo veo.

—Señorita, tengo que hablar con usted. Es urgente —me dice Mike desde el umbral.

—Pase.

No me levanto de la silla mientras observo cómo Mike cierra con pestillo y se acerca a mi posición. Me quedo a la espera de sus intenciones. Me separa de la mesa, con silla y todo, y se apoya en ella mientras me escruta con la mirada.

—Como el imbécil de Mark Patterson te siga mirando de esa manera voy a tener que decirle algo... O quizá le dé un par de hostias y asunto arreglado. Creo que puedo con él.

—Déjalo tranquilo, somos amigos.

—Penn, ese gilipollas te pone ojitos, se lo noté desde el primer puto segundo.

Estoy sonriendo como una boba, lo sé, pero es que me hace mucha gracia que Mike se muestre tan molesto con Mark.

Sin pensarlo, me acerco a su posición, con silla y todo otra vez, y lo abrazo por la cintura. Mi cabeza queda a la altura de su entrepierna. Lo miro con picardía y le desabrocho el pantalón. Se lo bajo lo justo para liberar su sexo, que ya comienza a crecer. Me acerco y lo tomo con la boca. Mike suelta un jadeo y me sujeta del pelo, guiándome en los movimientos. Enseguida noto cómo crece la excitación en mi cuerpo.

—Penn, no quiero acabar en los pantalones... —me dice, sin soltarme el cabello—. Penn... —repite minutos después.

Ahora sí me aparta, me levanta de la silla y me besa mientras se baja los pantalones y el bóxer del todo. Me sube el vestido con prisa y me quita las medias, las bragas y los zapatos de tacón de una tacada. Me sienta en la mesa y me atraviesa el frío de la madera en el

trasero. Lo último que veo antes de cerrar los ojos son sus pantalones a la altura de los tobillos, y me resulta tan morboso que, cuando se introduce en mi interior, estoy tan mojada que sé que no voy a aguantar demasiado.

Creo que no resistimos ni diez estocadas y antes de darme cuenta acabamos ambos recostados en la mesa de mi despacho, después de haber echado el polvo más corto y más intenso de nuestra historia.

—Guau —digo en alto.

—Me has quitado la palabra de la boca. ¿Sabes?, me encanta venir a tu despacho.

—Y a mí que lo hagas, y, ahora, deja a Mark tranquilo —le digo entre jadeos; aún no hemos recuperado la respiración.

—¿A quién? —Lo miro a la cara y, por su total expresión de extrañeza, me doy cuenta de que realmente no tiene ni idea de quién hablo. Increíble.

Abril

Nos gusta tumbarnos en el sofá de mi casa y ver películas, una tras otra, hasta quedarnos dormidos.

—Palomitas hechas —me dice, mientras coloca el cuenco lleno en la mesa.

—Has tardado.

—Me he peleado con tu microondas.

—¿Y quién ha ganado?

—Yo... a la tercera —susurra muy bajito.

—¿Qué significa eso?

—¡Coño! Vaya oído más fino.

Se coloca detrás de mí y me quedo con la cabeza apoyada en sus caderas y él con las piernas alrededor de mi cuerpo.

—Mike... —le digo en busca de más respuestas.

—Significa que hay dos bolsas de palomitas chamuscadas en la basura de tu cocina.

Ahora toca elegir entre peli de acción o histórica. Lo echamos a suertes de la misma manera que venimos haciéndolo en los últimos meses. Recuerdo la primera vez que se lo planteé.

—¿Lo echamos a piedra, papel o tijera?

—¿Qué cojones es eso?

Desde que se lo expliqué, casi todo lo decidimos así. Cuando me gana y elige *Terminator*, suspiro y me acomodo en su cuerpo dispuesta a quedarme dormida. La lluvia retumba contra las ventanas y las gotas de agua se quedan suspendidas en los cristales. Es perfecto.

—Relájate, amor, y disfruta —me dice en cuanto comienza la película.

Amor. Últimamente se le escapa bastante.

—Me gusta que me llames *amor*.

Mike se tensa y se queda callado.

—No era consciente de que lo hacía —reconoce segundos después.

—Pues no es la primera vez. Fue en Riviera.

—¿En serio?

—Sí.

—Jodido subconsciente.

Mayo

—Vamos a dar un paseo en barca —me propone una tarde de domingo soleado de mayo.

Me cuenta la historia de las regatas de camino a las casetas. Por lo visto, van nueve en la barca, uno grita y ocho reman. Solo me he quedado con eso. El resto del tiempo, lo he observado hablar y he flipado con lo enamorada que sé que estoy de él.

Lo ayudo a sacar la barca y a meterla en el agua. Mike nos lleva río a través y parece saber a dónde nos dirigimos.

—Podría vernos alguien —le digo, insegura.

—Aquí no viene nadie, pero tranquila, que lo tengo todo pensado —me dice mostrándome una manta.

—¿Qué pretendes hacer con eso?

—¿Taparte y decir que eres muy tímida?

Ruedo los ojos e intento disfrutar del paseo. Nos acercamos a una zona menos caudalosa y llegamos a una especie de claro rodeado de árboles.

—Necesitamos acercarnos más a la orilla.

—¿Por qué?

—Porque la segunda opción, por si nos ve alguien, es tirarte al agua —confiesa entre risas.

Nos detenemos y me levanto para ver mejor el paisaje, que es una pasada: el sol, anaranjado, se refleja en el tronco de los árboles y en las hojas; la suave brisa es algo fresca, pero vamos abrigados. Me siento en uno de los extremos y descanso a gusto. Mike se tumba, todo lo largo que es, con la cabeza apoyada en mi pecho. Nos mantenemos en silencio, disfrutando de la tranquilidad, del canto de los pájaros y del movimiento de las pequeñas olas que se forman en el agua, hasta que Mike comienza a acariciarme los muslos. Hasta que se da la vuelta y me besa la pelvis por encima de mis pantalones. Hasta que se incorpora para abrirme la boca. Hasta que levanto su jersey y le toco la piel. Hasta que el propio Mike se desprende de él. Hasta que nos quedamos desnudos y nos amamos una vez más.

—¡Por el Oro! —le digo, más tarde, envueltos en la manta, con él encima de mí, ambos de espaldas y mirando al cielo.

—Joder, amor, tenía que haberme dado cuenta. Estaba claro que algo pasaba contigo cuando no hacías más que jurar por Ulises y Casiopea en lugar de por Dios como el resto de los mortales.

—Yo jamás he jurado por Ulises ni por Casiopea.

—Ya me entiendes.

Bajo la cabeza y lo beso porque sí, lo entiendo. Y porque nunca me canso de hacerlo. Mike se incorpora y coge su mochila. La abre y saca, ante mi mirada alucinada, un libro de *Tintín*.

—Léemelo —me pide.

—Está en castellano.

—Pues tradúcemelo.

Y eso hago. Permanecemos un buen rato más en la barca, desnudos y con el atardecer en pleno apogeo, leyendo *Tintín y las siete bolas de cristal*.

Mientras leo, le acaricio el pelo; lo adoro. Y cuando termino, me muestra su indignación porque la historia lo ha dejado a medias. Hay una segunda parte. Yo no tengo la culpa de que haya elegido uno de los libros que tiene continuación.

Ya es de noche y ha refrescado, pero estoy tan a gusto, tapada por Mike y la manta, que no quiero moverme. Sin embargo, Mike sí se levanta, desnudo, y comienza a balancear la barca.

—Mike, deja de hacer eso, vamos a volcar. ¡Mike!

—¿Qué?

—Estoy desnuda.

—Perfecto para un baño.

—Mike, ni lo pienses. Deja de balancear la barca. ¡Mike!

Chap. Chap. Chap.



Estamos en mi casa cuando suena el teléfono fijo. Es Anna. Y es la tercera vez que llama. Por supuesto, es consciente de todo lo que pasa entre Mike y yo desde el primer día y nos sigue en cada movimiento. Como sabe que los viernes es nuestro día de sofá, peli y sexo o sofá, sexo y peli, depende del día, nos llama para interrumpirnos y también porque Peter está de viaje y se aburre sola en casa.

Me levanto del sofá y me acerco a la chimenea donde descansa el teléfono, en una de las baldas. Descuelgo el aparato, por tercera vez.

—¿Diga?

—*Hola, hermanita. ¿Qué hacéis ahora?*

—Lo mismo que hace dos minutos.

—¡Esta es la última vez que nos interrumpes! —grita Mike desde su posición en el sofá.

—*¿Qué parlotea el niño de porte aristocrático?*

—Te está llamando *niño de porte aristocrático* —me chivo a Mike.

—Qué perra es —dice desde el carño. Por suerte, mi hermana y Mike se llevan fenomenal.

—*Pon el altavoz, Penny* —me pide Anna a través del hilo telefónico.

Hago lo que me ordena.

—*¿Qué es eso que dices de que ya no os voy a interrumpir? Porque voy a llamar en cinco minutos. ¿Qué pasa, Ryan? ¿Eres de gatillo fácil?*

Mike se ríe y niega con la cabeza. Cuelgo el teléfono y voy al sofá. Me tumbo encima de mi novio y seguimos a lo nuestro.

Cuatro minutos después, el teléfono vuelve a sonar.

—*¿Es que no va a rendirse nunca?!* —me quejo.

—Espera, déjame a mí.

Mike me aparta, con cuidado, de encima de él y se levanta del sofá. Va a coger el teléfono con el torso desnudo y los pantalones desabrochados. Me humedezco los labios con la lengua. Por Todos los Planetas, qué bueno está el niño.

—Aquí nido de amor Cunningham-Ballester —dice nada más levantar el auricular del teléfono—. Que sepas, cuñada, que esta vez voy a dejar el teléfono descolgado para que escuches nuestros gemidos mientras follamos.

«*Cuñada*, dice. Ni se imagina la verdad que esconden esas palabras».

—*¿Cunningham-Ballester?* Tendrás morro —le digo, fingiendo sentirme molesta y tragándome el nudo que siento en la garganta por no haberle hablado aún del tema de la boda. Es una bola que se ha hecho tan grande que no sé cómo resolverlo. Me asusta la reacción que pueda tener y ahora estamos tan bien...

Mike se queda pálido con el auricular en la mano. Lo separa de su oreja y me lo tiende.

—Es Mark.

No son necesarias más palabras. Solo conocemos a un Mark. Solo a uno. Mi Mark. Mi compañero de trabajo. Me acerco al teléfono y lo cojo.

—*¿Mark?* —pregunto, con la esperanza de que todo esto no sea más que una broma de muy mal gusto.

—*Te he llamado al fijo porque no contestabas al móvil.*

De repente, no encuentro las palabras. Me he quedado sin voz... Y he comenzado a temblar.

—*Quería preguntarte si te apetecía acompañarme a buscar un regalo para mi madre.*

Sigo sin voz. Levanto la vista hacia Mike, que me mira preocupado.

—No puedo tratar esto por teléfono. Estoy cerca de tu casa, voy para allá. No te muevas.

Clic.

—Viene hacia aquí.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

Mark tarda menos de diez minutos en llegar a mi casa. Mike se ha negado a irse; quiere permanecer a mi lado y que pase lo que tenga que pasar. Yo estoy muerta de miedo, aunque, por otra parte, doy gracias por que haya sido Mark y no otra persona quien nos ha pillado.

Cuando entra en mi casa y nos ve juntos, bufa de pura frustración.

—Así que es verdad. Estás liada con un alumno y ni siquiera tienes la decencia de esconderlo. Tenía que verlo con mis propios ojos.

Mike se envara a mi lado y va a hacerle frente, pero se lo impido sujetándolo con mi brazo.

—Mark...

—No te molestes en decirme nada —me dice, fijando la mirada en el punto exacto donde estoy tocando a Mike—, ya hablarás frente al Consejo Escolar.

Se da la vuelta y cierra de un portazo.

La excursión

En cuanto Mark abandona mi casa, llamo a Anna para contarle lo que ha pasado. La respuesta de mi hermana es fácil y rápida; directa al pecho como un disparo a bocajarro: «Estamos jodidos».

Me paso todo el fin de semana en un estado de nerviosismo constante. Grace viene a verme e intenta convencerme de que la deje hablar con Mark, pero me niego. No quiero que haya más involucrados en el asunto. No quiero que Mark la tome con Grace por apoyarme en mi historia con Mike.

El domingo por la noche me meto temprano en la cama con uno de mis libros favoritos, en un intento de evadirme del mundo y olvidar mis problemas. Mike ha salido a entrenar con sus amigos. Casi he tenido que obligarlo a que lo haga; no quería separarse de mí. Y, además, está hasta arriba entre los trabajos de fin de curso y los inminentes exámenes.

Cuando me paro en la página setenta y cuatro y me doy cuenta de que no me he enterado de nada de lo que he leído, lo dejo por imposible. En ese momento, escucho el sonido de la puerta principal: Mike ha llegado. Y, sí, tiene llave. Lo oigo subir las escaleras y simulo leer para que no se preocupe.

—Hola, amor —me dice en cuanto cruza el umbral.

—Hola —contesto con una sonrisa forzada.

—¿Qué tal la tarde?

—Bien. —Escondo la cabeza entre las páginas del ejemplar. No quiero que note mi preocupación. Y, además, estoy harta de darle vueltas al mismo tema.

—Ey, ven aquí. —Mike me quita la novela de las manos y la deja sobre la mesita de noche.

Retira las sábanas, me coge por la cintura y me tumba en la cama. A continuación, se recuesta encima de mí. Huele a calle, a río y a tierra. Los cordones de su sudadera negra me rozan la barbilla y me hacen cosquillas. Su frente, contra la mía. Nuestras narices, pegadas. Los alientos, mezclados. Le agarro la capucha y la enredo en un puño. Poso mi boca sobre la suya, húmeda, y lo muerdo con hambre, con ansia. Con la avidez que siento cada vez que lo veo tan guapo, tan perfecto para mí.

Nos besamos hasta que Mike consigue quitarme las arrugas de la frente, la preocupación constante. Me acurruco junto a él y me encuentro tan bien que da hasta miedo. Miedo porque mi estado de ánimo dependa tanto de otra persona.

—Te quiero como jamás he querido a nada ni a nadie —me susurra mientras me acaricia la cabeza y posa sus labios en mi frente—. Nos enfrentaremos juntos a lo que sea. Confía en mí. Todo saldrá bien.

Y confío. Aunque no puedo evitar tener una espina clavada en el pecho que no me deja respirar con libertad.

A la mañana siguiente nos dirigimos separados al río. Es el día de la Gran Excursión. Todos los años, por estas fechas, finales del mes de mayo, la universidad organiza unas actividades al aire libre que se desarrollan en su gran mayoría en las zonas adyacentes al río Isis, a donde acudimos alumnos y profesores. Para mí es la primera vez, pero mi padre me habló tanto de ello que es como si ya lo hubiera vivido.

Lo primero que hago según salgo de casa es mirar el cielo: está nublado, pero no llueve. Espero que aguante y nos deje disfrutar del día.

Quedo con Grace a medio camino y vamos juntas hasta el lugar de encuentro, que no es otro que las casetas de las regatas. La que hay organizada allí se sale de lo normal. Grace ha estado inmersa los últimos días en el Comité de Organización y se nota su mano por doquier: en los farolillos de colores que cuelgan en lo alto, en las flores postizas que visten los árboles, en los carteles que explican y organizan cada actividad, cada uno de un color y una tipografía diferente, en las flechas amarillas que relucen en el suelo y en los troncos. Menudo trabajo. Le doy mi enhorabuena y la felicito debido al esfuerzo realizado.

Todo el mundo está excitado eligiendo las actividades en las que va a participar. Grace nos apunta a ambas a la Lucha de Pintura: tenemos que enfundarnos y rodearnos la cadera con un cinturón grueso con diferentes compartimentos llenos de pinceles gruesos. Los barreños de pintura se sitúan en el inicio del bosque; hay que mojar los pinceles en ellos y marcar al contrincante con una mancha en cualquier parte del cuerpo. El que al cabo de una hora tenga menos estropicio encima gana.

Reviso mi atuendo: pantalones vaqueros usados en exceso y camiseta blanca de manga larga de hace mil años. Ahora entiendo la insistencia de Grace en que me pusiera ropa vieja.

—Este es el punto de encuentro —anuncia mi jefe señalando un punto enorme rojo en medio de la ladera del río—. Por favor, que no tengamos que llamar a la guarda forestal como el año pasado.

—¡Vamos, Penny!

Cruzamos el río por el pequeño puente blanco que hay a unos cuatrocientos metros de las casetas y nos adentramos en el bosque. A nosotras nos toca participar en el equipo de los Rojos, que se compone, en su gran mayoría, de profesores. No es necesario que diga que la media del profesorado de Oxford roza los cien años. El equipo contrario, los Azules, está formado por alumnos jóvenes, altos y fornidos.

«Os van a dar una paliza, morenita. Lleva una banderilla blanca encima».

Una vez distribuidos los equipos, nos acercamos al círculo donde están los botes de pintura y untamos los pinceles.

—Buenos días, señorita Ballester, qué sorpresa.

Mike.

Levanto la vista de los cubos y me fijo en su brazo: lleva un brazalete azul.

Mierda.

—Cunningham.

—Parece que somos rivales.

—Eso parece.

—Me estoy acordando de la nota que me puso en su asignatura. —Se toca la barbilla y se queda pensativo. Todos sus amigos se ríen. Cómo le gusta tensar la cuerda.

«Y a ti que lo haga».

Hemos discutido millones de veces a propósito de su nota. El profesor que corrigió su examen le puso una evaluación alta, pero no tanto como se esperaba Mike. Me lo ha echado en cara cada semana desde que estamos juntos.

—La venganza se sirve en manchas de pintura. —Se da la vuelta y me deja con la boca abierta. ¡Será...! Me entran ganas de...

«De follártelo, Penny. Déjate de tonterías y a por él».

El juego, de repente, se ha convertido en algo excitante y morboso. Noto cómo la sangre me recorre las venas, cómo la adrenalina viaja a través de todo mi cuerpo. Me giro hacia Grace, que me mira con la ceja levantada.

—Vamos —le digo.

Nos internamos en el bosque y comienza la lucha. En media hora me he cruzado con Mike en cinco ocasiones y en todas ellas, entre Grace y yo, lo hemos marcado de morado. Estoy tan animada que hasta consigo deshacerme del nudo que tengo en el estómago por el asunto de Mark.

Como broche final, aprovecho que el llano donde se encuentran los barreños está desierto de gente y cojo uno de ellos.

—Penn, amor, deja eso en el suelo —me dice Mike. Venía detrás de mí.

—Ni hablar.

—Penn...

—No voy a permitir que un petimetre como tú...

—Penn, no hagas algo de lo que luego puedas arrepentirte porque si consigo quitarte ese cubo... —Mike sigue con su diatriba hasta que se interrumpe—. ¿Me has llamado «petimetre»? ¿Otra vez has viajado al siglo dieciocho y no me has llevado?

Le hago una burla con la cara y le muestro el balde lleno de líquido verde. Se acerca a mí, viene contoneándose, distrayéndome con ese ritmo de caderas tan hipnotizador.

«No te dejes. ¡Lo está haciendo a propósito!».

Tarde, el segundo que he tardado en limpiarme la baba de la boca, Mike me ha alcanzado y se ha hecho con el arma. Un instante después:

—¡Ahhhh! —grito cuando la pintura, helada, choca contra mi pecho.

Sin perder ni un segundo, cojo otro balde, el amarillo, y lo vierto, enterito, contra el cuerpo de Mike. Cuatro cubos después, no queda ni un solo trozo sin pintar en nuestra ropa. Echo a correr con otro en la mano y me interno en el bosque hasta que Mike me alcanza por detrás y me tira al suelo. Después de echarme más líquido por encima, me besa en la boca. Los dos tenemos el rostro a colores y sus labios saben a producto químico y pintura. Aun así, siguen estando igual de ricos.

Cuando nos separamos, Mike me levanta las cejas y mueve los ojos, haciéndose el seductor (no le hace falta), hacia el bosque, en una clara insinuación de «vamos a practicar sexo».

Nos incorporamos, me sube sobre su espalda y me lleva a *borriquitos* al fin del mundo. O, bueno, para concretar más, a un rincón del bosque donde no se escucha prácticamente nada más que los propios sonidos de la naturaleza. Estamos solos.

A pesar de tener unas ganas locas de arrancarle la ropa, hacemos el amor contra un tronco con el único acompañamiento del ruido del ritmo constante del río y sin quitarnos la ropa del todo, tan solo lo justo para permitir la penetración. Así, a lo sexo salvaje en el campo.

«A lo que es».

De vuelta a la civilización, con un aspecto lamentable, escogemos el mismo camino que nos ha traído hasta aquí, por ser el menos transitado. Se me adhiere cada prenda de ropa al cuerpo y me cuesta hasta caminar con los pantalones vaqueros empapados a causa de los litros y litros de pintura que llevo encima. Tampoco ayuda que Mike, jugueteando, me ponga la zancadilla cada tres pasos y me haga trastabillar.

—¡Penélope!

Reconozco la voz al instante. La llamada de Mark nos corta la conversación y el buen rollo al momento. Ambos levantamos la mirada y lo vemos esperándonos cerca de un árbol. Todavía estamos muy metidos en el bosque; intuyo que nos ha seguido cuando veníamos y ha decidido quedarse ahí hasta que volviéramos.

Nos acercamos a su posición con la espalda recta y el rictus serio. Tras las palabras de Mike de ayer estoy más tranquila, pero, aun así, tengo la sensación de que en los próximos minutos me voy a jugar mi carrera profesional, y muy posiblemente la de Mike.

—¿Podemos hablar? —me pregunta con educación—. A solas —recalca sin dejar de mirarme.

Y aunque sé que Mike quiere permanecer a mi lado y apoyarme, quiero hacerlo sola. Por la mirada de Mark me da la impresión de que sería más complicado si nos quedáramos los dos. No quiero darle la sensación de que «quiero pelea» desde el primer momento. Mark es mi amigo, necesito que comprenda nuestra situación y con Mike a mi lado gruñendo a cada segundo no sería posible.

Le lanzo una mirada a Mike y le digo que *sí* con la cabeza y, a pesar de que no está de acuerdo, respeta mi decisión y se aleja por el camino lleno de árboles y matas que lo llevará de nuevo al punto de encuentro.

—Bien. Aquí me tienes. Habla.

Mark sonrío sin ganas. Se acerca a mi lado y pone los brazos en jarras.

—Te has liado con un alumno, Penny. ¡Con un alumno!

—Ya lo sé.

—Y da gracias a que os haya sorprendido yo porque si llega a ser cualquier otro...

—También lo sé.

—¿Cómo ha podido suceder? Te juro que no alcanzo a comprenderlo. —Hace aspavientos con las manos en una clara muestra de su indignación—. Y, por si fuera poco, después de que os haya descubierto en fragante delito, ¡seguís juntos!

—No es tan sencillo, Mark.

—Pues explícamelo.

Suelto el aire que estaba reteniendo por la boca y me acerco a uno de los árboles, al que tengo más cerca. Me siento en la hierba y me rodeo las rodillas con las manos. Mark me mira desde su posición superior. Apoyo la barbilla en mis piernas y miro al infinito.

—Yo no me he *liado* —utilizo su expresión— con ningún alumno. Yo tan solo me fui de vacaciones a Riviera Maya con mi hermana. Nuestros padres murieron allí hace unos años y necesitábamos ir por mil razones que ni quiero ni necesito contarte a ti. Conocí a un chico, se llamaba Mike. Mike Sin Apellidos. Mike Sin Procedencia. Solo Mike. Me sentí atraída hacía él al primer segundo, atraída físicamente —recuerdo las sensaciones y los sentimientos que me embargaron durante aquellos días—, por sus ojos, por sus pecas, por su flequillo indomable, por sus reflejos rubios, por ese rostro que es tan bonito. No me importa reconocerlo —levanto la mirada hacia Mark—, Mike me pareció guapo y me gustó. Comenzamos a hablar, a conocernos más, y pensé que para un rollo de verano era una elección excelente. A medida que pasaban los días y que más sabíamos el uno del otro, la parte física pasó a un segundo plano. Comenzó a gustarme su personalidad, su carisma, su desparpajo, su ingenio, su encanto, su bondad, su *me la suda todo*... —Cierro los ojos y me pierdo en los recuerdos.

Mark se sienta a mi lado y adopta la misma postura que yo.

—Continúa.

—Aquellos quince días se convirtieron en los mejores que había vivido en mucho tiempo. Hicimos tantas cosas... incluso me enseñó a conducir. Apenas dormíamos, nos parecía una pérdida de tiempo con todo lo que podíamos hacer. Y cuando llegaron a su final... algo me sucedió. Sentía un vacío en mi interior que no alcanzaba a comprender. Nos despedimos con la convicción de que no volveríamos a vernos en la vida; ni siquiera sabíamos dónde vivía el otro. En cuanto llegué a Oxford, borré su número de teléfono y me propuse olvidarlo, a pesar de que mi corazón protestaba como nunca. El primer día de clase estaba nerviosa. Nerviosa y excitada a la vez por la nueva vida que me esperaba.

—Lo recuerdo.

—Cuando entré en clase y comencé a pasar lista —suspiro de nuevo—, el destino me dio una lección que jamás olvidaría. Intentamos alejarnos, los dos, olvidarnos y pasar página, pero fue imposible. Porque aquel era mi chico, mi chico del flequillo largo y ojos hipnóticos. Mi chico carismático y atrayente. Mi chico favorito del mundo. El único al que he...

—Oh, Penny —me interrumpe—, te has enamorado de un alumno.

Enamorado. Sí, supongo que esa palabra lo resume todo.

—Me enamoré de Mike. Ahora lo sé. Me enamoré de él en Riviera Maya. Y —giro el cuello y me enfrento a sus ojos con los míos empañados— juro por lo más sagrado que no entiendo qué hay de malo en ello.

Nos mantenemos la mirada hasta que Mark cierra los ojos y se acerca a abrazarme. Me rodea con sus brazos y me acaricia la espalda.

—No hay nada malo en ello. Perdóname. Me he comportado como un imbécil. No he podido pegar ojo en todo el fin de semana.

Asiento con la cabeza y me doy cuenta de que me habría dado igual que mi colega no lo hubiera entendido y nos hubiera delatado. Me es indiferente que el mundo no lo entienda.

Al separarnos, Mark sonrío y me seca las lágrimas que cubren mis mejillas.

—Creo que... creo que Michael Cunningham es pésimo dando clases de conducción. No conduces una mierda, Penny.

Me río y le agradezco el apoyo. Entonces se pone serio de nuevo.

—No sabes a lo que te enfrentas con su padre.

Vaya. No hay nadie que no conozca a Michael Cunningham II.

—Créeme, lo sé.

—No, no lo sabes. Contad conmigo para lo que necesitéis. Y tened cuidado.

—Gracias, Mark.

Nos levantamos del suelo y nos abrazamos de nuevo. Salimos del bosque y nos separamos en cuanto vemos a la marabunta de alumnos y profesores; yo dispuesta a irme a

mi casa lo antes posible y Mark... a donde quiera que vaya cuando no está en la universidad o conmigo.

—Ah, y, Penny —me dice a un metro de distancia.

—¿Sí?

—Dile a Cunningham que no conteste tu teléfono.

26

La lluvia

Hoy es junio. Y domingo. El primer fin de semana de junio. Y está lloviendo. Nada extraño para la ciudad de Oxford.

Cuando comienzo a escuchar el persistente repiqueteo de los gotones de agua en la ventana, me doy cuenta de que me he despertado de la siesta. O, más bien, de que alguien lo ha hecho.

—Qué manía tienes de destaparme —se queja Mike a la vez que me succiona el lóbulo de la oreja—. Siempre que duermo contigo me despierto muerto de frío. En Riviera Maya era igual.

—En Riviera Maya hacía treinta grados.

—Pues te quedabas con las sábanas.

—¿Y por eso has interrumpido mi sueño?

—Ajá. Y porque me aburría.

—¿Tú no estabas estudiando?

—Ya me lo sé todo.

Lo abrazo posando una de mis piernas encima de las tuyas y escondiendo la cabeza en su pecho, disfrutando así de la lluvia y de Mike. Hoy me apetece holgazanear. Él estira los brazos y me aprieta contra su cuerpo. Me besa el hombro y mete la mano debajo de mi camiseta.

—Eh, no te he despertado para que vuelvas a dormirte —me dice a la vez que me aprieta las nalgas.

Gruño a causa de la segunda interrupción de mi descanso dominical y me levanto. Me asomo a la ventana; a pesar de ser las cuatro de la tarde, el cielo y las calles están oscuras. Mike me abraza por detrás y apoya la barbilla en mi hombro.

—¿Qué miras?

—¿Te apetece dar un paseo?

—¿Un paseo de enamorados que se agarran de la mano bajo la constante y húmeda lluvia?

—Sí.

—Eres una romántica, Penn.

Nos duchamos, nos vestimos y salimos a la calle. Le ofrezco las llaves de mi coche a Mike para que nos lleve fuera de Oxford, a un lugar donde estemos a salvo de miradas indiscretas y donde tengamos absoluta libertad de movimiento. Elegimos un pueblo al azar de Oxfordshire y nos ponemos en camino.

Aparcamos el Ford y salimos al frío exterior; ya no llueve. El suelo está lleno de charcos y pisamos cada uno de ellos mientras paseamos agarrados de la mano. Nos mojamos los vaqueros y las botas, uno de los salpicones incluso me alcanza el calcetín. Nos paramos en los escaparates y nos besamos cada poco como... como si fuéramos una pareja normal. Y solo hemos tenido que conducir ciento cuarenta kilómetros para ello.

—Penn, está empezando a llover —me dice Mike en cuanto salimos de una pastelería con dos magdalenas de chocolate en las manos.

La noche se ha hecho la reina del firmamento y las farolas resplandecen con su luz amarilla. Abro el paraguas negro que llevo en la mano y vamos corriendo a refugiarnos bajo el toldo de una tienda de muebles antiguos. Nos besamos más y me resguardo en los brazos de Mike cuando noto que la lluvia me cala la espalda. Esperamos para ver si escampa, pero no.

—Me gusta caminar bajo la lluvia. —Cierro el paraguas, tomo la mano de Mike y lo arrastro de nuevo al paseo de baldosas empedradas.

—¡Nos vamos a empapar!

—Son solo cuatro gotas.

Y lo son. La lluvia cae sin fuerza, así que seguimos disfrutando de nuestro paseo. Saltamos unas cuantas veces más en los charcos y sonreímos a la gente agazapada en los pequeños sitios cubiertos de la calle, que nos observan divertidos.

Hasta que aumenta el vigor del agua que cae de las nubes. Aumenta bastante, de hecho. Las cuatro gotitas graciosas que apenas nos mojaban hasta ahora se han convertido en gotones que caen sobre nuestras cabezas y se nos resbalan por la frente.

—¿Podemos correr ya? —me pregunta Mike con el rostro lleno de agua.

—¡Sí! —grito mientras arranco en busca de asilo a la vez que abro el paraguas de nuevo.

Pero de poco nos sirve porque, en cuestión de segundos, tenemos las ropas empapadas y pegadas a nuestros cuerpos. Nos metemos en el primer establecimiento que vemos, que resulta ser un bar de mala muerte con la música a tope. Entramos tiritando, incómodos debido a la pesadez de nuestras prendas.

Dentro está sonando la canción *Gloria*, de Laura Branigan, reconozco la entonación del principio. Hacía como mil años que no la escuchaba. Nos sacudimos la ropa mientras nos internamos en el bar.

Gloria, you're always on the run now.

Running after somebody, you gotta get him somehow.

I think you've got to slow down, before you start to blow it.

I think you're headed for a breakdown, so be careful not to show it.

...

Camino despistada hasta que Mike me estira del brazo y me lleva directamente hasta el centro de la pista de baile que hay en medio del local y que está lleno de gente bailando. Ni siquiera nos acercamos a la barra para pedir algo de beber. Nos entremezclamos con el resto de parejas y me muero de la risa cuando me toma de la mano y comienza a tirar de mí al ritmo de la música.

And you really don't remember, was it something that he said?

Are the voices in your head calling, Gloria?

...

Nos alejamos y nos acercamos. Nos besamos y nos alejamos de nuevo. Las gotas de agua de nuestras cabezas enseguida se convierten en sudor. Nuestros pasos se vuelven torpes y graciosos por momentos porque ¡Mike es un bailarín horrible! Nos metemos mano a la vez que bailamos y comenzamos a cantar las estrofas que nos sabemos:

Gloria (Gloria), I think they got your number (Gloria).

I think they got the alias (Gloria) that you've been living under (Gloria).

But you really don't remember, was it something that they said?

Are the voices in your head calling, Gloria?

...

Cuando *Gloria* llega a su fin, se escucha el sonido de un altavoz que se enciende y una voz se dirige a la marabunta que estamos en la pista.

—¡Gracias a todos por el baile y en especial gracias a Michael y Penny que, a pesar de no tener ni puta idea de bailar, lo han dado todo!

¿¿Quééé??

Mike y yo nos miramos sin entender nada hasta que, segundos después, James y Grace aparecen a nuestro lado. ¿Y estos dos de dónde salen?

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunto, alucinada.

—Resulta que este bar es de un colega —nos dice James, mientras pasa el brazo por los hombros de Grace en actitud chulesca—. Solemos venir a menudo. ¿Y vosotros?

Les explicamos nuestra aventura con la lluvia y nos acercamos a la barra a pedir algo para beber. Estamos sedientos. Siento el sudor recorrerme la frente y la espalda. James le pide unos chupitos a su amigo el camarero, pero Mike rechaza el suyo y se toma un refresco; le toca conducir.

El querido acompañante de mi amiga enseguida comienza a descojonarse de nuestra forma de bailar. Dice que ha sido un espectáculo lamentable y que hasta sus abuelos de noventa años podrían hacerlo mejor. Mike acepta las críticas porque se la suda todo y yo... yo lo desafío.

—¿Me estás retando a un baile? —me pregunta cuando lo capta.

—Sí. A ver quién se mueve mejor.

—Hecho. Una canción cada uno, la que toque.

—Perfecto —acepto con inseguridad. Empiezo a ser consciente del lío en el que me he metido.

«Tómame otro chupito, Penny, y acuérdate de que, contando la de hoy, has bailado cuatro veces en público. Vaya bocaza que tienes».

—¡Tengo una idea! —nos dice Grace emocionada—. ¡Chicos contra chicas!

¡Sí! Me atrae mucho más esa idea que la de hacerlo yo sola.

—¡Genial! —digo para que nadie tenga tiempo a negarse—. ¡Vosotros primero!

Cuando la canción de la película *Fama* comienza a sonar, James arrastra a Mike a la pista sin dudarle. ¡Qué suerte! Esa es fácil. Grace y yo, muertas de la risa, nos apoyamos en la barra y disfrutamos del espectáculo. Tarareamos la parte instrumental de los primeros compases y movemos las caderas y la cabeza siguiendo el ritmo. Es inevitable.

Baby, look at me.

And tell me what you see.

You ain't seen the best of me yet.

Give me time.

I'll make you forget the rest.

I got more in me.

And you can set it free.

I can catch the moon in my hand.

Don't you know who I am?

...

Mike y James son pésimos bailarines: los dos. Intentan ejecutar movimientos acompasados, pero, al ver que no lo consiguen, se rinden y comienzan a hacer el tonto. La gente forma un corro a su alrededor y aplauden, lo que los anima todavía más.

Feel it coming together.

People will see me and cry -fame-.

I'm gonna make it to heaven.

Light up the sky like a flame -fame-.

I'm gonna live forever.

Baby, remember my name.

...

El momento álgido llega cuando James le levanta la camiseta a Mike y comienza a simular que le da azotes en el trasero, todo sin perder el ritmo. ¡Qué bochorno! Y qué bien me lo estoy pasando.

—El mío lo hace mejor que el tuyo —le digo a Grace.

—Mmm... tengo mis dudas.

—Aunque reconozco que le gana por poco.

—¿Mi novio le está tocando el culo al tuyo? —me pregunta mi amiga en cuanto vemos el siguiente movimiento de la parejita.

—Sí, pero no lo culpes. Mike tiene un trasero irresistible.

Al finalizar la canción, el bar se llena de aplausos y vítores. Increíble.

—A ver si lo mejoráis —nos dice James al unirse a nosotras.

El siguiente gran éxito llega. Lo reconozco desde el principio: *It's Raining Men*.

«¿Y quién no?».

La bailaba con mi hermana, frente al espejo, cuando éramos pequeñas. Y como jamás he hecho nada parecido a lo que estoy a punto de hacer, me tomo los tres chupitos que el camarero acaba de depositar en la barra y agarro a mi amiga de la mano.

—Vamos, Grace. Sigue mis pasos.

Humidity's rising, Barometer's getting low.

According to all sources, the street's the place to go.

El alcohol comienza a recorrer mis venas y la osadía encuentra un hueco en mi actitud. No es demasiado complicado ganar a los chicos, lo han hecho fatal, pero han sido muy graciosos, y eso gusta, así que necesitamos darle un toque diferente a nuestro baile. Quizá un toque erótico. Nos colocamos en el centro de la pista. El resto de la gente ni se molesta en bailar; todos nos observan.

Cause tonight for the first time.

Just about half-past ten.

Me quito la sudadera con lentitud y se la tiro a la cara a Mike, que me mira entre estupefacto y divertido. Hago lo mismo con el jersey de manga larga y me quedo tan solo con una camiseta de licra de tirantes. Los gritos de nuestros espectadores no se hacen esperar.

For the first time in history.

It's gonna start raining men.

...

Al primer *It's raining men*, chocamos la palma. ¡Esto va bien!

Recuerdo, más o menos, los pasos que practicábamos Anna y yo, y que aplicábamos a cualquier melodía, y se los muestro a Grace, que enseguida coge el ritmo. Nos movemos en casi perfecta sincronía y nos frotamos la una con la otra cada vez que tenemos ocasión. El público se vuelve loco, y Mike y James babean tanto que hace hasta gracia.

I... feel... stormy... weather... moving... in.

About to begin

—Vamos, Penny, hasta abajo —me dice Grace al oído.

Me arrimo a su espalda y bajamos, sin dejar de mover las caderas, hasta el suelo. Volvemos a subir.

With... the... thunder... don't... you... loose... your... head

Rip off the roof and stay in bed!

Bajamos de nuevo... y arriba otra vez.

(Rip off the roof and stay in bed!) Oh!

...

Antes de acabar del todo la música, Mike se mete en la pista y me coge en brazos.

—Joder, te comía enterita ahora mismo. Además de estar la hostia de orgulloso de ti por lo que acabas de hacer, también me he empalmado.

—¡Hemos ganado! —grita Grace cuando los aplausos desbordan el local.

—Claro, vosotros sois los bailarines más terroríficos que hemos tenido la desgracia de ver —les digo sin dejar de abrazar a Mike.

«Y aun así también se os cae la baba a vosotras. Vaya cuatro».

—No os preocupéis que tenemos toda la vida para enseñaros —dice mi amiga a carcajada limpia.

Todos reímos. Todos, excepto James, que mira fijamente a Grace con una expresión de... ¿terror? en el rostro imposible de ocultar, al menos durante unos segundos. Grace no la ve, pero yo, sí. Supongo que un *toda la vida* asusta así de primeras.

Varios bailoteos más tarde, volvemos los cuatro a Oxford en mi coche en completo silencio. Grace y yo vamos en los asientos de atrás, medio somnolientas. Mike conduce. Y James no emite ningún sonido. Creo que me quedo dormida porque lo siguiente que veo es la luz del amanecer desde mi cama.

Voy a la universidad, con dolor de cabeza, y me encierro en mi santuario a revisar varios exámenes. Hoy es cuatro de junio; un día para recordar.

—Penny, James me ha dejado. —Grace irrumpe en mi despacho, llorando sin consuelo.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que ya no estamos juntos. No quiere volver a verme. Dice que vivimos en mundos diferentes y que ya se ha cansado del mío.

¡Joder! Me levanto y la abrazo con fuerza. No me sale hacer otra cosa. No sé qué creer. No entiendo nada. Es imposible que sea a causa del *toda la vida* de ayer por la noche.

—No puede ser —le susurro.

—¿Penny? ¿Penny, qué ha sucedido? ¿Qué he hecho?

—Tú no has hecho nada.

Nos pasamos una hora intentando entender lo que ha pasado, pero es que es tan inverosímil... Me despido de Grace con la promesa de ayudarla. No sé cómo va a ser capaz de dar clase con la que tiene encima. Mando un mensaje a Mike.

Penny: James ha dejado a Grace. ¿Sabes algo?

Mike: No.

Penny: OK. Te veo después de clase.

Se me cae el móvil al suelo al ir a guardarlo en mi bolsillo. Me agacho a recogerlo y es entonces cuando siento cómo la puerta de mi despacho se abre de nuevo. La corriente, gélida, que entra me estremece todo el cuerpo y su voz, tan escalofriante, me paraliza.

—Hola, Penélope Ballester.

Es el padre de Mike.

Sorpresa

—Hola, Penélope Ballester.

Me quedo paralizada en el suelo con el móvil en la mano; la pantalla todavía iluminada con la conversación de Mike. Mil pensamientos acuden a mi cabeza, mil y ninguno a la vez. Pulso el botón de apagado y ambos escuchamos el clic del botón. No se oye nada más. Incluso por unos instantes creo que lo he soñado, a pesar de sentir el pulso en la garganta.

Me levanto, despacio, y me doy la vuelta. Y ahí está él. No es ningún sueño. Es una pesadilla porque la expresión que tiene en el rostro es aterradora. No está enfadado, permanece tranquilo, feliz, seguro... y eso es lo más espeluznante. Obligo a mi cerebro a emitir palabras.

—Hola, señor Cunningham. Qué sorpresa.

Cierra la puerta y se acerca a mí. Me sujeta el brazo con fuerza y acerca su rostro al mío; su olor impregna mis fosas nasales, y su contacto me resulta tan desagradable que incluso me entran náuseas.

—¿Te crees que soy gilipollas? —me susurra al oído. Siento su aliento asqueroso en mi piel—. Haznos un favor a los dos y deja de fingir.

Cuando me suelta, me tiembla todo el cuerpo. Saca un sobre de la chaqueta y lo tira sobre la mesa de mi despacho.

—Ábrelo.

Me quedo observando el grueso sobre marrón. Todavía estoy paralizada. Y no se me escapa que no ha dejado de tutearme en ningún momento. Supongo que para amenazar como Dios manda hay que hacerlo de tú a tú.

—¡Ábrelo!

Me sobresalto y le obedezco. Me acerco a la mesa, las piernas como gelatina pura, y lo cojo. Su contenido no me provoca ninguna reacción... Sabía lo que había dentro desde que lo he sentido entrar en mi despacho. Desde que he visto esa sonrisa de satisfacción. Son fotos nuestras, de Mike y mías. Fotos donde se ve claramente que tenemos una historia de amor, o de sexo. En las últimas yo estoy tumbada contra un árbol, llena de pintura, mientras Mike, con los pantalones y la ropa interior por debajo de las caderas, se cierne sobre mí.

Algo muy feo me sube desde el estómago hasta la garganta. Las ganas de vomitar se incrementan y la bilis me llena la boca.

—Bien. Y ahora..., hablemos.

—¿Qué quiere? —Aparto las fotos de mi vista y las dejo de nuevo sobre la mesa.

—Así me gusta, querida. Que nos movamos en el mismo idioma.

—Hable.

—Parece que al final el niño despota, malcriado, egoísta y megalómano ha conseguido que te abras de piernas. En el fondo me siento orgulloso de él. No se le resiste ni una.

Si pretende que responda a eso... Me quedo callada.

—Este también era el despacho de su padre, ¿verdad? —me pregunta mientras observa el techo y todo el habitáculo. Continúo sin contestarle—. Tengo entendido que era un gran académico. ¿Qué pensaría si conociera los detalles de lo que hace su hija pequeña con sus alumnos?

—No meta a mi padre en esto.

—Yo creo que lo decepcionaría. Estoy seguro de que falleció pensando que dejaba a sus dos hijas bien educadas y con un futuro prometedor.

Me acerco a él con rabia. Con la sangre hirviéndome las venas.

—No le tengo miedo.

—Acostarse con un alumno, que es prácticamente un niño, y siendo su profesora... —Chasquea la lengua y niega con la cabeza—. Eso ha estado muy mal, señorita.

—Mike no es un niño, y yo no soy su profesora.

Hace varios meses que cumplió los veinticuatro, en febrero.

—Ah —coge las fotos y rebusca entre ellas—, pero lo era en aquel entonces. —Me enseña una imagen en donde se nos ve a los dos besándonos en la entrada de mi casa. Está nevando. Fue el beso que me dio Mike antes de irse de vacaciones de Navidad—. Vamos, Penélope, no te vayas por subterfugios. El asunto es el que es.

—No hay nada sucio ni prohibido en lo que tengo con Mike, así que puede amenazarme con lo que quiera, ya le he dicho que no le tengo miedo.

—No estoy seguro de que la universidad piense de la misma manera. Oxford sigue siendo muy conservadora respecto a ciertos asuntos.

—Oxford —recalco la palabra— me importa una mierda. Así que, si eso es todo lo que tiene —le muestro la salida—, le agradecería que abandonara mi despacho.

—Contaba con ello. Te conozco. Te he estudiado. Siempre hago un trabajo minucioso con mis enemigos. Eres una romántica, Penélope. Podría dejarte sin trabajo, no aquí en Oxford, en todo el jodido mundo, podría acabar con tu carrera con un chasquido de mis dedos, y en el mismo chasquido, podría acabar con la vida profesional de tu hermana y su novio, pero mientras tengas a Mike a tu lado saldríais adelante, ¿verdad? Mientras exista el amor, lucharéis contra las adversidades. No hace falta que me contestes.

No lo hago. Tampoco puedo negar que la amenaza sobre Anna me asusta.

—Hablemos de Mike —continúa diciéndome. Lo miro con extrañeza. Él ve la duda en mi expresión—. A mi hijo lo conozco mejor que a nada en el mundo. Tiene dos pasiones, su carrera como médico y Rose. Vive para ellas. No dudo que a ti te quiera, que se haya *encoñado* contigo, pero ¿qué pasaría si se lo arrebatara todo? ¿Qué sucedería si le quitara la posibilidad de ejercer como médico sobre la faz de la tierra y lo alejara de su hermana por el resto de su miserable vida? —Intento acabar con el nudo que tengo en la garganta tragando saliva, pero no resulta—. Seguro que al principio os sentiríais dichosos, pero a él le faltaría algo y, con el tiempo, te lo echaría en cara, te culparía de todo; no sería feliz. Podría serlo sin ser médico, aunque siempre tendría esa espinita que no lo dejaría disfrutar de la vida en su totalidad, pero jamás lejos de Rose. En cambio, podría vivir sin ti.

—¿Por qué? —le pregunto con las lágrimas empañándome los ojos.

Sé que entiende mi pregunta. ¿Por qué haría infeliz a su propio hijo, a propósito?

—Porque tengo grandes planes para Michael y tú no eres más que un obstáculo molesto. Yo siempre gano, Penélope. No lo olvides.

—Quiere que lo abandone.

—Sí. Y que lo hagas sufrir un poco tampoco estaría de más. Mira que le tengo dicho que no se encariñe con nada ni nadie, que lo hace débil, pero ni caso. Espero que aprenda la lección de una vez.

—Eso es despreciable.

—Estoy haciendo lo mejor para él. En el futuro me lo agradecerá.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—No demasiado. Dejaré que te lo pienses durante unos días y espero tener noticias tuyas pronto. Adiós, Penélope. —Deja sobre la mesa su tarjeta de visita antes de irse.

En cuanto sale, corro hacia la puerta y la cierro de un portazo. Echo el pestillo para acabar de asegurarme de que no pueda volver a entrar y apoyo la frente en la pared. Los sollozos llegan sin avisar. Me pongo la mano en la boca en un intento de acallarlos y de no desmoronarme, pero es imposible. Las lágrimas cada vez caen con más fuerza. Me arrastro por la pared y me siento en el suelo. Escondo la cabeza entre las rodillas y lloro desconsolada.

???

Paso dos semanas horribles. No tengo ni idea de lo que voy a hacer. Quiero, *necesito*, batallar contra el padre de Mike, pero... Mike. Oh, Dios, Mike. Cuando Mike me dice lo mucho que me quiere se me rompe el alma.

Un día cualquiera, después de estudiar, se puso romántico. Me gusta que se ponga romántico. Me gusta demasiado.

—*Sin ti soy mucho, pero contigo soy más* —me dijo, tras desplomarse sobre mi cuerpo después de hacer el amor.

A mí me entró la risa. Dentro de toda esta mierda de situación, me entró la risa.

—*¿De dónde has sacado esa frase?*

—*Aparece en los servilleteros de James.*

—*Es una frase muy bonita.*

—*¿Qué te pasa, Penn?* —me susurró al oído.

—*Nada. ¿Por qué lo preguntas?*

—*Es la primera vez que sonrías desde hace días.*

—*Estoy bien. Es que tengo muchas cosas en la cabeza con la finalización del curso.*

No lo convenció. No lo convenció para nada, pero tampoco insistió. ¿Cómo iba a imaginarse lo que rondaba por mi mente? ¿Lo que estaba a punto de hacer? De haberlo sabido, estoy segura de que se habría empeñado mucho más en sonsacármelo. No habría parado hasta sacármelo todo.



Ese jueves, dos semanas y media después de la visita de Michael Cunningham II, invito a Grace a cenar a casa. No quiero estar a solas con Mike; necesito despejar la mente y meditar sobre lo que voy a hacer, y teniéndolo a él abrazado a mi espalda mientras vemos una película, haciéndome carantoñas en la cena, estudiando en mi mesa como si fuera la suya, creando un entorno demasiado íntimo y familiar o moviéndose entre mis piernas no ayuda demasiado.

Y, además, Grace necesita desocupar la cabeza tanto o más que yo. James no ha respondido a ninguna de sus llamadas ni a ninguno de sus mensajes. Y han sido muchos. Cuando ha acudido a buscarlo al bar, siempre le han dicho que no se encontraba en ese momento. Mentira, claro. La está evitando. Mike ha hablado con James, pero no me ha explicado demasiado, solo me ha pedido tiempo. ¿Tiempo para qué? Si al menos entendiéramos el motivo de su comportamiento... Me siento tan indignada con él. Me gustaba James, me gustaba de verdad.

Así que no soy la única que ha tenido unas semanas miserables. Grace se encuentra ahora mismo en el punto de no querer saber nada de James; está demasiado enfadada como para seguir intentando averiguar lo que le ha sucedido.

Hace una semana se fue a casa de sus progenitores a pasar el fin de semana (llorar en el hombro de mamá ayuda a los quince, a los treinta y hasta a los cincuenta; estoy segura), y acabó saliendo con el hijo de unos amigos de la familia que casualmente se encontraban allí. Se llama Paul y es «agradable, si te gusta la clase de persona que a los treinta y muchos aún vive con sus padres y con un sentido del humor más que incierto». Palabras de Grace,

no más. Me resulta curioso que entre los británicos se critiquen los unos a los otros el sentido del humor.

En resumen, que esa primera cita fue un desastre, Grace no estaba nada comunicativa ni animada ni encantadora, pero, milagro, él quiere volver a verla. Y ella no está segura. Yo la entiendo. Es verdad que dicen que un clavo saca a otro, pero, demonios, ¡que el primer clavo acaba de dejar de ser empujado por el martillo!

«Eres única haciendo analogías».

Cuando suena el timbre me acerco a abrir. Recibo a mi amiga con un abrazo y muchos besos en la mejilla. No hemos terminado de asentarnos en el sofá y el timbre vuelve a sonar.

—¡Voy yo! —Mike sale de la cocina y se acerca, animado, a la entrada principal.

Miro a Grace confundida. No esperamos a nadie.

«El padre de Mike». ¡No! ¡Todavía no! Me levanto de un impulso. El corazón se me acelera y la boca se me seca. Los flujos de saliva se convierten en piedras hasta que se abre la puerta y James, ¡James!, hace acto de presencia. Suelto todo el aire que había acumulado y me siento de nuevo en el sofá, todavía temblando.

—¿Qué hace él aquí? —el grito de mi amiga me trae de vuelta a la realidad.

Le devuelvo la pregunta y la expresión de sorpresa a Mike, que me mira con ojos de cordero degollado. Lo entiendo al instante. Ha querido juntarlos para que se vean, se enfrenten y ver si puede arreglar algo. Y no me ha avisado.

—Entiendo que no vamos a tomar unas cervezas y ver el partido —dice el camarero con cierto resquemor.

—¿El partido? ¡Ni pensarlo! —chilla Grace, levantándose y poniendo los brazos en jarras a la vez.

—Vamos a la cocina.

Mike se lleva a su colega cogido del codo, pero no sin antes acercarse a mi oído y susurrarme con suavidad:

—Dale un poco de tregua al chico. Lo está pasando mal.

—No he dicho nada.

—No ha hecho falta.

Nos quedamos solas en el salón de mi casa, en silencio. Yo recuperándome del susto y Grace jurando sin parar sobre la aparición de James. Llega un momento que incluso comienzo a contar los insultos: cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos... todos seguidos, sin detenerse ni para respirar ni para poner una coma. Es imparable. Suelta algunos que ni siquiera comprendo. Jamás los había escuchado. Y yo pensando que el español era rico en vocabulario...

«Ahí tienes cincuenta maneras de llamar capullo a alguien en inglés».

Cincuenta y uno, cincuenta y dos...

—¿Y qué demonios están haciendo en la cocina? —Dejo de contar y me agito por la interrupción.

—¿Qué?

—¡Esos dos! —repite, apuntando con el dedo índice hacia el final del pasillo—. ¿Qué hacen allí solos?

Sonrío cuando se me ocurre una idea.

—Ven.

Cojo a Grace de la mano y la llevo hasta un punto del pasillo en el que podemos ver a los chicos a través de un cristal que hay en la pared sin que ellos nos pillen. Nos sentamos en el suelo y los observamos actuar.

James cocina y Mike le hace de pinche mientras charlan y escuchan el partido de fondo desde uno de los móviles. El ex de mi amiga interroga a su ayudante sobre los exámenes y este contesta con chulería; ha realizado ya la mayoría de ellos y, de momento, le ha ido muy bien. Se nota que le apasiona la Medicina. Pálpito en el pecho.

Da gusto ver su camaradería. A Mike se le ve feliz. Si hay algo de lo que me he dado cuenta en el tiempo que llevo con él, es de que es un hombre familiar. Le gusta pasar el rato con su gente. Es posible que las personas que en su infancia no han tenido la oportunidad de tener una familia de verdad, Mike a causa de un padre abusivo y una madre inexistente, la busquen durante toda su vida de adultos. Anhelamos lo que no tenemos. Y Mike anhela, y busca, una casta. Una generación propia. Y no puede hacerlo sin su hermana. Segundo pálpito en el pecho.

La creciente erupción de rabia me recorre el cuerpo como magma al pensar en los dos causantes de toda esta situación. No entiendo cómo unos padres pueden destrozarse así la vida de sus hijos. Me doy cuenta de que lo más importante para él es que su padre lo deje vivir. Vivir feliz en un nuevo entorno.

Comienzo a estar segura de que lo mejor es abandonarlo. Se me contrae el corazón. Se me contrae tanto que hasta duele. Duele demasiado. Y me llega el tercer pálpito. Apoyo la cabeza en el hombro de Grace, que no ha apartado la mirada ni un segundo de James. Maldito amor.

Cuando nos sentamos a cenar a la mesa, Grace lo hace enfrente de James y yo, enfrente de Mike. La comida tiene muy buena pinta. Incluso las patatas con queso de James. En cuanto las coloca y deja ver a propósito cómo sitúa el ketchup encima del mueble más alto de la cocina (recordemos que Grace es bajita), cuchillos imaginarios vuelan por doquier.

La conversación, inexplicablemente, nos lleva a la cita de Grace con el hijo del amigo de sus padres.

—¿En serio vive con sus padres? ¿No es broma? —pregunta James, jocosamente, metiéndose una patata en la boca.

—No —le dice mi amiga, haciéndose la despistada.

—No sabía que te gustaban de esos.

—¿De esos? —El tic en el ojo de Grace me asegura que no está tan *despistada* como quiere hacernos creer.

—De los que aún no han madurado y viven bajo el brazo protector de papi y mami.

—Pero así puedo cobijarlo bajo los míos, bajo mi casa y bajo mi cama.

A James se le atraganta la patata. A Mike, el refresco. Jaque mate. Yo me lo veía venir.

Decir que la cena es un desastre es quedarse corto. Cuando Grace se levanta dispuesta a embadurnar de ketchup las patatas y James se le adelanta y tira el envase por la ventana abierta de la cocina, sé con seguridad que hemos tocado fondo.

—¡Me voy a casar con Paul y voy a llenar la jodida despensa de latas de tomate y a mandarte una foto cada día! ¡¡Cada maldito día!!!

Yo me quedo alucinada debido a la palabrota que ha soltado en medio de la frase. Nunca la había escuchado hablar así.

Mike se coloca en medio de los dos para que la sangre no llegue al río y le quita a Grace el tenedor que sujeta en las manos. Solo por si acaso decide pincharlo en otro sitio que no sea comida.

Y James:

—¿Quién cojones es Paul?

—¡Arggg! ¡Te odio!

—¿No te referirás al idiota que vive con sus padres?

—¡Pues resulta que sí! ¡A él me refiero!

—¡Pero no puedes estar pensando en tener una vida con ese!

—¿Ah, no?

—¡¡No!!

—¿Y por qué no? ¡Ilumíname!

—¡Porque no es lo suficientemente bueno para ti! ¡No te he dejado para que te largues con otro perdedor peor que yo!

Acabáramos. Fin del misterio.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo...? ¿Me estás diciendo que me has dejado porque te crees inferior a mí?

—No. Yo no he dicho eso.

—Sí lo has dicho —añade Mike a la conversación.

—Gracias, colega —le dice el camarero, de nuevo, con resquemor.

—De nada.

—No me lo puedo creer. ¡Esto es absurdo! ¿En qué estabas pensando para creer algo así?

—En que no quiero verte vivir o entre mis fogones o tenerte esperándome en casa hasta las tantas. La vida del bar es dura, Grace. Y mis padres no pueden dedicarse al negocio. Yo cojo las riendas. Estoy solo. Y tú eres delicada y...

—¿Delicada?! ¡Yo no soy delicada, maldito estúpido!

—Ya me entiendes.

—¡No, no lo hago! Lo único que sé es que me has dejado porque pensabas que era demasiado esnob como para estar contigo. Pues déjame decirte que estabas equivocado. Muy equivocado. Me habría encantado formar parte de tu vida —le dice con lágrimas en los ojos—, me habría encantado cerrar contigo el bar a las mil, me habría encantado ayudarte a preparar los desayunos a las seis de la mañana cuando fuera necesario, me habría encantado hacerte compañía sentada en un taburete tan solo observándote trabajar y me habría encantado que me conocieras mejor.

Silencio. Después de la tormenta, llega la calma. Nos quedamos los cuatro sin nada que añadir. Grace y James mirándose fijamente a los ojos. Mike en medio separándolos con los brazos. Yo sentada a la mesa. En cuanto veo que Mike muestra intención de querer decir algo lo detengo con la mirada. Tienen que resolverlo entre ellos.

Un ruido en la ventana nos sobresalta a los cuatro. Me levanto y me acerco a ver qué pasa. Es uno de mis vecinos.

—Perdona, Penny. ¿Esto es tuyo? —me dice tendiéndome el bote de ketchup—. Me ha parecido que ha salido volando por tu ventana.

—Sí, es nuestro —se me adelanta Grace antes de que me dé tiempo a responder. Se sube a la encimera, para alcanzar la ventana, y coge el recipiente que le tiende mi vecino—. Gracias.

Baja de un saltito y va directa a la mesa. Comienza a embadurnar de tomate todo lo que encuentra en su camino: patatas, pan de ajo, pollo al limón, la Coca-Cola de James...

Oh, joder. Le doy las gracias a mi vecino, que observa la escena con los ojos como platos y cierro la ventana para que no haya más percances.

En cuanto mi amiga termina su labor, se acerca a James y golpea con fuerza el tarro en su estómago.

—¿Te hubiera encantado? ¿Ya no lo hace? —le pregunta este con el bote vacío en la mano.

—No, James. No me gusta perder el tiempo con gilipollas acojonados.

—Yo no soy... Déjalo. No lo entiendes.

—Más de lo que crees.

Cuando Grace y James se van, cierro la puerta de la calle con el convencimiento de que se van a arreglar. Lo he visto en el gesto de James al tenderle la chaqueta y apoyar su mano

en la espalda de ella con gesto arrepentido y lo he visto en mi amiga, que a pesar de lanzarle una mirada abrasadora (en el mal sentido), le brillaban los ojos (en el buen sentido) como nunca.

Subo al piso de arriba y me tiro, derrotada, a la cama. Poco después siento a Mike meterse y me vuelvo para mirarlo con una sonrisa. Quiero deleitarme de esto hasta el último momento. Me incorporo sobre un codo y arrimo mi pierna a su cuerpo, disfrutando de la proximidad.

—Lo hemos hecho bien, ¿verdad? —me pregunta con una sonrisa radiante.

—Lo has hecho bien.

—Somos un equipo, amor.

Mike me muerde en la curva donde el hombro y el cuello se unen, me sujeta la cara y me besa con violencia. Gime cuando abro la boca para darle acceso.

Nos movemos hasta que Mike queda encima de mí; nuestras lenguas y nuestros cuerpos deslizándose juntos.

Cuando se queda dormido en mis brazos, lo contemplo a placer. El cabello, que le ha vuelto a crecer, le cae por la frente, y su mano descansa sobre mi cadera.

Es el último día que Mike y yo nos acostamos, porque la decisión de abandonar al amor de mi vida está tomada.

Decisiones

Toc. Toc. Toc.

Golpeo con los nudillos la puerta de la habitación de hotel donde el padre de Mike está hospedado. Esta mañana lo he llamado por teléfono desde el despacho para informarlo de mi decisión con respecto a su hijo. Ha tardado tres horas en venir. Tres.

Abre a los pocos segundos.

—Buenas tardes, Penélope. Adelante. —Entorna la puerta y entro sin mirarlo y sin devolverle el saludo. No se me escapa que sigue tuteándome, como en la última ocasión.

Me coloco junto a la ventana y me asombro de ver el sol escondiéndose por el horizonte. No pensé que fuera tan tarde. He tenido que dar unos diecisiete paseos antes de atreverme a venir aquí; sabía que una vez que lo hiciera, no habría marcha atrás.

«Y de paso, has tenido al demonio esperándote durante horas. Bien».

—Toma asiento, por favor —me indica mientras me señala el pequeño saloncito que hay cerca de la cama, imponente, con dosel incluido.

No sé qué odio más: si esa pose de autosuficiencia o el brillo que intentan disimular sus ojos por saberse vencedor.

—No, gracias. Van a ser solo unos minutos.

No quiero tocar nada que le pertenezca; incluso pisar su mismo suelo me repugna. El ambiente huele a él, a corrupción, a indecencia, a suciedad, a pesar de tener un aspecto tan limpio y pulcro como el maldito vidrio diáfano que no puedo dejar de observar.

—Como prefieras.

Mientras sigo mirando por la ventana, escucho el tintineo de varios hielos al caer en un recipiente de cristal. Cuando me giro, me escruta con esa asquerosa sonrisa perenne que tiene en el rostro y con un vaso lleno de un líquido ambarino en la mano. No sé de dónde viene el valor, pero me acerco a él y se lo escupo todo a la cara, tuteándolo, y sin detenerme ni para respirar.

—Tú ganas. Enhorabuena. Estás a punto de destrozar una parte importante de la vida de tu hijo. Espero que Dios te perdone, porque no creo que él lo haga. Voy a dejar a Mike, pero antes voy a hacerte una advertencia.

—¿Me vas a amenazar? ¿Tú? —me pregunta con sorna mientras pega un sorbo a la bebida—. Interesante.

—Llámalo como mejor te guste. Y no subestimes a tus enemigos, que torres más altas han caído. —Dios, no sé ni cómo me ha salido esa frase—. Exijo que dejes en paz a Mike, que le dejes vivir su vida.

—¿Tú me exiges algo a mí, hormiguita insignificante?

—Sí —me envalentono—. No quiero ver ni un solo maltrato más.

—¿Y cómo cojones vas a evitarlo? —me pregunta con los ojos, malvados, amenazadores, puestos en mí.

Esa es una buena pregunta. ¡Piensa, Penny, piensa! No tengo nada que hacer contra él, yo soy una *hormiguita insignificante*, como bien ha dicho, y Michael Cunningham II es un gigante con muchas ganas de aplastar insectos a su paso. Tengo que encontrarle un punto débil.

—Porque te juro que voy a la prensa y lo cuento todo —suelto a la desesperada.

Es posible que yo no tenga fuerza suficiente para luchar contra él, pero hay otros que sí pueden hacerlo.

El padre de Mike se ríe con ganas.

—¿Crees que puedes ir a los medios de comunicación a contar vete a saber qué historias de terror y que te harán caso por tu cara bonita? ¿Tan estúpida eres? —Me mira como si quisiera matarme, literalmente; se le ha borrado la sonrisa y atascado la bebida en la garganta. No voy tan desencaminada.

«No lo dejes dominarte. Ese es su juego».

—No soy estúpida, sé que resultaría —busco la palabra más adecuada— peliagudo que te condenaran en un juicio a causa del poder que tienes y de la mierda de mundo en el que vivimos, donde la corrupción y los amiguismos están a la orden del día, así que eso está fuera de la ecuación, pero también sé que siempre existirá alguien, algún periódico, algún programa de televisión, algún periodista interesado en destapar los trapos sucios de la gente famosa, poderosa y despreciable como tú, y créeme que no le vendría nada bien a tu reputación un escándalo así. Ni a ti ni a tus negocios.

—Niñata entrometida...

—Tampoco creo que le hiciera gracia a tu padre escuchar lo que haces con la vida de sus nietos. Puede que Mike no tenga el valor de ir donde su abuelo a pedirle ayuda porque lo tienes agarrado por los huevos, pero te aseguro que a mí me importa una mierda.

—¡No te permito que...!

—No te molestes —lo corto, notándome el cuerpo arder— en amenazarme. No sigas jugando con alguien que acaba de perderlo todo. —Tras pronunciar mis últimas palabras, respiro. Al fin, respiro.

—¿Cuándo?

¿Cuándo voy a dejar a Mike?

—Mañana por la mañana.

—Bien. No tenemos más que tratar. Aquí acaba nuestra historia. Buenas tardes, señorita Ballester.

—Hasta nunca.

Cruzo la habitación, abro la puerta y la cierro de un portazo. Entonces, empiezo a temblar, pero no me detengo; la congoja no me lo permite. Llego al ascensor y lo llamo, inquieta y a la espera de que se abra la del dormitorio de nuevo y que ese hombre horrible me alcance y me haga... ¡No lo sé!, pasan tantas cosas por mi cabeza en estos momentos... Cuando se abre el elevador, entro y pulso con fuerza repetidas veces el botón que lo cierra de nuevo. Una vez a salvo entre las cuatro paredes, le pego al interruptor de la planta baja.

Al salir a la calle, estoy a punto de derrumbarme. Me dejo caer contra la primera pared que encuentro y aspiro el máximo oxígeno que admiten mis pulmones. El estómago se me llena de aire y lo dejo ahí unos segundos antes de soltarlo. ¿He ganado? ¿De verdad he ganado?

«Según como se mire. Acabas de perder a Mike. Lo has sacrificado».

Sí, pero él va a estar bien. Y eso es lo más importante.

Decido dar otro paseo para tranquilizarme, bajar la adrenalina y eliminar todo el temor de mi cuerpo.

Cuando llego a casa, ya se ha escondido el sol del todo. Abro la puerta y veo a Mike, que me espera estudiando en la mesa del salón, como casi todas las noches desde hace semanas. Está a punto de terminar la carrera, y yo me lo voy a perder.

Intento disfrutar de mis últimas horas con él. Me siento en el sofá a verlo estudiar, a empaparme de su imagen: de cómo sopla el flequillo para apartárselo de la cara sin éxito, de cómo mueve el bolígrafo entre los dedos de la mano, de cómo se abstrae y se olvida del mundo. Le preparo un sándwich para que cene algo rápido y no tenga que interrumpir su concentración. Me lo agradece con un suave beso en los labios; uno de los últimos.

Cuando se va al dormitorio, lo sigo escaleras arriba. Cae en la inconsciencia casi en el mismo instante en que coloca la cabeza en la almohada. Le acaricio el pelo mientras duerme. En los últimos meses, puedo contar con los dedos de la mano las veces que ha pasado la noche en su residencia: tres. Y todas porque había quedado para estudiar en grupo y se entretuvieron hasta la madrugada.

Me levanto y bajo las escaleras hacia la cocina. Saco la leche de la nevera y la caliento en el microondas. Le añado dos cucharadas de cacao y me desplazo de nuevo a las escaleras. Me siento en el escalón del chocolate a tomármelo y me quedo en la oscuridad mirando a la nada, hasta que comienzo a sentir frío y me acurruco contra la pared y me tapo las manos con las mangas del pijama. Aprieto con fuerza el tazón, que aún mantiene el calor, mientras doy pequeños sorbos.

Un buen rato después, me levanto para volver a la cama. Dejo la taza en la esquina de la escalera y me dirijo a mi habitación. Me quedo en el umbral observando a Mike una vez más: se lo ve tan tranquilo, tan relajado y a gusto. Está totalmente destapado, de costado y con un brazo reposando sobre su estómago. Y pretendía hacerme creer que la culpa de su desnudez era mía, que yo le quitaba las mantas. Sonríó con tristeza y, sin querer desaprovechar ni un segundo más, me meto junto a él; tengo la piel tan fría que el calor que emite el cuerpo de Mike, a pesar de llevar encima solo el bóxer, me hace sentir en el cielo; debe de haberse destapado hace poco. Nos cubro a ambos con la sábana y la colcha a la vez que paso una pierna sobre la suya y lo estrecho con fuerza. Necesito su contacto.

—Mike. —Intento despertarlo—. Mike.

Se remueve y me habla sin abrir los ojos.

—¿Qué hora es?

—Aún es de noche.

—¿Qué pasa?

—Que te quiero. —Mi voz sale temblorosa. Cierro los párpados con fuerza y rezo para que no escuche mis sollozos ni me sienta las mejillas mojadas por las lágrimas.

Se da la vuelta y se abraza más a mí.

—No lo olvides, por favor.

Pero se ha vuelto a dormir.

No me odies, por favor

Cuando, tiempo después, noto que Mike se despierta, finjo estar todavía dormida. Estoy segura de que es temprano a pesar de ser sábado. No he cerrado los ojos en toda la noche y, por increíble que parezca, ni me siento agotada ni tengo un sueño terrible ni el cuerpo hecho trizas ni nada que se le parezca. No hay nada.

Bueno, casi nada. Porque el suave beso que me da Mike en los labios antes de levantarse, aun creyéndome entre sueños, me hace sentir tan sucia y contaminada por lo que estoy a punto de provocar que, en cuanto se separa de mí, una lágrima cae por mi mejilla por mucho que me esfuerce en contenerla.

Apoyo la espalda en el colchón cuatro segundos después de que Mike abandone la habitación y miro hacia el techo, una vez más. Nunca me he visto en la tesitura de tener que infligirle dolor a una persona. Y todavía menos a alguien a quien quiero con locura. Después de considerarlo durante horas, he llegado a la conclusión de que tiene que ser rápido. Por él y por mí.

Bajo las escaleras y encuentro la taza de la noche anterior donde la dejé. La recojo y voy hacia la cocina.

Mike desayuna en la mesa; lleva un pantalón de chándal oscuro junto con una camiseta de manga corta de su equipo de remo y está leyendo la prensa en mi iPad. Empezó a hacerlo semanas atrás. No sé cómo demonios ha conseguido adivinar la contraseña.

«Porque utilizas la misma para todo. Y te conoce».

Entro y me tenso en el instante en que, al pasar por su lado, me acaricia la pierna a modo de saludo. Me acerco al fregadero, dejo el tazón y me vuelvo hacia él. Me apoyo en la encimera de la cocina y lo observo. Vamos, Mike, mírame. Necesito hacer esto ya. ¡Mírame!

—Joder, el mundo está loco, amor —me dice sin apartar la vista de la pantalla.

No va a levantar la cabeza. No va a hacerlo y voy a tener que provocarlo.

—Y yo me aburro.

—¿Qué? —me pregunta, confundido, pero sin mirarme aún—. ¿De qué?

—De ti.

Ahora sí se incorpora. Suelta una sonrisa nerviosa ante mis palabras, para, inmediatamente después, sacudir la cabeza. El pulso comienza a latirme a toda velocidad y las manos me tiemblan tanto que tengo que esconderlas detrás de la espalda para que no me descubra.

—¿Qué has dicho?

—Que me he cansado, Mike, me he cansado de ti.

—¿Te has cansado de mí? ¿Estás de coña? —me interrumpe, mientras se levanta y se acerca a mí.

—De nosotros, en realidad. De ti y de mí juntos.

¡Dios! No sé ni lo que estoy diciendo, lo único que espero es que se lo crea. Se detiene en medio de la estancia, congelado, como si alguien hubiera accionado el botón de «pausa» y esto fuera una película. Y ojalá lo fuera.

—¿Me estás dejando? —me pregunta cuando reacciona, aún sin acabar de creérselo.

—Mike, tú... tú me gustas, pero...

—¿¿Que te gusto?? —me dice levantando la voz—. ¿Me estás vacilando? Penny, ¿qué coño pasa?

Cuando está a punto de tocarme, me separo de la encimera y me alejo de él. Se queda con los brazos en el aire y me doy la vuelta: no puedo mirarlo. Su imagen es demasiado dolorosa. Me destroza. Joder, esto es horrible.

—¿Penny? —Su voz desgarrada me golpea el pecho. Permanezco de espaldas a él, incapaz de girarme; se me han anclado los pies al suelo—. Penny, amor, ¿qué ha pasado? Dime lo que te ha sucedido de ayer a hoy para que me sueltes toda esta mierda que no se cree nadie y para que podamos arreglarlo juntos. No hay nada que no podamos solucionar. Pero necesito saber qué cojones ha ocurrido.

—Lo que sucede es que... —me obligo a volverme y lo miro con el corazón desbocado. Es peor de lo que me imaginaba. Se lo ve tan devastado que las peores circunstancias de mi vida palidecen a su lado. Empiezo a dudar de que pueda seguir con esto— todavía te quedan años de estudio y yo necesito a alguien mayor. Necesito a alguien que se encuentre en el mismo momento de la vida que yo. No puedo seguir jugando a las casitas con un...

—¿¿Con un qué?! —Permanezco en silencio—. ¡¡¡Dilo!!!

—Con alguien tan joven, Mike.

—Eso jamás te había importado —me dice, seguro de sí mismo.

¡Mierda! No se lo está creyendo para nada. Necesito darle una razón de peso, una razón que justifique que nuestra diferencia de edad es insalvable. Pero ¿el qué?

—No, claro que no. Porque para un pasatiempo no importa demasiado la edad, pero para algo más serio, sí.

—¿Un pasatiempo? ¿Pretendes hacerme creer que he sido eso para ti?

«No, Penny, por ahí vas mal. Así no engañas a nadie. Piensa, joder».

—Mike... —lo llamo en un intento desesperado de ganar tiempo.

—Me dijiste que me querías. ¡Cientos de veces! Esto no puede estar pasando —repite para sí mismo—. ¡Tiene que ser una jodida broma!

—Sí, te quiero, pero hay otras cosas que...

—¿¿Qué cosas?? ¿Qué putas cosas necesitas que no te pueda dar yo?

¡No lo sé! ¡Joder! No hay nada. ¿Qué hago? ¿Cómo lo aparto de mi lado?

—Mike, tampoco llevamos tanto tiempo juntos.

—No, Penny, no sigas por ahí, porque no es cuestión de tiempo y lo sabes. Se trata de sentimientos, de intensidad y de ser el uno para el otro. De que tú estás tan loca por mí como yo lo estoy por ti. —Me alcanza y me coge de las manos. Su contacto me quema—. De que quieres compartir el resto de tu existencia conmigo como yo lo hago contigo. Y de que yo soy el hombre de tu vida como yo sé que tú eres el amor de la mía.

—Mike...

—Así que dime, ¿qué coño está pasando? Tú me quieres, Penny. Estoy seguro de ello. Tienes que contarme lo que hay detrás de todo esto. Confía en mí, por favor.

Me suelto de su agarre y me alejo hasta el extremo opuesto de la cocina. No se ha creído ni una puñetera palabra de lo que le he dicho. Y necesito que lo haga. Tengo que buscar un motivo que nos separe de verdad, un motivo que... La idea me viene a la cabeza de repente: es muy frágil, pero podría valer si lo hago bien.

—Anna está embarazada.

—¿¿Qué?? ¿Embarazada? —Mueve la cabeza, aturdido, como si le hubiera cambiado de canal en el momento más álgido de la película—. Bien, me alegro por ella, supongo.

—Y yo también quiero estarlo.

—¿Qué? ¿Quieres quedarte embarazada? —Asiento con la cabeza—. ¿Cuándo?

—No lo sé, pero más pronto que tarde. Y cuando Anna me llamó ayer para contarme lo suyo, me di cuenta de que tú y yo ni siquiera hemos hablado nunca de si queremos lo mismo en la vida. De si tú quieres casarte y tener hijos.

—¿Hijos? Joder, Penny, tengo veinticuatro años. Soy demasiado joven.

—Exacto. Pero yo ya estoy en la treintena y quiero ser una madre joven, quiero que mis hijos jueguen con los de mi hermana como ella y yo hemos hecho toda la vida. Y no puedo esperarte. No puedo, Mike. Lo siento.

—Penn, te puedo ofrecer el puto sol y las estrellas, pero no puedo darte algo que ni siquiera me había planteado jamás. Algo que no quiero ahora mismo. Y que no sé si querré algún día.

Cierro los ojos y suelto el aire que estaba conteniendo. Lo conseguí. He dado con la solución, aunque eso hace que me sienta más como una mierda que aliviada por alcanzar mi objetivo.

—Lo sé.

—Pero podemos hablarlo —me dice mientras me abraza con lágrimas en las mejillas—, podemos hablarlo, amor. —Estoy a punto de caer, de ceder—. Encontraremos algo con lo que ambos estemos bien por el momento. Juntos podremos con todo.

No. Con tu padre, no. Ríe con amargura.

—No, no podremos.

—Solo dame unos años, no es mucho. —Me sujeta por la cara y me suplica con la mirada que lo crea—. Penn, por favor, no me abandones. Si quieres que deje de estudiar, lo haré. Puedo ponerme a trabajar y así empezar a labrar un futuro juntos desde ahora mismo. Solo te pido un poco de tiempo.

—Mike, no se trata de eso. —Sostengo sus manos con las mías y las aparto de mi rostro. Me alejo—. No quiero que dejes de estudiar.

—Por favor...

—Estoy dispuesta a renunciar a lo nuestro por tener un hijo con otra persona. ¿Qué dice eso de mí, Mike? ¿Qué dice eso de mi amor por ti?

—No lo sé —me responde con la derrota en cada facción de su rostro—. ¿Qué dice? —me pregunta en un susurro con la cabeza agachada.

—Que quizá no te quiero tanto como pensaba. A veces las cosas intensas son solo eso..., intensas, pero nada más.

Levanta la mirada y sus iris rojos me matan de dolor. Me desgarran el alma. Porque he ganado. ¿Qué estoy haciendo? Con más lágrimas en los ojos, se da media vuelta y se va.

Escucho el portazo de la calle un minuto después. El llanto y la angustia llegan en ese momento con tanta fuerza que no me dejan respirar.

Voy al salón, me siento en el sofá, agarro un cojín con la mano, con fuerza, y sepulto la cabeza en él. Los lamentos que salen de mi boca deben de oírse desde la calle. No puedo controlarlos. Si no los dejo salir, me ahogarán por dentro.

Cojo el teléfono con manos temblorosas y llamo a la única persona que puede ayudarme en este momento.

—Sí —me contesta al primer tono.

—¿A... Anna?

—¿Penny? ¿Qué sucede?

—He... he dejado a M... Mike —le explico entre sollozos.

—¿Cómo?

—Lo he... lo he destrozado, A... Anna.

—*Penny, intenta tranquilizarte. Respira.*

Lo hago. Lo intento.

—No p... puedo.

Me ahogo.

—*¿Dónde estás?*

Me estoy asfixiando. No puedo respirar.

—*¡Penny! ¿¿Dónde estás??*

—En... en ca-sa —consigo vocalizar.

—*Penny, no te muevas. Quédate ahí y no dejes de hablarme por teléfono. Voy para allí.*

???

Seis días después, decido salir de casa. Hace tiempo que se acabaron las clases, por lo que no he tenido que ir a la universidad para nada. He corregido exámenes, adelantado trabajo administrativo y he llorado. He llorado mucho. Anna ha venido todas las tardes a Oxford y se ha quedado a dormir conmigo. Por la mañana cogía el tren a Londres y volvía después del trabajo. La he obligado a dejar de hacerlo. Y también a Grace. No pueden renunciar a sus vidas porque mi relación con Mike haya fracasado. Grace está indignada, he tenido que contárselo todo y convencerla para que me prometa que va a dejar las cosas como están y, al final, ha claudicado. Creo. Espero.

Las noches han sido lo peor. Siguen siéndolo, en realidad. Me aferraba, consumida por el sueño, al cuerpo de mi hermana, con el pensamiento de que se trataba de él y, cuando descubría que era Anna... Es como caer por el mismo precipicio una y otra vez. Una y otra vez. Y otra vez.

¿Cuándo va a acabar esto? ¿Cuándo va a dejar de doler tanto?

Incluso después de lavar las sábanas, su olor sigue impregnando cada rincón de la habitación. Incluso después de recoger sus cosas y meterlas en una caja, su presencia me desborda por toda la estancia. Incluso después de seis días sin verlo, su recuerdo es más fuerte que nunca. Lo veo en sueños, lo veo en mis pesadillas y lo veo hasta cuando estoy despierta mirando a la nada. Lo siento a mi lado.

Y todo eso sin contar con las ganas incontenibles que tengo de llamarlo, de escuchar su voz, de averiguar si está bien.

«No lo está. Y lo sabes».

Aunque todavía no estoy preparada para salir a la calle, hoy tengo que ir a la biblioteca Radcliffe. Tengo que devolver varios compendios y los trabajadores del lugar son terriblemente escrupulosos con ese tema. Son capaces de dejarme sin poder coger libros en

un mes sin despeinarse un solo pelo de la cabeza. No importa que seamos profesores, alumnos, el decano de la universidad o la maldita reina de Inglaterra: si no cumples con las fechas, te sancionan.

Quizá aproveche para coger alguno más. Eso me distraerá. Los libros suelen hacerlo. Aunque en los últimos días nada lo ha conseguido.

Me visto con unas mallas y una sudadera, y voy hasta allí dando un paseo con los libros metidos en la bolsa de Harrods que me regaló mi hermana un par de años atrás. A pesar de estar a mediados de junio, la temperatura no es demasiado alta. O quizá esté destemplada por pasar tantos días sin salir de casa.

Me encojo dentro de la sudadera y me coloco los auriculares que he enchufado al teléfono móvil. Necesito que las canciones me estallen en los oídos porque me calman. Un poco. Algún día se llegará a considerar a la música como medicina. Estoy segura de ello.

Llego a mi destino veinte minutos después y camino ensimismada por el túnel privado de la cámara Radcliffe que me lleva a la biblioteca. Hay tantos turistas en esta ciudad que existe un pasillo secreto para que los estudiantes y profesores podamos movernos con libertad sin ser interrumpidos y asediados constantemente por el flujo de curiosos que quieren visitar la cámara.

Comienzo a sacar los libros de la bolsa antes de llegar a mi destino para asegurarme de que los he cogido todos. De repente, en uno de ellos, veo un trozo de papel que sobresale de una de las páginas. Voy a retirarlo, pero al abrir el volumen, antes de girar por el pasillo, se me cae al suelo. Me agacho a la esquina donde ha caído para recogerlo y al incorporarme impacto con fuerza contra el cuerpo de alguien. Contengo la mueca de dolor y me levanto con rapidez a la vez que me quito los auriculares de las orejas.

—Perd... —me apresuro a decir, pero la palabra se me atasca en la garganta.

Es Mike. ¡Es Mike! ¿Es real? ¿Qué hace aquí?

—¿Mike? —le pregunto, con miedo a estar hablando sola. No sería la primera vez en estos días. Aunque sí que es verdad que parece bastante más auténtico que las otras veces. Desde luego, su mirada gélida lo es.

—Eso parece. —Su voz, distante y fría, me lo confirma. Es real. Mike está aquí. Enfrente de mí. A tan escasos centímetros que incluso podría tocarlo. O no. No creo que me lo permitiera. Todo él rezuma hostilidad.

—Hola.

—Hola, señorita Ballester.

—¿Qué... qué haces aquí?

Me mira insolente.

—Estudiar. ¿Estoy autorizado?

—Sí, sí, claro, perdona —titubeo—. Nunca habías venido antes a estudiar aquí. Por eso me ha extrañado.

—¿Antes? ¿Antes cuándo? —me pregunta con tirantez.

—No sé..., antes.

—¿Antes, el año pasado? ¿Antes, mi primer año de universidad? ¿Antes de ti? ¿Antes de que me dejaras? —No me veo capaz de responderle—. *Antes* —me recalca la palabra— no hacía muchas cosas. Ahora las hago todas. Pero eso a ti no te importa.

Cuando está a punto de irse, lo detengo. ¿Por qué? Ni idea. Tal vez porque necesite inundarme de su presencia un poco más. Tal vez porque sienta que esta sea, con toda probabilidad, la última vez que vamos a hablar y quiera estirarla lo máximo posible.

—Tengo tus cosas.

—¿Qué?

—Tengo cosas tuyas en mi casa. Ropa, zapatillas deportivas, libros, apuntes, el cepillo de dientes...

Mike sonrío. Sonríe orgulloso por algo. Sus siguientes palabras me matan por dentro un poco más.

—Quédatelas, te las regalo. O puedes tirarlas a la basura igual que hiciste conmigo. — Me saluda con una cordial inclinación de cabeza y se marcha.

—Mike... —Las lágrimas se me agolpan en los ojos. No quiero que me vea llorar y no lo hace, porque en ningún momento gira la cabeza hacia atrás.

Lo veo alejarse por el pasillo. Intento recomponerme. Echo un vistazo al folio que tengo en las manos y que ha provocado este desastre. El pecho me aprisiona cuando descubro que es la letra de Mike. Debe de tratarse de algún papel inservible que desechó y que yo utilicé como marcador.

Me lo acerco al pecho y me quedó allí de pie, con los libros sobre mi regazo y un dolor tan agudo en el corazón que hasta siento cómo me arde el pecho. Nunca pensé que dejar a Michael sería fácil, pero esto, este dolor físico, es inhumano.

Tomo una decisión: tengo que dejar Oxford.

Esa misma tarde quedo con George, el decano de la universidad y mi jefe. Le he adelantado por teléfono que me veo obligada a dejar Oxford en los próximos días a

causa de unos asuntos personales y, a pesar de ser viernes y de tener el fin de semana casi encima, me ha citado al momento.

He elaborado la carta de dimisión desde el ordenador de casa, la he imprimido desde mi pequeña impresora portátil, me he vestido con algo más decente que unos *leggings* y una sudadera usada y me he presentado en su despacho.

—Siéntate, Penélope, por favor —me ofrece en cuanto su secretaria me permite pasar.

Lo hago en la silla que tiene enfrente de su lustrosa mesa y le entrego la carta. Apoyo las manos en mi regazo y retuerzo los dedos mientras le echa un vistazo rápido y la deja sobre la mesa a la vez que me escucha hablar sobre mi decisión de dejar la universidad. Le aseguro que antes de irme voy a corregir todos mis exámenes y finiquitar todas mis labores.

—No tienes buen aspecto —me dice tras finalizar mi discurso.

—Lo sé.

Soy la primera a la que no le gusta lo que ve cuando se mira en el espejo, pero...

—¿Qué sucede?

—Es personal.

—¿Familiar?

—Dejémoslo solo en personal.

—Penélope, has hecho un curso magnífico, admirable. Eres una gran profesional. Como decano de la universidad, no quiero perderte. Y, como amigo de tus padres, no puedo dejarte ir así.

—Estoy bien, o lo estaré. Solo necesito tiempo. Salir de aquí.

—Está bien. Cógete una excedencia. Te la concedo desde este mismo instante.

—¿Una excedencia? —pregunto confundida porque... no me lo esperaba.

—Sí. Márchate, arregla tus asuntos y vuelve.

—Gracias, pero no estoy segura de querer regresar.

—Exacto, no estás segura, por eso te ofrezco esta posibilidad. Aléjate de todo durante un año. Y si transcurrido ese periodo ves que no ha sido suficiente, lo alargamos algo más.

En uno o dos años es bastante probable que Mike ya no viva aquí. Puede hacer la especialización en cualquier otra parte.

—¿Y si no es suficiente?

—No pierdes nada al aceptar, Penélope. No lo rechaces.

Lo pienso unos instantes. Acepto más por que deje de insistirme que otra cosa.

—Está bien.

—Fenomenal. Entonces esto se va a la basura. —Coge mi dimisión y la hace pedazos con las manos. Después, la tira a la papelera que tiene junto a la mesa.

Tras los despidos de rigor, me doy media vuelta y me acerco a la puerta. Antes de irme, su voz me detiene.

—Penélope. —Me giro—. Te veo a la vuelta.

Asiento con la cabeza.

Una vez en casa, me siento en el ordenador y comienzo a buscar vuelos. Solo de ida, por el momento. Después del viaje que quiero hacer, creo que voy a volver a España, me apetece un cambio de aires, pero aún no lo tengo decidido del todo.

Cuando está a punto de anochecer, quedo con Grace en mi casa para contarle las últimas novedades de mi vida. Tan solo he hablado por teléfono con Anna para decirle que dejo Oxford.

Nos tomamos unos vinos en el salón, sentadas en el suelo encima de los cojines, y analizamos lo que ha sucedido en nuestras vidas desde que nos conocimos hace ya casi diez meses. Le hablo sobre mi reunión con George y la fuerza a prometerme que no le contaré jamás nada a Mike y que, desde las sombras, lo vigile de cerca.

—¿Cuándo te vas?

—En cinco días.

—Joder. Te voy a echar mucho de menos.

Nos abrazamos con firmeza hasta que una estampida de voces y música procedente de la calle nos obliga a separarnos.

—¿Qué es ese ruido horrible? —me pregunta mi amiga.

—Parece alguien... cantando.

Nos levantamos y vamos hacia la puerta. La abrimos con impaciencia y, oh, por Todos los Dioses, ¡es James! ¡Es James cantando algo ininteligible acompañado por la tuna de la universidad!

—¡Sabía que estarías aquí! —le dice a su exnovia mientras la señala con el dedo.

Sus compañeros de cortejo lo miran con lo que parece una mezcla de resentimiento y estupefacción. ¿En cuántos sitios los habrá hecho parar antes de dar con ella?

Sonrío y miro a mi amiga, que se ha quedado impactada. Impactada y entusiasmada, aunque intente disimularlo. Desde el día de la pelea en mi cocina, James ha estado importunándola día sí y día también. Grace, indignada y más enfadada que nunca, ha pasado de él. Anna cree que solo lo hace para llamar la atención. No sabe pedir perdón de otra manera. O tal vez sí y estemos a punto de verlo.

La musiquilla comienza y me cuesta unos instantes dar con la canción; de hecho, creo que es *Hard To Say I'm Sorry*, de Chicago, pero no puedo asegurarlo. Me doy cuenta de que a James el canto se le da todavía peor que el baile. Y también de que no han ensayado demasiado. Esto es un *aquí te pillo, aquí te mato* en toda regla. Grace alterna las carcajadas con lágrimas de emoción, vergüenza, adoración y ternura.

—¡Estás loco! —le dice al terminar la representación.

—¿Quieres formar parte de mi vida? —le pregunta el artífice de toda esta locura poniéndose de rodillas junto a los pies de Grace—. ¿Quieres cerrar conmigo el bar a las mil y ayudarme a preparar los desayunos a las seis de la mañana cuando sea necesario?—. Está recitando las palabras de mi amiga del día de la pelea. Las recuerda palabra por palabra. Grace se lleva las manos a la boca—. ¿Quieres hacerme compañía sentada en un taburete tan solo observándome trabajar y permitirme demostrarte que sí te conozco?

—Eres un idiota —le responde, desbordada en lágrimas.

—Lo soy. Pero ¿lo quieres? ¿Me quieres?

Grace asiente con la cabeza.

—Te quiero.

James se levanta y se lanza a sus brazos. Se besan y no puedo dejar de mirarlos con una gran sonrisa en la cara; la única verdadera que me ha salido de dentro en los últimos días.

Cuando se despegan, los abrazo a ambos.

—Me alegro muchísimo por vosotros, chicos.

—Te quiero, Penny. Te me has metido muy dentro —me dice mi amiga, consciente de nuestra inminente despedida.

—Yo también te quiero.



Durante los siguientes días, me encierro de nuevo en casa con tan solo dos objetivos a la vista: preparar la maleta y terminar mi labor en la universidad. Apenas me quedan unos últimos ejercicios por corregir y habré acabado. Y esta noche me marcho. Sin retorno.

Pongo la nota al último examen, me dejo caer en el respaldo de la silla y lanzo el bolígrafo a la mesa. Un par de gestiones administrativas más y... *finito*. Subo las calificaciones a la web de la universidad en un estado de nerviosismo absoluto. Llevo todo el día observando, inquieta, el calendario que tengo encima de mi escritorio: la maldita fecha que lleva meses marcada en un círculo rojo: tres de julio. Hoy Mike tiene su último examen. De hecho, miro el reloj, por quincuagésima vez: lo está haciendo en estos momentos.

Tardo tres minutos más en acabar con la última labor y levantarme de la silla, ponerme unas deportivas y salir a la calle. Echo un vistazo rápido a la maleta gigante medio abierta que descansa en el recibidor antes de cerrar la puerta. Me doy toda la prisa que puedo, controlando la hora constantemente y rezando para que no sea demasiado tarde. Tengo que verlo. No quiero perderme este momento.

Llego a mi edificio, que también es el centro de exámenes, y paso de largo. Me cuelo en una de las callejuelas de alrededor y me escondo detrás de una pared, desde donde voy a

poder disfrutar de todo el espectáculo, pero sin ser vista. La tradición que hay en Oxford cuando un alumno hace su último examen es digna de ver.

En una de las salidas traseras del edificio hay multitud de gente esperando. Todos ellos, por Mike. Es su gente. Analizo cada rostro y respiro tranquila tras comprobar que su padre no está. Bien. Poco después, se me para el corazón en cuanto lo veo salir a él; al amor de mi vida. Lleva puesto el uniforme de gala y, en cuanto descubre lo que le espera, nos regala una sonrisa espectacular. Es una mezcla entre su sonrisa más verdadera y una de las falsas. Me pregunto qué estará pensando.

Apenas pone un pie en los adoquines de la calle y comienzan a llenarlo de espuma de afeitar y de confeti. En menos de un minuto queda totalmente embadurnado de todo ello y el suelo cubierto de pedacitos de papel de todos los colores. Un señor mayor, con el pelo cano y casi tan alto como él, lo abraza con orgullo. Se les une una chica jovencita, adolescente, muy rubia y con el cabello larguísimo, recogido en una cola de caballo.

Son su hermana y su abuelo. No tengo duda. Han venido a arroparlo y a vivir junto a él un día tan importante.

Me meto el puño en la boca y contengo las lágrimas. Al menos estas son de felicidad.

De repente, se ve rodeado por decenas de personas. Supongo que serán sus amigos del *college* y sus compañeros del equipo de remo. Eric está entre ellos. Veo cómo James se les acerca con varias botellas de champán y le entrega una a Mike después de abrazarlo como a un hermano, con palmadas en la espalda incluidas. Es un abrazo que dice tanto. Lo siento desde mi posición y me alegra mucho ver a James aquí.

Mike le pega tal sorbo a la bebida que debe de haberse fulminado media botella como poco. Sacude la cabeza para quitarse la espuma que se le ha quedado en el pelo y, entonces, solo entonces, se gira buscando algo, o a alguien.

Buscándome a mí.

Me escondo mejor en mi refugio, incluso con la certeza de que aquí no puede verme.

Él está bien. Y lo estará aun mejor en el futuro. Solo por verlo así y tener la seguridad de que esa sonrisa va a ser eterna hace que todo merezca la pena. He hecho lo correcto.

«¿Sí?».

Sí.

Me doy la vuelta y, en esta ocasión, soy yo la que no vuelve la vista atrás.

Unas horas después, me fundo en un abrazo monumental con mi hermana y con Peter, que han venido al aeropuerto a decirme adiós. No he querido ver a nadie más. De Grace me despedí ayer. La maleta ya está facturada y estamos a pocos metros del control de seguridad. A partir de aquí, estoy sola.

—¿Estás segura?

—Sí.

Me voy antes de que me dé tiempo a arrepentirme. Aún es pronto, pero odio las despedidas.

Una vez estoy sentada en la sala de espera, juego con el móvil hasta que me acuerdo de llamar a Mark para despedirme de él también. Ha intentado ponerse en contacto conmigo en varias ocasiones en estos últimos días, pero no me sentía con fuerzas para responderle.

Me agarro el pelo en una coleta mientras sujeto el móvil en la oreja y espero a que me responda.

—¿Sí? —me contesta la voz de una mujer. De una mujer joven. Vamos, que no es su madre.

—¿Mark?

—Sí, sí, ahora mismo se pone.

Escucho cómo lo llama y cómo le dice en susurros: «Es Penny».

—¿Penny?

—Mark. Hola.

—¿Va todo bien? ¿Dónde estás? Me he enterado de que has pedido una excedencia en la universidad.

—Sí —simplifico la historia—. Estoy en el aeropuerto.

—¿¿En el aeropuerto?? ¿Estás bien?

Alargo las piernas y cruzo los tobillos.

—Regular.

—Penny, si necesitas algo...

—Solo tengo que alejarme de todo esto.

—¿Ha pasado algo con Cunningham?

Joder. No me lo nombres, por favor. Duele. Subo los pies al asiento y me rodeo las rodillas con el brazo. Las puntas de las deportivas se salen de la silla. No encuentro una postura cómoda me ponga como me ponga.

—Ahora... ahora no quiero hablar de ello. Quizá en otra ocasión.

—Sí, por supuesto. Cuando estés preparada. ¿Cuándo regresas?

—No lo sé —confieso con sinceridad. De momento, tengo una habitación de hotel reservada para tres semanas; después, ya veremos.

—Penny...

—Tranquilo, te prometo que voy a estar bien.

Echo una mirada a la pantalla y veo que ha cambiado el estado de mi vuelo a *embarcando*.

—Mark, tengo que dejarte.

Me levanto de la incómoda butaca y cojo la mochila de mano, me la cuelgo a la espalda y me dirijo a mi puerta de embarque.

—*Está bien. Penny, te deseo lo mejor. Y no te olvides de nosotros.*

—Lo mismo te digo. Por cierto —añado mientras cruzo las pasarelas mecánicas del aeropuerto a paso ligero dejando a mi derecha a decenas de personas—, mi vena curiosa me obliga a preguntarte quién es la chica que me ha cogido el teléfono.

—*Perdona por eso. Llevo varios días intentando hablar contigo y ella lo sabe. Estaba preocupado. Justo he tenido que levantarme un momento y al ver que eras tú...*

—Mark —lo corto—, al grano.

—*Es mi exnovia. Lo dejamos hace un par de años cuando me trasladé de Londres a Oxford. Nos hemos encontrado por casualidad y queremos intentarlo de nuevo.*

—Me alegro mucho, Mark.

—*Lo sé.*

Nos quedamos callados a ambos lados de la línea telefónica.

—*Hasta la vuelta, Penny.*

—Adiós.

Cuelgo el teléfono y le muestro a la auxiliar de vuelo mi tarjeta de embarque. Con el móvil en la mano, camino ensimismada a través de la pasarela que me lleva al avión. Cada paso hacia mi destino se hace más pesado y más ligero a la vez. Paradojas de la vida.

Entro y busco mi fila. Al llegar, descubro a un matrimonio veterano cogido de la mano. La mujer está sentada en el medio, y el hombre, en el extremo de mi fila. En cuanto se percatan de mi presencia se levantan para darme paso hacia el lugar junto a la ventanilla.

—No, por favor. No se levanten.

Me pego a los asientos de delante y me cuelo por el minúsculo hueco que hay entre estos y sus piernas. La señora me saluda con una gran sonrisa que le devuelvo, aunque estoy segura de que la mía no es tan amplia. Dejo la mochila en el suelo y siento el móvil vibrar en mi mano.

Gracey: Buen viaje, preciosa mía. Y no me obligues a ir a buscarte.

Sonrío y lo pongo en modo *avión*. Lo dejo en mi regazo. Después de echar un vistazo a los panfletos y a la revista del avión y de no encontrar nada interesante, me rindo y saco los auriculares de la mochila. Los conecto al teléfono. El piloto nos da la bienvenida y empezamos a movernos. Enciende la música: *Lost on You*, de LP, retumba en mis oídos.

Joder.

Me rindo y todo se me viene encima. Apenas puedo contener el sollozo que escapa de lo más profundo de mi alma cuando siento que caigo, que caigo con todo el equipo. Lloro desconsolada en medio de una aeronave con doscientos pasajeros a mi alrededor. Echo la cabeza hacia atrás, pero me incorporo en cuanto noto la caricia de alguien en mi mano. Me quito uno de los auriculares.

—Querida, ¿estás bien?

—No. —Niego a la vez que hablo e intento tragarme las lágrimas.

To all the things I've lost on you.

Oh, oh.

Tell me are they lost on you?

Oh, oh.

Just that you could cut me loose.

Oh, oh.

After everything I've lost on you.

Is that lost on you?

Oh, oh.

Is that lost on you?

Oh, oh.

Baby, is that lost on you?

Is that lost on you?

...

La señora que se sienta junto a mí me coge la mano y me la estrecha contra el reposabrazos con firmeza mientras alcanzamos velocidad y comenzamos a volar. Siento el apretón en todo mi cuerpo. Cruzamos las miradas y la suya me dice tanto que dejo de caer. Me asomo a la ventana mientras Inglaterra se escabulle bajo mis pies. Cada vez se hace más pequeña... y más... y más, hasta que no está.

Adiós, Oxford.

Adiós, Mike.

La búsqueda

Mike

Biblioteca Radcliffe. Cinco días atrás.

—¡Joder! —Hago una bola con el papel donde he intentado resolver la última fórmula y la lanzo con fuerza a la mesa, provocando que rebote contra la lata vacía de Coca-Cola de Eric y que esta caiga al suelo. Todos me miran: he alterado la tranquilidad del ambiente en el que solo se escucha el ruido de hojas al pasar y de subrayadores pintando sobre el papel. No hay quien se concentre con este silencio. No sé por qué cojones me he dejado convencer para venir a estudiar aquí. No me gusta.

—Mike... —Levanto la mano para detener el discurso inminente de Eric, que ya me conozco de memoria: «Tienes que relajarte, Mike, bla, bla, bla; ya sé que es difícil, bla, bla, bla; tienes que concentrarte en lo que se te viene encima, bla, bla, bla».

«Lo que se me viene encima...», como si no estuviera ya lleno de mierda hasta el cuello.

Necesito salir de aquí.

Vuelvo a provocar un alzamiento popular de cabezas cuando la silla crepita al incorporarme de forma precipitada para salir de estas cuatro paredes a buscar aire para respirar. Que os jodan a todos. No pienso disculparme.

Avanzo tan acelerado por el pasillo que no consigo esquivar el bulto que aparece de súbito en mi camino y choco contra él. ¡Me cago en todo! Últimamente no encuentro más que obstáculos. ¡Solo quiero respirar!

Lo primero que me golpea, sin embargo, no es su cuerpo: es su olor. Huele como ella. Es devastador. En un primer momento, todos mis músculos entran en tensión. Luego, en pánico. No, no, no. Por favor, no. No puede ser ella. Aún no estoy preparado para enfrentarme a ella. Es demasiado pronto.

Pero sí. Es ella. Porque no sirve de nada esconderme en mis refugios. Porque en cuanto piso un puto lugar público me la tengo que encontrar.

—Perd... —comienza a decir, hasta que levanta la vista y se da cuenta de que soy yo. Entonces, enmudece. Supongo que le resulta incómodo cruzarse con su último rollo de

mierda. Y a mí sigue doliéndome el pecho cada vez que pienso en lo poco que signifiqué para ella.

Esta vez la fortuna está de mi parte y me ha dado tiempo a ocultar mi cara de gilipollas enamorado y a ponerme la máscara. Por suerte, tengo una desde los seis años; ya me sale sola. Lo que me cuesta es sacar la otra: la de verdad. La que fluía de forma natural cuando estaba con ella. Al menos debería agradecerle eso, pero no. No me da la puta gana.

—¿Mike? —me pregunta con sorpresa.

«Qué putada, ¿eh?», me entran ganas de decirle. Me conformo con un simple:

—Eso parece.

—Hola.

—Hola, señorita Ballester.

Parecemos dos desconocidos, pero es que si la llamo por su nombre, caeré, y no puedo permitírmelo. Me he cerrado en banda a cualquier sentimiento desde el día en que salí de su cocina. Y así va a ser a partir de ahora. Es mucho más seguro.

—¿Qué haces aquí?

Eso digo yo.

—Estudiar. ¿Estoy autorizado? —No sé de dónde me salen las palabras, creo que Freud lo llamaría «mecanismo de defensa».

—Sí, sí, claro, perdona. —Le tiembla la voz al hablar. ¿Por qué? No lo entiendo y me confunde. Fue ella la que me dejó. Fue ella la que reconoció que no me quería tanto como pensaba—. Nunca antes habías venido a estudiar aquí. Por eso me ha extrañado.

—¿Antes? ¿Antes cuándo? —Y aquí vuelve Freud en su máximo apogeo, porque me jode como nada en la vida que me conozca tan bien. Porque no tiene derecho a hacerlo. No después de abandonarme.

—No sé..., antes.

—¿Antes, el año pasado? ¿Antes, mi primer año de universidad? ¿Antes de ti? ¿Antes de que me dejaras? *Antes*, no hacía muchas cosas. Ahora las hago todas. Pero eso a ti no te importa. —Mentira. No hago nada. Llevo días encerrado en mi habitación como un ermitaño porque me da miedo salir a la calle. En eso me has convertido.

Y a pesar de todo..., a pesar de todo... Tengo que largarme ahora mismo de aquí si no quiero acabar de rodillas suplicándole que me quiera. La esquivo y prosigo mi camino hasta que me habla de nuevo.

—Tengo tus cosas.

—¿Qué? —Me giro, sorprendido.

—Tengo cosas tuyas en mi casa. Ropa, zapatillas deportivas, libros, apuntes, el cepillo de dientes...

Joder. Yo pensando en claudicar y ella, en deshacerse de mí del todo. Muy bien, Mike. Has permitido que una tía te anule por completo. Sé de alguien que estaría la hostia de orgulloso de ti si se enterara. Casi me dan ganas de decírselo para que se dé cuenta de que, por mucho que luche contra mí y que intente someterme a base de hostias y amenazas, no funciona. Sonrío. Que te jodan, *papá*.

—Quédatelas, te las regalo. O puedes tirarlas a la basura de la misma manera en que hiciste conmigo.

—Mike... —Me parece escuchar, aunque no estoy seguro. Me largo de la biblioteca como alma que lleva el diablo. Y yo pensando que no podía caer más bajo, que había tocado fondo.

Salgo a la calle y el soplo de aire fresco me devuelve la vida a los pulmones. Me agacho hasta ponerme en cuclillas y me aprisiono la cabeza con las manos. Puta angustia.

—Mike.

Mi mejor amigo, mi pilar, se sitúa a mi lado, no me interrumpe, sabe que solo necesito algo de tiempo. Sabe que estoy en modo *protección*; condición bastante habitual en mi vida. Al menos, hasta que aprendí a gestionar los sentimientos que me provocaba mi padre cuando no era más que un crío. Eric conoce todas mis posturas y reacciones y no me da vergüenza hundirme delante de él.

Tras recuperarme, nos sentamos en el pequeño césped que rodea la cámara Radcliffe, dejo descansar el cuerpo contra la pared de piedra y levanto una de las rodillas. Apoyo el brazo en ella y cierro los ojos.

—Os he escuchado. Iba detrás de ti.

No me sorprende. Aunque no sé qué pretende que le diga al respecto, no quiero regodearme en mi último encuentro con ella, así que no me molesto ni en asentir con la cabeza.

—Tío, estaba llorando cuando he pasado por su lado. Creo que ni me ha visto.

—¿Llorando? ¿Quién? —Por un segundo pienso que se refiere a mí, pero al tocarme los lagrimales de los ojos compruebo que los tengo secos. De momento.

—¿Quién va a ser? La profesora Ballester.

—Joder, no la llames así.

No me gusta nada. Suena tan impersonal. Tan frío. Tan poco de ella. Y no estaba llorando. Me habría dado cuenta.

—¿Y cómo quieres que la llame?

Sopeso las posibilidades.

—No tengo ni puta idea.

—Se la veía destrozada, Mike.

—¿Tú crees? —le pregunto con escepticismo, a la vez que me giro y le hago un levantamiento de cejas perfecto. No creo que «incómoda», que ha sido mi percepción de su actuación, sea sinónimo de «destrozada». De hecho, no tienen nada que ver.

—Sí, tío. Joder, no puedes seguir así de resentido.

—¿Resentido, dices? —Se me escapa una carcajada incrédula desde lo más hondo—. No estoy resentido. Estoy...

—Estás cabreado, dolido, exasperado, irritado... ¿Sigo?

—No. Prefiero que me expliques a dónde pretendes llegar con toda esta absurda conversación.

—A que no tiene ningún sentido.

—¿El qué?

—Que haya terminado con lo vuestro. Ella te quiere. Lo he visto.

—¿Sí? Pues entonces hay amores que matan.

Casi literalmente, joder. Apoyo de nuevo la cabeza en la pared. Yo también quiero creer que Penny me ama; llevo días convenciéndome a mí mismo de que tiene que ser así, pero, a medida que pasaban las horas y veía que no volvía a mí, he ido perdiendo la esperanza. Porque si sintiera, aunque solo fuera una milésima parte, la miseria que siento yo ahora que estoy sin ella, habría venido. Se habría dado cuenta de su error y habría venido.

—Hay algo que no estamos viendo.

—Ahí le has dado, colega. —Me niego a entrar de nuevo en la autocompasión—. Te aseguro que yo no veo una mierda.

—¿Sabes lo que veo yo?

—¿Qué? —le pregunto por inercia.

—La mano de tu padre.

Abro los ojos al instante y me incorporo sobresaltado.

—¿Qué?

¿Mi padre? Lo pienso unos instantes. ¿Es posible que mi padre tenga algo que ver con lo que ha hecho Penn? No. No puede ser. Ha sido por el tema de los hijos. Y porque no me quiere lo suficiente. Además, no hay motivos para que mi padre metiera la mano. Él no tiene ni idea de mi historia con ella. ¿O sí? No, no, niego para mí mismo. De haber sospechado algo... ya habría venido a Oxford hecho un puto basilisco. Y, en ese caso, vendría directo a mí, siempre ha sido así, no habría acudido a Penny. ¿Por qué iba a cambiar su modo de actuar?

La pregunta se contesta por sí sola: para obtener resultados. La siguiente incógnita de la ecuación que se abre en mi cerebro la expreso en alto.

—¿Cómo?

—¿Cómo ha sabido lo vuestro? —Asiento—. No lo sé.

—¿Cuándo?

—Tampoco lo sé. Pero piensa, Mike, piensa en algún comportamiento fuera de lo normal que haya tenido la profesora Ballester antes de la catástrofe.

Mierda, no puedo pensar. Si ya tenía la cabeza abotargada antes de meter en la ecuación a mi padre, después de esa posibilidad...

Recuerdo esos últimos días que pasamos juntos. Estábamos bien, justo *esos días* estábamos bien. De haber sido todo provocado por mi padre, debió de tomar la decisión antes; no fue cosa de un día para otro, le dio tiempo a meditarlo. Mierda, lo tenía todo pensado. Estoy seguro. Joder, claro que lo estoy. Intento detectar algo. Algo extraño, pero, ¡hostias!, me cuesta mucho. Tengo el cerebro trabajando a mil revoluciones por minuto.

Las imágenes de la última vez que dormimos juntos las desecho en cuanto llegan, no es eso lo que busco. La cena con James y Grace..., no, tampoco. Lo que fuera que pasara fue antes de eso. Días antes de eso. Días en los que estuvo rara. Como metida en su mundo. Joder, ahora caigo. Me acuerdo de que le pregunté varias veces por ello y que siempre me decía que estaba hasta arriba de trabajo. Y yo la creí. Joder. No puede ser. Joder. Joder. No lo vi venir.

Me levanto de un salto y corro hacia la residencia.

—¡Mike! ¡Mike! —Eric me alcanza y me sujeta del codo—. ¿A dónde vas?

—A Londres.

—¿Qué? ¿A qué?

—¿Tú qué crees?

—¿A buscar a tu padre?

—Ha sido él, Eric. ¡Ha sido él! ¡Hijo de puta! —grito a la vez que doy una patada a la primera papelería que encuentro.

—No, Mike, no puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Sea lo que sea que haya hecho, lo ha hecho bien y cree que ha vencido. Ahora vamos dos pasos por delante de él, no perdamos esa ventaja. Primero, tenemos que averiguar lo que ha pasado. Después, actuaremos.

Joder, tiene razón. Giro sobre mis talones, de vuelta a la biblioteca.

—Voy a hablar con Penny. —Ahora mismo estoy loco por verla y pedirle perdón por haberme creído sus palabras, besarla y prometerle que todo va a estar bien. Ahora que sé que me quiere, tengo la sensación de poder luchar contra todo el jodido mundo. Y de que ganaría. ¡Ella me quiere! ¡Penny me quiere! ¿Cómo he podido ser tan gilipollas?

—No, Mike. Tampoco puedes ir con ella.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque podría ser sospechoso.

—¿Y qué pretendes? ¿Que me quede quieto? ¡No puedo hablar con mi padre y tampoco con Penny!

—Mike, tú y yo sabemos lo que va a pasar si te enfrentas a tu padre. Llevamos muchos años esperando este momento: el momento de confrontarlo, pero recuerda que la idea inicial era esperar porque necesitabas terminar la carrera para tener algo tuyo que jamás podría arrebatarte y con lo que podrías rehacer tu vida.

—Ahora mismo todo eso me importa una mierda. Penny es lo más importante. Si tengo que trabajar vendiendo mecheros en la puta calle, lo haré. Me da igual.

—Ya sé que quieres mandarlo todo a la mierda, pero hay que pensar con frialdad.

—No puedo, Eric.

—¿Y tu hermana? ¿También vas a mantenerla y a ofrecerle una vida vendiendo mecheros? ¿Así vas a alejarla de tu padre?

Mierda.

—¡Joder!

—Puedes salvar las dos cosas. Puedes tenerlas a ambas y tu carrera como médico a la vez. Te queda un puto examen, y, una vez que lo hagas, terminarás tus estudios en la universidad, y con eso podrás continuar con tu formación donde quieras o como quieras, pero si te quedas a medias, si no haces este examen, no tendrás nada. Y solo hay que esperar cinco días. Cinco. No es nada, Mike. Llevas dieciocho años esperando este momento.

—¡Joder!

—No tires por la borda los seis últimos cursos. Espera un poco más. Concéntrate en esta última prueba. Después vamos a por él y si hay que destruirlo, lo haremos. Pero no permitas que te descubra primero.

—¡Joder! ¡Mierda! ¡No puedo esperar!

—Tu padre podría comerte vivo si se da cuenta de que le estás jodiendo los planes. Tenemos que esperar. Mike, solo son cinco días. Piensa en frío, joder. Termina el examen, olvídate de lastres y nos ponemos a la carga.

Acabo aceptando porque, joder, porque tiene razón. Aunque me joda vivo.

—Van a ser los cinco días más largos de mi puta vida.

???

Edificio principal de la Universidad de Oxford. Último examen.

Entrego el último examen y no soy capaz de describir lo que siento: euforia, alegría, satisfacción, seguridad y unas ganas de la hostia de ir a buscar a Penny y confesarle que sé que mi padre está detrás de todas aquellas malditas palabras que dijo en su casa. Todavía me doy cabezazos contra la pared por haberlas aceptado tan rápido. Joder, puto gilipollas que soy.

Abandono el aula y recorro los pasillos a toda hostia hasta la salida. Tardo un segundo en ver lo que me espera fuera. Lo sabía. Sabía que harían algo así. Sonrío y soy consciente de que se me escapa algo de verdad en la sonrisa por ver a mi familia.

El primero que viene a abrazarme es mi abuelo. Después, Rose. Se siente jodidamente bien. Ni siquiera me habían avisado de que estaban en la ciudad, aunque algo sospechaba. Mi hermana no es la persona más disimulada del mundo y suelo verla venir desde lejos. Mientras la abrazo me doy cuenta, una vez más, de lo que la quiero. Es lo más bonito que ha salido de la mierda de historia de mis padres.

Cuando James me acerca una botella de champán, le doy un buen lingotazo. Y solo soy capaz de pensar que, para que este momento fuera perfecto, me falta ella. Me falta mi chica. Y por absurdo que parezca, durante unos instantes, me parece sentirla. Muevo la cabeza, en su busca, pero no hay nada.

A pesar de querer largarme cuanto antes de la celebración, mi gente no me lo permite. Nos juntamos en el *pub* de James a seguir festejando durante un par de horas. Ahí está mi límite. Ya no puedo más. Me disculpo con mi familia y prometo verlos más tarde y dedicarles todo el tiempo del mundo. Me acerco a la puerta de salida y los observo brindar por mí antes de irme.

—¿A dónde vas? —me pregunta Eric en cuanto me pilla con la mano en el tirador.

—A buscarla.

—Te acompaño.

Asiento con la cabeza y salimos juntos. Llegamos a casa de Penny en quince minutos. Traigo al pobre Eric jadeando a mi lado; es lo que hay. Toco la puerta con insistencia, pero nadie me abre. Cojo el móvil y la llamo cuatrocientas veces: no hay señal, en ninguna de las cuatrocientas. ¡Joder! ¿Dónde está?

Hago círculos, miles de círculos, en el pequeño jardín de Penny. Ignoro las preguntas y los comentarios de Eric. Me voy a quedar sin pelo como siga estirándomelo así. Examino los contactos de la agenda del teléfono por enésima vez hasta que me doy por vencido: el teléfono de Anna no está y no va a aparecer de repente en mi móvil por arte de magia. Sin embargo...

Saco la llave que guardo en el bolsillo y la acerco a la cerradura. Eric me mira desconcertado.

—¿Qué haces?

—Entrar.

—¿Tienes una llave de su casa?

Lo miro con un «pues claro» en mi rostro a la vez que abro y entramos.

—¿Penny? —la llamo incluso sabiendo que no está.

Cuando observo de verdad lo que ven mis ojos, un mal presentimiento me recorre el cuerpo. La casa parece vacía. Me acerco al teléfono fijo que descansa encima de la chimenea y doy gracias por que no sea otro de los aparatos del siglo pasado que adornan esta casa. Lo descuelgo y pulso la tecla #1; estoy seguro de que es la marcación rápida de Anna.

Un tono. Doy golpes nerviosos con el pie en el suelo. Putos nervios.

Dos tonos. Contengo la respiración.

Tres tonos. Los golpes nerviosos se convierten en golpes histéricos.

Cuatro tonos. Joder.

—¿Sí? —me pregunta Anna con cautela. ¡La hostia! Por fin. Respiro.

—Soy yo.

—¿Mike? *Joder, pensé que alguien había entrado en la casa a robar, aunque no entendía por qué narices me estaban llamando por teléfono.*

¡Coño! Debe de pasar algo muy grave con Penny para que Anna se dirija a mí como Mike y no como Ryan.

—¿Dónde está?

No es necesario que le diga más porque lo entiende a la perfección.

—¿Ahora mismo? *Subida en un avión. Me has pillado saliendo del aeropuerto.*

¿Qué? ¡No! Cierro los ojos. No puede ser cierto.

—¿Un avión a dónde?

—*Lo siento, Mike, pero hasta que tu padre no esté fuera de todo esto no puedo decirte nada. No voy a permitir que llegue hasta mi hermana de nuevo.*

—Te espero aquí, necesito respuestas.

—¿Qué? *No pienso ir a Oxford ahora porque tú me lo digas, tengo cosas que hacer.*

—Te doy media hora.

Cuelgo y salgo a la calle a respirar; en los últimos tiempos lo necesito mucho. Los lugares cerrados me ahogan, me asfixian. Me siento en las escaleras y escondo la cabeza entre las piernas. ¿Qué coño pinta Penny subida en un avión? ¿A dónde se ha ido? ¿Durante cuánto tiempo?

—Mike.

—Penny se ha ido. Se ha marchado a vete a saber dónde y no he llegado hasta ella por cinco putos minutos.

Un avión sobrevuela el cielo encima de nuestras cabezas, como si se estuviera riendo de mí en mi cara. Me quedo con la vista en el firmamento como un gilipollas.

—Vamos —le digo a Eric mientras me levanto y enfilo por la calle rumbo al centro.

—¿A dónde?

No puedo quedarme media hora aquí esperando sin hacer nada. Le explico la situación a mi amigo de vuelta al *pub* de James. Grace tiene que saber algo de Penny y, por lo tanto, James, también.

Al llegar, descubro que mi familia ya se ha ido.

—¿Mike! ¿Dónde estabas? —me pregunta el dueño del local mientras repasa la barra (increíblemente limpia) con una bayeta—. Tu familia acaba de irse.

—¿Dónde está Penny?

James deja de mover el trapo, madera arriba madera abajo, y me mira. Lo suelta y se cruza de brazos.

—Hasta que lo preguntas. Ya te ha costado, tío.

—¿Qué quieres decir?

—Llevo días y días esperando que me preguntes por ella. Comenzaba a exasperarme, pero quería que te dieras cuenta tú solito.

—¿Cuenta de qué?

—De que eres gilipollas.

De camino, otra vez, a casa de Penny, James me cuenta todo lo que sabe, que no es demasiado, por desgracia. Aunque más que *por desgracia* es a causa de Grace. Al parecer no se fía de él por miedo a que me lo cuente todo, pero ha ido recogiendo migajas aquí y allá y ha llegado a la conclusión de que alguien ha extorsionado —buena percepción— a mi novia para que me abandone.

—¿Tu padre? —me pregunta cuando le confío mis sospechas—. ¡No me jodas!

También me dice que sabía que Penny se había ido y que cree que son solo unos días de vacaciones para desconectar. No sé por qué, pero no me lo creo. Estoy casi seguro de que su marcha es mucho más trascendental que eso.

—Sí que es cierto que Grace ha estado muy meditabunda estos días —reconoce.

—Ahí lo tienes.

—Pero pensé que eran cosas de tías. Siempre lo exageran todo, ¿sabéis?

James nos echa una mirada a Eric y a mí. Yo digo «sí» con la cabeza y mi amigo le responde con un claro «no» porque no tiene ni idea de cómo funciona la mente de una mujer ni tampoco le importa.

Llegamos a casa de Penny y descubrimos que la puerta está abierta. Me adelanto corriendo y mis amigos me siguen; no recuerdo haberla dejado así.

—¿Se puede saber dónde andabas? ¡Llevo un buen rato esperándote! —El grito de Anna cuando aparece por detrás del sofá me da un susto de la hostia. No creí que hubiese pasado tanto tiempo. Hay un tío junto a ella. La miro de arriba abajo.

—No estás embarazada, ¿verdad?

Antes de contestarme, cruza una mirada con el hombre que tiene al lado.

—No.

—¿Y este quién es? —le pregunto.

—Es mi novio, Peter.

—Sí, encantado. —El susodicho se acerca y me estrecha la mano—. Yo me voy ya. Tengo que estar en la ciudad en una hora para una cena de negocios.

Le da un beso en la mejilla y comienzan a decirse intimidades entre susurros; algo me llega a los oídos de «llámame con cualquier cosa», «ten cuidado», «te quiero»... Dios, yo solo quiero que se pire de una vez para que podamos tratar ya el tema de Penny.

En cuanto se cierra la puerta principal, comienza a sonar un teléfono móvil que me corta lo que estaba a punto de decir. Joder, no arrancamos. James saca el aparato del bolsillo del pantalón y contesta.

—¿Osita? —pregunta en un tono de voz bajo, aunque no lo suficiente como para que no lo escuchemos—. Ven a casa de Penny. Ya. ¿Qué? —nos pregunta en cuanto cuelga y ve nuestras caras.

—¿*Osita*? —se mofa mi cuñada.

—Anda, no me jodas —suelto yo.

—¿Podemos empezar ya? —dice mi amigo.

Sí, eso. Comencemos.

—Necesito que me cuentes todo lo que ha pasado con Penny y mi padre. Por favor —le suplico a Anna cuando veo que me mira insegura, prevenida.

—Sentémonos.

En veinte minutos nos confirma nuestras sospechas. Me relata por encima desde cómo mi padre se dio cuenta en el primer segundo de que algo había entre Penny y yo hasta que la amenazó para que me abandonase.

—Vaya. Debió de ser algo fuerte para que claudicara —opina James—. Penny me parece la clase de persona que no se rinde sin luchar.

—La amenazó contigo —me dice entonces Anna—. Con destruirte a ti. Y a tu hermana.

—Joder —exclaman James y Eric al unísono.

Yo no puedo hablar y, en su lugar, entro en cólera. Me importa una mierda dar la imagen de ser un puto loco, pero esta situación me sobrepasa. Salgo de la casa con furia y por poco no impacto con Grace.

—¿Mike?

La ignoro y bajo las escaleras de la entrada rozándole el hombro al pasar junto a ella. Comienzo a patear todo lo que se me pone delante: hojarasca, papeleras, la valla de Penny. Es eso o ir a Londres y acabar con mi padre. Me tranquilizo y vuelvo a la entrada de la casa, donde todos me esperan en el umbral.

—¿Mejor? ¿Has eliminado las ganas de matar a tu padre? —me pregunta Anna.

—De lo que me entran ganas es de ir a la policía o a la Interpol o al jodido MI5 y rogarles que la busquen, porque ahora mismo me muero por hablar con ella. Pero como no soy nadie, no me harían ni caso.

—En realidad sí podrías hacerlo, teniendo en cuenta que es tu esposa, pero no lo vas a hacer porque antes hay que acabar con tu padre y lo sabes.

Sí, lo sé. Espera, ¿qué ha dicho? ¿Mi... mi...?

—¿Mi qué?

—Mierda —Anna se echa las manos a la cabeza y pierde todo el color de la cara—, que no te lo ha contado. Se me había olvidado.

Cruza una mirada nerviosa con Grace, que también se ha quedado blanca.

—¿Contarme qué? ¿Qué has querido decir con lo de *esposa*? ¿Es un puto eufemismo de algo?

—Me temo que no. —Grace le da un codazo, pero Anna niega con la cabeza—. Estáis casados, Mike. Estáis legalmente casados desde Riviera Maya. ¡Sorpresa! —me dice con alegría fingida.

—Pues parece que he llegado en el mejor momento. —Creo que ha sido Grace la que ha hablado.

—¿Están casados? —¿Ahora ha sido Eric?

—¡No me jodas! ¿Tú lo sabías? —Ese es James, porque veo que se dirige a su novia.

Acabo de quedarme parado en la escalera como una estatua de mármol. ¿Casados? ¿Estoy casado con Penny? ¿Desde Riviera Maya? No es posible. Aquello fue una broma. Un espectáculo. Alguien me coge del brazo y me lleva al interior de la casa. Me sientan en el sofá y me ofrecen un vaso de agua.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —pregunto a la nada.

—Desde aquella primera mañana en que os encontré a tu amigo y a ti aquí —confiesa la mejor amiga de Penny. Recuerdo esa mañana. Fue el día en que apareció mi padre, discutimos, me pegó y yo hui y llegué hasta esta casa.

—De eso hace meses.

—Mike, mi hermana quería contártelo, pero no sabía cómo. Estabais pasando por una situación delicada, tu padre se encontraba aquí y no era el momento. Después, la bola se fue haciendo cada vez más y más grande y...

—Y decidió no decirme nada.

—No. Me consta que quería contártelo, era cuestión de días.

—Eh, tío. Ya sé que tienes que pasar tu duelo, pero ahora lo más importante es arreglar lo que ha pasado, y creo que tengo una idea, aunque quizá sea absurda y demasiado simple —me dice James.

—Habla.

Lidiaré con lo de la boda más tarde.

—A tu padre le importa mucho la imagen pública, supongo.

—Sí, claro.

—Por lo que me has contado y por lo que he podido deducir yo solo, no es el mejor padre del mundo.

—No.

—¿Y si lo amenazamos con ir a la prensa y contarlo todo?

—Eso fue lo que hizo mi hermana —me dice Anna.

—¿Qué?

—Cuando habló con tu padre para comunicarle que iba a dejarte, lo amenazó con ir a algún periodista o a alguna revista sensacionalista y contarles lo *buen padre* que es si se enteraba de que no te dejaba en paz.

Algo caliente, tierno, me sube por el pecho. Creo que es orgullo. Orgullo debido a la clase de persona que es Penélope Ballester.

—Es un buen plan.

—¿Y si primero lo pillamos *in fraganti*? —nos sugiere Eric.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto a mi mejor amigo.

—¿Y si lo llevamos al límite para que demuestre a través de una cámara lo *buen padre* que es?

—Me gusta —afirmo.

—Entonces, ¿tenemos un plan?

—Voy a acabar con él —contesto sin atisbo de duda.

Dos semanas después

Han sido las dos semanas más largas de mi vida. Dos semanas en las que he tenido que lidiar con el hecho de que Penny y yo estemos casados y de que me produzca más alegría que enfado por habérmelo ocultado; he pasado horas al teléfono con Anna y Peter hablando de la situación de mi hermana y buscado una solución, y he planeado al detalle con Eric y James lo que voy a decirle a mi padre para hacerlo explotar.

Pero ya estamos aquí. He citado a mi progenitor en una habitación de lujo del hotel Randolph, su favorito. Y lo he cargado a su tarjeta de crédito. Eric aguarda escondido en un lugar estratégico con la cámara de vídeo en la mano, y el resto del grupo (Anna, Grace y James) están en el dormitorio de al lado. Es un plan desesperado, lo sé. Pero no tenemos otra cosa.

Lo veo llegar al hotel. Veo cómo su chófer se baja del coche para abrirle la puerta y veo cómo se adentra en el edificio con la barbilla alta y el palo en el culo. Le hago un gesto a Eric para que se oculte del todo y esperamos.

En cuanto mi padre cruza el umbral, me lanzo a su cuello como un energúmeno. Decidimos, unos días atrás, que lo mejor era empezar fuerte desde el primer momento. Cabrearlo lo antes posible y así poder terminar rápido con esto.

—¡Eres un hijo de puta! —Debo reconocer que mi arrebato es mitad teatro y mitad realidad.

—Pero ¿qué coño haces? —Se desembaraza de mí con facilidad (porque se lo permito) y me empuja con fuerza varios metros atrás.

—Amenazaste a Penny con acabar conmigo para que me abandonara. —Lo acuso con el dedo e incluso siento cómo se me hincha la vena del cuello. También decidimos que lo mejor era atacar con la verdad.

—Ah, eso —me dice con tranquilidad mientras se coloca bien la chaqueta del traje. Qué ganas me entran de estrangularlo con la puta corbata.

—¿No tienes nada que decirme?

—Vamos, Michael, no dramatices. Esa chica no es nadie.

Se acerca al mueble bar y me da la espalda para servirse un *whisky*. Ojalá se le atragante.

—Esa chica es la persona a la que amo.

—Hijo mío —se da la vuelta y toma un sorbo de la bebida—, parece que no has aprendido nada.

—No, a pesar de las palizas que me has dado durante toda la vida, no aprendo.

—Cuidado, Michael. No me cabrees, hijo —me advierte antes de acabarse el licor de un trago.

Me río en mi interior. Porque esa es mi especialidad: cabrearlo.

—La quiero, papá. La quiero y me gustaría pasar el resto de mi vida con ella.

Se lo toma como una petición. Y se descojona de la risa. Ríe, cabrón. Ríe mientras puedas.

—No me hagas reír. Hijo, ya no eres un niño. Deja de pensar por ti mismo y obedece lo que te digo. Penélope Ballester no es una opción para ti, así que olvídate de ella. Fin de la discusión.

—No.

—¿Cómo dices?

—He dicho que no.

—Pareces un tanto soberbio hoy. —Deja el vaso sobre un mueble y se acerca a mí.

—¿Parezco? En realidad, creo que me siento soberbio.

Vuelve a reír. Y aunque me lo espero, el puñetazo que recibo en la mandíbula duele. Joder si duele. Saco la lengua y me chupo la herida que aparece al instante en mi labio y que sabe a sangre. Pero también a triunfo.

—¿Y ahora? —me pregunta mientras se frota los nudillos—. ¿Cómo te encuentras ahora?

Comienzo a reír a carcajadas, cosa que lo exaspera.

—¿Por qué coño te ríes?

—Porque sigo sintiéndome soberbio.

Otro puñetazo impacta contra mi rostro. En esta ocasión, en el pómulo. A continuación, me coge de la pechera y me empotra con brío contra la pared, veo sus ojos brillar de furia, también de anticipación y satisfacción.

—Vamos a ver si podemos quitártela.

—¡Ya es suficiente! ¡Quítale las manos de encima!

Eric aparece de detrás de uno de los cortinones con cara de pocos amigos; justo en el momento en el que el puño de mi padre se alzaba con energía para su siguiente movimiento.

—Mike, tengo material de sobra. Se acabó.

—¿Qué coño significa esto? —Mi padre ha girado la cabeza hacia mi amigo, pero sigue aprisionándome con su puño, aunque creo detectar que ha suavizado el agarre.

Eric no le contesta, camina a paso seguro por la habitación y llega hasta la entrada. La abre y Anna, James y Grace hacen acto de presencia. En ese orden. Ahora ya estamos todos.

Me aparto de mi padre de un empujón; está tan sorprendido que apenas me cuesta esfuerzo. Me acerco a Eric y cojo la cámara de vídeo de sus manos.

—Tienes el labio partido —me dice Anna en cuanto llega a mi posición.

—Estoy bien. Era parte del plan.

—¿Qué cojones es esto? ¿Michael?

Se lo ve tan pasmado que incluso me hace gracia; ni siquiera se ha movido de su ubicación, sigue al lado de la pared donde me tenía atrapado. Ignoro su pregunta y le doy al botón de «reproducir».

—Hola, señor Cunningham, soy Anna Ballester, la abogada de sus hijos. —Escucho pasos que repican sobre la moqueta del suelo, gente que se mueve, pero no atiendo a nadie. Estoy entretenido visualizando la grabación. De momento se me ve solo, esperando a mi padre, en medio de la habitación.

—Tú eres la hermana. —Oigo que le responde mi padre con aversión, aunque siento que no aparta los ojos de mí y del aparato que sujeto entre las manos, en el que ya se escuchan nuestras voces.

—Sí, también.

—¿Qué coño es eso? —me pregunta acercándose a mí. James y Eric le cierran el paso antes de que llegue a mi posición. El camarero cruza los brazos y es bastante alto, pero a mi padre no lo intimida. Nada lo hace. Sin embargo, cuando es capaz de escuchar su propia voz a través de la cámara de vídeo, se detiene. Se queda congelado.

—¿Me habéis grabado? ¿¿Me habéis grabado, putos niños?? ¿A qué jugáis?

—*Eso* —le responde Eric mientras yo visualizo todo el vídeo ante la mirada abrasadora de mi padre— es una grabación completa de lo que ha pasado aquí desde que ha entrado en la habitación. Al diario *The Sun* le va a encantar ver a uno de los hombres más famosos y carismáticos de toda Inglaterra amenazando y golpeando a su inocente e indefenso hijo de veinticuatro años.

—¡Dame eso! —grita mientras viene a por mí zafándose de la sujeción de James.

—Me parece que no. —Eric se coloca, una vez más, delante de mí para protegerme.

—Tú, maricón de...

Inadmisible. Aparto a mi amigo a la vez que le doy la cámara y avanzo hacia mi padre. Lo sujeto de la corbata.

—Más te vale que no termines esa frase. Se acabaron las amenazas, los insultos y las palizas. Para siempre.

—Te voy a hundir, Eric Greenwood —le grita, intentando desprenderse de mí—. Te juro que lo voy a hacer. Veremos si sonríes tanto cuando toda tu familia se entere de que no eres más que un...

—¿Qué parte de que se acabaron las amenazas no has entendido, padre?

—¿Sabes qué? —dice Eric adelantándose hasta nuestro lugar—. Estoy hasta las pelotas de hijos de puta como tú que se creen que su forma de vida es la correcta. Desde este momento, se acabó la opresión para mí.

Se acerca con decisión a la ventana y la abre. ¿Qué coño va a hacer?

—¡Me llamo Eric Greenwood y soy homosexual! ¡Tengo veinticuatro años y me gustan los hombres! —comienza a gritar a viva voz.

De la impresión, suelto a mi padre y todo. Eric sigue asomado a la ventana cuando comienzan a escucharse aplausos desde la calle. Está a punto de meterse dentro de nuevo, pero una voz lo detiene.

—¿Eric?

—Mierda —suelta mi amigo.

Joder, reconozco la voz al momento. No puede ser. Oxford no puede ser tan pequeño. Me acerco a la ventana y me asomo. Pues sí puede ser. Nuestro entrenador está parado en medio de la calle observando a mi amigo, alucinado. La cara de Eric no tiene precio. Le doy un par de palmaditas en el hombro y un buen apretón para infundirle apoyo. El entrenador y él tienen una historia. Puta casualidad.

Al darnos la vuelta para seguir con lo que estábamos, vemos que las caras de nuestros amigos y de mi padre son un cuadro. El más sorprendido parece James, que mira a su novia preguntándole si todo esto está pasando de verdad. Permanecemos todos en silencio hasta que Anna lo rompe.

—Bien. A pesar de que creo que no es necesario, le voy a resumir la situación —le dice a mi padre—. Si vuelve a amenazar o a inmiscuirse en la vida de sus hijos, este vídeo saldrá a la luz acompañado por una demanda de malos tratos. Soy consciente de que de poco servirá, pero me lo voy a pasar estupendamente recorriéndome todos los platós de televisión. Y ahora —se aproxima a él y le tiende unos papeles—, firme estos documentos.

—¿Qué coño es esto?

—La emancipación de su hija pequeña.

En las cientos de conversaciones que mantuve con Anna y Peter, al final llegamos a la conclusión de que la mejor manera de alejar a mi hermana menor de edad del yugo de mis padres era emanciparla y convertirme yo en su tutor. El único inconveniente que había, una vez analizada toda la operación y preparado todo, era que mis padres debían firmar. Inconveniente, por otra parte, fácil de resolver. Ahora Rose está a salvo en casa de Anna, con su novio Peter, esperando con impaciencia que comience nuestra nueva vida.

—No podéis hacerlo.

—Oh, ya lo creo que sí. Hágame un garabato también ahí debajo, donde aparece el nombre de su mujer.

—Esto es extorsión.

—Lo es. Y ahora, firme.

—Te vas a arrepentir de esto —me amenaza, ardiendo de rabia pero derrotado a la vez. ¡Lo hemos conseguido!—. Cuando tengas que vivir en la calle porque no tienes un puto duro, no vengas a mí.

—Sobreviviré, padre —le digo con una sonrisa.

No puedo explicar todo lo que vivo ahora mismo. Me siento libre, por fin. Libre de poder vivir mi propia vida. Y también algo incrédulo porque no acabo de asimilarlo. Eric me da un abrazo para convencerme de que es verdad, y James, a su vez, le revuelve el cabello a mi amigo y se comunica con él sin palabras: «Buen trabajo antes en la ventana».

—¿Dónde está? —le pregunto a mi cuñada en cuanto me doy cuenta de que ya no hago nada aquí. Anna y el resto pueden ocuparse de acabar con este asunto.

Ella se acerca a mí y me lo dice al oído.

—Gracias. Y cuida de mi hermana hasta que vuelva.

Asiente con la cabeza y yo salgo corriendo en su busca.

Donde empezó todo

Riviera Maya. Playa desierta de la Historia de la Evolución de Michael y Penny.

Me gusta cerrar los ojos y escuchar el suave ronroneo del mar; es algo que llevo haciendo desde que era muy pequeña, desde que nos acercábamos todos los veranos a pasar el mes de agosto al Mediterráneo los cuatro juntos. Y aunque tuviera una playa enfrente de mi casa habitual, estoy segura de que seguiría disfrutándolo como parte de la rutina. Hay rutinas que valen oro.

Llevo algo más de dos semanas viniendo casi todas las tardes a este lugar, tiempo en el que no he tenido contacto alguno con nadie porque, desde que apagué el móvil en el avión, no he vuelto a encenderlo; tan solo llamé a Anna desde el hotel para avisarla de que había llegado bien y poco más. Necesitaba desconectar de todo y sabía que con el teléfono no lo lograría.

También llevo dos semanas observando esta playa, y no me canso. No tiene nada: solo arena blanca y ligera en la parte más alejada del mar, pero más gruesa cerca de la orilla, al mezclarse con las conchas y formar piedrecitas rosas y amarillas; agua, y una hilera de palmeras a la izquierda, donde comienza a formarse un pequeño bosque, pero es *la playa*. La playa a la que vinimos aquel primer día de excusión en el coche y la playa que nos vio enamorarnos. Porque aquel día que ahora parece tan lejano y casi irreal, Mike y yo comenzamos a enamorarnos.

Hace días que ya no lloro; la nostalgia y el anhelo han disminuido con el paso del tiempo y ahora solo queda un bonito recuerdo que quiero atesorar para el resto de mi vida, por eso vengo todos los días, para grabarlo en mis retinas. Para memorizar y deleitarme con todo lo que una fotografía no puede darme: el olor a océano y a bosque verde, la sensación de la brisa cuando me despeina el cabello al igual que lo hacía con Mike, el constante ruido de las olas que vienen y van, su chisporroteo al alejarse.

También he ido un par de días a la playa de Tulum a perderme en ese azul que me enamoró al instante; me prometí volver. Aunque jamás pensé que sería en tales circunstancias y desde luego que nunca me hubiera imaginado que estaría destrozada por haber abandonado de la peor manera posible al tío macizo del bañador naranja.

Sonríó debido a los recuerdos, porque son bonitos. Cuántas cosas han pasado en mi vida desde entonces..., y solo ha transcurrido un año. En trescientos sesenta y cinco días te da

tiempo a enamorarte, vivir el mejor verano de tu vida, despedirte, llorar de pena, reencontrarte, pelearte, reconciliarte, pelearte más, reconciliarte otra vez, y otra vez, pasar los mejores meses de tu vida y, por último..., acabar destrozándola. Casi nada.

Me tumbo en la toalla sin abrir los ojos en ningún momento mientras disfruto del gigantesco sol que se alza sobre mi cabeza y que se concentra en mis párpados, hasta que escucho el motor de un vehículo que se acerca. Es fácil detectarlo, ya que poco más se oye por estos lares.

Tuerzo el morro; las visitas no son habituales. Levanto los párpados y miro el reloj: todavía es pronto para que José venga a buscarme. Desde el primer día que llegué al hotel, me aseguré de contratar a un chico joven nativo para que me hiciera de guía/taxista/paño de lágrimas y que me ayudara a encontrar este sitio. Una vez que lo hicimos, firmamos un pacto: él me trae aquí después de comer y vuelve a recogerme al anochecer, y yo, además de pagar un extra al hotel por sus servicios, le cuento historietas sobre la humanidad.

Tenía clarísimo que coger el coche yo sola y perderme en estos parajes —y, en consecuencia, quedarme a vivir para siempre como una isleña sin remedio— no era una opción.

Ignoro a quien sea que esté llegando y continúo tumbada y con los ojos cerrados hasta que habla.

—Hola.

Se me para el corazón al reconocer su voz.

Me levanto como un resorte y me doy la vuelta.

El pulso comienza a latir en cada rincón de mi cuerpo a doscientos, trescientos kilómetros por hora, porque es Mike. ¡Oh, Dios, es Mike!

Y antes de darme la oportunidad de emitir alguna palabra, no sé, devolverle el saludo, saltar a sus brazos, dar gracias al cielo por habérmelo traído (porque se me ha olvidado la razón de que ya no estemos juntos), continúa hablando:

—Creo que me he perdido. ¿Sería tan amable de ayudarme?

No consigo responder nada, estoy demasiado confundida, alucinada, aturdida, desconcertada y abrumada, y sé que todos son sinónimos de la misma sensación, pero es que... ¡Es Mike!

—Estoy buscando una playa. Es una playa un tanto especial. Tiene un par de cocos y poco más, pero es importante y necesito encontrarla cuanto antes porque tengo algo de prisa. Verá —se interrumpe—, ¿puedo tutearla? —le digo que «sí» con la cabeza. Creo—. Bien, necesito encontrar esa playa para hacer fuego y poder comer, entrar en calor e iluminarme por la noche. Tampoco me vendría mal encontrar alguna cueva para refugiarme y comenzar a construir herramientas y así salir a cazar un par de jabalíes para poder comer algo. Además, cuanto antes la encuentre, antes me iniciaré en la agricultura y en la ganadería y... —mira hacia el cielo y arruga la frente, pensando. Lo más probable es que no se acuerde de lo que venía después de eso en la evolución. Para este momento, yo ya estoy llorando como una tonta por la emoción— me pondré a construir pirámides, descubrir

América y desarrollar un par de inventos que nos vendrán de puta madre, como el teléfono, la bombilla, el cine, los aviones o internet.

Se calla y me mira a los ojos con fijeza.

—Pues sí que tienes trabajo —acierto a decir.

—Sí, y ya que estamos, necesito una chica para poder formar mi propia manada y repoblar la tierra.

Sonrío en medio de tanto llanto e intento decir algo ingenioso. No sé lo que va a ocurrir cuando dejemos de bromear.

—No creo que por aquí haya muchos jabalíes. Si acaso algún erizo de mar...

—Sobreviviremos, amor.

—Mike...

—Shh —se lleva la mano a la boca—, no digas nada. Solo abrázame.

Creo que lo he aprisionado con mis brazos antes de que acabara la frase. Si pensaba que con pasar horas en esta playa y atesorar recuerdos me bastaba para acercarme a lo que era estar con él, qué equivocada andaba. No tiene nada que ver. Porque no hay nada que pueda asemejarse a descansar mi cabeza en su pecho, sentir el tacto de sus músculos con mis manos a pesar de llevar la ropa encima y aspirar el maravilloso olor de su piel. Lo manoseo por todas partes para asegurarme de que es real. Lleva puestos unos vaqueros y una camiseta azul de manga larga remangada hasta los codos; tiene que estar muriéndose de calor.

Por desgracia, mi querido subconsciente no tarda en aparecer y romper el momento.

«El problema sigue existiendo».

—Te quiero, Penny —me dice, a la vez que nos separamos lo justo para juntar nuestros labios y besarnos por fin.

—Tu padre... —El beso no desaparece, solo lo entrelazamos con las palabras.

—Mi padre ya no existe. Se acabó.

¿¿Qué?? Ahora sí me separo del todo.

—¡Ay, por la Constelación de Acuario! ¿Te lo has cargado? —le pregunto, escandalizada, y con el corazón latiéndome a mil por hora.

Mike se parte de la risa a la vez que me acaricia el cabello y me da un besito en la nariz.

—No en el sentido literal de la palabra, pero puedo asegurarte que no va a volver a molestarnos.

No es posible. ¿Cómo?

—Explícame eso.

Me lo cuenta todo mientras nos tumbamos en el suelo, manchándonos el cuerpo con la arena y a la vez que el tiempo corre y la claridad del día da paso a uno de los atardeceres más bonitos que he tenido el placer de contemplar.

—Por cierto, ¿cómo me has encontrado?

Mike va a abrir la boca, pero la cierra de nuevo. Levanto la espalda y me coloco de lado, apoyo el codo en la arena y le acaricio el estómago por debajo de la camiseta.

—¿Quieres que juguemos a *quién fue el primero*?

—¿Ahora?

—Sí.

—Está bien —acepto confundida.

—Empiezo yo. —Se coloca de costado como yo y quedamos uno enfrente del otro.

—Vale.

—¿Quién fue el primer Cunningham que se enamoró como un idiota de su profesora de Historia?

Sonrío y le doy un beso corto en los labios, que recibe encantado.

—Tú.

—Muy bien.

—Me toca.

—No, sigo yo, que estoy en racha —pronuncia la siguiente pregunta sin que pueda quejarme—. ¿Quién fue el primer y único Cunningham en acudir a una conferencia de Albert Einstein en Oxford y llevarse al finalizar, junto a varios de sus compañeros, la pizarra en la que expuso alguna de sus teorías?

—No puede ser. ¿En serio? ¿Hablas de la misma pizarra que está expuesta en el museo de Historia de la Ciencia de Oxford?

—Ajá.

Hago cálculos con las fechas.

—¿Fue tu abuelo?

—Sí.

—Qué increíble.

—Sí. ¿Y quién fue el primer Cunningham que se enteró por su cuñada de que estaba casado con la mujer de su vida?

¡Ah! Ahogo un grito y me incorporo al momento.

—Mike..., tú... tú...

¿Lo sabe? ¿Cómo?

«Algo ha dicho de Anna».

—Sí, otra vez yo. No se te escapa una, morenita.

—Mike, lo siento. —Me levanto, nerviosa, y a punto de sufrir un infarto.

—No, no lo hagas.

Mike me alcanza y me coge las manos.

—Quería decírtelo, pero nunca encontraba el momento adecuado.

—Ya lo sé.

—¿Estás enfadado?

—¿Porque seas mi mujer? Oh, Penny, no, no lo estoy, ya lo creo que no.

¡Gracias a Dios!

«Parece que se lo ha tomado bien. ¿Ves? Y tú que andabas tan asustada».

Me tranquilizo al verme despojada del peso que llevaba encima desde hacía tanto tiempo.

—Eso no explica cómo me has encontrado —le digo con socarronería.

Según he llegado ayer al hotel, me he plantado en recepción y he exigido que me dijeran el paradero de mi esposa. Los he amenazado con denunciarlos y les he dejado caer que mi cuñada es abogada. Han cantado al instante; no me han enumerado cuántas veces te duchas al día porque los he frenado.

—¿De verdad te lo han contado todo sobre mí? —Asiente con la cabeza—. ¿Así de fácil?

Estos caribeños...

—Sí, y me han dado la llave de la habitación.

—¿Has reservado una habitación?

—No, qué va.

—¿Entonces?

—Es una copia de la tarjeta de la tuya.

—¿En serio?

—Privilegios de esposo. De momento no he encontrado desventajas. ¿Cómo iba a estar enfadado?

—Ya veo.

Cuando anochece, nos tumbamos en la carga de la ranchera y observamos las estrellas mientras seguimos hablando. No ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos, pero hay tantas cosas que contar... Mike me obliga a relatarle con pelos y señales mi último encuentro con su padre y todo lo que sucedió a partir de ahí. Y es curioso porque,

al hacerlo, sigue siendo doloroso, pero ya no tengo ningún puñal clavado en el corazón, solo la cabeza de Mike descansando encima de él.

—Y no sabes lo que hizo Eric.

—¿Qué?

—Mi padre amenazó con destruirlo por su condición sexual.

—¡No!

—Sí. Y, con un par de cojones, se asomó a la ventana y gritó a los cuatro vientos que le gustaban los tíos. Fue épico.

—Ese es mi chico.

—Sí. Y así mi padre ya no tiene nada contra nosotros.

Asiento con la cabeza y seguimos hablando, besándonos y amándonos hasta que decidimos que es hora de volver al hotel. Cuando entramos por la habitación, nos vamos directos a la cama. Mike está derrotado y no me extraña. Nos cobijamos bajo las sábanas y, después de hacer el amor, otra vez, me envuelve en sus brazos, me abraza con fuerza y me quedo dormida al instante. Sin embargo, no duro demasiado tiempo así.

—Penn. —Noto cómo me zarandean con suavidad—. Penn, despierta.

¿Mike? Entreabro los ojos y veo que aún es de noche. ¿Quiere más sexo? ¡Por La Vía Láctea que mañana no voy a poder andar!

—¿Qué pasa? —le pregunto con la voz pastosa por el sueño.

—¿Podemos hablar?

—¿Ahora?

—Es importante.

Me incorporo y me siento en el colchón. Apenas lo veo por la oscuridad de la habitación.

—¿Qué sucede?

—Estamos casados —me dice con seriedad.

Sí, lo estamos. Supongo que yo he tenido tiempo suficiente para interiorizarlo durante estos meses, y supongo que él... no.

—Sí.

—Eres mi mujer.

—Y tú mi marido —le digo a la vez que me subo sobre sus rodillas y le sonrío.

—Aún no puedo creerme que lo seas desde aquel día. Que lo fueras mientras me dabas clase y me echabas la bronca. Es que..., ¡joder, eres mi esposa! Maldito pirado... ¡Me entran ganas de ir a buscarlo y darle un beso en toda la boca! ¿Estoy loco por creer que

estar casado contigo es lo mejor que me ha pasado en la vida? ¿Por sentir que es lo más correcto que he hecho jamás?

Le paso los dedos por el cabello y le rozo los labios con los míos.

—Es posible, pero me muero por que compartas esa locura conmigo.

—Te quiero, Penn.

Y yo lo adoro, pero ¿y ahora, qué? ¿Vamos a vivir juntos como marido y mujer? ¿O vamos a ir más despacio? ¿De qué vamos a vivir? ¡No tengo trabajo! ¿Nos vamos a quedar en Oxford?

—¿Qué vamos a hacer, Mike?

Mi marido parece leerme el pensamiento. Y con una sola respuesta suya desaparece la incertidumbre de todas mis preguntas veladas.

—La opción de vivir en la residencia está descartada, así que tendré que mudarme a tu casa. No quiero estar ni un minuto más lejos de ti, y necesito cerrar los ojos por la noche contigo a mi lado. Yo comenzaré con mi especialización en Oxford y tú puedes hacer lo que quieras, lo que te pida el cuerpo, que yo te apoyaré en lo que decidas. Saldremos adelante, Penn. Juntos.

—¿Estás seguro?

—Tanto como que el sol sale por el este y se oculta por el oeste.

Suficiente para mí.

—Te quiero.

—Ven aquí, señora Cunningham.

Me abraza por la cintura y me tira a las sábanas de algodón, quedando encima de mí y amándome una vez más.

Nos despertamos a la mañana siguiente bastante tarde y remoloneamos un rato más; el desayuno ya lo hemos perdido.

—Por cierto, me tienes que acompañar a comprar ropa —me dice levantándose de la cama, quitándose el bóxer y tirándolo a una bolsa de plástico de la lavandería.

—¿Y tu maleta?

—No tengo. —Se dirige desnudo al baño y yo lo sigo—. Fui directo al aeropuerto con lo puesto y compré el primer billete del próximo vuelo que saliera para Riviera.

—Debió de costarte una pasta.

—Lo cierto es que sí. Pero pude pagarlo con la tarjeta de mi padre antes de que le diera tiempo a cancelarla.

—¿Me estás diciendo que hoy por hoy no tienes ni un penique? —le pregunto, acercándome mimosa y abrazándolo por detrás mientras se lava la cara.

—Ni uno. Como estamos casados, vas a tener que mantenerme, y tengo caprichos caros, te aviso.

—¿Ah, sí? ¿Cómo de caros?

—Mucho. Muchísimo. —Se da la vuelta y me besa.

—¿Quién me mandaría a mí casarme con un pijo de rancio abolengo?

Me da un besito corto en los labios y vuelve a la habitación. Me apoyo en el marco de la puerta y veo cómo rebusca entre mi ropa. ¿Qué pretende? ¿Ponerse algo mío?

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —le pregunto.

—Pasar quince días de puta madre.

???

El primer día creo que estamos demasiado tiempo tomando tequilas en la barra de la piscina.

—¿Mike?

—Espera, estoy liado con esto —me responde mientras intenta sin ningún éxito abrir la habitación con la tarjeta. Cada pocos segundos se enciende la luz roja y emite un sonido muy desagradable. Me pregunto cuándo dejará que le aclare el motivo.

—¿Mike?

—Intento abrir la puerta, Penn.

—Pero es que esta no es nuestra habitación.

—¡No me jodas! —me dice levantando la mirada hacia el número de la habitación.

—Pues sí. A las dos cosas.

—Mierda. Me estoy meando. Mucho.

Demasiados chupitos de tequila en la piscina.

???

El cuarto día cogemos de nuevo la ranchera y vamos en busca de un cenote perdido en medio de la jungla que ha visto Mike por internet desde un ordenador de recepción.

—Gracias, señor —me despido del agradable anciano que nos ha dado las indicaciones.

—Bien, ¿por dónde vamos? —me pregunta Mike.

—Tú sabrás.

—¿Cómo que yo sabré?

—¡Tú eres el que conduce! ¡Tú tienes que ser el que escuche las indicaciones!

—Penny, amor, yo no hablo español.

—Mierda —me lamento llevándome la mano a la frente. Nunca he sido buena cogiendo indicaciones.

—Podríamos encender los móviles y usar el GPS —sugiere Mike.

—No —decimos al unísono.

???

La segunda semana ya hemos convertido en rutina abrazarnos por la espalda y pasear durante horas por la orilla. Uno de los días descubrimos un grupo de gente rodeando a un niño que llora y grita desconsolado. Nos enteramos de que le ha picado una medusa. Mike me guiña un ojo y se dirige al herido.

—Por favor, apártense, soy médico.

Ruedo los ojos.

«Ay, qué cruz».

???

El día antes de marcharnos cenamos en uno de los restaurantes temáticos del hotel, el último que nos queda por probar: el italiano. Nos despedimos de nuestros días idílicos en Riviera a ritmo de *limoncello* y pizza con mucho de lo primero y menos de lo segundo. Creo que pocas veces en la vida he sido tan feliz; Mike no solo me complementa, me llena.

A la mañana siguiente, decimos adiós al personal del hotel con mucha pena y nos montamos en un minibús con rumbo al aeropuerto. Y qué diferente es este vuelo comparado con los dos últimos que he tenido. Mike me cede su sitio en la ventanilla, pero lo mismo me da porque me paso más de medio trayecto observando su perfil y alucinando por que esté casada con este hombre tan maravilloso.

Al llegar a Gatwick, cogemos un taxi para que nos lleve a la cervecería de James. Me he dado cuenta en el avión de que he perdido mis llaves, las he buscado y buscado, pero nada, y Mike me ha comentado que las suyas se las dejó a James antes de irse.

Cuarenta minutos después, estamos entrando por la puerta. Está todo oscuro, parece cerrado, pero Mike se adentra sin dudar y entonces...

—¡¡Bienvenidos!!

Las luces se encienden y ahí está toda nuestra gente. Se acercan a darnos la bienvenida y saludarnos, pero estoy tan alucinada que no consigo devolverles las palabras.

—¿Qué tal la luna de miel? —nos pregunta Eric mientras nos junta a ambos para abrazarnos. Creo que consigo balbucir un «bien»—. ¡Estás moreno y todo, cabrón!

—¡Penny! —Mi hermana y Grace son las siguientes en llegar a nosotros. Y luego James, Peter, Mark.

—Toma las llaves, Penn. Y no las pierdas de nuevo —me dice Mike mientras me deposita mis llaves (¡¡¡mis llaves!!!) en la palma de la mano.

—¿Todo esto estaba preparado?

—Pues claro —me responde James—. Hablamos ayer con el capullo este por teléfono.

—¡Serás...! —Le pego un golpe flojo en el brazo como muestra de mi indignación, pero me detengo en cuanto veo a su hermana. La reconozco de aquel día del último examen de Mike.

—El abuelo quiere que lo llames. Necesita hablar contigo.

—¿Sabe lo que ha pasado?

—Llámalo.

—Enseguida lo hago, pero antes quiero presentarte a alguien.

Me coge del codo y me acerca a la chica.

—Rose, te presento a tu cuñada.

—Hola —me dice con aprecio y timidez.

—Bienvenida a la familia —le respondo con abrazo incluido.

James comienza a servirnos cerveza mientras observo a Mike encantado de la vida conversar con su mejor amigo y con Peter. Me rodeo de mi gente y sonrío con satisfacción. No tengo ni idea de lo que nos espera en el futuro, pero viéndolos ahora a todos juntos, sé que va a ser algo bueno. Algo muy bueno.

Nuestro siguiente trayecto es a casa. A casa. A un hogar sin cajas, por fin. Acabé de organizarlas antes de irme con la paradoja de tener que llenarlas de nuevo si decidía volver a España.

Menuda montaña rusa que ha sido mi vida los últimos tiempos. Vamos dando un paseo y, en cuanto veo que llegamos a mi calle, comienza a embargarme la emoción. Ya estamos aquí.

Cerca del umbral, Mike se detiene.

—¿Te acuerdas de nuestra primera despedida en Riviera Maya? —me pregunta.

—Sí.

—Te dije que en un mundo ideal me habría casado contigo de verdad, que te cogería en brazos y te llevaría al aeropuerto. Y al llegar a nuestro nuevo hogar te subiría a pulso hasta nuestro dormitorio y te haría el amor hasta el fin de los días. ¿Estás lista?

Grito cuando Mike pasa las manos por detrás de mis rodillas y me sube a pulso.

—Ahora sí, amor. Bienvenida a nuestro hogar, Penn.

Epílogo

Siete años después

Oxford. Residencia de los Cunningham-Ballester

Ring. Ring.

Bajo las escaleras a todo correr para abrir la puerta de la calle y cuando lo hago tengo la respiración acelerada.

—Hola —me saluda Grace desde el otro lado con los brazos llenos de bártulos. Hoy celebramos el vigesimotercer cumpleaños de mi cuñada y se ha ofrecido a ayudarme con los preparativos: cocinar, colgar adornos, descorchar botellas y poner la mesa.

—Hola.

—¿Has venido corriendo a abrirme? —me pregunta mientras entra en casa como puede, con tanta cosa encima.

—No —digo con gesto inocente.

Se encamina a la cocina y yo la sigo, a la vez que le quito de las manos algunos de los objetos. Lo depositamos todo en la mesa en cuanto entramos en la estancia y me acerco al fregadero a por un vaso de agua.

—Aprovecha ahora que aún puedes moverte con agilidad. Verás dentro de unos meses...

—¿Crees que voy a estar muy torpe?

—Sin duda. Es cuestión de Física. Con lo barriguda que vas a ponerte no podrás ni verte los pies, menos aún andar ligera.

No voy a negar que estoy deseando que llegue ese momento, aun sabiendo que voy a sentirme incómoda. Estoy embarazada de apenas once semanas y me hace mucha ilusión comenzar a sentir al bebé y ver cómo mi tripa crece y crece con mi hijo dentro. Con nuestro hijo dentro. El de Mike y mío.

Debo confesar que tuve que andar con pies de plomo cuando decidí hablarle a Mike de mis deseos reales de ser madre después de lo que sucedió el día que lo dejé. Tenía miedo de que él no quisiera ser padre. Miedos infundados, gracias a Dios. Mike no quería hijos con veinticuatro años, algo normal por otra parte, pero sí se veía con ellos en un futuro. Y ese futuro ha llegado.

Nos liamos en la cocina con los canapés y la tarta de tres chocolates; quiero que salga todo perfecto porque Rose va a traer por primera vez en la vida a un chico, a su novio, a casa. Llevan saliendo casi un año y hasta ahora no ha querido presentárnoslo, conoce demasiado bien a su hermano mayor y quería estar segura de que no iba a espantarlo a la primera. Se conocieron en la Universidad de Londres, donde mi cuñada ha estudiado Veterinaria y donde lleva viviendo desde los dieciocho. La discusión con Mike a causa de querer trasladarse a la residencia de estudiantes de la universidad fue épica; al fin estábamos establecidos y formando una familia cuando decidió volar sola del pequeño nido.

Los primeros años después de que volvimos de Riviera no fueron fáciles, pero lo llevamos bien. Éramos felices y con eso nos bastaba.

El abuelo de Mike jamás llegó a saber lo que realmente había sucedido entre su hijo y sus nietos, desde luego que intentó descubrirlo, pero Mike se cerró en banda y solo le dijo que la relación entre sus padres y ellos había muerto, que nunca había existido, pero que estarían bien. Me consta que la disputa interna que hubo en la familia Cunningham fue importante y que se abrió una brecha bastante considerable dentro del nido familiar, pero nunca se llegó a saber toda la verdad.

El señor Cunningham I ofreció, en realidad casi obligó, a Mike y a su hermana que vivieran con él en su casa. La negativa de mi marido fue tajante y el abuelo acabó aceptando, aunque sí se responsabilizó de la parte económica de los estudios de Rose. Pretendía ocuparse de mucho más, quería ofrecer sustento a sus nietos: un techo en el que dormir, dinero para comer, para vestirse, para salir por ahí..., en fin, para vivir, pero Mike solo aceptó la parte académica y con la promesa de devolvérselo en el futuro.

El abuelo Cunningham es un gran hombre y le he cogido mucho cariño en estos últimos siete años. Siempre ha estado pendiente de Mike y Rose y se nota que los quiere con locura. Viene a visitarnos cada poco y siempre se queda a cenar, en ocasiones incluso todo el fin de semana; nunca pasa más de un mes sin venir a nuestra casa. He llegado a quererlo y a considerarlo como uno más de la familia. Y me encanta verlo con Mike, su relación de complicidad, los gustos afines, los mismos gestos, ideas... eso sí es una relación paterno filial, y no la que tenía con el otro, con el que no hemos vuelto a tener contacto alguno.

Yo, por mi parte, con Mike especializándose en lo suyo, decidí adentrarme de lleno en cursar otro postgrado, así que los dos estábamos sin blanca y, además, responsables de una personita de dieciséis primaveras. Por suerte, la herencia de mis padres nos dio para

sobrevivir sin grandes lujos, y Mike incluso estuvo varios años (hasta que comenzó a ganar un sueldo decente en el hospital) trabajando en el bar de James como camarero. No tenemos vida suficiente para agradecerle todo lo que nos ayudó en aquella época.

Cuando terminé el postgrado, recuperé mi plaza en la universidad y él continuó con su formación en el hospital John Radcliffe, en Oxford, donde sigue trabajando como cirujano pediátrico.

Y seguimos viviendo en la casita azul que compraron mis padres cuando vinimos a Oxford y de la que Anna nos cedió su parte como regalo tardío de boda.

—¡Ya hemos llegado! —grita James desde el salón, poco después de que escuchemos el sonido de la cerradura.

—¡Necesitamos que nos ayudéis a colgar los adornos en el salón! —Mi amiga le devuelve el grito a su marido, que, carámbanos, tengo que rascarme el oído y todo porque casi me deja sorda con el chillido. Demasiado cerca.

—¡Ahora mismo estamos liados con algo!

—¿Con qué andará este par?

Me encojo de hombros. Conociéndolos... con cualquier cosa.

—Vamos a ver.

Metemos la tarta en el horno, pongo el temporizador y nos dirigimos al salón. Antes de verlos, me extraña la singular conversación que mantienen y los golpes que se escuchan contra las paredes.

—*Tío, no entra.*

—*Sí, entra.*

—*Tú dirás por dónde.*

—*Por aquí. Gíralo y súbelo un poco más.*

—*Me voy a destrozar la espalda.*

—*¡James, súbelo!*

—*Joder, ¿tú sabes lo que pesa?*

—*No seas quejica, no es tan grande.*

Grace y yo nos miramos con extrañeza y nos asomamos al salón.

—Pero ¿qué...?

Mike y James están en medio de las escaleras con un aparato enorme blanco y verde sobre los brazos. El armatoste tiene un montón de botones y una pantalla y...

—¿Qué es eso? —pregunta mi amiga mientras sube detrás de ellos, esquivando el artilugio para que una de las patas no le dé en la cabeza. Yo la sigo.

—Un ecógrafo.

¡Ostras, es verdad! Ahora que lo veo bien... ¡es un ecógrafo! Es muy parecido al que tiene mi ginecólogo en su consulta.

—¡Un ecógrafo! —grito escandalizada—. ¡Y es de verdad!

—Claro —me dice mi marido desde la distancia. Ya han llegado al pasillo y yo sigo subiendo escaleras.

—Me refiero a que no es una versión portátil para casa, es de los que usan en los hospitales.

—Correcto. No se te escapa una, morenita.

Resoplo por el comentario.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunto, mientras nos metemos en la habitación que será para el futuro miembro de la familia y que está completamente vacía, exceptuando una cama y un sillón orejero. Era el dormitorio de Rose.

—Del hospital.

—Oh, por Todos los Vikingos, ¿lo habéis robado del hospital?

—No. Lo hemos tomado prestado.

Mike y James lo colocan cerca de la cama, se agachan y comienzan a enredar en los cables.

—¿Le has pedido a tu jefe que te lo *preste*?

—Mmm... —levanta la cabeza y me mira. James lo mira a él— no exactamente.

—Mike...

—Robert, un colega de obstetricia, me lo ha dejado a cambio de, ejem, es mejor que no lo sepas.

Vuelve a bajar la cabeza y siguen conectando cables y enchufes.

—¿Y ese tal Robert tiene autoridad para prestarte un aparato de estos? —continúo indagando.

—Claro. —Humm. No me lo creo—. Venga, vamos a probarlo. —Se levantan del suelo cuando la maquina comienza a iluminarse y a emitir decenas de sonidos. Mike se frota las manos. Dios, parece un niño con un juguete nuevo el día de Navidad.

—¿No pretenderás probarlo conmigo?

—Oh, vamos, Penn. Túmbate ahí y déjame ver lo que tenemos ahí dentro.

—¿Qué crees que puede ser, doctor Cunningham? —le pregunta mi amiga con sorna—. ¿Un perrito? ¿Una alienígena? ¿Un trozo de pastel? Qué misterio...

—Ya sé que es un bebé, listilla. Me refiero a que quiero saber si es niño o niña.

—Está bien —acepto. ¿Qué demonios? Yo también quiero saber el sexo del bebé y confío en Mike. Estoy segura de que sabe lo que hace. Hasta ahora, en las dos ecografías

que me han hecho no han sabido decirnos. Al parecer está ladeado y es imposible verlo bien.

Me tumbo de espaldas en la cama y me subo la camiseta dejando al descubierto mi vientre plano, de momento. Mike se queda quieto observando a James y Grace y echándolos de la habitación con la mirada. Todo muy descarado, sí.

—Podéis iros ya —acaba diciendo, cuando ve que la parejita no tiene intención de moverse y de que están ignorando sus miradas adrede—. Gracias por todo, tío.

—Yo quiero ver cómo lo buscas —le dice Grace refunfuñando.

—Yo te he ayudado a *tomar prestado* este trasto del hospital mientras tus dos colegas vigilaban, a meterlo en el coche y traerlo hasta aquí. Tengo curiosidad por lo que vas a hacer con él —protesta James.

Hago oídos sordos y olvido la parte en la que ha dicho *mientras tus dos colegas vigilaban*, no quiero saber nada.

—Luego, os lo prometo. Pero ahora quiero vivir esto solo con Penny —les dice, mientras baja las persianas y deja la habitación en penumbra.

Nuestros amigos se marchan, para nada convencidos y farfullando insultos cariñosos. En cuanto las voces comienzan a escucharse lejanas, Mike me echa un líquido pringoso en la tripa y posa encima el aparato.

—Allá vamos.

Comienza a moverse sobre mi abdomen y ninguno de los dos apartamos la mirada de la pantalla. Yo no veo nada, la verdad, ni siquiera lo hago en la consulta del ginecólogo hasta que comienza a explicarme lo que hay en la imagen, así que me concentro en mi marido, que está totalmente absorto en su trabajo y con una excitación que me derrite, que hace que me entren ganas de levantarme y comérmelo a besos.

No cuento los minutos que pasan, pero sé que han sido bastantes cuando Mike rompe el silencio.

—¡Lo tengo! ¡Penn, lo tengo! ¡He conseguido que se gire!

Dejo de mirarlo y me concentro en la pantalla, en el punto que señala Mike. Cojo aire y me coloco la mano en el pecho para intentar frenar su ritmo. Es un niño, hasta yo puedo verlo.

—¡Es un niño!

Nuestros ojos se encuentran y ambos lloramos por la emoción. He vivido muchísimas experiencias en mi vida, pero nada como esto. Es una pasada. Esa cosita diminuta de ahí es nuestro hijo. Ahora que lo distingo mejor, parece más real.

Mike se acerca a mi boca para darme un beso y juntar su frente con la mía. Nos quedamos así unos instantes.

—Gracias —me susurra emocionado—. Gracias por estar en mi vida y por darme esto.

Lo agarro del cabello y lo beso entre una mezcla de pasión y adoración. Cuando nos separamos, Mike me limpia la tripa, me hace unos mimos y me baja la camiseta.

—Anda ve —le digo, mientras acabo de adecentarme. Sé que lo está deseando.

—¡Eh, tíos! ¡Tíos! —grita en cuanto abre la puerta y sale al pasillo—. ¡¡Es un niño!!

—¡Eres un puto *crack*!

Salgo detrás de él y llego justo en el momento en que James y él chocan las palmas como si el hecho de que fuera un niño haya sido mérito de Mike.

—Y ahora, págame —le exige mi marido.

—Toma, cinco libras por descubrir el sexo del bebé y otras cinco porque sea un niño.

Mike se guarda el dinero en el bolsillo y yo cruzo una mirada de asombro con Grace.

—¿Habíais hecho una apuesta? —les pregunta mi amiga.

—Sí, y aquí el colega ha ganado una buena pasta.

—Son solo diez libras —apunta Grace.

—¿Con quién más has apostado? —pregunto yo oliéndome el asunto.

—Con medio hospital —me dice orgulloso—. Los muy pringados pensaban que no sabría utilizarlo y menos adivinar el sexo del bebé cuando otros no lo han hecho.

—¿Me estás diciendo que medio hospital sabe que has *tomado prestado* ese trasto?

—Mmm... sí.

—De hecho, medio hospital ha sido testigo —apostilla James.

—Ya lo estás devolviendo, Cunningham —le digo muy seria.

—Por supuesto. Dentro de unos seis meses será todo suyo de nuevo.

—Michael...

—Tienen un montón, amor, no van a echarlo en falta.

Me da un suave beso en los labios y da por terminada la conversación. ¡Hombres!

Cuando entro en la cocina para comprobar cómo va el pastel, veo que me he dejado el móvil encima de la mesa y que tengo un *whatsapp* de mi cuñada de hace apenas unos minutos:

Rose: De camino. Llegamos en media hora. No es necesario que os escondáis detrás del sofá. Sé que estáis ahí. Y dile al idiota de tu marido que se comporte.

Sobre la última parte del mensaje, sobre que Mike se comporte, tengo mis dudas y no porque no lo haya intentado, pero ¿el novio oficial de Rose? Ni yo podría pararlo. Solo espero que no se pase de la raya.

Nos encargamos de decorar el salón en ese tiempo y de terminar de preparar los canapés y poner la mesa. Estoy colocando la última copa cuando llaman al timbre. Rose, a pesar de tener llave de casa de cuando vivía con nosotros, siempre llama primero al timbre.

—¡Hola, familia! ¡Ya estamos aquí!

Me acerco la última al vestíbulo y veo entrar a mi cuñada acompañada de un chico muy apuesto y, detrás de ellos, a Anna y Peter.

—Nos hemos encontrado en la calle —me explica mi hermana, acercándose a mí para darme un beso en la mejilla y acariciarme la tripa.

Mi hermana y su marido tienen una niña de dos años, que esta noche se ha quedado a dormir en casa de sus abuelos paternos. Saludo con otro beso a Peter y me fundo en un abrazo con Rose; hacía tres semanas que no nos veíamos.

—Queríamos comentar alguna cuestión contigo. —Me giro para ver cómo James y Mike interrogan al joven y apuesto acompañante de mi cuñada impidiéndole pasar al salón con su cuerpo. Entre los dos le hacen una barrera humana.

—*Varias* cuestiones, en realidad —lo corrige Mike.

—¿Cuestiones? —pregunta el aludido sin una pizca de temor en su expresión.

—Sí.

—¿Procedencia?

—Londres.

—¿Antecedentes?

—¿De qué tipo?

—Amorosos.

—Nada serio.

—Y penales...

—¡No!

—Más te vale.

—¿Alguna enfermedad importante en la familia? ¿Alergias? ¿Vacunas?

—Nada reseñable. Ninguna. Todas.

Los dos idiotas hacen conteo de las respuestas y las enlazan con las preguntas.

—La primera respuesta es un tanto ambigua —le dice mi marido.

—¿Eres de los que le echa ketchup a todo? —lo corta James—. Porque ahí sí tendríamos un problema grave.

—Madurad de una vez, tú tienes casi cuarenta años y tú vas a ser padre, por Dios. —Anna los aparta de un empujón y ayuda al nuevo integrante a introducirse en el salón.

Mike y James gruñen a sus espaldas mientras Rose hace las presentaciones y le lanza una mirada amenazadora a su hermano mayor, que finge ser el inocente de la película y actúa como si no hubiera hecho nada. Eso sí, no aparta la vista del novio de nuestra pequeña, que ya no es tan pequeña... tendré que recordárselo.

Poco después, nos sentamos todos a la mesa y comenzamos a servir los aperitivos entre felicitaciones de cumpleaños y brindis. Yo con agua.

—Por cierto —anuncia mi amiga a Anna y Rose—, ¡vais a tener un sobrino!

—¡Grace! —le grita Mike.

—¿Qué?

—Quería decírselo yo —dice, fastidiado.

—No me seas ñoño, Cunningham.

—Vaya, un pitilín, ¿eh, cuñado? —le dice mi hermana.

—Sí —contesta orgulloso.

Todos los últimos visitantes se levantan de la mesa para abrazarnos y felicitarnos.

—¿Va a ser Michael Cunningham IV? —nos pregunta Peter a ambos.

—No lo hemos hablado —le explico yo. Apenas acabamos de saber que es chico, no nos ha dado tiempo a pensar en nombres, ni siquiera a planteárnoslo—. Pero la verdad es que no me disgusta la idea.

—¿De verdad? —me pregunta el futuro padre.

—Claro. Si quieres que sea Michael Cunningham IV, lo será.

A pesar de que existe un Michael Cunningham que no soporto, los otros dos que conozco me han robado el corazón, porque tanto abuelo como nieto son buenísimas personas.

—¿No te importa?

—Por supuesto que no. Me gusta el nombre de Michael.

—Te gusta porque estás loca por él —me dice mi hermana.

—Me gusta el nombre y punto.

—Claro, porque es su nombre.

—Me gustó desde el primer instante en que me dijiste cómo te llamabas —le digo, dándole un besito en los labios.

—Pues yo prefiero Ryan.

—Entonces —nos pregunta Rose—, ¿está decidido?

—Lo está. Me gusta Michael Cunningham. Siempre lo ha hecho.

Fin

Agradecimientos

Ya estoy aquí de nuevo, en la parte de agradecer a todas aquellas personas que han hecho posible esta nueva novela; sin ellos, no tengo duda alguna, la historia de Michael y Penny no hubiera sido la misma. Así que, sin más preámbulos, allá vamos.

Gracias a Alberto, mi pareja. No tengo vida suficiente para recompensarte por todo lo que haces por mí, tanto en mi faceta de escritora como en la otra. Es una realidad que, si no fuera por tu ayuda, esta nueva aventura no hubiera sido posible desde el principio y, desde luego, no lo seguiría siendo. Me das el espacio, los ánimos y el apoyo incondicional que más necesito. Gracias por esos domingos. Prometo devolvértelos por veinte en el futuro. Y a lo grande.

Gracias, Daniel y Ariane, porque sí. Porque una de las cosas más bonitas que estoy viviendo en estos últimos tiempos es que vosotros veáis mis libros y améis la lectura cada día más. Daniel, llevas en este mundo unos 2.434 días y no llegan ni a 100 los días que no te hemos leído tu padre o yo, o que lo hayas hecho por ti mismo desde que sabes leer. A la pregunta que me haces siempre que me ves en el ordenador: «¿Estás escribiendo Sara Cinco?», te respondo una vez más con una enorme sonrisa en la cara: «No, cariño, esta es otra historia». Ariane, la cara de felicidad que pones cuando heredas los libros de tu hermano no tiene precio. Y las ganas con las que te sientas en el sofá con nosotros cuando vamos a leer aún menos. Gracias a los dos por pareceros tanto a mí (físicamente nada de nada, pero lo compensamos con la personalidad) y compartir una de mis grandes pasiones.

Gracias, Raquel. A ti también tengo que darte las gracias por muchas cosas, pero vamos a centrarnos en el libro, porque si no esto se extendería demasiado; otras 108.000 palabras, quizá. Gracias por leerme día a día, por compartir mis penas y mis alegrías, por tus consejos, por tu paciencia, por tu ayuda, por decirme las cosas buenas, pero sobre todo por las no tan buenas, que son las que le han dado ese otro toque a la novela. El final es tuyo y lo sabes. Plantéate el trabajo de lectora beta como profesión. Ahí lo dejo. Por supuesto, gracias a David y Alaine también, tu pequeña y gran familia, por ser parte de todo esto.

Gracias, Vanessa. Gracias por esa impaciencia que muestras día tras día (sí, día tras día, jaja, como planificadora de escritura no tienes rival) por leer un nuevo capítulo. Me encanta que lo hagas, porque me encanta que no puedas vivir sin leerme. Gracias por decirme que soy tu escritora favorita, sé que me quieres y que eso influye (un poquito, tal vez), pero también sé que hay mucha verdad en esas palabras, y es un subidón. Gracias por tantas llamadas de teléfono y por ese interés constante en esta nueva faceta mía. Y gracias a Eriz e Iker por aguantar tanta celebración nuestra.

Gracias, Abril Camino. Contigo también es bastante probable que esta parte se alargue otras 108.000 palabras más, así que intentaré abreviar. Hace ya más de un año que acudí a ti para que me ayudaras con el borrador de *Los saltos de Sara*. A partir de ahí comenzó una relación profesional en que lo diste todo y que se convirtió, semana tras semana, en una relación de amistad. Porque las personas, en ocasiones, conectamos. No se puede forzar, simplemente sucede. Y eso nos pasó a nosotras. La amistad que tengo contigo me hace crecer cada día como persona; son muchas las aportaciones que me brindas. ¡Dios, no conozco a nadie más sabia que tú! Y no me refiero solo a la parte de la escritura, me refiero a la personal, que aun es más rica que la otra. Gracias por ser como eres y no cambies nunca. Eres de diez. Y gracias, por supuesto, por toda tu ayuda con respecto a Michael y Penny, por esas puntualizaciones, una de ellas importante, que convirtieron el borrador en la novela que hoy es.

Gracias, Alejandra Beneyto, mi cuarta lectora cero. La historia de Sara nos unió y lo que empezó siendo una relación sincera y objetiva de «ya que ambas estamos empezando en este mundo de la escritura, por qué no nos hacemos lectoras beta la una de la otra para conseguir una objetividad que tal vez con nuestros amigos más cercanos no tengamos porque nos quieren demasiado (uff, hay que parar para respirar)», se ha convertido en una bonita amistad. Y puede que, como dijiste, «hayamos caído en nuestra propia trampa» respecto a eso de la objetividad, pero ha merecido la pena. Eres una gran escritora, mejor persona y una compañera de lectura conjunta excepcional. Y todo esto venía a que... ja, ja, ja, quería agradecerte de corazón por el cariño con que recibiste a Mike y Penny, y por todas tus aportaciones para que fuera una historia mejor.

Gracias, Sira Duque, ¡la última lectora beta! Gracias por acompañarme en toda esta aventura que ha sido la creación y puesta en marcha de Michael y Penny, y por confiar en ellos en la manera en que lo haces. Me lo paso genial contigo y con nuestras conversaciones de WhatsApp; eres la leche. Si algo me está dando el mundo literario, son amigas como tú.

Gracias, Érika Gael. Realizar el taller de Escritura de Novela Romántica ha sido la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo. Fui con algo de miedo, no exactamente miedo, pero a lo desconocido siempre se le tiene un poco de respeto. El *feeling* contigo fue instantáneo, desde la primera tutoría, y a partir de ahí todo se desarrolló de maravilla. Gracias a ti he superado mi mayor talón de Aquiles y he disfrutado (también hemos currado a tope) de la escritura como nunca. He aprendido muchísimo al lado de una profesional como tú y le has sacado un brillo a Michael y Penny que no hubiera sido posible sin tus consejos. Nos volveremos a ver, seguro.

Gracias, familia. Y me refiero tanto a la de sangre como a la política por parte de Alberto. Gracias a todos por el apoyo que me habéis brindado desde que Sara Summers salió al mundo real hasta hoy, hasta *En cada canción*. Gracias por vuestras felicitaciones, por leerme, (amama, con tus taitantos años, no tengo palabras) y por estar a mi lado dándome ánimos y compartiendo esta nueva faceta de mi vida. Gracias, amama, tía Isa, tío Jose (Jojo para Araine), Cristian, Natalia, David, Lorena, tía Arantxa, Maxi, Pepe, Marta.

Y gracias a ti, lector, por darle una oportunidad a esta nueva historia.

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obliga a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario conspiraron con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primera saga: *Los saltos de Sara*, *Las caídas de Sara*, *Las decisiones de Sara* y *Simplemente Sara*. Apasionada de la lectura desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir sus propias historias, pero no ha sido capaz de darles la espalda a sus personajes. Su última novela: *En cada canción*.

Puedes encontrarla en su blog (susannaherrero.blogspot.com), en Facebook (Susanna Herrero), Instagram ([herrerosusanna](https://www.instagram.com/herrerosusanna)), Pinterest ([susannaherrero](https://www.pinterest.com/susannaherrero/)) y Twitter ([@susanmelusi](https://twitter.com/susanmelusi)).